



TESIS DOCTORAL

AUTOPERCEPCIÓN SOBRE LA IMAGEN DE LA MUJER Y LA VIOLENCIA ENTRE NOVIOS ADOLESCENTES Y JÓVENES ECUATORIANOS

Beatriz Hortencia Cóndor Quimbita

Programa de doctorado: R 014 Psicología

2020



TESIS DOCTORAL

AUTOPERCEPCIÓN SOBRE LA IMAGEN DE LA MUJER Y LA VIOLENCIA ENTRE NOVIOS ADOLESCENTES Y JÓVENES ECUATORIANOS

Beatriz Hortencia Cóndor Quimbita

Programa de doctorado: R 014 Psicología

Conformidad de los/as directores/as:

Fdo: Isabel Cuadrado Gordillo Fdo. Inmaculada Fernández Antelo

2020

AGRADECIMIENTO

Quisiera resaltar el apoyo de todos quienes son fuente de motivación y soporte en la consecución de mis metas y en especial de esta investigación:

En primer lugar, a Dios por darme la vida y la fortaleza necesaria para atravesar las vicisitudes ocurridas en los últimos años por la salud de mi esposo y la mía misma; por ayudarme a entender la importancia de vivir un día a la vez, sin sufrir por lo que me depara el futuro; y a disfrutar de la vida y de los pequeños detalles. También a mi amada hija Shirley, quien, con su cariño, dedicación en sus estudios y sus ocurrencias me da la fortaleza necesaria, alegría y empuje para salir adelante. A mis pequeños hijos Matheo y Josua, quienes con sus palabras y cariño me han levantado del lecho logrando que reaccione y entienda la necesidad de continuar abriéndome paso en la vida porque ellos me necesitan; y a Gonzalo, mi esposo quien sigue luchando por su salud y continúa como el compañero de vida y referente de mis hijos.

Un pilar fundamental fue mi padre quien desde pequeña con su cariño y orgullo por tener una hija elevó mi autoestima, cuando expresaba su gusto por ir a las reuniones del colegio en donde recibía halagos de los maestros, o cuando conversaba con sus amigos de todos los logros alcanzados; mi querido padre siempre pendiente de mis estudios y éxitos, ahora desde el cielo es un ángel que me cuida y bendice. Mi madre, desde su humildad, cuida siempre de mi salud y bienestar, e incluso extendió sus jornadas de trabajo y renunció a todo por ver a sus hijos salir adelante. Así como, mi familia cercana, especialmente a Susi, mi hermana mayor, mi segunda madre; a Paola, mi sobrina querida, mi hermanita menor quien me trajo alegría y compañía desde su nacimiento y quien está siempre a mi lado en los momentos difíciles y alegres de la vida; a Erika que al ser madre sensibilizó su ser; y a mis pequeños Sebastián, Valentina y Ariel quienes me alegran la vida con sus risas y ocurrencias.

Pero, sobre todo un agradecimiento especial a la Universidad de Extremadura – Departamento de Psicología y Antropología por brindarme la oportunidad de profesionalizarme. A la Dra. Isabel Cuadrado, tutora de mi tesis, sin quien no hubiese sido posible culminar esta investigación, su profesionalismo y sus palabras de aliento no son solo las de una maestra, son las de un ser humano lleno de sabiduría, las de una madre que guía a sus pupilos en la culminación de su carrera; fueron sus palabras, sus orientaciones tan oportunas las que me impulsaron y me comprometieron a seguir adelante. A la Dra. Inmaculada Fernández por la orientación durante la ejecución de mi tesis, su claridad por la estadística y don de gente son fortalezas invaluable en un ser humano.

Gracias a todos, las oportunidades brindadas, su cariño, sabiduría y palabras de aliento se han constituido el sostén para seguir adelante y alcanzar mi meta profesional.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
PORTE I.....	19
MARCO TEÓRICO	19
CAPÍTULO I.....	21
1. PERSPECTIVA HISTÓRICA	21
1. PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LA VIOLENCIA ENTRE PAREJAS DE NOVIO ADOLESCENTES Y JÓVENES	23
1.1 Perspectiva histórica de la violencia entre parejas de novios adolescentes y jóvenes en Ecuador	23
1.2 Perspectiva histórica de la violencia entre parejas de novios adolescentes y jóvenes en el mundo	30
CAPÍTULO II	35
2. EL ENAMORAMIENTO EN LA ADOLESCENCIA Y JUVENTUD.....	35
2.1 Proceso evolutivo de la adolescencia y la juventud.....	37
2.2 Relaciones sociales en adolescentes y jóvenes	44
2.2.1 Relaciones sentimentales	46
2.2.2 El amor en la adolescencia.....	48
2.2.3 El noviazgo	51
2.3 La sexualidad en la adolescencia y juventud	52
2.4 Ideas disfuncionales sobre el amor y la pareja	54
CAPÍTULO III.....	61
3. IDENTIDAD Y RELACIONES DE GÉNERO.....	61
3.1 GÉNERO.....	63
3.2 ROLES DE GÉNERO Y LA CONSTRUCCIÓN DE PODER EN LAS RELACIONES	64
3.3 AUTOCONCEPTO.....	68
3.3.1 Factores que repercuten en la conformación del autoconcepto	72
3.4 AUTOESTIMA.....	73
3.5 AUTOPERCEPCIÓN SOBRE LA IMAGEN DE LA MUJER Y EL HOMBRE	74
CAPÍTULO IV.....	79
4. PODER Y VIOLENCIA EN LAS PAREJAS DE ADOLESCENTES Y JÓVENES.....	79
4.1 LA VIOLENCIA	81
4.2 FORMAS DE VIOLENCIA	83
4.2.1 Violencia física	83
4.2.2 Violencia psicológica.....	84
4.2.3 Violencia sexual.....	84
4.3 Maltrato.....	86
4.4 La violencia en la pareja.....	87
4.5 Violencia entre novios adolescentes y jóvenes.....	88
4.6 Experiencias de victimización: desapego, humillación, sexual, coerción, física, género, castigo emocional e instrumental.....	92
4.7 Ciclo de desarrollo de la violencia	93

CAPÍTULO V	97
5. VIOLENCIA EN LA PAREJA: FACTORES DE RIESGO	97
5.1 FACTORES DE RIESGO	99
5.1.1 Factores sociodemográficos	101
5.1.1.1 Variaciones étnicas.....	102
5.1.1.2 Nivel socioeconómico	102
5.1.1.3 Lugar de residencia	102
5.1.2 Factores históricos.....	103
5.1.2.1 Maltrato infantil	103
5.1.2.2 Violencia intrafamiliar	105
5.1.2.3 Prácticas educativas inadecuadas.....	107
5.1.3 Factores clínicos	108
5.1.3.1 Consumo de alcohol y drogas.....	109
5.1.3.2 Iniciación temprana a las agresiones en general y en las relaciones de pareja en particular.....	110
5.1.3.3 Depresión	111
5.1.4 Factores interpersonales.....	112
5.1.4.1 Actitudes y creencias que justifican la violencia	114
5.1.4.2 Actitudes y creencias tradicionales de los roles de género	116
5.1.5 Factores sociales y contextuales.....	118
5.2 ESTUDIOS DE PREVALENCIA DE LA VIOLENCIA EN PAREJAS ENTRE ADOLESCENTES Y JÓVENES	120
5.3 ESTUDIOS DE PREVALENCIA DE LA VIOLENCIA EN PAREJAS JÓVENES EN ECUADOR	124
5.3.1 Femicidios.....	133
CAPÍTULO VI.....	137
6. PREVENCIÓN DE LA VIOLENCIA EN PAREJAS DE NOVIOS	137
6.1 FACTORES MODIFICABLES Y PREVISIÓN DE LA VIOLENCIA.....	139
6.2. NIVELES DE PREVENCIÓN DE LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO	140
6.3 PROGRAMAS DE PREVENCIÓN EN LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO	143
6.4 NECESIDAD DE PREVENIR LA VIOLENCIA DESDE LA EDUCACIÓN.....	152
6.5 LA VÍA LEGAL COMO MEDIO DE PREVENCIÓN	155
6.6 LA EDUCACIÓN DEL AMOR IGUALITARIO	157
PARTE II.....	161
MARCO EMPÍRICO	161
CAPÍTULO VII.....	163
7. METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN	163
7.1 ENFOQUE METODOLÓGICO.....	165
7.2. OBJETIVOS.....	170
7.2.1 Primer Objetivo General	170
7.2.1.1 Objetivos específicos	170
7.2.2 Segundo objetivo general.....	171
7.2.2.1 Objetivos específicos	171
7.2.3 Tercer objetivo general.....	172
7.2.3.1 Objetivos específicos	172
7.2.4 Cuarto objetivo general	172
7.3. HIPÓTESIS DE TRABAJO.....	172
7.4. MUESTRA	174
7.5. INSTRUMENTOS DE RECOGIDA DE DATOS	178

7. 6. PROCEDIMIENTO.....	184
7.7 ANÁLISIS PSICOMÉTRICOS DE LOS DATOS	186
CAPÍTULO VIII	187
8. ANÁLISIS DE LOS DATOS Y RESULTADOS.....	187
8.1 ANÁLISIS DE LOS DATOS DEL CUESTIONARIO DE VIOLENCIA ENTRE NOVIO (CUVINO)	189
8. 2 ANÁLISIS DE LOS DATOS DEL SEGUNDO CUESTIONARIO SOBRE PERCEPCIÓN DEL SEXISMO...204	
8.3 ANÁLISIS DE LOS DATOS DEL TERCER CUESTIONARIO SOBRE HáBITOS Y ESTILOS DE VIDA DE ADOLESCENTES Y JÓVENES.....	212
CAPÍTULO IX.....	221
9. CONCLUSIONES	221
9.1 CONCLUSIONES REFERIDAS A LOS OBJETIVOS.....	223
9.2 CONCLUSIONES REFERIDAS A LAS HIPÓTESIS.....	230
9.3 DISCUSIÓN DE RESULTADOS	235
10. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	243
ANEXOS.....	255

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Señales de alarma próximas a una relación de pareja violenta	57
Tabla 2. Factores de riesgo de violencia infligida por la pareja	100
Tabla 3. Factores de riesgo de víctimas y agresores de violencia de pareja	101
Tabla 4. Prevalencia de violencia de género en el Ecuador.....	133
Tabla 5. Etapas de vida y estrategias asociadas para prevenir la violencia	144
Tabla 6. Nivel de significancia	175
Tabla 7. Formas de abuso en las relaciones de pareja - test de CUVINO	183
Tabla 8. Validez y confiabilidad del test de CUVINO	184
Tabla 9. Media y desviación estándar para indicadores del test de Cuvino.....	190
Tabla 10. Media de los ítems de mayor molestia por sexo del investigado	192
Tabla 11. Media por dimensión de violencia de pareja (frecuencia) en relación a las variables sociodemográficas	193
Tabla 12. Distribución de las respuestas combinadas a los 3 indicadores en relación a las variables sociodemográficas n (%).....	198
Tabla 13. Conocimiento de casos de maltrato a terceros y percepción sobre la probabilidad de que exista la violencia en el noviazgo.....	200
Tabla 14. Media por dimensión de violencia de pareja (frecuencia) en relación a la victimización	201
Tabla 15. Resultados de la prueba t Student para la victimización y las dimensiones de violencia del test de CUVINO (frecuencia).....	202
Tabla 16. Media por dimensión de violencia de pareja (molestia) en relación a la victimización	203
Tabla 17. Resultados de la prueba t Student para la victimización y las dimensiones de violencia del test de CUVINO (molestia)	203
Tabla 18. Valor medio de cada ítem del test de detección de sexismo	205
Tabla 19. Media y desviación estándar (DS) de sexismo benévolo, hostil y total en relación a las variables sociodemográficas.....	207
Tabla 20. Media de rasgos y roles de sexismo benévolo, hostil en relación a las variables sociodemográficas	209
Tabla 21. Media y desviación estándar (DS) de sexismo benévolo, hostil y total en relación a las variables sociodemográficas.....	211
Tabla 22. Acompañante de salida de los encuestados	212
Tabla 23. Asistencia a fiestas	213
Tabla 24. Horario de vuelta a casa	213
Tabla 25. Consumo de cigarrillos.....	214
Tabla 26. Consumo de alcohol	214
Tabla 27. Consumo de marihuana (porros)	215
Tabla 28. Actividades desarrolladas para divertirse	215

Tabla 29. Hábitos de riesgo en relación a las variables sociodemográficas	216
Tabla 30. Relación de los hábitos y estilos de vida poco saludable con la experimentación de situaciones de victimización.....	218

ÍNDICE DE GRÁFICAS

Gráfica 1. Víctimas de femicidio registrados en el Sistema de Justicia (Agosto 2014-febrero 2017)	
.....	135
Gráfica 2. Población por nivel de estudios	177
Gráfica 3. Relación nivel de estudio y nivel socioeconómico	178

INTRODUCCIÓN

En diferentes países de mundo el estudio de la violencia se ha centrado especialmente en las relaciones de las parejas adultas. Algo similar ocurre en el Ecuador en donde este tema está matizado particularmente por la agresión contra la mujer, el *bullying* o acoso escolar constante a un compañero, y el abuso sexual. Al respecto Matud, Padilla, Medina, y Fortes (2016) mencionan que la violencia en forma general y en cualquiera de sus expresiones es una cuestión de gran importancia y relevancia, la cual ha sido expuesta como una problemática multifactorial, en los últimos años, cuya incidencia es independiente de la etnia, edad, estatus socioeconómico, orientación sexual, nivel de educación o lugar de residencia.

Sin embargo, la violencia a edades más tempranas es poco abordada, pese a que hay evidencias de su presencia en parejas de novios adolescentes y jóvenes, y va en aumento, creando un problema social complejo; el cual merece ser analizado. Quienes viven estas experiencias a cualquier nivel pueden a largo o mediano plazo permitir actos atentatorios del mismo compañero sentimental u otro y generar cadenas de violencia en el núcleo familiar. Al respecto Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi y Lozano, (2003) define a la violencia de pareja, como toda conducta capaz de producir daño físico, psicológico y sexual a cualquiera de los miembros de la relación emocional, se da no solo en los vínculos maritales, sino además en parejas sentimentales que no conviven y en una magnitud mayor o igual a la antes mencionada. En estos ataques incluyen distintos tipos de comportamientos y acciones tales como agresiones físicas, maltrato psíquico, relaciones sexuales forzadas o conductas dominantes.

Para indagar sobre la violencia que se suscita entre novios adolescentes y jóvenes y dar respuesta a las dificultades de relacionamiento presentes entre estas parejas, se desarrolla la investigación *Autopercepción sobre la imagen de la mujer y la violencia entre novios adolescentes y jóvenes ecuatorianos*. Está enfocada a determinar: la percepción que se tiene de la mujer desde el punto de vista del hombre como la que tiene la mujer sobre ella misma y cómo está influye en el consentimiento o no de conductas violentas por parte de la pareja; la violencia entre novios; y los estilos de vida de los adolescentes y jóvenes de las instituciones educativas fiscales y particulares, en las edades comprendidas entre 16 a 21 años.

Es importante comprender que en este estudio se aborda la violencia de pareja entre novios adolescentes y jóvenes ecuatorianos la cual puede ser perpetrada por cualquiera de los integrantes sea hombre o mujer. A diferencia de la violencia de género que es ejercida únicamente contra el integrante femenino de la pareja.

Este tipo de violencia, en distintas partes del mundo está afectando y en forma creciente a las relaciones suscitadas durante la adolescencia y juventud. Fenómeno al cual los psicólogos, sociólogos y profesionales especializados han optado por denominar “*dating violence*” y que consiste en todo ataque deliberado, sea físico, sexual o psicológico suscitado en el contexto de una relación donde existe atracción y comparten actividades juntos Close (2005).

Los estudios sobre la prevalencia de violencia en parejas jóvenes muestran tasas muy variables tanto a lo largo de las distintas latitudes del planeta como dentro de contextos similares al ecuatoriano, fluctuando entre el 9% y el 38% González-Ortega, Echeburúa y Corral (2008). Estudios extensivos como el de González y Santana, (2001) señalan a la violencia verbal como la de mayor incidencia (entre el 25% y 45% en promedio) en parejas jóvenes. Un hecho interesante presente en varios estudios determina que entre el 18% y el 32% de las personas jóvenes son víctimas de alguna forma de violencia por parte de su pareja Howard y Wang, (2003) y este porcentaje aumenta al 88% cuando se incluye dentro de la violencia

la agresión verbal Cornelius y Resseguie (2007); situación que podría explicar por qué el rango de prevalencia es tan amplio.

De todas formas, estudios previos, y que lamentablemente no han sido realizados a profundidad en el Ecuador, demuestran una alta prevalencia de violencia de pareja en la adolescencia y juventud. Por esta razón el presente tema de estudio resulta relevante, dado que la violencia además de tener consecuencias físicas y psicológicas, ocurre en una etapa vital, en donde comienzan las relaciones de pareja y se aprenden y afianzan pautas de comportamiento e interacción que matizarán la vida adulta González-Ortega y Echeburúa (2008). En este sentido, varios estudios revelan que quienes mantienen una relación violenta en la adolescencia y juventud tienden a continuar, e incluso a agravar, la violencia en la vida adulta Echeburúa y Corral (1998).

Estudios universales como el llevado a cabo por la Organización Mundial de la Salud, (2013) determinó que la violencia de pareja se asocia con peor funcionamiento físico, bienestar psíquico y con la adopción de comportamientos de riesgo tanto en la víctima como en el perpetrador Krug, (2003). También se ha encontrado asociación entre la violencia de pareja en la adolescencia y el desarrollo de hábitos como el consumo de alcohol y otras drogas Haynie, Farhat, Brooks, Wang, Barbieri y Iannotti (2013). Además, existe evidencia de que la victimización por violencia de la pareja tiene implicaciones negativas para el bienestar emocional de la víctima y del perpetrador, tal como lo afirman Johnson, Giordano, Longmore y Manning (2014).

La calidad de vida y el bienestar de las personas también se ven afectados negativamente cuando se da violencia de pareja en el noviazgo. Algunas de las consecuencias negativas detectadas son bajo rendimiento académico Bergman, (1992), baja autoestima y peor bienestar físico y emocional (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Coker, McKeown, Sanderson, Davis, Valois y Huebner, 2000).

Si bien existen varios estudios sobre la violencia en las relaciones de pareja en la adolescencia y juventud, en países como el Ecuador, aún quedan muchas cuestiones por dilucidar. Para comprender no sólo la magnitud de la violencia sino además los factores desencadenantes, en la investigación se ha planteado un importante marco conceptual sobre distintas dimensiones de la violencia y el desarrollo psicosocial del adolescente: victimización, sexismo y hábitos de comportamiento. También se han propuesto los siguientes objetivos generales:

1. Detectar situaciones de violencia en relaciones de noviazgo entre jóvenes adolescentes en Ecuador.
2. Analizar la percepción que los jóvenes adolescentes tienen del rol sobre la mujer y su variabilidad en función de las variables género, nivel educativo, estatus socioeconómico y rol desempeñado en situaciones de violencia de pareja (atrapadas, temerosas y maltratadas).
3. Descubrir los hábitos y estilos de vida de la población jóvenes adolescentes y sus posibles diferencias en función de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico.
4. Indagar acerca de las posibles relaciones que puedan establecerse entre la percepción del rol de la mujer (benévolo y hostil), los hábitos y estilo de vida y la experimentación de situaciones de victimización. (dos grupos que se han sentido atrapado, temeroso o maltratado)

La metodología de investigación aplicada es la cuantitativa, utilizando como instrumentos de investigación los siguientes cuestionarios: Detección del Sexismo en Adolescentes (DSA), de relación de parejas de novios (CUVINO), y Hábitos y Estilos de vida.

Los resultados de la investigación proporcionan información importante que permitirán al sistema ecuatoriano poner atención a lo que es trascendental, el ser humano y su equilibrio emocional, y generar propuestas de prevención a nivel social como primer paso para erradicar las conductas violentas entre hombres y mujeres ecuatorianas. Darle atención prioritaria a este aspecto, puede constituirse

en el primer pilar para alcanzar la calidad educativa y dar cumplimiento al Art. 46, numeral 4 de la Constitución de la República del Ecuador: “Protección y atención contra todo tipo de violencia, maltrato, explotación sexual o de cualquier índole, o contra la negligencia que provoque tales situaciones”.

Para un mejor entendimiento de la investigación realizada se organiza la información en dos secciones, la primera se centra en el marco teórico y en la segunda se describe el marco empírico. Cada sección a su vez se ha organizado en capítulos:

En el capítulo I se plantea una perspectiva histórica del estudio de la violencia en el noviazgo, para lo cual se describen los principales estudios realizados en el Ecuador, así como en otras latitudes. El tema de violencia en el noviazgo es una línea nueva en la investigación del comportamiento humano, pero es de renovado interés a nivel mundial, aunque lamentablemente en el Ecuador, el tema no ha sido difundido, y prácticamente son escasos los estudios al respecto de las relaciones que mantienen adolescentes y jóvenes. Sin embargo, existen algunos estudios generales sobre la violencia de género, centrado casi exclusivamente en la violencia de la mujer.

En el capítulo II se aborda el tema del enamoramiento de adolescentes y jóvenes. También las características psicológicas de estos grupos etarios, con especial atención al manejo de sus relaciones sociales, su búsqueda de identidad y una importante discusión sobre las ideas disfuncionales del amor que aparecen en esta etapa.

En el capítulo III se examina el tema de la identidad y las relaciones de género. Se analiza los estereotipos sexistas y su relación con conceptos claves como el autoconcepto, la autoestima y la autopercepción.

En el capítulo IV se plantea el tema del poder y la violencia. Además, se explica los distintos tipos de violencia: física, psicológica, sexual, las distintas formas de maltrato, así como el ciclo de la violencia.

En el capítulo V se describen los distintos factores de riesgo, analizando tanto el modelo ecológico como el de los cinco enfoques plausibles: sociodemográficos, histórico, clínico, personal y contextual.

En el capítulo VI se analizan los factores modificables de la violencia, los niveles y programas de prevención. Así también la necesidad de proponer enfoques multidimensionales que partiendo de marcos jurídicos potentes involucren a los distintos agentes educativos en el abordaje de esta problemática social.

La segunda parte inicia con el capítulo VII en el cual se describe la metodología de estudio sustentada por el enfoque cuantitativo, el que posibilitó el tratamiento numérico de los resultados de los tres cuestionarios con fines descriptivos, así como el uso de herramientas estadísticas de tipo inferencial para los resultados comparativos. También se caracteriza la muestra de estudio constituida por 907 estudiantes, adolescentes y jóvenes, de tres planteles educativos (bachillerato público, bachillerato privado, y universidad), se describen los instrumentos utilizados, el procedimiento para procesar la información, los objetivos e hipótesis de trabajo.

En el capítulo VIII se propone el análisis de datos tanto descriptivo como inferenciales y resultados de los tres instrumentos, cuestionarios, en el siguiente orden: análisis y resultados del cuestionario CUVINO, de detección del sexismo (DSA) y Hábitos y estilos de vida. Al final este capítulo culmina con las conclusiones referidas tanto a los objetivos como a las hipótesis de trabajo.

Finalmente, se ha dejado constancia de las referencias bibliográficas, así como de los anexos, entre los que se han organizado los instrumentos empleados en la investigación y los permisos de las instituciones educativas en las que se desarrolló el presente estudio.

PARTE I

MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO I

PERSPECTIVA HISTÓRICA

1. Perspectiva histórica de la violencia entre parejas de novios adolescentes y jóvenes

En este capítulo se aborda en forma analítica y crítica los principales aportes bibliográficos-investigativos sobre un tema de enorme importancia en los momentos actuales; la violencia en la pareja, para lo cual se considera conveniente partir del estado de investigación del tema en el Ecuador, luego realizar una síntesis de los principales aportes a nivel mundial sobre el tema referido. A priori, puede decirse que el tema de la violencia en el noviazgo ha sido muy poco estudiado en el medio ecuatoriano, y a nivel mundial en los últimos años se ha convertido en una importante línea de investigación.

1.1 Perspectiva histórica de la violencia entre parejas de novios adolescentes y jóvenes en Ecuador

En el Ecuador se han desarrollado algunas investigaciones en torno a la violencia de género, las cuales han permitido visibilizar y analizar la práctica de la violencia, especialmente contra las mujeres por parte de sus parejas, desde una perspectiva histórica (Moscoso, 1996; León Galarza, 1997). Entre las conclusiones derivadas de dichas investigaciones, se establece que la violencia de los hombres hacia las mujeres, particularmente la ejercida por la pareja, ha respondido a las concepciones de género imperantes en la llamada sociedad patriarcal; es decir, a los roles de género asignados por cada cultura y momento histórico a partir de las diferencias biológicas. Estas ideas se han transmitido en la familia, en las instituciones educativas, en los medios de comunicación, en los juegos, e incluso en la literatura UNICEF (2014).

Es desde estas ideas “construcciones históricas” y “sociales” de cada contexto se han establecido y transmitido conductas, actuaciones, responsabilidades, así como el carácter de las relaciones entre hombres y mujeres. Por ejemplo, a los hombres se les ha asignado el rol de protectores y proveedores y hasta “dueños de las mujeres”, quienes a su vez debían sumisión y obediencia a los hombres a su cargo (padres, esposos, hermanos, hijos, suegros, etc.), pues la sociedad las infantilizaba y colocaba como ciudadanas de segunda categoría UNICEF (2014).

De ahí que la violencia masculina se haya ejercido principalmente con la pareja afectiva o íntima. Como lo mencionan Frías y Hurtado (2010) no es de extrañar que en los estudios históricos se determine a la violencia de pareja (especialmente la conyugal) con un doble propósito: uno preventivo, orientado a conseguir de las mujeres la renuncia a su autonomía, y el sometimiento a la autoridad masculina, cumpliendo con eficiencia los roles de género tradicionalmente establecidos; y, otro punitivo, dirigido a castigar las transgresiones o resistencias femeninas frente a un modelo de dominación.

En el Ecuador, al igual que en muchos países de América Latina hasta la década de 1990, la violencia contra las mujeres fue considerada un asunto privado en el cual el Estado no intervenía. De hecho, una mujer víctima de violencia no podía denunciar, ni mucho menos exigir sanción para el agresor, porque una disposición del Código Penal prohibía la denuncia entre cónyuges o parejas sentimentales, incluso este tipo de violencia (en cualquiera de sus modalidades), no se encontraba tipificada en las leyes ecuatorianas. Tampoco se registraban estadísticas sobre la verdadera magnitud del problema, determinando un efecto de “invisibilidad” de la violencia de género hacia las mujeres.

En la última década del siglo XX, se empieza a hablar de la violencia contra las mujeres. A consecuencia de las acciones del movimiento de mujeres para llamar la atención sobre este hecho, y de la divulgación de los resultados de las primeras investigaciones y estudios realizados por organizaciones de la sociedad

civil, en donde se mostraba la magnitud y la gravedad del problema; aunque se concentraban únicamente en la problemática de la violencia de la mujer por parte de sus cónyuges.

Con estos antecedentes, más la voluntad política del gobierno ecuatoriano de participar en la Convención Interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra la mujer, conocida como la Convención de Belém do Pará en 1994, se dio paso a la estructuración de las primeras Comisarías de la Mujer y la Familia (CMF) con la finalidad de orientar, prevenir, atender, juzgar y sancionar la violencia hacia las mujeres. Además, en 1995 se promulgó la Ley contra la violencia a la mujer, normativa que permitió a las mujeres agredidas por su pareja contar con un recurso para obtener protección y acceder a la justicia.

En el medio ecuatoriano también se han desarrollado investigaciones sobre el tópico de la violencia de género, entre las que podemos destacar:

1. Respecto a las relaciones de género, Stolen (1987) sintetiza los hallazgos de un estudio desarrollado por la autora entre 1976 y 1983 en poblaciones indígenas de la sierra ecuatoriana, especialmente en la provincia de Cotopaxi. Parte de estos hallazgos ponen de manifiesto el sentido de identidad de género en el mundo campesino, los roles de género y la violencia a la que se encuentran expuestas las mujeres campesinas va más allá de los factores económicos.

2. La CECTM (1988) llevó a cabo una importante investigación, en la cual se expone y analiza información sobre las experiencias de violencia vividas en el interior de sus hogares por mujeres de sectores populares y medios de la ciudad de Guayaquil, incluyendo estadísticas sobre los distintos tipos de violencia: física, psicológica y sexual. Sin duda, este informe contribuyó a hacer visible el fenómeno de la violencia contra la mujer, llamando la atención de la sociedad sobre esta realidad que no contaba con iniciativas de atención por parte del Estado.

3. León (1995) en el texto “Del Encubrimiento a la Impunidad, Diagnóstico sobre Violencia de Género, Ecuador, 1989-1995” se pone de manifiesto la

existencia de leyes discriminatorias y un cuadro de incapacidad del Estado para sancionar a los agresores (normalmente parejas emocionales de las víctimas), argumentando además que una de cada dos mujeres había sido objeto de violencia física, sexual o psicológica en forma sistemática. Este diagnóstico permitió tomar conciencia de la permisividad del estado frente a las acciones de violencia y la ausencia de leyes necesarias para erradicarla.

4. Moscoso (1996) presenta en el texto-proyecto “El amor no era todo” una interesante recopilación que permite analizar el fenómeno de la violencia contra las mujeres dentro de un contexto más amplio. En este texto identifica como principal agresor de la mujer es su pareja, especialmente el esposo. Además, analiza la violencia de género como un problema social multifactorial, producto de los estereotipos construidos a lo largo del tiempo derivados de la división del trabajo.

5. Camacho (1996) considerada como la autora-investigadora más prolíficas en el ámbito de la denuncia de la violencia de género en el Ecuador, en el texto “La violencia contra las mujeres”, así como en otros de sus productos editoriales, expone la importancia de los movimientos feministas en las décadas de 1980 y 1990. Además, visibiliza el problema de la violencia de género, argumentando que en la mayoría de los casos las mujeres maltratadas no realizaban la denuncia de las agresiones sufridas, en primera instancia, porque no había un marco jurídico capaz de ampararlas y en segunda, debido al sentimiento de vergüenza por denunciar a sus parejas. El informe hace eco de los datos recabados a través de una encuesta, donde se visualiza la magnitud del problema en esa época en los sectores populares urbanos, demuestra cómo los factores socioeconómicos no tienen una incidencia directa en la producción de la violencia- Y más bien expone que la violencia contra la mujer se explica, sobre todo, por el proceso de socialización de género en la cual se define las identidades masculina y femenina y establece relaciones asimétricas de poder entre géneros.

6. La Organización Panamericana de la Salud OPS (1999) en el informe “Violencia contra las mujeres” analiza la violencia de género en 16 países, entre

ellos Ecuador, se deja entrever a la violencia doméstica por sus niveles y frecuencias como un problema de salud pública. Lo interesante de este informe es considerar como Ecuador ha logrado una importante evolución en el desarrollo de precedentes jurídicos para sancionar a los agresores, pero a la par se pone de manifiesto a un alto porcentaje de mujeres víctimas de actos violentos (en cualquiera de sus dimensiones) por parte de su pareja, no realizan la denuncia. Los motivos por los cuales no denuncian son: miedo, culpa, vergüenza, amor por el agresor, idea de que lo ocurrido al interior de la familia es privado, manipulación del agresor y dinámicas del ciclo de la violencia, desconocimiento de sus derechos y falta de información, presiones familiares y sociales, inseguridad económica y falta de recursos materiales y contextos sociales con historias de violencia.

7. Ardaya y Emst (2000) en su obra titulada “Imaginarios urbanos y violencia intrafamiliar” consideran a las relaciones jerárquicas de género como la principal causa para explicar la violencia de género. Además, generan una reflexión en torno a cómo las particularidades de la cultura nacional afectan las relaciones entre hombres y mujeres, y generan violencia entre sí. Analizan los imaginarios sociales, familiares y políticos y sus manifestaciones en las prácticas culturales, para luego identificar una serie de factores que pueden facilitar o inhibir el ejercicio de la violencia de género.

8. Camacho (2003) en su publicación “Secretos bien guardados. Jóvenes: percepciones sobre violencia a la mujer y abuso sexual” explora y analiza las percepciones y vivencias de jóvenes con respecto a la familia, el maltrato, la violencia contra la mujer en la pareja y el abuso sexual; determinando estadísticas interesantes sobre la incidencia de estos problemas, así como los factores socio culturales asociados. Interesa particularmente el capítulo cuarto en el que se analiza la violencia en la pareja. De hecho, esta investigación puede considerarse como la primera en abordar la violencia de género sin circunscribirla únicamente a la violencia intrafamiliar, explorando esta problemática incluso en parejas jóvenes de novios.

Como puede observarse, hasta la década anterior, las publicaciones e investigaciones sobre la violencia de género se concentraban en la violencia contra la mujer por parte de sus parejas, especialmente esposos o convivientes. La mayoría de estos estudios son descriptivos y se limitan a caracterizar el fenómeno de la violencia, ofreciendo información cuantitativa parcial para mostrar la magnitud del problema y dar a conocer las vivencias de las mujeres o ejemplificar los discursos y prácticas patriarcales que subyacen a la violencia de género. Pero poco se habla sobre la percepción de roles, la identidad masculina y su relación con el problema de la violencia contra la mujer. En relación a la metodología, las investigaciones citadas trabajan con muestras pequeñas, ante lo cual los datos presentados ofrecen información parcial, sin mayor representatividad nacional.

Es solo a partir del informe del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo, INEC (2011) sobre la “Encuesta nacional de relaciones familiares y violencia de género contra las mujeres” que en el Ecuador es posible analizar el problema de la violencia de género desde una perspectiva global y estadística. En este informe se menciona datos relevantes como: una de cada seis mujeres ha sufrido algún tipo de violencia por parte de su pareja, siendo la violencia psicológica la más acentuada con una prevalencia del 53,9%, y caracterizada por prohibiciones, amenazas, encierros, humillaciones u ofensas recibidas; una de cada cuatro mujeres ha sufrido violencia sexual; el índice de violencia en mujeres solteras fue del 58,1%; en todos los niveles de instrucción, la violencia de género supera el 50%, pero en las mujeres con menor instrucción sobrepasa el 70%. Otro dato de relevancia es la edad en la cual se registran los casos de violencia de género, según los años cumplidos cuando se casaron o unieron por primera vez; de 10 a 15 años el 67.9%, 16 a 20 años el 70.5%, 21 a 25 años 69,2%, 26 años y más 51.1%. Por lo tanto, se puede observar la prevalencia de violencia está entre los 16 a 20 años y va decreciendo conforme avanzan en edad.

Finalmente, el 88,2% de las mujeres víctimas de violencia en la mayoría de casos aducen que no se separan de su pareja porque la necesitan, la quieren, deben superar las dificultades juntos y mantenerse unidos. También consideran que

los problemas no son tan graves como para alejarse de la pareja; justifican de este modo los actos negativos de sus agresores.

Un estudio posterior a esta encuesta fue desarrollado por Camacho (2012) en donde se explica cómo la violencia afecta a mujeres de todas las edades, tanto del área urbana como de la rural, de los diversos grupos étnico-culturales, de todos los estratos socioeconómicos, confirmando, así como el principal riesgo de violencia es el ser mujer. También, se ratifica que los agresores de mujeres, niñas y adolescentes están presentes en todos los ámbitos del quehacer social (familiar, educativo, de la salud, laboral, comunitario). Sin embargo, la mayor parte de ellos son las parejas emocionales de las víctimas, de hecho, del total de mujeres víctimas de violencia, el 76% identificó como agresores a su pareja (esposos, novios o convivientes), entre las mujeres agredidas físicamente, 9 de cada 10 fueron golpeadas y maltratadas por su pareja.

Si estos actos de violencia no se detienen pueden desencadenar en femicidios. Según datos del INEC, el suicidio es la primera causa de muerte de adolescentes entre 10 y 19 años y las 3 primeras causas del suicidio en este rango de edad son depresiones causadas por la violencia, embarazos precoces y relaciones amorosas. El Ministerio del Interior reportó que, en el 2014, el 54% de casos de muertes violentas de mujeres fueron femicidios. El Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos, a través de la Subsecretaría de Derechos Humanos y Cultos informa que el número total de causas ingresadas en el período 10 de agosto 2014 – marzo 2016 por femicidio asciende a 51; por lo que, en los últimos años, se ha extendido la preocupación por este fenómeno, de hecho, la mayoría de estudios en este periodo se centran en esta problemática. Al respecto la Dra. Silvana Espinoza, Directora de Respuesta Judicial de Ecuador quien realiza el seguimiento de los casos fiscalizados o investigados de violencia, afirma que en el 2016 ya se identifica 6 casos de femicidios en parejas de entre 13 y 14 años.

Autores como Avilés y Parra (2015) realizaron un estudio, en 224 mujeres entre 18 a 25 años, sobre violencia en las relaciones de noviazgo en jóvenes

universitarias de Cuenca – Ecuador, de Facultad de Psicología - Escuela de Psicología Clínica. Aquí se describieron tres tipos de violencia: física, psicológica y comportamientos coercitivos y controladores; siendo las más frecuentes la violencia psicológica (34,9%) y los comportamientos coercitivos y controladores en un (41,2%).

En conclusión, y de acuerdo con las investigaciones anteriormente citadas, se determina que el análisis de la violencia de género desde una perspectiva metodológica integral es bastante nuevo en el Ecuador, además la mayoría de estudios se concentran en la violencia familiar, y en muy pocos casos se considera el tópico en parejas de novios y casi nunca se habla de la violencia dentro de la pareja de adolescentes y jóvenes, sea quien fuere el violentado; el hombre o la mujer en esa relación de noviazgo. Lejos de que esta falta de información previa sea una limitante, permite el abordaje de este tema de interés desde una óptica renovada, a partir del estudio de investigaciones similares pero realizadas en otras latitudes.

1.2 Perspectiva histórica de la violencia entre parejas de novios adolescentes y jóvenes en el mundo

En Estados Unidos se considera a Kanin (1957) como el primero en analizar la existencia de conductas violentas en las relaciones de pareja de jóvenes. En su estudio retrospectivo encontró que un 30% de las mujeres habían sufrido agresiones sexuales a manos de sus parejas. No obstante, es solo hasta la década de los años ochenta cuando esta problemática estuvo debidamente expuesta, así en estado de Minnesota el investigador Makepeace (1981, p. 97) fue el pionero en conducir una investigación sobre la naturaleza y prevalencia de la violencia en el noviazgo, llegando a concluir que uno de cada cinco estudiantes de menos de 20 años había experimentado algún tipo de violencia por parte de su pareja.

En Londres Barnett, Miller-Perrin y Perrin (1997, p. 1) condujeron una importante investigación con el fin de determinar los distintos factores de riesgo de violencia en las parejas jóvenes y señalaron “que la violencia vivida en la familia

de origen, las actitudes respecto a los roles de género, la necesidad de control e incluso, un romanticismo” entre otros son los principales factores que predisponen a la violencia de pareja.

La Organización Mundial de la Salud OMS (1998) llevó a cabo un estudio multinacional, en donde se determinó alrededor del 30% de estudiantes universitarias quienes sufrieron algún episodio de violencia en sus relaciones de pareja, y con el pasar del tiempo, las agresiones verbales se convertían en agresiones físicas. Esta investigación coincide con algunos estudios específicos, como por ejemplo el reporte del Servicio de Violencia Familiar en España en el cual se indica que en el 22% de los casos registrados el inicio de los problemas de violencia aparece durante el noviazgo Echeburúa y Corral (1998). Datos extraídos de otros países revelan en el 72% de los casos atendidos en los últimos años, también la violencia se inicia en este periodo de tiempo Calderón (1994) (citado en Trujano y Mata, 2002).

González, Rosaura, y Santana (2001) condujeron una investigación en una población universitaria mexicana, y sintetizan sus hallazgos en un artículo titulado “La violencia en parejas jóvenes” determinando una importante relación existente entre el nivel de violencia en parejas jóvenes y distintas variables relativas al clima y sus expectativas respecto a la pareja; variables que no han sido consideradas en esta investigación. Los resultados no muestran diferencias significativas en las conductas de los jóvenes en atención al género, Así, por ejemplo, el 7.5% de hombres y el 7.1% de las mujeres señalan haber empujado o pegado a su pareja, al menos una vez. Además, en este interesante artículo se perfilan otros estudios previos realizados a nivel mundial, en los cuales se expone a la violencia durante el noviazgo como menos estudiada en relación a la marital, aunque se presenta con la misma o mayor frecuencia e incidencia que ésta última (Barnett, Miller-Perrin, 1997; Jackson, Cram y Seymour, 2000).

Straus y Savage (2005) condujeron un estudio con universitarios de 17 naciones: 6 europeas, 2 del Norte de América, 2 Latino Americanas, 5 asiáticas,

una australiana y Nueva Zelanda, entre sus hallazgos se determinó que entre el 15% al 45% de jóvenes agraden a sus parejas en el noviazgo. De forma similar, en una muestra de 863 mujeres universitarias de entre 18 a y 25 años, 48% coincidieron en señalar que habían sufrido algún tipo de violencia y, de éste el 39% informaron ser víctimas de más de una forma de violencia según lo afirma (Frederick y Susam, 2005).

En España Muñoz, Graña, y González (2003) analizaron en diversas zonas de la comunidad de Madrid la agresión en el noviazgo en relación al comportamiento coercitivo - controlador y al comportamiento celoso, encontrando una importante correlación entre estas variables.

Cuadrado y Fernández (2009) en instituciones públicas de Extremadura - España han realizado innumerables investigaciones en las cuales se abordan temas de violencia en la escuela y el análisis de las diversas percepciones que tienen los adolescentes y los jóvenes sobre los modos de agresión y las diferentes formas en que aparecen, muchas de las cuales son catalogadas por ellos como inofensivas porque se consideran como actos comunes surgidos en las interacciones sociales entre parejas de iguales.

En la ciudad de México se realizaron estudios sobre la violencia cometida y sufrida por los estudiantes universitarios detectándose que “dos terceras partes de los participantes (75%) cometieron y sufrieron la violencia verbal-emocional, seguida por la sexual, las amenazas, la violencia relacional y la física” (Lazarevich, Irigoyen, Sokolova, y Delgadillo, 2013 p. 98). Además, los hombres identificaron mayor violencia sexual, relacional, física y amenazas cometidas. Las medias más altas a nivel general fueron la violencia verbal – emocional y la más baja la violencia relacional.

Cabrera, González, y Melchor (2016) realizaron una investigación que fue sintetizada en el trabajo “Violencia de pareja y salud mental en la adolescencia y juventud: un análisis diferencial en función del género”, en donde se determinó

mediante un estudio transversal , que la violencia de pareja no tiene relación con el género, ni con el nivel de estudios, aunque los hombres estudiantes informaron de mayor victimización por violencia física a diferencia de sus pares mujeres y quienes no poseían un nivel de estudios superiores, registraron mayor violencia psicológica en relación a quienes si los tenían. En el grupo investigado de género masculino, se asoció la violencia sexual y psicológica con sintomatología depresiva y menor satisfacción con la vida; además, la violencia física mayormente con la depresión, y la psicológica con una menor autoestima. En las mujeres la victimización por violencia física y amenazas se asoció con disfunción social y con sintomatología depresiva, y la física con menor autoestima.

En forma general, y en atención a la revisión de las investigaciones realizadas en los diversos países sobre la violencia en las relaciones de pareja, se puede inferir que la violencia entre las parejas de adolescentes y de jóvenes son bastante significativas, e incluso según algunos estudios su magnitud podría ser superior a la de las parejas adultas (Jackson, Cram y Seymour, 2000). Específicamente, en el estudio de Kury y Cols (2004) las jóvenes determinan ser objeto de más ataques violentos en relación a las mujeres de mayor edad, en concreto entre un 12,5% y un 28%.

Si bien, las distintas investigaciones uni o multinacionales presentan tasas altas para la violencia durante el noviazgo, estas tasas son bastante dispersas (entre el 8 y 35%), y cada una de las investigaciones ha intentado correlacionar el apareamiento de episodios de violencia con variables sociodemográficas o con aspectos actitudinales y factores de riesgos, sin obtener resultados completamente concluyentes, dado que existen bajos niveles de correlación entre las variables o no hay acuerdos entre las distintas investigaciones debido a varios factores como: diferentes tamaños de las muestras, uso de herramientas diversas, objetivos parecidos pero que difieren entre sí, y variedad en la forma como de obtienen los datos.

CAPÍTULO II

EL ENAMORAMIENTO EN LA ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

En este capítulo se abordan conceptos relativos a dos fases continuas, no bien delimitados universalmente del ciclo de vida de una persona: la adolescencia y la juventud, haciendo énfasis en sus procesos de desarrollo biopsicosocial; y en el establecimiento de relaciones sociales, sean de amistad o noviazgo.

2.1 Proceso evolutivo de la adolescencia y la juventud

Existen diferentes definiciones de adolescencia, Dávila (2004) la considera como una construcción social, incluye grandes transformaciones biológicas y de tipo universal, así como algunos elementos culturales que han variado a lo largo del tiempo, de una sociedad a otra y, dentro de una misma sociedad y de un grupo a otro. La adolescencia constituye un periodo de cambios bio-psico-sociales en el cual el individuo mantiene una búsqueda de su propia identidad, convirtiéndolo en una persona susceptible de cambios adaptativos (evolución).

La Organización Mundial de la salud (OMS) define la adolescencia como la etapa transcurrida entre los 10 y 19 años, la cual presenta dos fases, la adolescencia temprana (10 a 14 años) y la adolescencia tardía (15 a 19 años). Y a la juventud, como el periodo comprendido entre 15 y 24 años de edad, etapa de orden psicológico que coincide con la etapa post-puberal de la adolescencia, y se encuentra ligada a los procesos de interacción social, definición de identidad y a la toma de responsabilidad. La condición de juventud no es uniforme y varía de acuerdo al grupo social y al contexto cultural en el cual se analice.

La adolescencia es frecuentemente considerada como una importante etapa del desarrollo humano, un periodo de cambio, transición entre la infancia y la vida adulta. Transición que implica el reto de enfrentarse a los ámbitos de la producción y la reproducción conforme las concepciones de la sociedad y la cultura en donde

se desarrollan. Esta transición está compuesta de múltiples cambios porque son muchos los objetivos a alcanzar por el “niño” para convertirse en el futuro adulto. King (citado por Quiñones, 2016, pág. 21) ha clasificado estos objetivos de la siguiente manera:

- Desarrollar una imagen corporal satisfactoria y realista.
- Desarrollar una progresiva independencia de los padres y la adecuada capacidad para cuidarse a sí mismos y regular su conducta.
- Desarrollar relaciones sociales satisfactorias al margen del ambiente familiar.
- Desarrollar un control y una manifestación adecuada de los impulsos sexuales y agresivos.
- Consolidar la propia identidad, incluyendo un código moral personal y desarrollar planes, por lo menos provisionales, para alcanzar objetivos laborales y de autosuficiencia económica.

A más de estos objetivos puntuales, los adolescentes deben acceder a muchos otros aprendizajes como: adaptarse a los cambios de ciclo académico, votar con cierta racionalidad, involucrarse en relaciones amorosas y sexuales sin riesgos, iniciar un posible trabajo, entre otras. Acciones que suponen una transición en la cual el adolescente pasa gradualmente de ser un miembro de la familia de sus padres a ser un miembro pleno de la sociedad.

Durante el proceso de cambio y en el cumplimiento de los objetivos, el adolescente también presenta gran interés por los sucesos ocurridos fuera de su contexto familiar, volviéndose vulnerable a ciertas conductas inapropiadas y adicciones si no hay una adecuada mediación de su familia. Por lo expuesto la adolescencia resulta a menudo un periodo crítico que requiere del establecimiento de límites bien determinados y la definición de figuras de autoridad apropiadas (Tixe, 2012).

Hoy en día, en plena época industrial, dominada por la tecnología y las redes informáticas, el desarrollo adolescente está influido por una amalgama interactiva y compleja de factores biológicos, culturales, económicos, políticos e históricos. La complejidad de nuestra sociedad obliga a más aprendizajes que en cualquier tiempo anterior si se pretende satisfacer sus demandas. Este proceso requiere de mucho más tiempo y esfuerzo. Por ello los adolescentes mantienen durante 8 o 10 años la condición de tales, compartiendo durante este proceso privilegios propios de la infancia con responsabilidades adultas. La prolongación del periodo adolescente contempla algunas paradojas; por ejemplo, que se alcance la madurez sexual, con todas sus consecuencias, mucho antes de alcanzar la madurez psicosocial determinada por los criterios sociales actualmente vigentes (Toro, 2010).

A fines del siglo XX, la edad media de la menarquia pasó de los 15-17 años a los 12-13, situación derivada de una aparente inconsistencia entre la madurez sexual y la psicológica, si bien no existen indicadores precisos en el desarrollo puberal de los hombres, se ha evidenciado como ciertos cambios ocurridos a inicios del siglo alrededor de los 18 años, en la década pasada se ha presentado entre los 12-14 años Hernández, Unanue, Gaete, F, y Codner (2007). Estos cambios prematuros han determinado que los adolescentes, especialmente las mujeres, sean fértiles y estén sexualmente prestas a concebir alrededor de los 13 años de edad cuando no se ha conseguido ni siquiera el desarrollo cognitivo individual propio de la madurez adolescente. Este desfase entre un cuerpo y una fisiología adulta, el cumplimiento de un conjunto de exigencias sociales progresivamente crecientes, y una evidente inmadurez cognitiva y emocional pueden y de hecho suelen ser fuente de problemas y conflictos; incluso más intensos de los vividos por anteriores generaciones de adolescentes.

Esta progresiva reducción de la edad en la cual se inicia la pubertad, y la consecuente aparición temprana y desarrollo de los caracteres sexuales secundarios, exige a los adolescentes aprender mucho antes que sus pares del siglo pasado a asumir sus cambios corporales y las consecuencias sociales de los mismos, aunque

en realidad, los cambios físicos experimentados por el adolescente son menos relevantes en relación a las reacciones de los demás ante ellos. Los cambios funcionan como señales para los otros, y estas señales van modificándose a medida del desarrollo puberal. “La percepción de los propios cambios y, especialmente, de los cambios conductuales de quienes les rodean, determinan en los adolescentes la potenciación, difuminación o iniciación de actitudes y conductas que suelen estabilizarse alcanzando la etapa adulta” (Toro, 2010, p. 23).

La adquisición de la “identidad personal” es un objetivo esencial en el desarrollo adolescente, la cual se ve afectada por las vivencias de la revolución fisiológica experimentada y su enfrentamiento a las exigencias y tareas progresivas propuestas en su entorno. Esa identidad personal se fundamenta en la percepción que tiene de sí mismo (autoestima), de sus actos y rendimientos; de sus comparaciones con congéneres, coetáneos y modelos sociales; de cómo responden quienes le rodean ante su presencia y sus comportamientos. Sin embargo, la adquisición de esa identidad, proceso de vigencia evidente durante la adolescencia, no alcanza su punto culminante hasta la juventud, aceptándose en la actualidad que sigue perfilándose a lo largo de toda la vida del individuo (Hill, 1993).

No todos los adolescentes alcanzan el nivel de identidad personal a la misma edad, su adquisición va produciéndose con importantes diferencias interindividuales. Marcia (1980) creó una taxonomía para clasificar los adolescentes en función de cuatro niveles, que a menudo serían fases, de su desarrollo de su identidad, y éstas son:

1. Adolescentes con “identidad difusa”.- Quienes no han experimentado ninguna crisis de identidad, ni intentan ningún cambio de rol. Exploran y se comprometen poco.
2. Adolescentes con “identidad en moratoria”.- Cuando los compromisos con nuevos roles son pocos, pero exploran activamente buscando opciones de posibles identidades.

3. Adolescentes con “identidad iniciada”.- Aquellos que se comprometen firmemente con una identidad personal, empezando a desempeñar, sin considerarlo, un nuevo rol, usualmente tal como lo reciben de sus padres o de otros adultos.
4. Adolescentes con “identidad conseguida”. Quienes han resuelto ya su crisis de identidad, logran desempeñar y asumir su propio papel o identidad, yendo precedido de un periodo de exploración activa y cuidadosa (Toro, 2010).

En todo caso, la adquisición de identidad personal no puede separarse del desarrollo del autoconcepto. El desarrollo cognitivo del adolescente le permite percibirse, conceptualizarse y evaluarse con mucha mayor precisión que en la etapa de infancia, y de modo claramente diferenciador respecto de quienes le rodean. La percepción y valoración de sus relaciones sociales, su apariencia física, su rendimiento académico o en su caso laboral, sus logros deportivos, su moralidad, etc., son elementos con los cuales se va configurando su autoconcepto.

Estas experiencias y requerimientos sociales generan preocupación en los adolescentes y cambios abruptos en ellos, incluso surgen conflictos intergeneracionales en la familia. Esta etapa de crisis es denominada “por las sociedades occidentales como un período de crisis y reestructuración de la personalidad” (Urresti, 2018, p. 4).

El paso de la infancia a la adolescencia y de esta a la fase adulta es un proceso complejo plagado de continuidades y discontinuidades. Las características temperamentales suelen tener una notable continuidad a lo largo del desarrollo; por ejemplo, la timidez intensa o inhibición conductual. La inteligencia al igual que las habilidades cognitivas, también cuenta con una notable continuidad. En general, los cambios experimentados por un individuo suelen ser consecuencia de influencias ambientales, es decir, de experiencias; el efecto de estas influencias siempre es consecuencia de su interacción con las características individuales. Muchas de las

experiencias influyentes experimentadas por cualquier persona están determinadas o facilitadas por algunos de sus rasgos temperamentales, de su personalidad. Se produce lo que se llama continuidad acumulativa (la estabilidad de la personalidad, aumenta con la edad) (Colom, 2017). Por ejemplo, un niño o adolescente muy tímido se relacionará escasamente con sus coetáneos, provocando una menor adquisición de habilidades sociales por falta de práctica. Al sentirse menos hábil, y por tanto menos aceptado, con menor éxito social, tenderá a retraerse socialmente más, manteniendo y potenciando su timidez inicial.

Con respecto a los cambios en la adolescencia Casullo (citado por Galicia, Sánchez, y Robles, 2013, p. 1) considera que “se desarrollan la identidad y la independencia” de vínculos familiares, “decrece el tiempo de permanencia con la familia y aumenta el que se destina a los amigos y a otras personas del otro sexo. Emergen las relaciones íntimas y románticas y se establece el noviazgo”, así se va configurando el desarrollo socio-afectivo del adolescente.

En esta etapa, caracterizada por frecuentes discontinuidades emocionales, el sentimiento de identidad, no está totalmente alcanzado. Siendo lógico suponer que situaciones como la vida laboral, las creencias religiosas y políticas, o los papeles genéricos asociados al sexo no necesariamente ha llegado a definirse con exactitud durante la adolescencia. Los desfases y diferencias existentes en las descripciones del desarrollo psicológico (cognitivo y afectivo), psicológico y social justifican, de alguna manera, la intención de dividir la adolescencia en etapas evolutivas. Así por ejemplo la ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD OMS (2019) considera las siguientes etapas de la adolescencia:

- Adolescencia temprana o inicial (10 a 13 años),
- adolescencia media (14 a 16 años), y
- adolescencia final o tardía (17 a 19 años y puede extenderse hasta los 21 años).

Como se mencionó en las líneas anteriores, no se sabe con exactitud cuándo termina la adolescencia y cuándo empieza la juventud, ya que esta última

como la mencionan algunos psicólogos y sociólogos, también es un constructo social. “La juventud, durante mucho tiempo fue analizada solamente como una etapa etaria destinada a la formación de roles adultos. Estudios posteriores la han definido como un fenómeno social” (Tacuri, Romero y Astudillo, 2014, p. 6).

Concluida la etapa de la adolescencia, se da inicio a la juventud la cual se encuentra delimitada por dos procesos: uno biológico y otro social. El biológico sirve para establecer su diferenciación con el niño; y el social, su diferenciación con el adulto (Allerbeck y Rosenmayr, 1979, citado por Dávila, 2005). En este sentido, se puede decir que los jóvenes “son adultos biológicamente, pero no son reconocidos como adultos socialmente” Garaigordobil, (2000, p. 14) Esta dicotomía provoca considerar a esta etapa, al igual que la adolescencia como de mucha inestabilidad tanto para los hombres como para las mujeres.

La juventud abarca la fase final de la adolescencia y los primeros años de la edad adulta; comprendiendo entre los 15 y 25 años. En esta etapa predominan los logros (o frustraciones), favoreciendo la madurez de la personalidad, socialización, y comienzo de la integración en el ámbito productivo Silva, (2012). Según esta definición, la juventud es una categoría psicológica que coincide con la etapa post-puberal de la adolescencia, ligada a los procesos de interacción social, de definición de identidad y de toma de responsabilidades, razón por la cual la condición de juventud no es uniforme y varía de acuerdo con el grupo social.

Para la OPS (Organización Panamericana de la Salud) y OMS (Organización Mundial de la Salud) definir que es adolescencia y la juventud en difícil “Para fines prácticos, sin embargo, se entiende aquí el período de la vida comprendido entre los 10 y 19 años para adolescencia, y los 15 y 24 años para juventud” (Organización Panamericana de la Salud, 2010, p. 9).

Esta etapa se encuentra caracterizada por la definición de algunos elementos claves en la configuración del “yo” y del “nosotros” que se corresponden con algunos factores bio psicológicos y sociales caracterizados por una importante

participación social, en sus diferentes espacios y formas de expresión. Al respecto Mead (1999) concibe a la identidad personal como un proceso psicosocial en el cual el “yo” es la actuación del joven en una situación social que está latente en el interior de su conducta, y se añade a su experiencia cuando ejecuta una acción; el observar su deber y mirar lo ya hecho el “mi” se va estableciendo la personalidad. El tener claro ¿quién soy yo?, es decir la identidad es una necesidad básica como el alimentarse, afecto de los jóvenes y del ser humano en general.

Para finalizar este tema, es importante mencionar que tanto los conceptos de adolescencia y juventud son una construcción social, histórica y cultural, las cuales han adquirido distintas denotaciones a través de las diferentes épocas y procesos históricos. Además, estos términos (adolescencia y juventud) no contemplan delimitaciones funcionales: corpóreas (morfológicas, fisiológicas) y culturales (lingüísticas, cognitivas, rituales, educativas), entre sí, porque en muchos aspectos se superponen (Lozano, 2014), por ello disciplinariamente se le ha atribuido el análisis de la adolescencia a la psicología, en la perspectiva de un estudio y delimitación partiendo por el sujeto particular, sus procesos y transformaciones como sujeto; en tanto que la juventud, es más bien un constructo estudiado por la sociología, antropología cultural y social, historia, y la educación. No obstante, los conceptos de adolescencia y juventud, en muchas ocasiones tienden a usarse de manera sinónima, especialmente en el campo de análisis de la psicología general, y en sus ramas de psicología social, clínica y educacional; como se abordará en esta investigación. Dávila, (2005). Por esta razón en este estudio se plantean los rasgos constitutivos de la adolescencia y juventud como heterogéneos y variables, como realidades cambiantes en el mismo curso del ciclo de vida del ser humano.

2.2 Relaciones sociales en adolescentes y jóvenes

El adolescente a más de los cambios cognitivos como el planteado en el pensamiento abstracto Piaget (1996), se enfrenta a modificaciones en el desarrollo de un sistema de valores propios Kohlberg (1973) y la definición de su identidad

Erikson (1963). Casi a la par se van distanciando y desvinculando de su entorno familiar y las relaciones con sus pares van ganando importancia, intensidad y estabilidad, de tal forma que el grupo de iguales va a pasar a constituir un contexto de socialización referente y preferente.

Al hablar de socialización o relaciones sociales, se hace referencia a una asociación de largo plazo entre dos o más personas (relaciones interpersonales). Estas asociaciones pueden basarse en sentimientos de apego como el cariño, amor, o en emociones como la atracción. Las relaciones interpersonales del adolescente tienen lugar en una gran variedad de contextos: familia, barrio, colegio, clubes, trabajo, etc.

A lo largo de la vida el ser humano mantiene contacto social con otros, este contacto o socialización se halla regulado por normas sociales. Efectivamente, en la mayor parte de nuestra vida se suscitan interacciones con otros individuos, y es a través de estas interacciones que modelamos nuestro carácter, pensamos nuestra identidad y conformamos creencias, valores y actitudes Ibáñez (2011)

Es importante comprender que la socialización es un proceso de influjo entre una persona (en este caso el adolescente o joven) y sus semejantes, proceso matizado por la “aceptación” de las pautas de comportamiento social y de “adaptación”. Este proceso de socialización podría describirse desde dos puntos de vista: objetivamente, a partir de la influencia que ejerce el entorno en el individuo, moldeando y adaptando al sujeto a las condiciones de un contexto social determinado; y subjetivamente, a partir de la respuesta del individuo a su entorno social. “El proceso de socialización propiamente dicho, sería entonces, la manera con que los miembros de una colectividad aprenden los modelos culturales de su sociedad, los asimilan y los convierten en sus propias reglas personales de vida”. Silva (2012, p. 14).

Al respecto de la socialización Gelles y Levine (2003) consideran que es el proceso mediante el cual se adquiere un sentido de identidad personal, se aprende

las creencias de la cultura circundante y cómo espera que uno se comporte. Mediante la socialización, los individuos no solo aprenden los valores, las normas y las habilidades de su cultura, sino también adquieren un sentido de quiénes son y a dónde pertenecen.

2.2.1 Relaciones sentimentales

A propósito del relacionamiento entre parejas de adolescentes intervienen varios factores como: cambios hormonales propios de la edad, especialmente la secreción de testosterona, suministran el catalizador o la motivación psicobiológica para el establecimiento de relaciones sentimentales. Junto a estos cambios fisiológicos, también se viven presiones sociales y culturales, así como el deseo de independencia y de vivir como adulto.

Las relaciones sentimentales surgen por lo general en la adolescencia e inician con el cortejo, el enamoramiento y el noviazgo. Sobre el tema existen diversos puntos de vista y estudios, así: cuando el enamoramiento surge en la adolescencia perdura en el tiempo y se afianza con el pasar de los años Carver, Joyner y Udry (2003). Las relaciones sentimentales se caracterizan por ser puntuales, aunque frecuentes y con bajo compromiso Collins (2003). Tani y Fonzi, (2005) dan a conocer sobre la duración de las relaciones, las cuales son más duraderas y con mayor intimidad; las relaciones sentimentales se incrementan del 25% en la adolescencia inicial, hasta el 75% en la adolescencia tardía (Collins, 2003; Menesini y Nocentini, 2008; González, 2008).

Otras investigaciones describen las relaciones sentimentales de los adolescentes desde su inicio hasta su consolidación. De hecho, Connolly, Goldberg, y Craig (2004) explican que transcurren por diferentes momentos o fases. En la primera fase surge la atracción física; en la segunda se realizan citas en grupos de iguales (amigos, conocidos); en la tercera se concretan las citas casuales en parejas; finalmente en la cuarta prevalece la relación de pareja de novios con intimidad y mayor compromiso.

En cambio, Toro (2010) propone el análisis y comprensión de las relaciones románticas adolescentes a través de tres fases: la primera surge entre púberes de alrededor de 11 años, con bromas y “persecuciones “. Se constituyen grupos pequeños de amigos donde se expresan los primeros intereses románticos, con el disfrute de actividades colectivas pero escasa interacción individual. En la segunda fase, entre los 14 o 15 años, las interacciones dentro del grupo presentan mayor interés romántico, casi la mitad de adolescentes ya han tenido alguna experiencia de citas y relaciones, sean individuales o en grupo. Se ven empujados a este tipo de relaciones porque tienen la aceptación del grupo, y aumenta su prestigio. La tercera fase se desarrollan relaciones más serias tendientes a la exclusividad y gratificación, en donde consiguen apoyo emocional que sobrepasan al otorgado por padres y amigos.

Frente a esta vorágine de cambios, el adolescente debe intentar generar un conjunto de habilidades para interactuar con los demás. Cuando el adolescente llega a tener una relación de pareja, presenta una serie de expectativas y trata de ajustar su comportamiento a las exigencias sociales y a la idea que se ha formado sobre una pareja. Dichas expectativas y modelos percibidos por el adolescente sobre una relación las ha aprendido a través de los agentes de socialización, dentro de ellos, el más importante la familia, pero también existen otros agentes tales como sus coetáneos o el ambiente social donde se desenvuelve, los medios de comunicación, y hoy en día las redes sociales Willi, (1997).

En la adolescencia a más de las experiencias románticas más o menos formales con una persona de otro sexo también existen fantasías referidas a una pareja, amistades estrechas con un amigo del otro sexo, o una relación sostenida con una pareja romántica (noviazgo). En forma general, las relaciones sentimentales presentan las siguientes características: entre los 15 años manifiestan por mucho tiempo preocupaciones románticas porque creen que el objeto de su amor no es consciente de su interés, además las relaciones preferentes con un amigo del otro sexo implican apasionamiento y un cierto grado de excitación; a los 18 años las fantasías románticas duran poco y la gran mayoría creen que la pareja deseada

conoce su interés, las fantasías pueden ser el antecedente de una relación sentimental. Cuando los adolescentes ven imposible la relación, la preocupación suele desaparecer.

Por otro lado, Barajas, Cruz, y Turnbull (2014, p. 344) expresan que cuando una relación romántica concluye se presentan varias reacciones emocionales que “pueden ir desde tristeza Tashiro y Frazier, (2003), dolor Keller y Nesse, (2005), malestar Gray y Lewandowsky, (2009) manifestaciones de ansiedad y depresión Boelen y Van de Bout, (2008), altos niveles de estrés Perilloux y Buss, (2008), hasta conductas autodestructivas como el uso de alcohol, las autolesiones Fisher, (2005) e incluso la ideación o intento suicida Field, Diego, Pelaez, Deed y Delgado, (2012).” Estas reacciones difieren en mujeres y hombres, las primeras son las más afectadas, lloran, se angustian, no pueden dormir y se deprimen; en cambio los hombres por lo general denotan violencia y consumo de alcohol o drogas.

La maduración puberal temprana y sus consecuencias en las relaciones con el otro sexo parecen resultar más peligrosas para las mujeres que para los hombres. Varios estudios relacionan esas circunstancias con un mayor riesgo de problemas de conducta y de síntomas emocionales. No son pocas las mujeres precoces cuyo desarrollo de los caracteres sexuales secundarios, especialmente del busto, les hace sentirse azoradas y violentas en sus relaciones con los hombres (Rodríguez, Bariaud y Cohen, 1993).

Los jóvenes por su parte conciben al noviazgo como fuente de bienestar y felicidad, y en caso de disolverse puede generar “estrés, dolor, tristeza y malestar en general” Caruso (2003, p. 343) incluso puede acarrear trastornos de salud física y psicológica Boelen y Van de Bout (2008)

2.2.2 El amor en la adolescencia

El tema del amor en la adolescencia es sin duda un tema complejo, como lo manifestaba David (1971) porque es difícil teorizar sobre un sentimiento y el

registro de la experiencia sensible de ese sentimiento. Además, se precisa determinar la existencia de distintos tipos de amor: filial corresponde al sentimiento entre hijos y padres; fraternal, amor entre hermanos, aunque muy frecuentemente es semejante al amor que se siente por algunos amigos; y romántico, es el amor hacia la pareja.

Por muchos años los psicoanalistas, entre ellos Louise Kaplan consideró la adolescencia como una recapitulación de la etapa infantil, principalmente en lo concerniente a la sexualidad, determinó que el amor adolescente no puede ser entendido si no es en relación al vínculo infantil con los padres, de allí pensó que los amores de la adolescencia eran de alguna manera la repetición de los amores de la infancia, “insistía en ver el proceso adolescente como simple recapitulación de la sexualidad infantil y de sus vicisitudes” (Varela, 2004, p. 133). Otros autores como la idea de Gutton (1998) leída en una publicación de Varela (2004) plantea la tesis de que “la construcción adolescente del sujeto se desarrolla por estados amorosos sucesivos” (p.133). Los “amores preedípicos y edípicos que han contribuido al jalonamiento del crecimiento infantil van a encontrarse a la vez reactivados y transformados a partir de la pubertad y en función de las nuevas experiencias eróticas que ella entraña”. Durante la adolescencia, el desarrollo de una progresiva disposición para el amor es resultado de un confiable indicador de un reposicionamiento de la libido (Varela, 2004, p. 134).

De acuerdo a Braconnier (1991), la posibilidad de enamorarse desarrollada por un adolescente es señal inequívoca de una transformación, implicando todo un reacomodamiento de sus emociones y de su autoimagen, situación que exige tomar un riesgo, el riesgo de amar a otro, ante lo cual no todos los adolescentes están dispuestos. Varios autores mencionan que las primeras relaciones románticas en la adolescencia contemplan un inicio en el que predominan sentimientos de simpatía y a medida que se va consolidando una relación emocional con ribetes de amistad, poco a poco la atracción física y erótica juega un papel fundamental y luego de las primeras expresiones físicas, como besos y caricias el contacto físico queda en primer plano (Fierro, García, Marti, y Ornuvia 2005).

En referencia a la percepción del enamoramiento, se ha observado que tanto para hombres y mujeres el estar enamorado se vincula con pensar mucho en su pareja y la necesidad de estar juntos. Durante la adolescencia se percibe a los hombres otorgando más importancia a la atracción física, en cambio las mujeres dan mayor énfasis a la posibilidad de compartir y favorecer el compañerismo. Esto se va modificando, y en los jóvenes de entre veinte y veinticinco años se enfatiza el compañerismo y la sensación de felicidad en ambos sexos (Castro, 2004).

La elección de la pareja para contemplar una relación amorosa puede estar determinada por los comportamientos y actitudes que cada uno de los integrantes presenta en referencia al otro, determinando un estilo propio de relación amorosa, en el cual cada integrante presenta ciertas conductas de manera constante en esas relaciones Sternberg, (1989). Bajo esta premisa, Lee (1988) estableció una tipología de estilos de amor: primarios. - Eros o pasional; Storge o amistoso y Ludus o aventurero y secundarios. - Pragma o pragmático-racional; Ágape o altruista-protector y Manía u obsesivo-posesivo.

Cada estilo presenta su particular forma de interacción amorosa; en el Eros, por ejemplo, se valora el amor romántico, la atracción física y emocional resultan esenciales, permitiendo una comunicación abierta y espontánea. En el estilo Storge se valora el compromiso, que requiere un mayor tiempo de convivencia. En el caso del estilo Ludus, el amor y sexualidad son conceptualizados como un “juego” para el disfrute, los individuos no le dan tanta importancia a la permanencia de la relación y viven el presente (Galicia, Sánchez, y Robles, 2013).

Con relación a los estilos secundarios, el de Manía refleja un estilo posesivo y dependiente, se vive la relación de manera intensa y se presenta ansiedad cuando la pareja está ausente debido a un miedo a la pérdida. El estilo Pragma es muy práctico, se busca la elección adecuada de la pareja acorde a uno o varios criterios como edad, educación, posición social, facultad de ejercer adecuadamente la paternidad o maternidad, etc. En cambio, el estilo Ágape se caracteriza por expresar un amor intenso y amigable que busca el bien del otro independientemente

de la reciprocidad existente; en ciertos casos se pueden anteponer las necesidades del otro a las propias (Brenlla, Brizzio y Carreras 2004).

Varios estudios determinan que el estilo de amor en adolescentes y jóvenes está determinando por el género y contexto socio cultural. Así por ejemplo los hombres anglosajones tienden a adoptar los estilos Eros y Ludus, en tanto las mujeres adoptan más los estilos Pragma y Manía, Hendirck y Hendrick (1986). Los españoles aceptan los estilos Eros y Ágape, y las españolas el estilo Pragma Ferre, (2008). Mientras tanto en los jóvenes latinoamericanos predomina el aspecto lúdico y en las mujeres se presentan formas de amar tipo Ágape con mayor estabilidad.

Resulta importante resaltar que si bien las relaciones románticas en la etapa adolescente no tienen las mismas características de las relaciones de parejas adultas, en términos de duración, intereses, y más, ello no significa que dejen de ser experiencias vitales significativas, porque las relaciones románticas constituyen eventos cruciales en la vida de todo ser humano, favoreciendo su proceso de individuación y la consolidación de su identidad sexual Vargas y Barrera (2002), por lo que podrían incidir positiva o negativamente en el establecimiento de autonomía y autoestima.

2.2.3. El noviazgo

El noviazgo es una relación entre dos personas que sienten atracción y afecto, se conocen, entienden, comparten e intercambian sentimientos y caricias. “Es la oportunidad para compartir el mundo interior con otra persona, socializar experiencias, expresar, por ejemplo, el amor, el coraje, la ternura y los celos” (Galicia, Sánchez, y Robles, 2013, p. 1).

En este orden de ideas, el noviazgo adolescente es una relación amorosa transitoria, que brinda a los integrantes de la pareja, la oportunidad de conocerse más a fondo. En esta etapa se pasa de la mera simpatía a una condición de mayor

conocimiento y que a su vez debe estar inspirada por el espíritu de entrega, de comprensión y respecto (Aguilar, 2010).

El noviazgo en la adolescencia comienza en un enamoramiento de tipo emocional, en donde hombres y mujeres tiene objetivos específicos, los cuales por lo general difieren; no coinciden. En los hombres prevalece la atracción física y la idea de que la relación no va a durar mucho tiempo, en las mujeres domina el romanticismo y la impresión que la relación se extenderá hacia el futuro. (Pacay, (2003). En ambos casos la atracción física es el inicio para ser novios (Castro, 2004).

Durante el noviazgo también se puede visualizar rasgos de la personalidad de la pareja, tales como: reacciones emocionales, habilidades de comunicación, escucha y empatía, sentido del humor, gustos, hábitos, creencia, defectos, costumbres y demás elementos posibles de considerar al momento de consolidar los lazos de esa relación (Avilés y Parra, 2015).

En la adolescencia los noviazgos tienden a ser muy inestables, por esta razón es que tanto hombres y mujeres deben elegir correctamente a la pareja, capaz de adaptarse e identificarse con las metas planteadas para su vida. Además, las relaciones de noviazgo se constituyen en un elemento propicio para consolidar la identidad sexual, porque los adolescentes experimentan aceptación con su cuerpo, al sentirse apreciados y valorados por la persona de más interés en su vida (Retana, 2007)

2.3 La sexualidad en la adolescencia y juventud

A menudo, de la mano del noviazgo empieza la curiosidad sexual. “El despertar sexual y el comienzo de la genitalidad adulta son una parte importante de la autoconciencia del adolescente. A pesar de que este proceso se presenta emocionalmente confuso para sí mismo” Bobó, (2004, p. 9). Siendo común el

aparecimiento de sensaciones que buscan experimentar su sexualidad y deseo de conocer acerca de su propio cuerpo y del sexo opuesto.

En la adolescencia, a la par del desarrollo de las primeras relaciones románticas, frecuentemente ocurren las primeras relaciones sexuales. En esta edad las conductas sexuales de los hombres están definitivas por los andrógenos, más que por la presión social, mientras tanto los factores psicosociales son los más decisivos en las mujeres. Es común ver como el desarrollo de una relación amorosa va precedido por algún episodio de vinculación platónica con alguien del sexo opuesto. De hecho, los procesos puberales intervienen tanto en la experiencia física del deseo sexual como en el estado de ánimo subjetivo y en los sentimientos asociados a la relación con el otro sexo (Bronen, 2017).

Ciertos estudios apuntan a que el 34 % de los adolescentes de 15 años y el 40% de 16 años han tenido alguna vez al menos una relación sexual completa; otros muestran que el 18.9% de los adolescentes lo ha experimentado. Así por ejemplo en Guatemala detectaron que entre los 13 y 19 años el 63,5% de una población de 850 investigados había tenido una experiencia sexual Berganza (citado en Castillo, Meneses, Silva, Navarrete, y Campo, 2003). En consecuencia, “La prevalencia de relaciones coitales entre estudiantes adolescentes es cambiante, varía según la población objeto de estudio (Castillo, Meneses , Silva, Navarrete, y Campo, (2003, p. 1).

Moore y Rosenthal (1993) “plantean que los hombres y las mujeres le atribuyen un significado distinto a la actividad sexual genital, el cual no sólo influye en su comportamiento, sino también juega un papel importante en su salud y bienestar sexual” (p. 4). Los hombres afirman que la primera relación sexual representó una experiencia con cierta trascendencia, fue una prueba de confirmación de su normalidad; en cambio las mujeres comunican que su primera vivencia fue con una persona importante emocionalmente para ellas (Vargas y Barrera 2002). Ciertos datos informan que las mujeres experimentan su amor más apasionado y profundo con su primera pareja sexual, entretanto los hombres suelen relacionarse intensamente con la mujer a la que han iniciado sexualmente.

Entonces, la iniciación sexual de los adolescentes está mediada por la familia, el ambiente, el propio desarrollo de la personalidad, la madurez psicológica, los amigos y las normas morales inculcadas en el hogar y las creencias religiosas que practiquen (Retana, 2007).

2.4 Ideas disfuncionales sobre el amor y la pareja

En el caso de adolescentes con vivencias de relaciones conflictivas en la familia o con compañeros, lo más posible es que sus relaciones románticas también sean más tensas, conflictivas o violentas. En tal eventualidad, al establecer relaciones amorosas adelantadas deben afrontar muchos problemas. Por un lado, quizá busquen reestructurar correctamente el tipo de relaciones anómalas vividas en la familia o con sus coetáneos; y en ocasiones caer en el mismo tipo de errores ocasionados en esas relaciones. En definitiva, la precocidad implica una falta de habilidades y madurez para desarrollar unas relaciones íntimas saludables (Wite, 2008, citado por Toro, 2010).

Es en las primeras relaciones amorosas de los adolescentes donde se determinan las primeras ideas o expectativa de lo que sería una relación de pareja y la forma de comportarse en la intimidad, lo cual trascenderá en las vivencias de la vida adulta (Furman y Flanagan, 1997). Por ejemplo, cuando en los adolescentes se ven acciones negativas como los celos o el control desmesurado, se creen que son síntomas de amor y preocupación por la pareja, y no un probable inicio de un problema grave (González y Santana, 2001; Hernando, 2007). En consecuencia, estas acciones negativas son admitidas y en muchos casos consentidas, lo cual origina un ambiente dominante, e incluso la creación de ideas disfuncionales sobre el amor y las relaciones en pareja.

En algunos jóvenes sucede algo parecido, porque creen que enamorarse es hallar su alma gemela, al príncipe azul o princesa, con quien se sienten identificados y experimentan atracción por su apariencia, ideales, objetivos, sueños, aficiones, forma de ver el mundo, etc. y con quienes les interesaría pasar toda una vida; pese

también a identificar en ellos ciertos rasgos poco deseables como interés extremo, control exagerado, dureza, enojo... actitudes que se malinterpretan como el cuidado o esmero que demuestra la persona amada. De acuerdo con el Informe de la Comisión para la Investigación de Malos Tratos a Mujeres (2005) se describen algunas de esas ideas disfuncionales:

- Sólo puedo ser feliz y contar con cariño en mi vida si tengo una pareja.
- Una persona puede quererme y, al mismo tiempo, hacerme sufrir o tratarme mal.
- Los celos de mi pareja son una señal de que me quiere y de que le importo mucho.
- Si él o ella tiene atractivo sexual y/o reconocimiento social voy a ser feliz con él o ella.
- Si le quiero, puedo pasar por alto ciertas conductas controladoras (celular, ropa, salidas, etc.), enfados injustificados o comportamientos vejatorios (gritos, humillaciones, etc.).
- Cuando vivamos juntos, dejaré de ser celoso y le ayudaré a controlar sus adicciones.
- Algún día cambiará porque, en el fondo, es buena persona.
- La fuerza del amor lo puede todo.
- Él es el amor de mi vida. A pesar de todo, lo quiero y me quiere. (citado por González-Ortega y Echeburúa, 2008, p. 210)

A edades tempranas, las víctimas de agresiones carecen de una experiencia positiva para efectuar una valoración acertada de lo acontecido. “Es más, el deseo de control o incluso la violencia verbal pueden iniciarse de forma sutil o ser justificados como una forma de cariño por el agresor, este accionar desorienta a la víctima” (Walker, 1984, citado por González-Ortega y Echeburúa, 2008, p. 211). Por otro lado, la retracción mostrada en principio por los hombres violentos ayuda a reforzar la continuidad de la víctima en la relación, haciéndole creer que la situación puede mejorar, aunque en realidad se acrecenta la posibilidad de aparición de nuevas agresiones, lo cual es un reflejo del ciclo de la violencia.

Después de las primeras agresiones, las víctimas necesitan justificar por qué no rompen la relación, y a menudo la creencia errónea de que “el amor lo puede todo” y con el tiempo todo mejorará, hacen creer a algunas jóvenes que sus esfuerzos conseguirán resolver los problemas suscitados. Sin embargo, pretender satisfacer las demandas de los agresores no garantiza el cese de la violencia, por el contrario, refuerza sus exigencias y mantiene una relación potencialmente destructiva (González, Rosaura, y Santana, 2001).

Las **señales de alarma** que denotan un riesgo alto de estar implicado en una relación de pareja violenta, según lo afirma Alapont y Garrido (2003) se describen en la tabla 1.

Señales que deben ser identificadas en las parejas, tomadas en consideración para decir no a la violencia y evitar en el presente y a futuro actos atentatorios contra la salud emocional y física.

Tabla 1. Señales de alarma próximas a una relación de pareja violenta.

En el agresor	En la víctima
<ul style="list-style-type: none"> • Intenta reiteradamente controlar la conducta de la pareja. • Se muestra posesivo con la pareja. • Es extremadamente celoso. • Aísla a la pareja de familiares y amigos. • Muestra conductas humillantes o actos de crueldad hacia la víctima. • Recurre a las amenazas o a la intimidación como medio de control. • Presiona a su pareja para mantener relaciones sexuales. • Culpa a la víctima de los problemas de la pareja. • Minimiza la gravedad de las conductas de abuso. • Tiene cambios de humor imprevisibles o acceso de ira intensos, sobre todo cuando se le ponen límites. • Su autoestima es muy baja. • Tiene un estilo de comportamiento violento en general. • Justifica la violencia como una forma de resolver los conflictos. • Se muestra agresivo verbalmente. • Responsabiliza a otras personas por sus problemas. • Manifiesta creencias y actitudes sobre la subordinación de la mujer al hombre. • Cuenta con una historia de violencia con parejas anteriores. • Tiene un consumo abusivo de alcohol y drogas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Tiene cambios en el estado de ánimo que antes no tenía. • Muestra actualmente una baja autoestima. • Se siente rara, con problemas de sueño, nerviosismo, dolores de cabeza, etc. • Se muestra confusa e indecisa respecto a la relación de pareja. • Experimenta sentimientos de soledad. • Se aísla de amigos y familiares o carece de apoyo social. • Mantiene u oculta a sus padres o amigos conductas abusivas de su pareja. • Muestra señales físicas de lesiones; marcas, cicatrices, moratones o rasguños. • Le cuesta concentrarse en el estudio o en el trabajo. • Tiene conciencia de peligrosidad (temor sobre nuevos episodios de violencia) • Ha sufrido violencia en relaciones de parejas anteriores. • Tiene un consumo abusivo de alcohol y drogas.

En este capítulo se ha abordado de forma general el tema de la adolescencia y juventud, y en forma particular sus relaciones sociales y emocionales, principalmente el noviazgo, determinando que la adolescencia es una etapa de múltiples cambios y contrastes, en los que se intenta forjar una identidad, y precisamente son las relaciones entre pares el elemento catalizador o coadyuvante de esta identidad. Las amistades en la adolescencia, ejercen una gran influencia en el desarrollo de la identidad, ya que “proporcionan apoyo emotivo e instrumental en las actividades cotidianas” (Grinder 1982, p. 289). Los amigos se convierten en un soporte emocional, permitiendo crear vínculos afectivos. No obstante, las amistades también inciden en el proceso de alejamiento de los padres y madres, ya que, “en el plano emotivo, transfiere a los compañeros muchas necesidades afectivas sino también porque permite, como el grupo, aliarse para arrancar permisos y también porque tranquiliza en los momentos de ansiedad” (Lutte 1999, p. 250). Por esto, las amistades se convierten en las relaciones más significativas durante esta etapa.

Así como las relaciones entre pares se constituyen en un elemento importante en la conformación de la identidad, también lo es el noviazgo el cual empieza a propiciarse y desarrollarse cada vez a más tempranas edades. El noviazgo “puede responder al deseo de sentirse mayor; de ser considerado como tal, de no sentirse inferior a los otros, de ser el centro de la atención” (Lutte, 1991, p. 272). También, permite al adolescente sentirse autónomo ya que establece una conexión fuera de la familia (Retana, 2007).

Con el noviazgo, puede darse el inicio de la sexualidad, la misma que está delimita por diferencias entre hombres y mujeres, generalmente de tipo social. Por ejemplo, el sexismo reinante en la cultura, en especial la latina permite mayor libertad sexual para los hombres a quienes no se les exige llegar vírgenes al matrimonio. En cambio, las mujeres sufren cierta represión e incluso por los patrones culturales deben mantener su virginidad hasta casarse.

Son estas creencias propias de la sociedad patriarcal quienes establecen estereotipos de género, instituidas por los adolescentes mediante un proceso de socialización. Estereotipos transmitidos de generación en generación que causan juzgamiento y reprobación a las personas que no cumplen con el ‘rol’ social que se prevé para ellos. “Este tipo de socialización refuerza patrones de comportamiento diferentes para ambos sexos provocando el surgimiento y perpetuación de conductas sexistas que ponen en una posición de desventaja, inferioridad y sumisión especialmente a las mujeres” (Retana, 2007, p. 3). Estas ideas de designación de comportamientos sociales basados en las diferencias biológicas, contribuyen a la extensión de la violencia de género en la pareja, y en el noviazgo.

En síntesis, la interiorización de los roles tradicionales de la mujer y la excesiva idealización del amor pueden colaborar al desarrollo de algunas ideas disfuncionales sobre el amor y las relaciones de pareja, incluso ciertos comportamientos inadecuados pueden entenderse como síntomas de amor y preocupación por la pareja (Díaz Aguado, 2005; Hernando, 2007). Es decir, las ideas establecidas socialmente de roles y rasgos concretos para hombres y mujeres pueden conducirlos a realizar o admitir actos de violencia. “En muchos casos, conductas que deberían categorizarse como violentas se interpretan como juegos o expresiones de afecto, principalmente en la adolescencia; las manifestaciones de violencia psicológica son especialmente las más difíciles de reconocer” (Cantera, Estébanez, y Vásquez, 2009, p. 5)

CAPÍTULO III

IDENTIDAD Y RELACIONES DE GÉNERO

En este capítulo se definen algunos términos básicos como género, sexo, rol de género, estereotipo de género; con el propósito de comprender cuáles podrían ser los factores que a lo largo de la historia han originado una sociedad patriarcal, sexista y poco equitativa entre hombres y mujeres. También se aborda la diferencia en la autopercepción del adolescente hombre o mujer, derivados de los patrones culturales tradicionales.

3.1 Género

El concepto de género puede explorarse desde sus orígenes en los años setenta, cuando fue planteado por la antropóloga norteamericana Gayle Rubin (1976), quien usó este nombre para explicar cómo la sociedad construye la subordinación de las mujeres, cuestionando las posiciones esencialistas que establecen las desventajas de estas, desde las diferencias biológicas. Es a partir de los postulados de Rubin que se explica cómo las diferencias sexuales van traducéndose en desigualdad real y originando relaciones de poder asimétricas entre hombres y mujeres (UNICEF, 2014).

De acuerdo con Lafuente (2010) el género es el conjunto de valores, creencias, estereotipos y roles asignados a los seres sexuados, de allí que exista una diferencia entre sexo y género; el sexo involucra una diferencia biológica y el género, en cambio, involucra una diferencia cultural. El género es un “proceso socialmente construido” que se produce en medio de “relaciones de poder”, es una forma de significar las "construcciones culturales", el origen social de ideas sobre los roles definidos para hombres y mujeres. Además, es “una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado” (Scott, 1996, p. 265). En definitiva, podría afirmarse que los seres humanos, en referencia al género, somos el resultado de las costumbres, formas de vida, hábitos, leyes, enseñanzas consideradas por un grupo

como adecuados para la formación e interacción entre los demás; es decir, lo que tiene relación con el entorno social en que se vive.

En este sentido, los estudios sobre género parten del reconocimiento de que tanto las actitudes como las relaciones entre géneros son aprendidas en el entorno socio cultural, y no son propias de la naturaleza o del sexo en sí (Lupa, 2009).

La orientación sexual se refiere a la preferencia sexual que se establece en la adolescencia la cual coincide con la época en la que concluye el desarrollo cerebral: preferencia heterosexual (98%) u homosexual (2%) (Lafuente, 2010).

La “identidad de género” corresponde a la conciencia personal del individuo acerca de su sexo, sea femenino o masculino. Este concepto edificado socialmente, engloba la auto percepción y el esquema del “yo”. El género, como tal, es la expresión de comportamientos, actitudes, habilidades y rasgos conforme las pautas sociales y culturales a las que pertenece. (Papalia, Olds, y Feldman, 2005). Los comportamientos, actitudes y demás dimensiones se consolidan por medio del proceso de socialización del individuo vivenciada desde la niñez, por las influencias socio ambientales y las construcciones propias de una interacción bio psico social que perdurará toda la vida Lafuente, (2010).

3.2 Roles de género y la construcción de poder en las relaciones

Los roles de género se refieren a las prescripciones, normas y expectativas de comportamiento consideradas apropiadas para hombres y mujeres (Lara, 1993). Woolfok (2010) concuerda con el criterio anterior, pues considera que los roles de género son las expectativas sobre cómo se deben comportar los hombres y las mujeres. Roles que varían conforme la cultura, la época y el contexto. Las expectativas que se describen en el trabajo de las dos autoras precitadas se consideran como supuestos contruidos por la sociedad, en la que la familia se constituye en el principal transmisor de lo “apropiado” para ambos sexos, porque

ahí se transmiten normas, valores e ideas (Gianini, 2001; Herrera, 2000; Meras, 2005, citados por Mendoza, 2013).

Los roles de género delimitan el conjunto de comportamientos previstos y asignados a los hombres o mujeres desde la cultura, en una sociedad y momento histórico determinado. A través del rol de género, se determina cómo debe comportarse el hombre y la mujer en la sociedad, en la familia, con respecto a su propio sexo, al sexo opuesto, en una relación. Al respecto Rius, (2004) manifiesta que en el rol también está:

“incluido determinadas particularidades psicológicas atribuidas y aceptadas, emanando de aquí lo que resulta valioso para definir la feminidad o la masculinidad. Estos valores hacia lo masculino y hacia lo femenino se transmiten generacionalmente a través de las diversas influencias comunicativas existentes en la sociedad” (p.23).

En América Latina, particularmente, la sociedad ejerce una enorme influencia sobre los adolescentes a adherirse a los roles de género tradicionales y considerados ideales, lo que puede redundar en valores, actitudes y prácticas que pueden poner en riesgo la salud física y emocional de los adolescentes (Scutt-Aine y Maddaleno, 2003).

Dentro de las teorías explicativas de los roles de género, se encuentran: la teoría biológica, la factorial y la cognitiva. La biología interviene en el desarrollo de los roles de género, desde muy temprana edad, las hormonas afectan el nivel de actividad y de agresión, Los hombres tienden a preferir un juego activo y rudo, además los estilos de juego determinan con quién estos hombres van a jugar, y en este caso es con personas de su mismo sexo (Woolfok, 2010).

Según Woolfok (2010) entre los cuatro y cinco años, los niños empiezan a adquirir una idea de los roles de género, guiados por los esquemas que de alguna manera le describen la ropa, los juegos, los juguetes, las conductas y hasta las profesiones que son adecuadas para hombres y mujeres. Estos estereotipos pueden

ser rígidos y altamente peligrosos, pues empiezan a abrir una brecha en la forma de comportarse con personas del otro género, determinando un sistema cultural con un ordenamiento social, político y económico de tipo patriarcal.

Marta Mola (1981) explica el patriarcado como un orden social distinguido por relaciones de dominación y opresión, establecidos por unas personas sobre otras. Así por ejemplo los hombres dominan la esfera pública y privada (hogar). En este sentido, y como lo señala Quirós (1999) el poder patriarcal no se limita a ejercer el dominio, o el control sobre las mujeres, su poder de dominación se extiende a otras muchas relaciones derivadas de una dependencia desigual que se utiliza para dominar a otros seres humanos. En términos generales se puede definir el poder como aquella fuerza que se pone en juego en todas las relaciones y determina la forma de dominio.

Toda persona en el momento de relacionarse con otras pone en juego una serie de fuerzas personales, experiencia, confianza en sí mismo, conocimientos, recursos económicos, los cuales van a ser utilizadas para defender y hacer realidad deseos e intereses. El problema, como los señala Quirós (1999) es que a muchas personas se les ha expropiado o debilitado esas fuerzas, convirtiendo en una tarea difícil la salvaguarda de sus intereses, mientras que a otras se le ha enseñado y estimulado a usarlas sólo para su beneficio, sin pensar en las necesidades latentes de los demás. En el sistema patriarcal, estas fuerzas están definidas por el lugar social que se ocupe y el valor social asignado; sea el género, la clase social, el nivel de escolaridad, la etnia, la lengua, la condición de salud, etc.

Es así como el poder, a más de ser una fuerza que se pone en juego, es también una estrategia necesaria para hacer efectiva esa fuerza, porque no es suficiente tener el poder, sino ejercerlo en la materialización de deseos e intereses; por ello algunos sociólogos exponen que el poder no solo se tiene, se ejerce (Quirós, 1999). Al respecto Lagarde (1998) afirma que el hecho de tener más poder, más fuerza y ejercerla en una relación con otra persona no implica necesariamente daños y problemas, lo que puede generar graves daños es la forma, represiva, invasiva y

anuladora con la cual se hace uso de esa fuerza. Cuando se emplean o ejercen esas fuerzas para desarrollar las potencialidades del otro, se habla de un poder para el bienestar o para el buen vivir, en cambio si emplea esas fuerzas para castigar, para tentar contra la integridad, desarrollo y libertad del otro, se habla de poder de dominio. Lagarde (citada por Quirós, 1998, p. 134) este poder se transforma en graves formas de violencia que atentan contra las personas, generando en ellas, miedo, dolor, impotencia, rabia e inseguridad.

Foucault (1992) si bien no utiliza literalmente la definición de dominio, a través de sus tratados e investigaciones deja entrever que el poder de estilo dominante contempla las siguientes particularidades:

- Se ejerce a través de la vigilancia, tanto externa como interna, porque resulta más barato vigilar que castigar.
- El poder se ejerce y se cede, toda persona puede en un momento dado ejercer el poder o ceder el dominio, sea en forma parcial o total.
- Saca de los cuerpos tiempo y trabajo, al ejercer el poder de dominio sobre otros, se está haciendo uso de su cuerpo, energía, bienes simbólicos y materiales, incluso se aprovecha de bienes emocionales, ya que para para ejercer su poderío tiene que despojar a otros de algunos de sus poderes.
- El poder de dominio se practica sobre el placer y el cuerpo, no es difícil deducir por qué se necesita controlarlos, cerrarlos o limitarlos.
- El poder circula, el poder no se divide entre quienes los tienen y ejercen y los que no lo tienen y lo deben soportar, el poder circula en las relaciones y se ejerce en cadena.

Ahora bien, el poder de dominio se ejerce de formas diversas, puede ser represivo porque limita las libertades, los derechos, coarta la humanidad del otro; opresivo porque quien lo ejerce es intolerante, dominante, impone, sojuzga y mantiene al otro en estado servil. Lagarde (1998) manifiesta que el poder de dominio es tener la posibilidad de decidir e intervenir en la vida de otros con hechos que obliguen, prohíban o impidan a cualquier persona planear, dirigir, elegir,

decidir por sus vidas; es, en otras palabras, apropiarse de sus derechos a la libertad, a la integridad (Quirós, 1999).

Considerando que “el poder es una construcción social e histórica, una categoría relacional y dialéctica que las personas no la poseen sino que la ejercen al interactuar con otras y con su entorno” (Camacho, 2003, p. 35) es posible afirmar que desde las construcciones sociales de género, el poder se ha distribuido de forma desigual, dándole mayor autoridad a los hombres, y colocando a las mujeres en una situación subordinada, siendo necesario aclarar que el poder puede ser utilizado con muchos fines y no siempre es sinónimo de dominación. Sin embargo, cuando se recurre a él para imponer o someter a otro se constituye en empleo abusivo del poder (UNICEF, 2014).

Para concluir con este tema, es preciso reconocer que la violencia siempre es una forma de ejercicio del poder de dominio, mediante el uso de la fuerza física, psicológica, económica o política.

3.3 Autoconcepto

Desde la dimensión psicológica, el autoconcepto por lo general se refiere al conocimiento y las creencias que tienen las personas acerca de sí mismas: sus ideas, sentimientos, actitudes y expectativas (Pajares, 2001, citado en Wollfok, 2010, pág. 89). Para Piers (1967) es un conjunto de actitudes descriptivas y valorativas hacia uno mismo. Autopercepciones que dan inicio a autovaloraciones (cogniciones) y sentimientos (afectos) los cuales tienen efectos motivacionales sobre la conducta humana (como se cita en Gorostegui, 2004, p. 25).

Para Carl Rogers (1975) el autoconcepto es una conformación organizada de percepciones sobre sí mismo, así como las características y habilidades que posee la persona en relación con los demás y con el medio ambiente (como se cita en Miccarelli, 2000, p. 14). En cambios para los Psicólogos cognitivos como Bandura (1984) consideran que el autoconcepto cumple una función clave como

organizador y motivador de la experiencia: manteniendo una imagen consistente de quiénes somos y cómo reaccionamos en circunstancias diversas. En este sentido, el juicio de si una conducta es consistente o no con la autoimagen, ayuda a configurar nuevas experiencias conductuales. Juicios relativos al éxito o fracaso de una acción particular, o afectos relacionados con sus resultados, sirven a una función motivacional en cuanto a la probabilidad de su realización (Bandura, 1984).

Para Woolfolk (2010) el autoconcepto es un intento de autoexplicar lo que es cada uno, de construir un esquema (en términos piagetianos) que organicen los sentimientos, impresiones y creencias acerca de nosotros mismos. En cambio, Shavelson, Hubner y Stanton (1976) sostienen que el autoconcepto se estructura en varios dominios como son: académico, personal, social y físico, los cuales tendrían sus respectivas subclasificaciones. En este mismo orden de ideas, Epstein (1981) describe al autoconcepto como una realidad compleja, integrada por diversos autoconceptos más concretos, como el físico, social, emocional y académico, que, a su vez, representan una realidad dinámica la cual se modifica con la experiencia y se desarrolla a partir de las experiencias sociales, especialmente con las personas significativas. Por lo tanto, el autoconcepto es esencial para tratar de entender las ideas, sentimientos y comportamientos de hombres y mujeres.

En los últimos tiempos se han determinado 17 autoconceptos diversos en áreas no académicas (personal, social y físico), por ejemplo: apariencia física, popularidad, confiabilidad, relación con los padres, estabilidad emocional, etc. y en áreas académicas como: verbal, matemática, resolución de problemas, arte e informática (Marsh, 2006). En adolescentes y jóvenes, los autoconceptos específicos y separados no están integrados en el autoconcepto general, por lo que su autoconcepto depende de situaciones específicas.

Rodríguez (2012) considera que es posible reconocer en el autoconcepto tres elementos o niveles constituyentes que se encuentran interrelacionados entre sí, y que son:

- Nivel cognitivo-intelectual: compuesto por las ideas, opiniones, percepciones, experiencias y demás información analizada procedente del entorno; lo que permite fijar el concepto que se tiene de uno mismo.
- Nivel emocional afectivo: juicio de valor que se realiza la persona sobre las cualidades personales, resaltando lo agradable o desagradable que visualiza el sujeto de sí mismo.
- Nivel conductual: aquí se encuentra la capacidad de actuar, es decir de llevar a la práctica un comportamiento definido.

Cuando un adolescente al autodescribirse emplea juicios de valor satisfactorios tendrá un autoconcepto global positivo, mientras que, si utiliza frases y pensamientos negativos, redundará en un autoconcepto global negativo. En este sentido, el autoconcepto tiene una influencia directa en la formación de la personalidad ya que involucra la competencia social, la cual se relaciona con el accionar de las personas en cuanto tiene que ver con sus emociones, en cómo aprende, en cómo se comporta, como piensa, cómo se valora, cómo se relaciona con los demás (Cazalla, 2013).

Es importante mencionar que la adquisición de identidad del adolescente está estrechamente relacionada con el desarrollo del *autoconcepto* o *autoimagen*. El desarrollo cognitivo del adolescente le permite percibirse, conceptualizarse y evaluarse con mucha mayor precisión que en la infancia, y de modo claramente diferenciado y diferenciador respecto de quienes le rodean. La percepción y valoración de sus relaciones sociales, su apariencia física, su rendimiento académico o en si fuera el caso, su rendimiento laboral, sus logros deportivos, su moralidad, van configurando su autoconcepto. En principio, cada una de estas circunstancias son percibidas e interpretadas de un modo u otro si se producen en presencia de (o en relación con) compañeros, amigos, padres, profesores, o desconocidos. Son aspectos influyentes de la realidad cuyos efectos sobre la autoimagen deben quedar integrados, unitariamente, al finalizar la adolescencia. (Toro, 2010).

El autoconcepto es una pieza fundamental dentro de la personalidad del adolescente ya que no solo le ofrece una imagen de sí mismo, sino constituye el filtro en la percepción de la realidad o predispone la manera como se accede a un hecho, una acción, una idea. Crea además expectativas hacia las capacidades y habilidades propias y estas condicionan cómo se accede a la información o interpretación que se hace de ésta (Casamayor, 2002).

Gorostegui (2004) considera que hoy en día, existe un acuerdo generalizado de que el autoconcepto no es innato, sino que se construye y define a lo largo del desarrollo a partir de la influencia de personas significativas del medio familiar, escolar y social, en interacción con las propias experiencias de éxito y fracaso. Además, hay consenso en que el autoconcepto cumple una función mediadora que le facilita o le impide a una persona realizar una tarea, es decir, condiciona y realimenta la conducta.

Por otro lado, Bedmar y Peterson (1996) consideran que la ausencia de un autoconcepto positivo puede ser una señal de personalidad disfuncional, ya que, a través de sus investigaciones, la han encontrado como factor básico en muchas patologías psiquiátricas, especialmente en la depresión, llegando a niveles de autodesprecio, pérdida de confianza en sí mismo, entre otras anomalías. En cambio, el autoconcepto negativo puede ser causa y consecuencia de desórdenes de conducta y centran el problema en factores psicológicos internos, como las emociones, los factores afectivos y el tomar conciencia de las valoraciones que acompañan las conductas de las personas.

En conclusión, el conocimiento y las creencias que tienen los adolescentes y jóvenes sobre sí mismos, autoconcepto, es uno de los elementos que les permitirá frenar o convertirse en víctima de hechos violentos.

3.3.1 Factores que repercuten en la conformación del autoconcepto

Algunos autores como Rodríguez (2012) consideran que existen un sinnúmero de factores que ayudan a configurar el autoconcepto, y son los siguientes:

- Actitud o motivación: predisposición que tiene un individuo para reaccionar ante una situación luego de valorarla como positiva o negativa, y a partir de ella generar una respuesta.
- Esquema corporal: vinculada con la concepción que el individuo tiene sobre su propio cuerpo, asociada con las relaciones sociales, modas, complejos y sentimientos acerca de uno mismo.
- Aptitudes: concebidas como las capacidades del individuo para ejecutar una tarea, aquí tienen influencia directa las habilidades cognitivas, y las experiencias.
- Valoración externa: en este caso se refiere a la apreciación que las demás personas tienen sobre un individuo, dentro de la cual se encuentran los halagos, el contacto físico, el reconocimiento social, las expresiones gestuales, etc.

En forma general se ha observado que, en los primeros años de la adolescencia, dos conjuntos de características personales incluidas en el autoconcepto o autoimagen se relacionan no solo con depresión y desesperanza, sino además con ideas suicidas. Uno de ellos incluye la sensación de competencia, definida en términos de apariencia física, aceptación por parte de amigos, y práctica deportiva. El otro incluye la competencia académica y la conducta observable. La autoevaluación también está muy influida por el grado de apoyo social suministrado por padres y amigos (Toro, 2010).

3.4 Autoestima

Es bastante común que se utilice el autoconcepto como sinónimo de autoestima, generando confusión no sólo en el manejo teórico, sino también en el metodológico. Woolfok (2010) piensa que mientras el autoconcepto es una estructura cognoscitiva, lo que uno cree que es; por ejemplo, la creencia de que uno es simpático o buen atleta. La autoestima es un sentimiento general de valía personal que incorpora los autoconceptos en todas las áreas de la propia vida, por lo tanto, es el “juicio general de lo que uno vale como persona. (O`Mara, 2006).

La autoestima es el conjunto de experiencias subjetivas y de prácticas de vida que cada ser humano experimenta y realiza sobre sí misma. En la dimensión subjetiva intelectual, la autoestima está conformada por los pensamientos, conocimientos, intuiciones, dudas, elucubraciones y creencias acerca de sí mismo, pero además por las interpretaciones elaboradas por el sujeto sobre lo que le sucede y lo que hace que suceda. Es decir, la autoestima es una conciencia del “yo” en el mundo y, por ende, es una visión del mundo y de la vida. En la dimensión subjetiva afectiva, la autoestima estaría constituida por las emociones, los afectos y los deseos sentidos sobre sí mismo, sobre la historia personal, los acontecimientos que marcan a esa persona, las experiencias vividas y también las fantaseadas, imaginadas y soñadas (Lagarde, 2001).

A partir de lo expuesto se desprende que la autoestima es una dimensión tan importante en la personalidad del adolescente la cual influye en su comportamiento; adolescentes con autoestima baja son proclives a ser titubeantes, excesivamente sensibles a las críticas, o pesimistas delante de cualquier implicación personal; si la autoestima es alta, la tendencia de comportamiento es la contraria. Algunos aspectos como el desarrollo emocional, la manera de implicarse con lo que les rodea o las relaciones con los demás están mediatizadas por la autoestima. Así, por ejemplo, los adolescentes tienen propensión a interactuar con personas que los valoran para no deteriorar su autoestima. (Casamayor, 2002).

La autoestima, como amor a uno mismo y amor propio, basado en el respeto a uno mismo, la capacidad de recabar para sí mismo todo lo bueno, y de cuidar vitalmente el propio yo. “Es decir, la autoestima tiene como definición una conciencia, una identidad de género y un sentido propio de la vida” (Lagarde, 2001, p. 10). La autoestima positiva en el adolescente, le permitirá aprender más eficazmente, desarrollar relaciones agradables, estará capacitado para aprovechar las oportunidades que se le presenten, para trabajar productivamente y ser independiente, y ser conciente del rumbo seguido.

3.5 Autopercepción sobre la imagen de la mujer y el hombre

Todo individuo social tiene una visión propia de sí mismo y de la realidad circundante. Las concepciones o percepciones individuales de uno mismo y de la realidad social, son estructuras coherentes producidas y reproducidas por el individuo en el curso de su interacción social. Estas estructuras son sistemas autónomos conocidos como “sistemas de autopercepción social”. Sistemas se constituyen en la plataforma del esquema motivacional del individuo, y por tanto el fundamento último de su acción. El sistema de autopercepción social de un individuo está constituido por el conjunto organizado, dinámico y coherente de sus conceptos, actitudes, deseos, expectativas, voliciones y valoraciones (Díaz, 1992).

Como se mencionó anteriormente, a pesar de que ciertos estereotipos han cambiado en los últimos años, siguen coexistiendo patrones de masculinidad y feminidad, a más de una fuerte presión social sobre el individuo, mucho antes de llegar a la adolescencia, para así adaptarse a los papeles sociales propios de su género (sexo), acordes a su edad. Diversos estudios como los de Pastor y García (1991) concluyen que existen claras diferencias de género en torno al autoconcepto, autoimagen y autoestima, las niñas, específicamente, luego de los doce años, suelen presentar un menor autoconcepto en correspondencia a sus pares hombres, puede ser debido al papel que juega la mujer en la sociedad, lo cual contribuye a generar expectativas similares en las niñas y adolescentes quienes tienden a reproducir esos modelos a medida que se desarrollan.

La autopercepción de alguna manera está determinada por los roles de género, así cuando escuchamos rasgos como: agresivo, asertivo, dominante, poco sensible, objetivo, práctico, seguro, competitivo, coincidiremos que éstas son algunas de las cualidades que se consideran típicamente masculinas en nuestro medio. En tanto que al escuchar rasgos como fragilidad, inocencia, debilidad, sensibilidad, emotividad, corresponden a las cualidades determinadas como femeninas (Lagarde, 2001).

Por otro lado, la mayor o menor identificación de los adolescentes con el género propio de su sexo influye de manera importante en su autovaloración personal o autopercepción, pero de manera diferente según se trate de hombres o mujeres. Una alta masculinidad se asocia a una elevada autoestima y a una buena aceptación por parte de los amigos y compañeros. Las mujeres dan muestras de una mayor flexibilidad genérica. En efecto, unos niveles altos y simultáneos de masculinidad y de feminidad se asocian significativamente a una buena autoestima y a la aceptación de coetáneos.

Las mujeres, especialmente en los primeros años de su adolescencia, suelen ser más conscientes de sus características personales y tienden a tenerse menos estima que sus pares hombres. Esta baja autoestima femenina es más frecuente en las adolescentes de menarquia temprana y en quienes han iniciado un noviazgo. Esta tendencia a una baja autoestima probablemente se asocia a los cambios puberales, el aumento de peso, la importancia otorgada a la apariencia física y la consiguiente insatisfacción corporal. Los hombres con un desarrollo puberal avanzado se sienten más atractivos y más seguros de su cuerpo que las mujeres de maduración puberal similar.

La autopercepción de la mujer se asocia a los atributos femeninos y los roles que tradicionalmente se le han conferido; ser alegre, cariñosa, leal, amable, delicada, tierna, tímida, sensible, comprensiva, compasiva, dependiente emocionalmente, focalizada en las relaciones, pasiva, obediente, maternal, discreta, con la capacidad de brindar apoyo incondicional al hombre (Marrero y Carballería,

2002; Monroy, 2002, Mendoza, 2013). No obstante, las asunciones de estos roles llevadas al límite determinan un complejo concepto de feminidad que puede redundar en la sumisión, caracterizada por negar las necesidades propias, dejarse dominar y hasta humillar, mostrarse conforme ante el fracaso y la tristeza o abandonar sus propios proyectos (Larraín, Bascuñán, Martínez, Hoecker, y González, 2006).

La autopercepción del hombre se relaciona con ser independiente, autosuficiente, individualista, competitivo, ambicioso, dominante, con fuerte personalidad, fuerte, valiente, atlético, asertivo, activo, emprendedor, analítico, líder, osado, capaz de tomar decisiones con facilidad, cabeza de familia, con iniciativa, poco sentimental, protector (Monroy, 2002). Una autopercepción del hombre, llevada al límite, se traducen en machismo y comprenden rasgos tales como ser agresivo, violento, irascible, aventurero, con varias parejas emocionales, controlador, carente de emociones y sin necesidad alguna de buscar ayuda en los momentos de estrés emocional (Larraín, 2006).

Tanto la masculinidad como la feminidad se relacionan con la autopercepción y dan cuenta de representaciones sociales y culturales edificadas desde la infancia y sometidas a las expectativas sociales del rol de género. En este sentido, la masculinidad se proyecta a lo largo de la historia de la humanidad como sinónimo de poder, competitividad, virilidad, determinando una suerte de agresividad constante que le confiere per se, la dominación tanto social como cultural y política.

En cambio, la feminidad ha sido tradicionalmente conceptualizada en oposición a la masculinidad, “pues representa ese otro a quien el hombre cuida; a quien el hombre provee; a quien el hombre seduce; a quien el hombre copula; y, a quién el hombre domina” (Lafuente, 2010, p. 11).

En conclusión, y considerado una visión crítica acerca de los apartados de este capítulo, puede decirse que la adolescencia es una etapa donde se marcan y

demuestran los llamados roles de género y especialmente las expresiones de masculinidad o feminidad, expresiones transmitidas en el seno familiar y en el contexto social. Si bien, el proceso de construcción del género, se inicia con el apareamiento mismo de la nueva vida y su desarrollo en el vientre materno, ya que el entorno familiar cercano (y especialmente papá y mamá), comienzan a crear una serie de expectativas tendientes a estereotipar al bebé de acuerdo al posible sexo.

“Entre los humanos existe una tendencia irreprimible a etiquetar sexualmente a los demás, y especialmente a los bebés, la cual se acompaña de comportamientos diversos. Así tan pronto como nace, se le enseña mediante gestos, voces, juguetes y vestidos, el sexo al cual pertenece” Badinter, (1993, p. 59).

Las marcadas diferenciaciones entre hombres y mujeres, (que se inician desde el nacimiento) determinan un conjunto de normas y valores que para García (2000) ubican a la mujer en una posición de subordinación respecto al hombre, subordinación que podría alentar o favorecer la violencia de género. En este sentido, los patrones culturales juegan un papel importante en la definición de roles (actitudes y mecanismos) que fomentan la desigualdad y por consiguiente podrían influir en la violencia de pareja. La percepción o autopercepción de los masculino y femenino, desarrolla una jerarquía de poder, en donde es el hombre quien domina y ejerce todo el control a las mujeres y a ellas se les asigna una feminidad complementaria como lo denomina Briceño (2001) en donde viven en función de una figura masculina (padre, esposo, hijo mayor). Por ello ha resultado útil identificar los modelos que los y las adolescentes están percibiendo para establecer relaciones de noviazgo.

CAPÍTULO IV

PODER Y VIOLENCIA EN LAS PAREJAS DE ADOLESCENTES Y JÓVENES

La definición de masculinidad y feminidad ha determinado una sociedad desigual, en la que ha predominado la subordinación de las mujeres en muchos campos de acción, permitiendo que los hombres aprovechen de su predominio social para imponer sus deseos y sus intereses, llegando en muchos casos a utilizar la fuerza o la violencia para lograr tal imposición, por lo que conviene analizar en este acápite las distintas manifestaciones de la violencia y cómo se gestan las relaciones de poder en las parejas jóvenes, entendiendo cómo estas relaciones de poder pueden influir en patrones de violencia en la pareja y en las experiencias de victimización.

4.1 La violencia

Por lo general, la violencia es considerada como cualquier hecho inusitado por el cual una o varias personas producen agresiones o sufrimientos físicos, psicológicos entre otros, usando fuerza, intimidación, engaños, amenazas que causan daño o logran algún beneficio e incluso aniquilan la voluntad de las víctimas.

La violencia puede presentarse en diferentes esferas, determinando distintitos tipos generales de violencia, así por ejemplo: la violencia social se refleja en la pobreza y la marginalidad de los sectores vulnerables que viven en situaciones precarias; correlativa a esta violencia, se encuentra política, en donde los grupos de poder se burlan de los electores, la prepotencia y la demagogia se convierten en norma de conducta; también se encuentra la violencia cultural, la cual distorsiona los valores de la identidad nacional; la violencia psicológica, presente frecuentemente con el maltrato verbal, acoso permanente y privación de los derechos y valores fundamentales de los congéneres; una forma de violencia muy extendida es la violencia de género (la que interesa en esta investigación), la cual es definida como cualquier acto que involucra fuerza o coerción, con intención de

perpetuar o promover relaciones jerárquicas de género; ligada a este tipo de violencia, se encuentra la violencia familiar o doméstica que se presenta ante la falta de respeto entre los miembros de una misma familia (García y Saavedra, 1999). Otros autores como Contero (2015) propone además la violencia delincuencia, relacionada con el robo, la estafa, el narcotráfico, el secuestro, el sicariato, el terrorismo, que parecen haberse salido de control en nuestros tiempos.

A menudo, se suele emplear en forma sinónima la violencia de género, la violencia doméstica y la violencia contra la mujer, por lo que se considera pertinente examinar los alcances y dimensiones de estas tres formas de violencia.

De acuerdo con la Declaración de la ONU (1993) la violencia contra la mujeres cualquier acto que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se produce en la vida pública como en la vida privada (Yugueros, 2014).

De acuerdo con la Declaración citada, los actos que constituyen violencia contra las mujeres son:

- A. La violencia física, sexual y psicológica que se produce en la familia, incluidos los malos tratos, el abuso sexual de las niñas en el hogar, la violencia relacionada con la dote, y otras prácticas tradicionales nocivas para la mujer, así como los actos de violencia perpetrados por otros miembros de la familia y la violencia relacionada con la explotación.
- B. La violencia física, sexual y psicológica perpetrada dentro de la comunidad en general, inclusive la violación, el abuso sexual, el acoso y la intimidación sexual en el trabajo, en instituciones educacionales y en otros lugares, la trata de mujeres y la prostitución forzada.
- C. La violencia física, sexual y psicológica perpetrada o tolerada por el Estado, dondequiera que ocurra (Yugueros, 2014).

Se observa que los conceptos violencia de género y violencia contra las mujeres se emplean como sinónimos, además que esta tipología de violencia no se circunscribe a un lugar determinado puede ser en el hogar (violencia doméstica) o en la esfera pública, y va dirigida hacia las mujeres, por el simple hecho de ser mujeres, esta es precisamente la especificidad de este tipo de violencia (Maqueda, 2006; Peris, 2009).

Además, de acuerdo con la citada Declaración; la violencia de género no solamente se produce en las relaciones de pareja o expareja en convivencia, sino que se extiende a las relaciones de pareja donde no existe convivencia, por ejemplo, las de noviazgo, entre adolescentes (Leal, 2008; IAM, 2009; Lorente, 2010).

En este sentido, y considerando el amplio espectro de las relaciones de pareja, que va desde las relaciones de noviazgo hasta las conyugales, se manifiestan conductas violentas en mayor o menor medida, con lo cual la violencia contra la mujer no puede circunscribirse únicamente a la violencia doméstica o conyugal, pero tampoco generalizarse dentro de la violencia de género, que forma parte de un sistema de relación violenta en la cual la víctima, bien pudiera ser el hombre, por su condición de ser hombre (Batiza, 2017).

4.2 Formas de violencia

Dentro de las principales formas de violencia se encuentran la violencia física, psicológica y sexual, a continuación, se describen cada una de ellas:

4.2.1 Violencia física

A menudo es definida como una invasión al espacio e integridad de otra persona, y que puede desarrollarse de dos maneras; la primera es el contacto directo con el cuerpo de la otra persona mediante golpes, pellizco, empujones, puñetazos, jalones, etc. La segunda, es limitando sus movimientos de diversas formas:

confinamiento, encierro, provocación de lesiones, aventarle objetos e incluso llegar a producirle la muerte González (citado por Avilés y Parra, 2015, p. 15).

Es decir, la violencia física contempla una amplia gama de situaciones tales como, castigos corporales (golpes, azotes, pellizcos, palmadas, hasta lesiones penales o la muerte); permanencia forzada en lugares, encerramientos, inmovilizaciones entre otros.

4.2.2 Violencia psicológica

Puede incluir burlas, humillaciones, insultos, palabras hirientes, notas o segregación en la participación de actividades, basadas en la discriminación por cualquier motivo: origen, grupo étnico, género, preferencia sexual, condición física o mental, entre otras. Para Rodríguez (2014) la violencia psicológica en una relación de pareja se caracteriza por el uso de gritos, amenazas de daño, aislamientos sociales, celos, posesividad extrema, intimidación, insultos, críticas constantes, acusaciones sin fundamento, ignorar, no dar importancia o ridiculizar las necesidades del otro, etc.

Kirwood (2006) relaciona este tipo de violencia con el concepto de agresión intelectual o moral, caracterizada por la hostilidad verbal o no verbal reiterada que perjudica directa o indirectamente la estabilidad emocional de la otra persona. Este autor considera que existen seis dimensiones o modalidades que permiten diferenciar la violencia psicológica de los enfrentamientos ocasionales que se dan en todas las parejas, y éstas son: degradación de la pareja, temor, cosificación, privación, sobrecarga de responsabilidades o distorsión de la realidad subjetiva. Avilés y Parra, (2015)

4.2.3 Violencia sexual

Incluye insinuaciones, tocamientos, relaciones enmarcadas en la desigualdad o de poder, acoso, comentarios o insinuaciones verbales, gestos,

violación, ofrecimiento de mejorar las condiciones de vida a cambio de “favores sexuales” incluyendo la explotación sexual comercial, entre otras.

Otra forma de violencia es la que se suscita entre adolescente, lo que constituye en la actualidad una de las principales preocupaciones y alarmas de padres, educadores y ciudadanos en general. Existe la percepción, no siempre justificada por los hechos, de que los adolescentes de finales del siglo XX e inicios del XXI son cada vez más agresivos, tanto física como verbalmente (Toro, 2010).

La conducta agresiva es un comportamiento que puede reconocerse como primario en la actividad del reino animal. Al referirse a la agresión entre seres humanos, es preciso reconocerlo como un fenómeno multidimensional que puede manifestarse en cada uno de los niveles que integran el individuo: físico, emocional, cognitivo y social (Carrasco y González, 2006).

De acuerdo con Woolfok, (2010) existen varios tipos de agresión, la más común es la agresión instrumental, cuya finalidad es obtener un objeto o privilegio, como empujar para quedar primero en la fila o arrebatar un libro a otro compañero, sin la intención expresa de hacer daño, aunque podría causarlo. Un segundo tipo es la agresión hostil, que supone causar daño de manera intencional, ésta acción directa pretende lastimar a alguien, es un ataque sin provocación. Este tipo de agresión, a menudo se relaciona con el *bullying*, el cual, en forma sintética, consiste en el fenómeno de violencia que ocurre en el ámbito escolar y tiene como actores y víctimas a los propios estudiantes. Los primeros estudios sobre este tipo de agresión se iniciaron sistemáticamente en la década del 70 por D. Olweus, Universidad de Bergen, Noruega. Luego ha sido ampliamente estudiado alrededor del mundo.

La agresión hostil puede ser de tipo abierta con amenazas o ataques físicos (como en “¡te voy a golpear!”); o de tipo relacional, que implica la amenaza o el daño de las relaciones sociales (como en “¡nunca te volveré a hablar!”). Los adolescentes a menudo emplean la agresión indirecta o relacional, la misma que consiste en el desarrollo de conductas “socialmente” manipuladoras, como

propagar chismes o comentarios envidiosos, hacerse amigo o novio de alguien como forma de revancha, o hacer que al grupo no le agrade un par, en particular. (Carrasco y González, 2006).

4.3 Maltrato

Al examinar los distintos factores y condiciones que influyen y determinan la violencia entre adolescentes se debe otorgar un triste lugar de honor al maltrato. Ser víctima de maltrato es el factor más potente asociado a la violencia juvenil, tanto en hombres como en mujeres. La predisposición de un menor a implicarse en actos violentos no solo está influida por la violencia experimentada personalmente, sino también por la observada a su alrededor. Los adolescentes violentos presentan un 50 por 100 más de antecedentes de maltrato que sus coetáneos no violentos (Toro, 2010). A este fenómeno, Bandura, Ross y Ross (1963) lo denominaron “modelamiento”. En efecto los niños y adolescentes que crecen en hogares llenos de castigos severos y de violencia intrafamiliar, son más proclives a emplear la agresión para resolver sus problemas (Woolfok, 2010).

En el maltrato, en especial el infantil está en el origen de la agresividad adolescente y juvenil. El cual dificulta o inhibe el desarrollo de habilidades saludables, adaptativas, de relación interpersonal. El maltratado se mira como poco dotado de competencia y autoeficacia en situaciones sociales, teniendo dificultades para inferir de manera objetiva las reacciones emocionales de los otros y el trato acertado con ellos, cosechando los consiguientes fracasos sociales, y viviendo sus consecuencias. También, quien ha sido violentado en la infancia es más susceptible, e incluso se mantiene atento a los signos exteriores de agresión, sean reales o supuestos. Vive bajo la expectativa de confrontar la hostilidad de los otros, usualmente supuesta o exagerada. Acepta lo ha aprendido, la agresión es una estrategia posible y aceptable para resolver conflictos interpersonales. (Toro, 2010).

La desconfianza en ser capaz de resolver conflictos interpersonales de manera pacífica, actúa conjuntamente con su convencimiento de que en un conflicto

no podrá evitar ser tratado de manera amenazadora o violenta. Estas concepciones son mucho más frecuentes y definidas en las mujeres que en los hombres maltratados. La violencia doméstica también conlleva un desarrollo deficiente de la capacidad para regular las emociones fuertes como el miedo y la rabia o cólera, lo cual influye negativamente en las habilidades para relacionarse con otros.

Como se observa, se habla mucho del maltrato infantil, de la mujer, doméstico, etc. pero al maltrato entre adolescentes se le ha dedicado menos investigación. Sin embargo, hay estudios realizados con poblaciones muy numerosas indicando que entre el 25 y el 45 por 100 de todo el maltrato documentado se produce durante la adolescencia. En esta edad, el tipo de maltrato más frecuente es el abuso físico.

4.4 La violencia en la pareja

En primer lugar, es necesario determinar que las relaciones de pareja comprenden una relación de tipo social que se ha acordado de manera explícita entre dos personas y que tiene como finalidad el compartir momentos recreativos, así como distintas actividades sociales, caracterizada por la expresión de conductas y sentimientos amorosos a través de la palabra y el contacto personal (Avilés y Parra, 2015).

Las relaciones de pareja constituyen el tipo de interacción humana, en la que se tiende a la idealización del amor romántico, situación tradicionalmente difundida a través de los medios de comunicación, la literatura, el cine, entre otros. En muchos casos han llegado a naturalizar ciertas conductas violentas expresadas en las relaciones, determinado como común y normal el hecho de contraer dependencia afectiva y emocional incluso en situaciones de violencia.

Las relaciones de pareja constituyen (o al menos deberían constituir) uno de los principales recursos de apoyo social, que contribuyen al bienestar psicosocial y al afrontamiento de situaciones estresantes en periodos críticos como la

adolescencia y la juventud. No obstante. Hay fuertes indicios, de la existencia de un alta (aunque dispersa) prevalencia de hechos de violencia en la pareja, situación que transgrede el ideal del significado de ser pareja. Este tipo de violencia, como se manifestó anteriormente, puede darse en relaciones conyugales, o aún en aquellas en las cuales no existe una convivencia continua, cada una de estas formas de violencia en la pareja tiene sus particularidades.

La violencia de pareja se ha configurado como uno de los problemas más importantes que enfrenta la sociedad de nuestros días, no solo a nivel de los países latinoamericanos, sino a nivel mundial. Esta problemática ha abierto una importante línea de investigación, debido tanto a la magnitud del fenómeno como a la gravedad de las consecuencias personales y sociales derivadas de la misma, a tal punto que en muchos países ha sido reconocida como un problema de salud pública.

4.5 Violencia entre novios adolescentes y jóvenes

El término “violencia en el noviazgo” (*dating violence*) hace referencia a aquellos comportamientos que, dentro de una relación íntima o de pareja, tienden a causar daño físico, psíquico y/o sexual a los miembros (adolescentes o jóvenes) de una relación íntima (Celis y Rojas, 2015). Según Aiquipa (2015) este comportamiento incluye agresiones físicas, relaciones sexuales forzadas y otras formas de coacción sexual, maltrato psicológico o diversos comportamientos dominantes. Para Rey-Anacona, (2009), la violencia en el noviazgo es cualquier intento por controlar o dominar a una persona, física, sexual o psicológicamente, genera algún tipo de daño sobre ella. Este tipo de violencia se presenta cuando ocurren actos que lastiman a la otra persona en el contexto de una relación donde existe atracción y en donde los dos miembros de la pareja salen juntos, es decir comparten actividades.

La violencia entre novios incluye actos de agresión física como cachetadas, patadas, empujones, sofocaciones, ataques con un arma, etc., que conforman la denominada violencia física. Además de las agresiones verbales y

emocionales, como intimidaciones, denigraciones, humillaciones y amenazas, entre otros, que forman parte de la violencia psicológica. También se encuentra la violencia sexual, la cual incluye actos que atentan contra los derechos sexuales y reproductivos, así como las relaciones sexuales forzadas, la exposición a actividades sexuales indeseadas, el uso del sexo como forma de presión y manipulación y las críticas por el desempeño o la apariencia sexual.

Otras conductas consideradas actos de violencia en la pareja son aquellas en donde se busca dominar a la otra persona, aislarla de su familia y amigos, vigilar sus movimientos y restringir su acceso a fuentes de información o asistencia, así como aquellos comportamientos que afectan económicamente a la otra persona, como hacerla depender o explotarla económicamente. (Peña, y otros, 2013).

Varios estudios realizados en la última década, determinan que la presencia de violencia en las relaciones de noviazgo de los adolescentes y jóvenes es superior a la tasa de violencia perpetrada en las relaciones de convivencia estable, tanto en poblaciones anglosajonas (Jouriles, Garrido, Rosenfield y McDonald, 2009); (Sears, Byers y Price, 2007); como en la población española (Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007); (Rubio-Garay, López González, Saúl y Sánchez-Elvira-Paniagua, 2012) o en el contexto de los países latinoamericanos (Celis y Rojas, 2015); (Cortés-Ayala, Bringas-Molleda, Rodríguez-Franco, Flores-Galaz, Ramiro y Rodríguez-Díaz, 2014); (Cortés-Ayala, Flores, Bringas, Rodríguez-Franco, López-Cepero y Rodríguez-Díaz, 2015); (Rey-Anacona, 2013); (Rey Anacona, Mateus-Cubides y Bayona-Arévalo, 2010).

Los estudios sobre violencia en parejas de adolescentes y adultos jóvenes han revelado una serie de características propias, que con frecuencia las distinguen de las desarrolladas en parejas casadas. Una de estas características es el motivo por el que los adolescentes continúan con la relación, a pesar de la violencia sufrida, el cual difieren de los motivos expuestos especialmente por mujeres víctimas de violencia conyugal, en donde se encuentran de por medio responsabilidades parentales, contractuales o dependencia económica, se centran en mayor medida en

los elementos psicosociales. De acuerdo con González-Ortega (2008) estos motivos, o factores pueden ser: la inmadurez emocional, expectativas idealizadas del amor, sesgos cognitivos, presencia de actitudes y creencias conservadoras sobre los roles de género y modelos sexistas que disculpan la violencia.

Varios investigadores, estiman que la dependencia emocional, podría ser un factor explicativo del por qué se produce y por qué se acepta la violencia, las dependencias sentimentales o afectivas, en los adolescentes se caracteriza por la manifestación de comportamientos adictivos en una relación interpersonal con asimetría de roles y una actitud dependiente en relación al otro (Moral y Sirvent, 2008). Concretamente, la dependencia emocional resulta ser “un patrón crónico de demandas afectivas frustradas, que buscan desesperadamente satisfacerse mediante relaciones interpersonales de apego patológico” (Moral y Sirvent, 2009, p. 231) y cuyos indicios clínicos y psicosociales son la persistencia en la vinculación, la posesividad, la voracidad de cariño, la exteriorización continua de sentimientos negativos y la preferencia por relaciones asimétricas en las que se adopta una posición subordinada.

Para Hirigoyen (2006) la dependencia emocional es una consecuencia del dominio y la manipulación de una pareja violenta, quien crean una verdadera adicción que se puede explicar por mecanismos neurobiológicos y psicológicos para disminuir el sufrimiento del miembro de la pareja que sufre los abusos. En esta misma línea, Pradas y Perles (2012) encuentran en la dependencia emocional la raíz del mantenimiento de las relaciones de noviazgo violentas, porque, al igual que la autoestima, aumenta la tolerancia a los abusos recibidos y dificulta la terminación de la relación. Entonces, existe una importante correlación entre la dependencia emocional, la autoestima y la violencia en el noviazgo, así como la premisa de que violencia en las parejas jóvenes puede actuar como un precursor de la violencia en las parejas adultas; por esta razón se precisa profundizar sobre los factores de riesgo, dentro de los cuales el componente emocional será sin duda altamente revelador (Villa, García, Cuetos, y Sirvent, 2017).

Otros investigadores, en cambio consideran que con frecuencia las víctimas jóvenes no interpretan las agresiones como tal, sino le restan importancia (Jouriles et al., 2009). Por lo tanto resulta interesante, analizar las percepciones sobre violencia de los miembros de la pareja, tal como lo proponen Novo, Herbón y Amado (2016) quienes confirmaron una baja detección de la violencia sutil como constitutiva de violencia de género y los contextos de violencia son evaluados como más representativos de violencia de género que los sutiles, habiéndose hallado como los hombres valoraron que la violencia sutil influye más en el comportamiento de la víctima y la manifiesta cuando la víctima accede a las peticiones de su pareja, tendencia contraria a la hallada en las mujeres.

Por otro lado, la reciprocidad de la violencia en las relaciones de noviazgo, con frecuencia se encuentra asociada una distribución de poder entre ambos sexos más igualitaria en los adolescentes y los adultos jóvenes (Póo y Vizcarra, 2008; Alegría y Rodríguez, 2015; González-Ortega et al., 2008). Incluso las adolescentes perpetran e inician la violencia con más frecuencia que sus pares hombres (Celis y Rojas; 2015; Cortés-Ayala et al., 2015) excepto en el caso de las agresiones físicas severas.

La violencia en el noviazgo presenta una mayor prevalencia en la dimensión psicológica, Murphy y Hoover (2001) han determinado que existen cuatro tipos de agresiones psicológicas en parejas jóvenes: actitudes de hostilidad (negarse a discutir un problema), dominar o intimidar a la pareja (amenazar con hacer daño a la pareja a su círculo social o familiar cercano), degradar (insultar o tratar mal en público) y un control restrictivo (averiguar permanentemente dónde está, con quién y qué hace).

Como se mencionó en las líneas precedentes, diversos factores psicosociales, entre los cuales sobresalen la dependencia emocional y la autoestima, hacen a la violencia psicológica (dentro de los patrones de convivencia) ser considerada por los adolescentes como “normal”, en donde las agresiones verbales, celos y excesivo control, tienden a interiorizarse como más normativas que las

precedentes de la violencia física. Sin considerar a la violencia psicológica como la causante de tanto o más daño a la salud física, emocional y mental de la víctima que los malos tratos físicos recibidos (Echeburúa y Corral, 1998).

4.6 Experiencias de victimización: desapego, humillación, sexual, coerción, física, género, castigo emocional e instrumental

Del análisis de los estudios citados en el tema anterior, se advierte que existe una disonancia entre la vivencia de violencia por parte de la pareja y la percepción de que se esté efectivamente viviendo una relación de noviazgo violenta. La victimización hace referencia a quién recibe los actos violentos, la limitante es que en la mayoría de estudios se analiza solo la victimización femenina en el contexto de la violencia en la pareja.

Algunos datos revelan que por cada persona que afirma sufrir de violencia en su relación, al indagar sobre cuestiones comportamentales de ella y su pareja, al menos el doble estaría efectivamente sufriendo de violencia en su noviazgo.

En los últimos años se han intentado elaborar instrumentos con constructos objetivos para determinar el nivel de victimización, uno de ellos, y seguramente quien goza de mayor confiabilidad es el test de CUVINO (Rodríguez-Franco 2010), que evalúa la victimización de adolescentes y jóvenes en sus relaciones interpersonales afectivas de pareja; cuenta con 42 ítems conductuales que se agrupan en ocho factores, que representan ocho formas de abuso en las relaciones interpersonales afectivas de pareja:

- 1 Desapego: actitud de indiferencia hacia la pareja y sus sentimientos.
- 2 Humillación: críticas personales contra la autoestima y orgullo personal.
- 3 Sexual: comportamientos sexistas/sexuales no deseados por la pareja.
- 4 Coerción: presión ejercida sobre alguien para forzar su voluntad o su conducta a través de amenazas o manipulaciones.

- 5 Físico: personalizado con golpes, daño a objetos con significación emocional para la víctima.
- 6 Basado en género: desestimación de la condición de mujer u hombre.
- 7 Castigo emocional: demostraciones de enfado ficticias por parte de la pareja.
- 8 Instrumental: uso de medios indirectos para infligir daños o sufrimiento a la víctima.

4.7 Ciclo de desarrollo de la violencia

Diversos estudios señalan que la violencia aparece en las relaciones en forma gradual (González, Muñoz, y Graña, 2003; Galicia, Sánchez, y Robles, 2013; UNICEF, 2014; Cabrera, González, y Melchor, 2016), muchas veces se presentan casos de violencia, especialmente psicológica, que son minimizados por la víctima, pero luego (y lamentablemente) aumentan a niveles de violencia física, e incluso pueden terminar con la vida de la víctima, femicidios.

Walker (1978) al realizar una investigación con mujeres víctimas de violencia en sus relaciones, determinó la existencia de un patrón que hacía más difícil la separación de las mujeres agredidas de sus parejas, este patrón es conocido como la teoría del ciclo de la violencia la cual contempla básicamente tres fases: tensión, explosión, calma (arrepentimiento). En la mayoría de casos, solo cuando el ciclo se repite por varias veces la víctima logra reconocer el carácter abusivo y degradante de la relación viviendo y busca ayuda para romper el silencio (Avilés y Parra, 2015). Al respecto, Rodríguez y Lloret (2007) expresan: las mujeres deseosas del fin de la violencia en su relación caen en la fantasía de creer que podrán revertir la situación, mantienen la fe, de que su pareja va a cambiar porque el amor lo puede todo.

En la etapa de tensión, se inician las reacciones intensas y desproporcionadas como insultos, menosprecio, hostilidad, en esta fase la víctima intenta hacer todo lo posible por amortiguar la tensión para que su pareja no descargue la violencia contra ella, cree que podría evitarla si accede a las peticiones

del agresor. No obstante, la víctima va sintiendo temor e inseguridad, llegando incluso a la negación o la racionalización de las conductas agresivas, justificando en muchos casos a sus agresores, la víctima (hombre o mujer) se muestra pasiva, y empieza a desarrollar frecuentes estados depresivos y de ansiedad lo cual le incapacitan para valorar lo sucedido, porque su energía está concentrada en evitar un daño mayor (Bogantes, 2006).

En la etapa de la explosión, llamada también “estallido de violencia” es cuando se produce una agresión violenta, se trata de un castigo a la conducta no adaptativa de la víctima, cuando no hace aquello que el otro (agresor) ha querido imponer. En esta fase se puede presentar una agresión física o maltrato psicológico excesivo, que conlleva al miedo, el cual a su vez provoca un colapso emocional, la deja paralizada, sin poder de actuación o reflexión.

En la etapa de calma o arrepentimiento, conocida también como fase de manipulación, el agresor intenta minimizar la agresión, recuperar la confianza de su pareja, denota a menudo una actitud de justificación de la agresión o de arrepentimiento. Además, puede producirse un reconocimiento de la culpa, la demanda de perdón y la promesa de que no volverá a ocurrir, lleva a un resurgimiento de la relación, porque la víctima quiere creer que en verdad no se repetirán estos episodios violentos.

En conclusión, y tal como se ha expuesto en forma sintética en este capítulo, la violencia de pareja en general, y la violencia en el noviazgo de adolescentes y jóvenes en particular, es cualquier acto u omisión ejercida contra una persona con la que se tenga o se haya tenido una relación de pareja y que tenga como resultado un menosprecio a su integridad física, sexual, emocional o patrimonial y su bienestar (Martín y Mora, 1995).

Las relaciones de poder, la subordinación de la mujer y el vivir para los demás, ha provocado el surgimiento de relaciones basadas en la violencia, al interior de la pareja, tanto en la etapa adulta como en las relaciones adolescentes. Es

precisamente, durante la adolescencia, donde se adquieren estilos de interacción donde se fomentan las relaciones basadas en el maltrato, la agresión y la violencia, debido esencialmente a que es una etapa de propensión a experimentar, a rebelarse, además en esta etapa del ciclo personal, se establecen las relaciones sociales más importantes, como son las de amistad; y se tiende a reproducir mensajes que el entorno les envía. En conclusión, un adolescente que quiera cumplir con su rol de género (masculino o femenino) será más propenso a cometer o sufrir actos de violencia en determinado momento de la relación, entendiendo como actos de violencia a aquellas acciones que van dirigidas a ejercer el poder dentro de la relación, buscando la desvalorización del otro mediante el control, el insulto, los gritos y hasta los golpes. (Retana, 2007). Además, tradicionalmente han sido las mujeres las que mayor cantidad de abusos han recibido por parte de los hombres, debido a varios factores, entre ellos por la idealización del amor.

CAPÍTULO V

VIOLENCIA EN LA PAREJA: FACTORES DE RIESGO

Los factores de riesgo asociados a la violencia en la pareja, pueden definirse como aquellas variables que hacen a una persona vulnerable a conductas y actitudes violentas (perpetrador o víctima). Bronfenbrenner (1979) desde una perspectiva ecológica, considera que ningún factor por sí solo podría explicar comportamientos violentos, porque los factores interactúan entre sí, no obstante, en el siguiente capítulo se analizan ciertos factores de riesgo. En este capítulo se presenta el análisis de algunos de estos factores, a la luz de diversas investigaciones las cuales se han enfocado en uno o más de los factores de riesgo.

5.1 Factores de riesgo

La violencia en la pareja tiene un origen multicausal, con factores de riesgo específicos muy diversos asociados a la violencia (Pueyo y Redondo, 2007). Dutton (1995) propone un modelo ecológico, en donde se determina las variables o factores que contribuyen a la violencia, los cuales pueden agruparse en tres niveles: macroestructural o social; exosistema (regional); nivel micro (grupar) y ontogenético (individual), con la particularidad de que ninguno de ellos puede considerarse fundamental o prioritario por sí solo, sino requiere que los distintos sistemas se impliquen entre sí. Por lo tanto, se infiere que las características de cada país influyen en el alcance de la violencia en general y en la pareja en particular.

A nivel de la macroestructura se analizan los niveles de globalización, el ámbito político, económico y los aspectos culturales. En el exosistema se incluyen las estructuras individuales formales e informales. A nivel micro se sitúan los grupos o unidades de interacción social (familia, colegio, etc.) que influyen en la actualización y transmisión de la violencia. Por último, en el nivel ontogenético se integran las características individuales y referidas a la historia de abusos. (Puente, Ubillos, y Páez, 2016).

Tabla 2. Factores de riesgo de violencia infligida por la pareja

Perpetración de violencia	Victimización
ESFERA INDIVIDUAL	
Características demográficas <ul style="list-style-type: none"> • Ingresos bajos • Bajo grado de instrucción 	Características demográficas <ul style="list-style-type: none"> • Edad temprana • Bajo grado de instrucción
Exposición a maltrato infantil <ul style="list-style-type: none"> • Abuso sexual • Violencia intrafamiliar 	Exposición a maltrato infantil <ul style="list-style-type: none"> • Violencia intrafamiliar
Trastorno mental <ul style="list-style-type: none"> • Personalidad antisocial 	Trastorno mental <ul style="list-style-type: none"> • Depresión
Consumo de sustancia tóxicas <ul style="list-style-type: none"> • Consumo de alcohol y otras drogas 	Consumo de sustancia tóxicas <ul style="list-style-type: none"> • Consumo de alcohol y otras drogas
Aceptación de la violencia	Aceptación de la violencia
ESFERA RELACIONAL	
Parejas múltiples, infidelidad <ul style="list-style-type: none"> • Baja resistencia a la presión ejercida por pares 	
ESFERA COMUNITARIA	
<ul style="list-style-type: none"> • Sanciones débiles • Pobreza 	<ul style="list-style-type: none"> • Sanciones débiles • Pobreza
ESFERA SOCIAL	
<ul style="list-style-type: none"> • Normas tradicionales de género y normas sociales que propician la violencia 	<ul style="list-style-type: none"> • Normas tradicionales de género y normas sociales que propician la violencia

Fuente: OMS (2011). Prevención de la violencia sexual y violencia infligida por la pareja contra las mujeres: qué hacer y cómo obtener evidencias.

Otros estudios (Coker, 2000; Swart, 2002) señalan la existencia de distintos factores de riesgo, los cuales pueden agruparse en las variables que se detallan en la tabla 3. Estos factores se constituyen en una condición que aumenta la probabilidad de las acciones agresivas, pero no necesariamente las produce. Por ello requieren un abordaje dinámico e integrador, porque no es posible atender a dichos factores de manera aislada.

El modelo explicativo que se propone en este trabajo investigativo determina en forma general las siguientes categorías de factores de riesgo:

- Factores sociodemográficos.
- Factores históricos.
- Factores clínicos.
- Factores interpersonales
- Factores sociales y contextuales.

Tabla 3. Factores de riesgo de víctimas y agresores de violencia de pareja.

	VÍCTIMAS	AGRESORES
VARIABLE DEMOGRÁFICAS	<ul style="list-style-type: none"> • Género • Status Socioeconómico • Edad • Raza • Área de residencia 	<ul style="list-style-type: none"> • Género • Status Socioeconómico • Edad • Raza • Área de residencia
VARIABLES HISTÓRICAS	<ul style="list-style-type: none"> • Abuso en la niñez • Violencia intrafamiliar • Separación del matrimonio 	<ul style="list-style-type: none"> • Abuso en la niñez • Prácticas disciplinarias irregulares o excesivamente duras. • Conductas agresivas en la familia. • Agresiones recibidas por los hermanos. • Separación del matrimonio.
VARIABLES CLÍNICAS	<ul style="list-style-type: none"> • Baja autoestima • Distres emocional • Distanciamiento emocional • Síntomas de ansiedad 	<ul style="list-style-type: none"> • Baja autoestima • Uso de alcohol y drogas • Control externo de ira • Aceptación de la violencia como actitud. • Actitudes y creencias tradicionales en los roles de género. • Síntomas depresivos • Ausencia de empatía. • Distorsiones cognitivas • Estrés • Control interpersonal
VARIABLES INTERPERSONALES	<ul style="list-style-type: none"> • Deterioro de las habilidades de comunicación. • Déficit en la satisfacción de la relación. • Ausencia en las habilidades de resolución de problemas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Deterioro en las habilidades de comunicación. • Deficientes habilidades de resolución de problemas.
VARIABLES SOCIALES	<ul style="list-style-type: none"> • Ausencia de apoyo social. 	<ul style="list-style-type: none"> • Ausencia de apoyo social • Influencia de los iguales.

Fuente: González, Muñoz, y Graña (2003)

5.1.1 Factores sociodemográficos

El género y la edad resultan dos variables de interés a abordarse en forma puntual en el siguiente capítulo, por lo que en las siguientes líneas se presenta más bien un condensado de variables como las variaciones étnicas, la zona de residencia y el nivel socio económico.

5.1.1.1 Variaciones étnicas

Varios investigadores consideran que las variaciones étnicas son altamente incidentales en la violencia de pareja. Watson (2001), determinó por ejemplo que el 60% de afroamericanos sufría agresiones físicas por parte de sus parejas, seguido por los caucásicos (47%) y luego la comunidad latina (41%). O’Leary y otros (2005), encontraron diferencias estadísticamente significativas entre los distintos grupos étnicos, siendo los hombres asiáticos los menos agresivos.

5.1.1.2 Nivel socioeconómico

Distintos estudios sobre la relación entre la violencia en las relaciones de noviazgo y las distintas clases sociales no han logrado ser concluyentes, dado que el factor socioeconómico contempla un sinnúmero de variables, así por ejemplo Hird (2000) encontró al bajo estatus socioeconómico como un importante factor de riesgo el cual incrementa el peligro de exhibir conductas agresivas, determinó específicamente que los estudiantes de secundaria procedentes de una clase social trabajadora admitían más agresiones físicas a diferencia de los de la clase media o superior, hallazgos parecidos a los del estudio de Ackard (2003) quien concluyó que los adolescentes de familias con bajos ingresos presentaban mayor nivel de agresión tanto con el grupo de iguales como con sus parejas.

Por otro lado, el desempleo y el menor nivel de escolarización se relacionan con un aumento de emisión de agresiones físicas severas. Ackard (2003) concibe al efecto del nivel socioeconómico como una condición que integra otro tipo de conductas, más que un elemento predisponente a la violencia.

5.1.1.3 Lugar de residencia

Varios estudios han confirmado que la desorganización en la comunidad, la exposición a la violencia tanto en el barrio como en los medios, la exposición a los prejuicios raciales, la existencia de leyes y normas comunitarias que favorecen

la violencia y la disponibilidad de drogas y armas de fuego son influyentes en la aparición de la violencia individual (Brewer, Hawkins, Catalano y Neckerman, 1995).

En concordancia con lo descrito para la incidencia del factor socioeconómico, Bergman (1992) determinó que el 54,1% de los jóvenes pertenecientes a las escuelas sub-urbanas de clase social alta habían agredido físicamente a sus parejas, frente a solo 19,3% en jóvenes pertenecientes a las escuelas rurales de clase media trabajadora.

Spencer y Bryant (2000), encontraron que el 60% de los estudiantes en áreas rurales confesaron sufrir golpes por parte de sus parejas, en comparación al 9% y al 8% de los estudiantes en áreas suburbanas y urbanas, respectivamente. Por lo tanto, no puede concluirse que exista una vinculación directa entre el lugar de residencia (rural y urbano) y las agresiones, pudiendo existir otros factores del proceso de socialización responsables indirectos de la aparición de dichas conductas.

5.1.2 Factores históricos

Del análisis de las variables históricas destacan: el maltrato en la niñez (Wolfe et al., 2001; Burke, 2002; Cyr et al., 2006;); la violencia intrafamiliar (Simonelli, Mullis, Elliott y Pierce, 2002; Yanes y González, 2000a, 2001), la separación de los padres (Billingham y Notebaert, 1993; Malik et al., 1997) y las prácticas educativas inadecuadas (Lavoie et al., 2002). A continuación, se analizan cada una de ellas.

5.1.2.1 Maltrato infantil

Como se mencionó anteriormente, el maltrato infantil, tiene una alta incidencia en la violencia en el noviazgo, dado que el maltrato determina consecuencias a corto y largo plazo, destacando las deficiencias cognitivas, la baja

autoestima, la depresión, la ansiedad, el menor rendimiento académico, la ira, los problemas de relación, la revictimización y diversas psicopatologías en la edad adulta (Milner y Crouch, 1999).

Varios estudios han señalado a las víctimas de maltrato infantil con mayor riesgo de desarrollar conductas agresivas con sus pares (Manly, Kim, Rogosch y Cicchetti, 2001). Wolfe (1998) en una investigación con estudiantes de colegio, encontró que quienes habían sufrido abusos en la infancia tenían una tendencia superior a presentar relaciones agresivas con la pareja, especialmente en los hombres, por otro lado, Mueller y Silverman (1989) determinaron que las víctimas de maltrato, presentaban pautas de revictimización en las relaciones de pareja.

Cyr (2006) determinó en su grupo de estudio (adolescentes mujeres de entre 13 y 17 años) que quienes habían sufrido abusos sexuales en su infancia, presentaban en la adolescencia una mayor probabilidad de ser víctima de agresiones físicas y psicológicas en sus relaciones de noviazgo.

Grasley (2002) en un estudio con un grupo de 450 adolescentes de dos institutos de Londres, determinó en forma concluyente que el ajuste emocional (hostilidad interpersonal, síntomas traumáticos y la hipersensibilidad), así como las funciones interpersonales (rechazo al grupo de iguales, necesidad de poder y control, la identificación de estereotipos masculinos) estaban íntimamente relacionadas con el maltrato en la familia de origen y una subsiguiente violencia en el noviazgo.

Linder y Collins (2005) en un estudio transversal confirmaron que el maltrato físico en la infancia predecía problemas de violencia, tanto en la perpetración como en la victimización.

En forma global, los resultados obtenidos por distintos investigadores confirman que las situaciones violentas como puede ser el maltrato en la infancia

son bastante determinantes en la aparición de conductas agresivas en el noviazgo en la adolescencia y juventud.

5.1.2.2 Violencia intrafamiliar

En forma correlativa con el maltrato infantil, se encuentra el efecto de la violencia vivida dentro del contexto familiar, de hecho, un niño o adolescente que ha observado y vivido la violencia marital de sus padres, presentará problemas de socialización, los cuales a la postre determinarán una probable condición de riesgo para la violencia en el noviazgo. González y Santana (2001), determinaron que el 12% de los jóvenes han observado como sus padres agredían físicamente a sus madres, prevalencia aparentemente baja, porque otros estudios, como el de Heise, Ellsberg y Goettenmeller (1999), hallaron que más del 30% de adolescentes habían sufrido o presenciado malos tratos contra su madre en su familia de origen.

Por otro lado, varias investigaciones como las de (Straus, Gelles y Steinmetz 1980) sugieren que quienes han sido testigos de violencia en sus hogares aprenderán la violencia a través del modelado llegando a ser víctimas o perpetradores según la hipótesis del “ciclo de la violencia”.

Pelcovitz, Kaplan, De Rosa, Mandel y Salzinger (2000) han demostrado que la existencia de relaciones violentas en el medio familiar se relacionan con la manifestación de problemas de conducta tempranos y persistentes por parte de los hijos y que quienes han sido testigos de la violencia interparental o víctimas de abusos físicos dentro de sus familias, presentan una mayor probabilidad de desarrollar trastornos psicológicos como el estrés postraumático o el trastorno por ansiedad de separación en la adolescencia, por lo que la exposición a múltiples formas de violencia resultan ser un factor de riesgo en la consolidación de problemas de conductas antisociales y, de forma específica, en las relaciones de pareja de la población adolescente o en jóvenes adultos (Malik et al., 1997).

Otros estudios como los de Dodge, Bates y Pettit (1990) han identificado cómo la exposición a modelos violentos conduce a la justificación de la violencia y

su posterior riesgo de ejercerla. En este mismo orden de ideas, O'Keefe (1997) determinó que la relación entre el ser testigo de violencia parental y la agresión en el noviazgo está mediada por la aceptación de la violencia en el caso de los hombres adolescentes. Silverman y Williamson (1997) también concluyeron que el ser testigo de violencia en el seno del hogar es una forma indirecta de favorecer actitudes en defensa de comportamientos violentos. Por su parte, Foshee, Ennett, Barman, Benefield y Suchindran (2005) determinaron la asociación entre la violencia familiar y el mantenimiento de relaciones violentas en jóvenes.

Kingsfogel (2002) ha logrado relacionar y verificar el modelo del aprendizaje social a través del modelo estructural de Rigg y O'Leary (1989) y la teoría del apego con adolescentes, ya que los resultados de sus investigaciones indican que, para los hombres, la exposición a la violencia de padres a hijos y la violencia conyugal estaba asociada con actitudes que aceptaban la violencia, y una alta tendencia a responder con ira y a mostrarse más agresivo en la pareja. En el caso de las mujeres, la exposición de la violencia de padres a hijos y entre los padres estaba asociada con la tendencia a mostrar ira, tener un estilo de apego ansioso, presentar conductas agresivas y el consumo de drogas.

En esta misma línea, se ha examinado cómo las variables como el sexo podrían estar influyendo en la relación entre la violencia en el noviazgo y la violencia familiar. El estudio de Kinsfogel y Grych (2004) determinan que solo los hombres adolescentes testigos de violencia en sus familias se mostrarían favorables y justificarían la agresión en las relaciones íntimas y presentarían dificultades en el control de la ira. Similarmente, en el estudio de Swart et al. (2002) los estudiantes hombres causantes de violencia en el noviazgo, mostraban una mayor probabilidad de haber sido testigos de maltrato en el contexto familiar, respecto a las mujeres.

Todos los estudios citados revelan la importancia de considerar la violencia vivida dentro del contexto familiar es uno de los factores de riesgo de ejercer comportamientos agresivos. No obstante, la evaluación del Proyecto de Relaciones Jóvenes (1996) ha señalado que, a pesar de la violencia en las familias

de origen, los jóvenes podían aprender y guiar cambios saludables y tomar sus propias decisiones (Wolfe et al., 1996).

5.1.2.3 Prácticas educativas inadecuadas

Este factor se asocia especialmente con el manejo y control de la disciplina familiar, los estudios en esta dimensión parten del supuesto de que los hábitos de crianza se encuentran estrechamente vinculados a la conducta infantil, porque el niño aprende a vivir en el mundo a través de sus padres. Las prácticas educativas inadecuadas en la infancia pueden persistir en la edad adulta y favorecer el desarrollo de comportamientos de riesgo.

Dentro de este factor, conviene analizar algunas variables como: las amenazas o castigo físico, la falta de seguimiento y la implicación de los padres, así como el vínculo afectivo en la familia. A continuación, se mencionan varias investigaciones relacionadas con este tema.

La mayoría de investigaciones en esta línea, presentan conclusiones similares, por ejemplo, Lavoie (2002), determinó una influencia directa, aunque baja, entre las prácticas disciplinarias severas en niños hombres de 10 a 12 años y la frecuencia de agredir física y psicológicamente en sus relaciones de noviazgo entre los 16 y 17 años. Simons et al., (1998), también concluyó que los padres que aplicaban el castigo físico se asociaban a la violencia en el noviazgo en los hombres. En el caso de las mujeres, las experiencias de castigos inconsistentes en su infancia eran más importantes a la hora de explicar la victimización que la perpetración de la agresión en sus parejas (Marshall y Rose, 1988).

Lavoie (2002) en cambio determinó que padres permisivos que no ejercían el control sobre la conducta de sus hijos junto con problemas de conducta antisociales como el abuso de drogas o la delincuencia a los 15 años, predecían directamente la violencia en las relaciones de noviazgo de los adolescentes hombres entre 16 y 17 años. Chase et al. (2002), en una muestra de adolescentes en riesgo,

determinó que las mujeres percibían a sus padres menos comprometidos en la búsqueda de una solución conjunta y mostraban una menor supervisión de las reglas específicas en la educación.

La mayoría de estudios apuntan en forma genérica, a inferir que la hostilidad y la coerción de los padres en el adolescente tiene consecuencias especialmente negativas en cuanto a los conflictos en sus relaciones de noviazgo (Conger, Cui, Bryant y Elder, 2000). Por su parte Linder y Collins (2005) determinaron resultados similares porque los adolescentes que mantenían relaciones conflictivas con sus padres mostraban mayores índices de cometer y sufrir agresiones físicas en las relaciones de pareja.

Con respecto a los estilos educativos y la violencia intrafamiliar González y Santana (2001) determinaron que los jóvenes expuestos a contextos familiares violentos, específicamente agresiones maritales y la utilización del castigo físico, tenían una mayor tendencia a mostrarse violentos en sus relaciones.

5.1.3 Factores clínicos

Dentro de esta dimensión se analizan las variables que hacen referencia, por un lado, a las características de la personalidad, así como a la presencia de determinados problemas de conducta, problemas psicopatológicos o la influencia de determinadas actitudes personales y tradicionales hacia la violencia.

En las variables clínicas que se han investigado con mayor énfasis, están: uso del alcohol y las drogas. (Makepeace, 1981; Malik et al., 1997; Foshee, 2001; DuRant, 2007; Muñoz, 2009) las actitudes que justifican la violencia (O'Keefe, 1997; Rigg y Caulfield, 1997), las actitudes y creencias tradicionales de los roles de género (Carr y VanDeusen, 2002; Jenkins y Aube, 2002) el control interpersonal (Hockenberry y Billingham, 1993) los celos (Follingstad, 1999; Lavoie, 2000) la iniciación temprana de agresiones en general y en las relaciones de pareja en particular. Katz et al. (2002) la baja autoestima. Pflieger y Vazsonyi (2006) los

síntomas depresivos, y de ansiedad (Magdol,1998), las distorsiones cognitivas. (Eckhardt y Jamison, 2002).

A continuación, se describe la influencia de estas variables en forma detallada.

5.1.3.1 Consumo de alcohol y drogas

En forma general, la conducta agresiva adolescente suele darse estrechamente asociada al consumo de alcohol y otras drogas. En un estudio desarrollado por Kuntsche (2007) sobre una muestra de adolescentes de 11 a 16 años, se determinó que 45% de quienes ingerían alguna bebida alcohólica más de una vez por semana habían participado tenido pelas con sus pares (incluyendo novios), mientras que solo el 3,7% de los no bebedores habían protagonizado algún tipo de acto violento. Algo parecido ocurría con el consumo de tabaco: el 44% de los fumadores habían participado en peleas, por solo el 10% de los no fumadores.

Algunas motivaciones para beber intervienen decisivamente en el desarrollo de conductas violentas. Concretamente, «sentirse mejor» bebiendo y la necesidad de enfrentar problemas son los motivos que más a menudo conducen a comportamientos violentos después de un elevado consumo de alcohol (Nelson, 2003). Quienes beben para solucionar sus problemas suelen tener muy escasas habilidades para resolver problemas; en consecuencia, persisten a pesar de beber. Pero beber suele reportar más y mayores problemas. (Toro, 2010).

Otros estudios han comprobado que el consumo de alcohol constituye un factor de riesgo de victimización en adolescentes de ambos sexos Swahn (2005). A diferencia de los hombres adolescentes, las adolescentes que, bebiendo alcohol, han sufrido violencia en el noviazgo, con el paso de los años suelen beber menos, posiblemente como una forma de protegerse de nuevas situaciones traumáticas.

Pero no solo el alcohol, también otras drogas se relacionan con la violencia. En una población de más de 4.000 adolescentes y jóvenes, se halló que

habían participado en peleas durante el último año el 39 % de los consumidores de alguna sustancia psico-activa, versus el 23 por 100 de los no consumidores (Thompson, 2008). En consecuencia, tanto el consumo de alcohol y otras sustancias psicoactivas constituyen un factor que facilita la aparición de comportamientos violentos en las relaciones de pareja, por lo que es lógico que los trastornos por consumo de alcohol y drogas suponen un mayor motivo para que ello ocurra. Un estudio transversal realizado por Kodjo (2002) determinó que la probabilidad de ejercer violencia era 1,9 veces mayor en quienes habían presentado dependencia del alcohol, 3,8 veces mayor en dependencia de marihuana, y 2,5 veces mayor en trastornos del espectro de la esquizofrenia (comparados con quienes no habían padecido tales trastornos).

Luthra y Gidycz (2006) relacionaron el abusar del alcohol con las agresiones físicas en sus relaciones de pareja actuales. Específicamente, presentaban cinco veces más probabilidad de agredir físicamente a sus parejas. El estudio de Gidycz (2007) concluyó que altos niveles de alcohol estaban asociados a la perpetración de agresiones sexuales en hombres universitarios.

5.1.3.2 Iniciación temprana a las agresiones en general y en las relaciones de pareja en particular

La aparición temprana de conductas violentas predice comportamientos violentos más serios, y frecuentes en los años siguientes. Hay fuertes indicios de que involucrarse en cualquier forma de comportamiento antisocial en la infancia o adolescencia está asociado con un mayor riesgo de violencia futura. González, (2009).

Por otro lado, varios estudios han propuesto que los adolescentes y jóvenes que utilizan las agresiones como forma de resolver los conflictos en relaciones anteriores, aumentan la probabilidad de mantener este patrón agresivo con las parejas recientes o futuras. Entre esos estudios constan (O’Leary, 1996, O’Keefe, 1997; Cano, 1998). Los hombres que han agredido a sus anteriores parejas son más

propensos de agredir a una nueva pareja en un futuro (Makepeace, 1986; Mihalic, Elliot y Menard, 1994). Mihalic (1994) comprobó que el 58% de los hombres jóvenes que habían agredido físicamente a sus anteriores parejas, de nuevo agredían físicamente a sus parejas recientes.

Katz (2002) indicó que cuando los hombres percibían maltrato psicológico por parte de sus parejas femeninas, ellos respondían con conductas agresivas físicas o sexuales. Desde el punto de vista de la victimización Howard y Wang (2005) sugieren que el ser víctima de agresiones físicas en las relaciones de noviazgo parece vincularse de forma directa con ser víctima de agresiones sexuales en el ciclo vital de la vida tanto en hombres como en mujeres. Fernández y Fuertes (2005) destacan que la variable que más se vinculaba con perpetrar agresiones sexuales era precisamente ser víctima de esta forma de agresión tanto para los hombres como para las mujeres.

5.1.3.3 Depresión

La depresión es uno de los rasgos psicológicos más frecuentemente relacionado con la violencia interpersonal (DuRant, Altman y Wolfson, 2000). Al respecto Foshee (2004) en un estudio efectuado con jóvenes adolescentes, determinó que los síntomas depresivos se mostraban como un factor de riesgo en el inicio o en el mantenimiento de la victimización de la agresión sexual. Por su parte Rivera (2006) identificó la relación entre la sintomatología depresiva y sufrir agresiones durante el noviazgo. De igual forma, Raiford (2006) determinó la influencia entre el estado de ánimo depresivo y el hecho de sufrir agresiones por parte de la pareja.

En síntesis, se puede afirmar la existencia de un malestar emocional personal (previo a la agresión y también como resultado de la misma), por lo tanto, es altamente probable que las medidas enfocadas en el tratamiento de la depresión de adolescentes y jóvenes puedan ser la base para una intervención preventiva con respecto a la violencia en el noviazgo.

5.1.4 Factores interpersonales

Dentro de esta dimensión se han analizado variables como la autoestima, el control interpersonal, los celos, y personalidad (perfiles de personalidad).

a. Autoestima

Los estudios que analizan la relación entre autoestima y violencia no son del todo concluyentes. Prince y Arias (1994) detectaron un tipo de agresores con una elevada valoración de sí mismos quienes utilizaban la violencia como forma de recuperar la ilusión de control de sus vidas. En cambio, Magdol (1998) confirmó la existencia de diferencias significativas en las variables de personalidad, de forma que la baja autoestima, la sintomatología depresiva y el trastorno de personalidad antisocial estaban asociados a las conductas agresivas de los hombres. O'Keefe (1998) también determinó la existencia de una baja autoestima en los hombres que agredían a sus parejas.

Aguilar y Nightingale (1994) concluyeron que las mujeres víctimas presentan una menor autoestima a diferencia de quienes no han sufrido este tipo de experiencias. Pflieger y Vazsonyi (2006) identificaron a la baja autoestima como una variable que mediaba entre el funcionamiento familiar (disciplina, afecto y apoyo) y la violencia en las relaciones de noviazgo.

b. Control interpersonal

Lorente (2001) explica que la agresión a la mujer no comienza de cualquier forma o en cualquier momento, aparece cuando el hombre percibe la existencia de cierto grado de control sobre su pareja, por ello es frecuente que la agresión se produzca cuando existe una relación de noviazgo, cuando se han casado o inician la convivencia, porque el objetivo último de recurrir a la violencia es el control y la sumisión por parte de la mujer.

Grasley (2002) realizó un estudio en dos institutos de Londres y encontró que los agresores presentaban un significativo deseo de control y poder en las

relaciones interpersonales. Isaia (2005) también advirtió que la necesidad de control interpersonal es predictor significativo para agredir a la pareja.

En conclusión, los estudios corroboran la importancia del control y de la reacción que dicho control genera como factor de riesgo en las relaciones de noviazgo (Stets, 1991).

c. Los celos

Los celos constituyen un estado emocional más o menos pasajero que aparece cuando una relación importante se ve amenazada (Pines, 1998). Diversos estudios (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997; Follingstad, 1999; Lavoie, 2000) corroboran que los celos son uno de los motivos más frecuentes de la violencia en parejas tanto de novios como casadas.

Sanmartín (2002) afirma que el hombre puede “sentirse desprotegido de lo que le pertenece” traducéndose en los denominados “celos patológicos”, característicos de hombres inseguros, con baja autoestima y carentes de habilidades interpersonales adecuadas para expresar sus emociones. Se trata de sujetos en quienes la firme creencia en la infidelidad de sus parejas provoca un estado emocional intenso de ira, el cual, junto con otros factores, puede desencadenar episodios de violencia (Echeburúa y Fernández-Montalvo 1999).

Lorente (2001) concibe a los celos son un mecanismo de control en donde se refleja la inseguridad, el miedo y la dependencia del que los ejerce. Los resultados obtenidos en el área de la violencia en el noviazgo subrayan el hecho de que los celos constituyen una fuente de conflicto y el motivo más frecuente de agresión entre las parejas jóvenes (Lavoie, et al., 2000).

En síntesis, puede decirse que los celos, entendidos como rasgos de personalidad, son un importante factor de riesgo en relación a la violencia en el noviazgo. Normalmente, las agresiones verbales, los celos extremos y el comportamiento controlador suceden antes de la agresión física.

d. Perfiles de personalidad

Investigaciones empíricas y ciertos modelos teóricos han buscado determinar las características de personalidad de los hombres agresores, logrando determinar en el caso de los hombres, tres tipos de agresores: agresor solo a la familia, disfórico/borderline y generalmente violento/antisocial, estas categorías se han propuesto en base a tres dimensiones descriptivas: severidad de la violencia marital; la generalidad de los episodios y la psicopatología (Holtzworth-Munroe y Stuart, 1994).

Monson y Langhinrichsen-Rohling (2002) en una muestra de estudiantes universitarios, determinaron que los violentos, solo en las relaciones de noviazgo, lo conformarían ambos sexos. Las formas de agresiones más frecuentes eran las psicológicas y las físicas de menor gravedad, sin presentar agresiones sexuales. Quienes se identificaron con la segunda subcategoría histrónico/preocupado estaba integrada únicamente por mujeres. Estas mujeres suelen presentar experiencias de agresiones sexuales en su familia de origen, un estilo de apego preocupado y un gran deseo de control en sus relaciones románticas. Por último, la tercera subcategoría generalmente violento/antisocial se compone en su mayor parte por hombres. Se caracterizan por agresiones sexuales y físicas “severas” o “leves” dentro y fuera de las relaciones de pareja. También, presentan rasgos antisociales y esquizoides de personalidad, un estilo de apego rechazado, comportamientos criminales, abuso de alcohol y el ser testigo o sufrir abusos físicos en su familia de origen.

5.1.4.1 Actitudes y creencias que justifican la violencia

Existe una importante resaltar la relación entre la violencia y ciertas actitudes y creencias con respecto a la misma. Foshee (2000) considera las creencias normativas como aquellas que hacen referencia a la aceptabilidad, justificación o adecuación del comportamiento agresivo.

Straus (2004) estudió la aceptabilidad de la violencia, determinando que el 42% de los estudiantes universitarios participantes de la investigación, aceptaron estados de violencia “leves” como una bofetada. Por otro lado, Slep (2001) señaló que la asociación entre el comportamiento agresivo y la actitud justificativa es moderada. Otros estudios no determinan tal asociación. (Carlson, 1987; Steets y Pirog-Good, 1987).

Swart (2002) señala que los hombres, en mayor proporción, y las mujeres de secundaria causantes de agresiones físicas, mantenían la creencia de que las agresiones físicas formaban parte de las relaciones de noviazgo y eran una forma de demostrar amor hacia las parejas.

Desde el punto de vista de las víctimas, algunos de los factores de riesgo que han determinado el proceso de victimización es la justificación de la violencia como norma social, es decir, las víctimas pueden percibir esta situación como tolerable permaneciendo en el tiempo en este tipo de relaciones (Malik et al., (1997). Con respecto a la justificación de la violencia Slaby y Guerra (1989) encontraron como los hombres percibían más hostilidad, creían que la violencia incrementaba la autoestima y las víctimas no sufrían. Mientras, las mujeres pedían más información sobre la situación y creían que las víctimas merecían ser victimizadas. Es así como los resultados de la mayoría de investigaciones sugieren el papel crucial sobre las creencias normativas, es decir, el convencimiento sobre el grado de aceptación o justificación del comportamiento tienen en el desencadenamiento de la agresión.

En todo caso, las actitudes y creencias favorables a la violencia pueden verse modificadas a lo largo de la infancia y adolescencia bajo determinadas condiciones de intervención familiar, escolar y social. Por consiguiente, se consideran un aspecto central de los programas preventivos posibilitando la actuación antes de que los estudiantes tengan parejas y, diseñando estrategias dirigidas al cambio de actitudes y al desarrollo de habilidades específicas para detectar y enfrentarse con este tipo de relaciones (Trujano y Mata, 2002).

5.1.4.2 Actitudes y creencias tradicionales de los roles de género

Worell (1978) considera importante constatar la necesidad de diferenciar dos conceptos: el rol sexual y el rol de género. El rol sexual hace referencia a la realidad biológica que uno representa por ser anatómicamente hombre o mujer, en cambio el rol de género designa básicamente un constructo social que representa un esquema para la categorización social de los individuos y también recoge la diferenciación biológica Moya, (1985). Tradicionalmente, los roles se han asignado según el sexo o la diferenciación anatómica y funcionan como mecanismos cognoscitivos y perceptivos por los cuales la diferenciación biológica se convierte en una diferenciación social. Por consiguiente, el sexo o la diferenciación biológica es la base de la segregación o la separación de las actividades masculinas y femeninas (Bonilla, 2011).

Las observaciones clínicas han reflejado que los roles del agresor y de la víctima pueden incluir rasgos de estereotipos de género. De modo, que los agresores manifiestan rasgos negativos de instrumentalidad, mostrándose agresivos, dominantes y dictatoriales. Y las víctimas reaccionan con rasgos expresivos negativos de impotencia y vulnerabilidad y, al mismo tiempo, reflejarían rasgos de calidez y afectividad incluso para el agresor (Gerber, 1995; Walker, 1978).

Los roles de género tienen un peso determinante a la hora de predecir la perpetración de la agresión física y psicológica tanto en hombres como en mujeres, según lo afirma Ray (1999). Al respecto Fitzpatrick (2004) quien llevó a cabo un estudio con 250 estudiantes sobre la relación entre los roles de género y la agresión en hombres y mujeres, concluyó que los hombres con actitudes más igualitarias tenían una probabilidad menor de mantener relaciones con agresiones psicológicas y físicas, tanto en el papel de víctima como en el papel de agresor. Por otro lado, las mujeres con actitudes más igualitarias eran más propensas a informar de sus relaciones agresivas.

Lo contrario ocurre con quienes han tenido una formación tradicional de género, basada en el machismo. Al respecto Franchina, Eisler y Moore, (2001)

enfatan que los hombres universitarios con un rol de género rígido presentan niveles más altos de agresiones verbales y físicas. De igual forma, Yanes y González (2000) determinaron que los hombres con actitudes más tradicionales sobre el papel de las mujeres tendían a asumir la violencia contra ellas como algo común.

Una de las actuaciones en relación con los roles de género, puede explicarse desde el análisis del sexismo imperante en la sociedad tradicional. Para Gómez (2001) el sexismo, es “la aplicación de diversas formas de discriminación basadas en el sexo”, cuya acción disminuye, excluye, discrimina, estereotipa a las personas. Maldonado (2008) relaciona al sexismo con la desigualdad y la jerarquización en el trato que reciben las personas sobre la base de su sexo. Por lo tanto, el sexismo en las relaciones interpersonales puede verse como “una forma de mantener en situación de inferioridad, subordinación y explotación al otro.

Díaz-Aguado y Martínez Arias (2001) encontraron en los hombres adolescentes puntuaciones altas en las creencias sexistas en comparación con sus pares mujeres, además de la presencia de actitudes justificativas de la violencia. Este estudio coincide en que la percepción y evaluación de la agresión puede ser diferente para hombres y mujeres en relación con los roles y estereotipos de género. Estos resultados estarían en consonancia con los esquemas de género aprendidos por los hombres prioritariamente en la infancia y adolescencia y que juegan un rol importante en la predisposición a la violencia en la juventud y la vida adulta.

En conclusión, ciertas actitudes y creencias tradicionales de los roles de género mantienen una percepción más favorable hacia la violencia en las relaciones de noviazgo (Davis y Liddell, 2002; Wade y Brittan-Powell, 2001). Para conseguir actitudes más objetivas que favorezcan las relaciones igualitarias, es necesario alejarse de los estereotipos y convencionalismos impuestos por la sociedad. Por esta razón los roles de género en las relaciones de pareja han sido identificados como un elemento imprescindible en los programas preventivos (Foshee y Langwich, 2004; Wekerle y Wolfe, 1999).

5.1.5 Factores sociales y contextuales

Esta dimensión hace referencia a una compleja interacción entre las características intrínsecas de los individuos y las influencias provenientes de su entorno social. Algunas de las variables contextuales que han sido indagadas son: habilidad en la resolución de problemas (Riggs, 1990); el deterioro de las habilidades de comunicación (Follingstad, 1999); la influencia del grupo de iguales (Arriaga y Foshee, 2004); y el déficit de satisfacción en la relación (Bookwala et al., 1994).

Desde la perspectiva de las relaciones interpersonales, los agresores tienden a presentar unas habilidades de comunicación muy pobres y una baja tolerancia a la frustración, así como estrategias inadecuadas para solucionar los problemas (Sarasua y Zubizarreta, 2000).

Con respecto a las habilidades comunicativas Follete y Alexander (1992) determinaron que los jóvenes que iniciaban episodios agresivos contra sus parejas exhibían pobres habilidades comunicativas tales como la incapacidad de expresar sentimientos y emociones, en comparación con un grupo de hombres no agresivos.

En relación a la solución de problemas Makepeace (1986) en los primeros estudios con jóvenes, encontró que el déficit en la solución de problemas podría configurarse como un potente factor de riesgo respecto a la perpetración de agresiones físicas porque determinaban a la violencia como una “forma” de resolver los conflictos de pareja, principalmente en los hombres (Watson, 2005). Varios autores entre ellos (Lewis y Fremouw, 2001) han apoyado la importancia de la resolución de conflictos como una habilidad que media entre la violencia en la familia de origen y la violencia en el noviazgo

Por otro lado, la interacción con el grupo de iguales se ha considerado como una variable explicativa del comportamiento juvenil en muchos estudios tanto de carácter social como psicológico, señalando la influencia determinante de los

iguales en la conducta del adolescente. Connolly, Furman y Conakry (2000) analizaron el desarrollo de las relaciones de pareja, a partir de la red de amistades del adolescente, constatando una importante relación entre la calidad y el apoyo que el adolescente percibe en las relaciones con sus amigos y la calidad y el apoyo que percibe en su relación de pareja. Particularmente, tres variables de orden interpersonal se han asociado con la violencia por parte de los adolescentes, y éstas son: la asociación con compañeros violentos; la identificación con grupos (pandillas) y las variables moduladoras.

Helland (1998) confirmó el grado de relacionamiento de los adolescentes con sus iguales en los institutos, así quienes utilizaban la violencia como forma de resolver los problemas, se constituía en un factor que mejor predecía tanto el ser perpetrador como el ser víctima de la agresión física. Capaldi (2001) determinó cómo una actitud hostil hacia las mujeres y el grupo de amigos preveía la perpetración de la violencia en jóvenes adultos entre los 20 y los 23 años. Al respecto Connolly, Pepler, Craig y Taradash (2000) ratificaron que tanto los hombres como las mujeres quienes se identificaban con el agresor en la escuela mostraban una mayor probabilidad a usar la agresión física en sus relaciones de noviazgo. Por su parte Foshee (2004) estableció que tener amigos víctimas de agresiones era determinante para la violencia en el noviazgo y los adolescentes sufrían violencia después de tener amigos envueltos en estas relaciones. También Howard y Boekeloo (2003) encontraron que tener amigos consumidores de alcohol correlacionaba positivamente con la violencia en el noviazgo.

Es importante mencionar el estudio de Collins (2005) quien determinó como los adolescentes de 16 años con un profundo vínculo afectivo positivo con el grupo de amigos presentaban una menor probabilidad de que a los 21 años mantuvieran relaciones violentas, ya sea como perpetrador o como víctima. Por lo tanto, la influencia del grupo de iguales puede y debe considerarse como un factor de riesgo y de protección psicosocial, frente a la violencia en el noviazgo.

En cuanto a las variables moduladoras, algunos estudios otorgan un peso determinante a la crianza de los niños en familias con alto nivel de conflicto como

factor de riesgo importante en el desarrollo psicosocial de los adolescentes. Autores como Kinsfogel y Grych (2004) señalaron que la discordia y el conflicto parental tenían consecuencias especialmente negativas en cuanto a la socialización de los hijos, al impulsar a éstos a buscar modelos extrafamiliares cercanos a la violencia y a la emisión de conductas antisociales. Arriaga y Foshee (2004) encontraron que la violencia en la familia de origen y la violencia en las relaciones de pareja de los amigos tenían una relación perjudicial en la calidad de las relaciones de parejas más relevante y determinante este último factor para las adolescentes mujeres.

Otra de las variables importante de enunciarse en este estudio, es la relacionada con la satisfacción en la relación de pareja, parecería lógico suponer que las parejas violentas manifiestan menos satisfacción (Bookwala et al., 1994) y el descenso de la atracción entre los miembros de la pareja (Arias et al., 1987) no obstante, se precisa considerar si el descenso en la satisfacción es un precipitante o es una consecuencia de estas relaciones. Al respecto Ronfeldt (1998) explicó que la satisfacción en las relaciones juega un importante papel en la determinación de agresiones psicológicas y físicas, así los bajos niveles de satisfacción en las relaciones incrementan la probabilidad de cometer agresiones psicológicas, pudiendo escalar en agresiones físicas. Dye y Eckhardt (2000) advirtieron que los estudiantes universitarios agresivos presentan menos satisfacción en sus relaciones de pareja. De igual forma Hettrich y O’Leary (2005) informaron que la satisfacción en la relación era baja en aquellas parejas donde está presente la agresión física.

5.2 Estudios de prevalencia de la violencia en parejas entre adolescentes y jóvenes

Desde que Makepeace (1981) publicó el primer estudio centrado en relaciones de parejas jóvenes, el estudio científico de la violencia en la pareja ha ido cambiando de acuerdo con las condiciones sociales, políticas y económicas de la época y el contexto, permitiendo ser más exactos, al menos en la conceptualización de ciertos términos, permitiendo diferenciar (en la mayoría de casos) las dimensiones de “violencia marital”, “violencia intrafamiliar”, “violencia

de género”, “violencia de pareja”, y “violencia en el noviazgo”. Es preciso señalar que la violencia en parejas de jóvenes y en las relaciones de noviazgo no ha recibido la misma atención en la literatura como la violencia íntima en parejas adultas (violencia conyugal). Incluso autores como (Sugarman y Hotaling, 1989; Straus, 2004), sugieren que la prevalencia de violencia en el noviazgo es de mayor cuantía en comparación con la marital. Por lo tanto, la prevalencia real en las parejas de novios adolescentes y jóvenes aun es incierta.

De acuerdo con los estudios disponibles, el 50% de jóvenes aproximadamente, han ejercido alguna forma de agresión física contra su pareja (Foshee, 1996; O’Leary y Cascardi, 1998; O’Leary y Slep, 1999; O’Leary, Slep, Avery-Leaf y Cascardi, 2008) y un porcentaje aún mayor informa haber empleado agresión psicológica (Schumacher y Slep, 2004; Muñoz- Rivas, Graña, O’Leary y González, 2007). Asimismo, la tasa de jóvenes que informan haber perpetrado agresión sexual alcanza el 37% para los hombres y el 24% para las mujeres (Hines y Saudino, 2003; Hickman, Jaycox y Aronoff, 2004; Muñoz-Rivas, Graña, O’Leary y González, 2009).

A nivel internacional, existen muy pocos estudios sobre la violencia en el noviazgo, entre ellos el realizado por Straus, (2004) con 8666 estudiantes de 31 universidades de 16 países, en donde se determina que entre un 17- 45% de los estudiantes en general había ejercido algún acto de violencia en contra de su pareja; y con respecto al género, en 21 de las 31 universidades se encontró un porcentaje mayor de mujeres que hombres quienes reportaron haber agredido a sus parejas.

Un estudio realizado en los Estados Unidos en el año 2003 por los centros para la prevención y el control de la enfermedad encontraron en una muestra de más de 15 000 adolescentes, que el 8.9% de los hombres y el 8.8% de las mujeres reportaron haber sido objeto de violencia física por parte de su pareja (Peña, y otros, 2013).

Sears, Byers y Price (2007) con 663 adolescentes entre 12 y 18 años, de cuatro escuelas distintas de un condado canadiense, determinaron la concurrencia

de la violencia física, psicológica y sexual y factores asociados y encontraron que un 43% de los adolescentes y el 51% de las adolescentes reportaron haber ejercido alguna conducta de maltrato físico, psicológico o sexual hacia su pareja. Particularmente determinaron que el 35%, 17% y 15% de los hombres habían realizado actos de violencia psicológica, sexual y física respectivamente, mientras un 47%, 5% y 28% de las mujeres habían ejecutado actos de la misma naturaleza.

En México, en el año 2005, el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) publicó los datos de la Encuesta Nacional de Juventud 2005 (ENJ), dichos resultados señalaron que un 15.5% de las y los mexicanos entre 15 y 24 años con relaciones de pareja ha sido víctima de violencia física, un 75.8% ha sufrido agresiones psicológicas y un 16.5% ha vivido al menos una experiencia de ataque sexual.

Rivera-Rivera, Allen-Leigh, Rodríguez-Ortega, Chávez-Ayala y Lazcano-Ponce (2007) en un estudio también realizado en México estudiaron la prevalencia de la violencia física y psicológica en más de 7 000 estudiantes de escuelas públicas del Estado de Morelos, determinando que un 4,2% de las mujeres y un 4,3% de los hombres habían ejercido violencia psicológica, y que un 21% y un 19,5% de mujeres y hombres, respectivamente, reportaron haber llevado a cabo actos de violencia física y un 7,5% de las mujeres y el 5,5% de los hombres había ejercido tanto violencia verbal como física. También encontraron que un 9,4% de las mujeres y el 8,6% de los hombres reportaron haber sido víctimas de violencia psicológica; 10% de las mujeres y 23% de los hombres confirmaron haber sido víctimas de violencia física, mientras un 8,6% y un 15% de las mujeres y los hombres, respectivamente, manifestaron haber sido objeto de ambos tipos de violencia.

En otro estudio realizado por Instituto Tlaxcalteca de la Juventud (2008) se encontró que las conductas violentas en las relaciones de pareja no formales no fueron percibidas como tales, ni por las víctimas ni por los agresores, por el contrario, el maltrato y las ofensas se confundieron con el amor y el interés por la

pareja. Peña, y otros (2013) realizaron un estudio en una amplia población de adolescentes mexicanos y determinaron que más del 46% de los jóvenes experimentan algún tipo de violencia en el noviazgo.

Aunque el estudio de la violencia en las parejas se ha centrado históricamente en la violencia hacia la mujer por parte del compañero (Smith, White y Holland, 2003; Ramírez Rivera y Núñez Luna, 2010; Vázquez García y Castro, 2008), algunas investigaciones recientes apuntan a que, por lo menos en las parejas de novios, la diferencia entre géneros se está disminuyendo o incluso invirtiendo. (Straus, 2004; Rivera et al., 2007).

Un estudio específico diseñado por González (2008) determinó que, en la comunidad de Madrid, el 35% de los investigados había perpetrado algún tipo de violencia física leve, y el 33% había sido víctima de este tipo de violencia, el 1,1% había perpetrado violencia física grave a su pareja y el 1,4% había sido víctima de este tipo y nivel de violencia. En cuanto a la perpetración de violencia física leve, el 36,3% de las mujeres y el 34,1% de los hombres había ejercido al menos una vez en su relación de noviazgo, siendo la edad de 16 a 18 años la de mayor incidencia con el 41,2%.

En el estudio citado, también señalaron que la agresión verbal fue perpetrada por 92,2% de la muestra en estudio y el 90,7% se reportaron como víctimas de este tipo de agresión, en tanto el 57,6% perpetró tácticas dominantes, y el 51,3%, las sufrió. Además, el 77,2% se mostró celoso y el 79,7%, acusó haber sido víctima de los celos. Estos tres tipos de agresión psicológica fueron perpetrados en mayor proporción por las mujeres, sin que existan diferencias significativas en relación con el género. En relación a la agresión sexual el 13,5% de las mujeres y el 35% de los hombres perpetró algún tipo de agresión sexual, y las proporciones se mantuvieron en la consideración de victimización. Como se puede observar a medida que avanzan estos estudios en la pareja de novios adolescentes y jóvenes se visualizan mayores casos de violencia.

5.3 Estudios de prevalencia de la violencia en parejas jóvenes en Ecuador

En el año 2007 las crecientes manifestaciones de agresión vividas en el seno familiar y en las instituciones educativas por la influencia de: la televisión, videojuegos, películas, música, internet, diálogos entre amigos, abandono a los hijos, descarga de la frustración, entre otras, motivaron la necesidad de promulgar el Decreto Ejecutivo N° 620, que establece como política del Estado la erradicación de la violencia de género hacia la niñez, adolescencia y mujeres. El mismo que se ejecuta con el apoyo del “Plan nacional de erradicación de la violencia de género”, bajo el amparo de la Constitución de la República del Ecuador (2008) que define un “Estado de derechos” reconoce y garantiza a las personas el derecho a una “vida libre de violencia en el ámbito público y privado” (Art. 66.3a y 3b):

- a. La integridad física, psíquica, oral y sexual.
- b. Una vida libre de violencia en el ámbito público y privado. El Estado adoptará las medidas para prevenir, eliminar y sancionar toda forma de violencia, en especial la ejercida contra las mujeres, niñas, niños y adolescentes, personas adultas mayores, personas con discapacidad y contra toda persona en situación de desventaja o vulnerabilidad; idénticas medidas se tomarán contra la violencia, la esclavitud y la explotación sexual. (Constitución de la República del Ecuador, 2008, p. 24). De esta manera se fortalece el derecho a una vida libre de violencia, con la obligación del Estado de otorgar atención y protección a las mujeres, niños y adolescentes.

Sin embargo, uno de los problemas que imposibilitaba dar cumplimiento a la política pública era la ausencia de información estadística, que impedía medir la magnitud e incidencia de la violencia y tipificarla. Al respecto en un conversatorio con el Ing. Max Paredes, funcionario del Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos indica que el 2014 se hizo una validación de la información existente sobre los casos de violencia, y esto se logró gracias a la clasificación de las formas de violencia emitidas en Código Orgánico Integral Penal (COIP), cuya finalidad es la siguiente:

Artículo 1.- Finalidad. - Este Código tiene como finalidad normar el poder punitivo del Estado, tipificar las infracciones penales, establecer el procedimiento para el juzgamiento de las personas con estricta observancia del debido proceso, promover la rehabilitación social de las personas sentenciadas y la reparación integral de víctimas (Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos, Código Orgánico Integral Penal, 2014, p. 27)

Con la promulgación COIP se construye una primera base de datos sobre los casos de violencia, a esta información se suma la información proveniente de la Primera Encuesta Nacional de Relaciones Familiares y Violencia de Género que arrojó una información lamentable:

1 de cada 6 mujeres de 15 años ha vivido algún tipo de violencia física, sexual o patrimonial, lo que representa a más de 3 millones de mujeres ecuatorianas.

La violencia psicológica o emocional es la más frecuente pues el 54% de mujeres señalan haber recibido prohibiciones, amenazas, haber sido encerradas, humilladas u ofendidas. El 38% de mujeres han recibido golpes, han sido tironeadas, heridas y lastimadas. El 26% de mujeres ha sido víctima de violencia sexual que incluye la violación, el atentado al pudor, el acoso laboral o la explotación sexual y el mayor porcentaje de víctimas corresponde a mujeres afro ecuatorianas. El 17% de mujeres han sido víctimas de violencia patrimonial que implica la destrucción de sus bienes, su ropa y objetos personal.

Y en todos los tipos de violencia, el mayor porcentaje de perpetradores corresponde a la pareja o ex pareja de la mujer. (Tamariz Valdivieso, 2015, p. 4)

Como se puede observar los datos emitidos son generales, no se especifica casos de violencia ocurridos entre parejas de adolescentes y jóvenes.

La Dra. Nelly Piedad Jácome Villalba, Directora Nacional de Violencia Intrafamiliar y género, mediante oficio Nro. MJDHC-DNVIG-2017-0022-O del 30

de mayo de 2017, en atención a la solicitud remitida por la autora de la investigación con el objetivo de conocer la estadística de violencia entre parejas de novios en edades comprendidas de 16 a 21 años, indica lo siguiente:

“Esta Dirección cuenta con información proporcionada por las diferentes instituciones públicas que forman parte del Plan y Pacto Nacional para la Erradicación de la Violencia de Género, la misma que no se encuentra desagregada por edades”.

La fuente oficial, tomando en cuenta los grupos etáreos sobre los que solicita información (16-21 años), sería tanto la Dirección Nacional para la Democracia y Buen Vivir del Ministerio de Educación, como la Fiscalía (Dirección de Política Criminal) y El Consejo de la Judicatura (Dirección Nacional de Acceso a los Servicios de Justicia), para aquellos delitos de violencia contra la mujer y demás miembros del núcleo familiar, así como para delitos de violencia contra la integridad sexual”.

Los datos estadísticos informados se centran en los Servicios de Atención a Víctimas de Violencia intrafamiliar y/o Sexual - Centros de Atención Integral y Casas de Acogida cofinanciados por MJDHC; Incidentes Coordinados por el Servicio Integrado de Seguridad ECU-911 en donde el mayor número de atenciones se debe a incidentes de violencia intrafamiliar (243 664 casos), agresión verbal (40 454) y física (25 745); datos generales de femicidio (51); número de causas ingresadas por tipo de violencia en las Unidades Judiciales competentes, siendo las de mayor incidencia la física – contravención (26 900), psicológica (14 317), física + psicológica (915); número de causas ingresadas al sistema por diferentes tipos de violencia; datos de femicidios en la Fiscalía General del Estado los que van en aumento año a año; y delitos sexuales en el ámbito educativo; casos especificados de acuerdo a las provincias, pero no a las edades motivo de estudio.

Cabe recalcar que los Centros de Atención (CT), Casas de Acogida (CA) y fundaciones Nuestros Jóvenes tienen como objetivos:

- 1 Brindar protección integral y especializada a mujeres, niños, niñas y adolescentes, víctimas de violencia intrafamiliar y/o sexual.
- 2 Mejorar la calidad de los servicios de atención en derechos a mujeres, niños, niñas y mujeres víctimas de violencia intrafamiliar y/o sexual, existentes en el país, mediante la implementación y fortalecimiento del modelo de atención y la capacitación a sus equipos en enfoques, abordajes y metodologías de atención integral. Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos, Código Orgánico Integral Penal, (2014)

La Dra. Myriam Tipán, Psicóloga clínica de la Fundación Nuestro Jóvenes (2018) en un conversatorio manifiesta:

“En el país no existen centros especializados específicamente en el manejo del tema de la violencia para niños y adolescentes. En la fundación la violencia entre parejas de adolescentes no es reportada, solo en el 2015 se informó un caso de violencia de una adolescente de 15 años embarazada, víctima de violencia física y psicológica por parte de su pareja de 17 años; la violencia es muy naturalizada, no logran identificarla como violencia, porque la ven en casa con sus padres e incluso creen que esa es la forma de amarse” (p.1)

El Consejo de la Judicatura, mediante oficio – DNASGJ – SNG – 2017 – 89, del 23 de agosto de 2017, emitido por la Dra. Alexandra Muñoz Santamaría, Directora Nacional de Acceso a los Servicios de Justicia (e) informa:

Muñoz (2017) afirma que “el Sistema Automático de Trámites Judiciales del Ecuador (SATJE) no cuenta al momento con una desagregación estadística por edades y sexo de los denunciantes y los procesados. Sin embargo, tenemos cifras estadísticas de las infracciones de violencia contra la mujer o miembros del núcleo familiar cometidas por adolescentes” (p. 1).

En este marco, durante el período 10 de agosto de 2014 al 30 de junio de 2017 ingresaron 679 denuncias de infracciones de violencia contra la mujer o miembros del núcleo familiar, cometidas por adolescentes. Dichas infracciones se

establecen en el Art. 155 del Código Orgánico Integral Penal al igual que la definición de la relación víctima – victimario en el ámbito intrafamiliar, de la siguiente manera: Se consideran miembros del núcleo familiar el cónyuge o la cónyuge, a la pareja en unión de hecho o unión libre, conviviente, ascendientes, descendientes, hermanas, hermanos, parientes hasta el segundo grado de afinidad y personas con las que se mantenga, o haya mantenido vínculos familiares, íntimos, afectivos, conyugales, de convivencia, noviazgo y cohabiten”.

La información con la que cuenta el Consejo de la Judicatura hace referencia al ingreso por causas de violencia:

- Física contra la mujer o miembros del núcleo familiar (Art. 156 COIP), año 2015 - 20 casos, 2016 - 29 casos, 2017 registrados hasta junio – 20 casos;
- Psicológica (Art.157 COIP) año 2015 - 27 casos, 2016 - 67 casos, 2017 registrados hasta junio – 32 casos;
- Sexual (Art. 158 COPI), año 2015 - 1 caso, 2016 - 4 casos, 2017 registrados hasta junio – 1 caso;

Contravenciones (Art. 159 COIP) – Procesos de adolescentes infractores, año 2015 - 183 casos, 2016 - 178 casos, 2017 registrados hasta junio – 88 casos.

En la generalidad el número de causas de violencia se va incrementando año tras año, pero no se especifica si se refiere a violencia en el noviazgo, ni las edades motivo de estudio (16 a 18 años)

SENESCYT Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación, es el organismo que tiene por objeto la rectoría de la política pública de educación superior y coordinar acciones entre la Función Ejecutiva y las instituciones del Sistema de Educación Superior, ante la solicitud emitida para recabar información sobre los casos de violencia entre parejas de jóvenes en las edades comprendidas de 18 a 21 años, expresa que no cuenta con este tipo de

información. Por lo tanto, su ámbito de acción se limita administrativo como, establecer mecanismos de coordinación, rectoría de políticas públicas, políticas de becas, nivelación y admisión, políticas de investigación científica y tecnológica, elaborar informes técnicos, entre otras.

Ministerio de Educación ante la solicitud emitida para obtener información sobre el registro de los casos de violencia física, emocional o de otro tipo. Registradas en las instituciones educativas del país entre las parejas de novios adolescentes y jóvenes, entre las edades comprendidas de 16 a 18 años, mediante Memorando Nro. MINEDUC-DNEDBV-2017-00109-M manifiesta:

Ormaza (2017) “Me permito indicarle que la información disponible sobre las problemáticas identificadas en las instituciones educativas no se centra en los registrados en las parejas de novios adolescentes y jóvenes. Además, en el portal Educar Ecuador tampoco se registra la información a ese nivel de detalle sino de manera general los casos que se han dado en las instituciones educativas; por lo tanto, no se dispone de la estadística que es de interés de su investigación” (p.1)

Ante la respuesta obtenida se realiza una remembranza de los cambios realizados en el sistema educativo ecuatoriano durante los últimos diez años. Así en cuanto los propósitos educativos se busca mejorar la calidad de la educación y fomentar el Sumak Kawsay o Buen Vivir entre sus pobladores, para lograrlos se han generado cambios en las políticas educativas, las que están presentes en la Constitución de la República del Ecuador, en la Ley Orgánica de Educación Intercultural (LOEI) y su Reglamento y en el Plan Nacional del Buen Vivir. Cambios orientados especialmente a la creación de un Nuevo Modelo de Gestión, Estándares de Calidad, Modelo de Apoyo y Seguimiento a la Gestión Educativa, Currículo de los diferentes niveles y asignaturas, el Sistema Integral de Desarrollo Profesional, y otros aspectos; mismos que se implementan paulatinamente; pero no atienden específicamente a la violencia entre parejas de adolescentes y jóvenes.

Estos cambios no evidencian la consecución de los propósitos planteados, ya que las instituciones educativas ecuatorianas presentan serias dificultades para

cumplir con las políticas nacionales y acuerdos establecidos en favor de la educación, atender las diferencias, fomentar la convivencia armónica y solucionar pacíficamente los conflictos de relacionamiento. Es decir, las acciones realizadas, en especial la vinculada con dar respuesta a las necesidades de relacionamiento que viven diariamente los estudiantes, han resultado insuficientes en cuanto a la previsión de acciones de protección y apoyo a los estudiantes en casos de violencia, y velar por la integridad psicológica y sexual de sus miembros, tal como se manifiesta en los artículos 5 y 6 de la Ley Orgánica de Educación (LOEI) ; o en el Plan Nacional del Buen vivir 2013-2017, (objetivo 6), en los ámbitos relacionados con la violencia de género en todas sus formas, así como combatir cualquier forma de agresión contra la niñez y adolescencia.

Las dificultades señaladas se encuentran muy relacionadas con el hecho de que adolescentes y jóvenes se han vuelto cada vez más violentos, descargan negativamente sus emociones y frustraciones en las víctimas más vulnerables: compañeros, amigos, novios, entre otros. Siendo un reflejo de lo que ocurre en el contexto de la sociedad ecuatoriana, en la que se fragua la violencia como un proceso natural, al cual se acostumbran y lo observan como algo normal.

Sin embargo, el Ministerio de Educación en un trabajo cooperativo con la Fiscalía General del Estado (F.G. E.) levantaron una base conjunta de delitos sexuales o violencia donde se consideran los casos detectados por los Departamentos de Consejería Estudiantil DECES de las instituciones educativas, pero esta información se limita únicamente a los delitos sexuales, siendo Pichincha, provincia de la capital Quito donde se realiza la investigación, la segunda ciudad del país donde se registra el mayor índice de delitos sexuales en el ámbito educativo (93 casos). Los diferentes organismos del Estado están trabajando para crear este instrumento común entre las instituciones públicas que sea una ruta de atención a mujeres, niñas y adolescentes, mediante un marco normativo que establezca vías y procedimientos claros.

El Ministerio de Educación (MINEDUC), World Visión-Ecuador y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) realizaron un estudio de

violencia escolar entre pares (aquellos estudiantes que han recibido al menos una vez un acto de violencia en el último quimestre o 5 meses por parte de otro estudiante) es del 58,8%. Es decir, aproximadamente, 6 de cada 10 estudiantes entre los 11 y 18 años, entre 8° de básica y 3° de bachillerato, han sido víctimas de al menos un acto violento. Las formas más comunes de violencia escolar entre pares son de carácter verbal y psicológico, sea por insultos y apodo (38,4%9, rumores (27,8%) o agresiones por medios electrónico (9,7%), que afectan sobre todo al grupo más joven de estudiantes. También se producen formas de violencia más directas, como sustracción de pertenencias (27,4%) y golpes (10,7%). Esta última es más común entre la población masculina y entre los estudiantes más jóvenes (Ministerio de Educación, 2015, p. 32)

En el Ecuador se han realizado varios estudios sobre violencia escolar, así se puede citar la Primera Encuesta Nacional de la Niñez y Adolescencia de la Sociedad Civil (ENNA), y la encuesta N°46 de “Mi Opinión Si Cuenta”, recoge la opinión de niños y adolescentes sobre la “Violencia y Seguridad en escuelas y colegios”; pero no se registran estudios relacionados con la violencia en parejas de novios adolescentes y jóvenes.

En conclusión, en el Ecuador, no existen datos, ni estudios de investigación específicos sobre la prevalencia de la violencia en parejas de adolescente y jóvenes, de hecho, se ha registrado uno de los estudios sobre violencia en las relaciones de noviazgo en las jóvenes universitarias de la ciudad de Cuenca, provincia del Azuay, con la limitante de que se indagó únicamente a 224 personas del género femenino, entre los 18 a 25 años, cuyas respuestas fueron agrupadas en tres tipos de manifestaciones: violencia física, violencia psicológica y comportamientos coercitivos y controladores (Avilés y Parra, 2015).

Otro estudio que puede servir de base para analizar la incidencia y prevalencia de la violencia en parejas jóvenes es el informe publicado por UNICEF (2015) sobre la violencia de género en el Ecuador, este informe toma como base, los resultados de la Encuesta Nacional sobre violencia de género desarrollada por

el INEC en 2011, tanto el informe como la encuesta polarizan la atención de la violencia en las relaciones desde la perspectiva que la mujer es la víctima de violencia.

Explicadas, tales limitaciones, se presenta a continuación un conjunto de datos y resultados estadísticos que podrían coadyuvar a comprender el fenómeno de la violencia en parejas jóvenes en el contexto ecuatoriano:

Avilés y Parra (2015) han determinado que el 34.9% de las mujeres investigadas ha sufrido de violencia psicológica, el 41,2% ha sido víctima de comportamientos coercitivos y controladores por parte de su pareja y el 8,3% ha llegado a sufrir agresiones físicas. En este estudio se determinó que el 17% de las encuestadas no se encontraban a gusto con su pareja, y de este porcentaje casi el 70% habían sido víctimas de algún tipo de violencia.

Un hecho significativo de este estudio fue el análisis de algunos factores de riesgo, determinándose que el hecho de haber sido víctima de violencia intrafamiliar no las predispone a sufrir violencia en sus relaciones de pareja, así, el 9,5% quien fue víctima de violencia en su hogar de origen, experimentó violencia en el noviazgo, en tanto que quienes no sufrieron de algún tipo de violencia intrafamiliar, en una proporción mayor (14%) fueron víctimas de violencia durante su noviazgo.

Los resultados obtenidos de la aplicación de la Encuesta de relaciones familiares y violencia de género contra las mujeres, realizada en el Ecuador en 2011, cuyos hallazgos generales se expusieron anteriormente.

En el siguiente cuadro se muestran algunos datos relevantes de la violencia de género en el Ecuador, tanto en forma general como extrapolando para parejas jóvenes.

Tabla 4. Prevalencia de violencia de género en el Ecuador

Dimensión	Global (Nacional)	Parejas jóvenes
Violencia psicológica	53,9%	43,4%
Violencia física	38%	35%
Violencia sexual	25,7%	14,5%
Variación étnica	Indígena (61,3%) Afrodescendiente (59,8%) Montubia (50%) Mestiza (49,8%) Blanca (45,2%)	Indígena (59,3%) Afrodescendiente (55,3%) Montubia (48%) Mestiza (47,5%) Blanca (43,2%)
Lugar de residencia	Urbano (61,4%) Rural (58,7%)	Urbano (48,7%) Rural (48,5%)
Violencia física por Región	No se registra información	Sierra (39,1%) Costa (30,8%) Oriente (38%) Insular (33,1%)
Violencia psicológica por Región		Sierra (48,2%) Costa (38,6%) Oriente (46,2%) Insular (40,2%)
Edad		15 a 19 años (25,7%) 20 a 29 años (47,8%)
Instrucción	Analfabeta (67%) Educación Básica (64,1%) Educación Media (58%) Superior (52,4%) Cuarto nivel (52,8%)	Analfabeta (57,4%) Educación Básica (54,5%) Educación Media (44,2%) Superior (36%) Cuarto nivel (36,3%)
Factores históricos		Violencia intrafamiliar: victimización (75,1%). Violencia intrafamiliar: perpetración (79,3%).

Fuente: INEC, 2012. Encuesta Nacional de Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las mujeres

De acuerdo a las cifras expuestas en la tabla 4, la violencia contra la mujer tiene menor incidencia en las parejas jóvenes al compararla con los niveles de violencia general (indistintamente de la edad o el tipo de perpetrador de la agresión). No obstante, los valores son altos en comparación con los resultados de estudios llevados a cabo en otros países.

5.3.1 Femicidios

La agresión en la pareja puede tener múltiples consecuencias, una de ellas, y de seguro la más nefasta en la muerte de la víctima, bien sea por suicidio por el

hecho de que su pareja sea quien corte su existencia, dándole muerte (femicidio). Lamentablemente en el Ecuador, los casos de femicidio han ido en aumento.

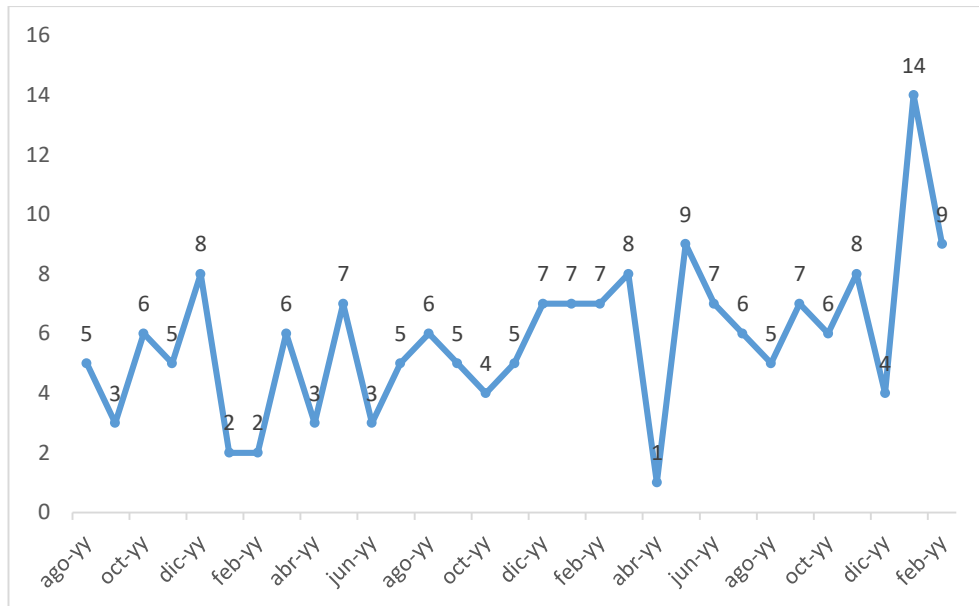
Artículo 141.- Femicidio. - La persona que, como resultado de relaciones de poder manifestadas en cualquier tipo de violencia, dé muerte a una mujer por el hecho de serlo o por su condición de género, será sancionada con pena privativa de libertad de veintidós a veintiséis años (Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos, Código Orgánico Integral Penal, 2014, p. 69)

La Comisión Ecuménica de Derechos Humanos (CEDHU) registró que, durante el primer semestre del 2017, se denunciaron 80 casos de femicidio, en tanto que en todo el 2016 se anotaron 118 femicidios en total. De los 80 femicidios registrados en el primer semestre del 2017, 42 se desarrollaron en la Costa, 33 en la Sierra y 5 en el Oriente. Guayas con 19, Pichincha con 15, Manabí con 8, Azuay con 7 y Los Ríos con 6 ocupan los primeros cinco lugares. (El Universo, 2017).

Estos resultados, alarmantes, por cierto, parecen no concordar con las tendencias entregadas por el Ministerio de Justicia, quien, en forma directa, entregó a la investigadora los datos que se han organizado en la gráfica 1.

Si bien no existe una tendencia clara, se observa que en el número de feminicidios no ha disminuido, pese a las múltiples campañas desarrolladas en el Ecuador. Además, es posible que su origen se encuentre en las relaciones violentas vividas en parejas de adolescentes y jóvenes.

Gráfica 1. Víctimas de femicidio registrados en el Sistema de Justicia (Agosto 2014-febrero 2017)



Según la Comisión Ecueménica de Derechos Humanos, en el 2017 se registraron 132 casos de femicidio (las cifras del Ministerio del Interior y de la Fiscalía del Estado difieren de este número). Los casos se registran en mujeres de entre 13 a 70 años, el 60% de los casos correspondieron a mujeres de entre 17 y 24 años. De estos 132 casos, 9 fueron perpetrados por novios, 2 por ex novios, y 5 por amigos o pretendientes, es decir casi el 15% de los casos de femicidio ocurrieron en relaciones de noviazgo (El Universo, 2017).

En el capítulo se han analizado los principales factores de riesgo de la violencia en el noviazgo, siendo los más críticos e incidentales los relacionados con factores históricos, clínicos e interpersonales. En el Ecuador, la violencia en el noviazgo (experimentada por las mujeres) presenta de acuerdo a ciertos estudios una incidencia menor a la de la violencia general contra la mujer, pero de una prevalencia alta comparada con la de otras latitudes, además este problema se ha visto en los últimos tiempos desencadenar en el femicidio.

CAPÍTULO VI

PREVENCIÓN DE LA VIOLENCIA EN PAREJAS DE NOVIOS

La violencia en la pareja es uno de los problemas más graves y extendidos en el mundo, a más de constituir una flagrante violación de los derechos humanos, esta forma particular de violencia deteriora profundamente el bienestar emocional, mental, físico y social de las personas involucradas en esa relación de violencia, con graves consecuencias como las lesiones físicas, el embarazo no deseado, el aborto, las infecciones de transmisión sexual, el trastorno de estrés postraumático y la depresión, además de la existencia de comportamientos de alto riesgo como el tabaquismo, el consumo perjudicial de alcohol y de drogas y el comportamiento sexual arriesgado. (OMS, 2011).

La mayoría de las consecuencias de la violencia en la pareja, en sus distintas manifestaciones: física, sexual y psicológica recaen sobre las mujeres y los causantes son los hombres, de acuerdo a varios estudios esta situación se deriva de la existencia de un orden más o menos establecido entre los hombres y las mujeres de cualquier unidad de convivencia, por ello es importante que la sociedad en su conjunto entienda que para prevenir la violencia, no basta con estudiar y aplicar conceptos, es necesario analizar si existe una coherencia real entre discurso y comportamiento, principalmente a nivel de los hogares. (Hernández, 2012).

En este capítulo se presentan algunas tendencias e ideas claves sobre la prevención de la violencia, particularmente la sucedida en el noviazgo, partiendo del hecho de que si bien los factores de riesgo indican asociación, no causa, al trabajar sobre estos factores menor será la probabilidad de que el adolescente o joven se implique en relaciones de pareja violentas, como agresor o víctima.

6.1 Factores modificables y previsión de la violencia

Muchos países han tipificado leyes que consideran como delito penal, la violencia infligida por la pareja, determinado la necesidad de presentar cada vez

más servicios jurídicos y sociales de asistencia a las personas violentadas. Si bien, la existencia de servicios estructurados de apoyo a las víctimas resulta sumamente importante, dado la gran magnitud del problema, determina una línea de acción en la dimensión de la prevención, porque no existen suficientes esfuerzos encaminados a impedir las diversas formas de violencia.

Como se mencionó anteriormente, existen algunos factores de riesgo asociados a la violencia en la pareja, dentro de estos factores se encuentran la desigualdad de género, las normas sociales en torno a la masculinidad, la disparidad económica, comportamientos problemáticos (como el consumo perjudicial de alcohol), la exposición al maltrato infantil, que lamentablemente no han sido analizados en forma exhaustiva al momento de proponer acciones preventivas.

Reconocer los factores de riesgo y de protección, resulta de suma importancia al momento de definir y abordar en cada ámbito y contexto un programa de prevención. Efectivamente, existen diversos factores modificables asociados con la violencia de pareja y pueden constituir el blanco de las medidas de prevención primaria, como son disminuir la aceptación de la violencia, un acceso creciente de las mujeres a la educación, modificar las leyes que discriminan a las mujeres, y poner en práctica políticas más equitativas en materia de género. Si bien la definición de estos factores como objetivo de las medidas preventivas muy probablemente disminuirá la violencia de género, en la actualidad no se cuenta con datos científicos que lo confirmen (OMS, 2011).

6.2. Niveles de prevención de la violencia en el noviazgo

En primer lugar, es necesario entender la “prevención” como un concepto genérico que hace referencia a toda medida, política o actuación, tendiente a reducir o evitar alguna acción indeseada, como en este caso el problema de la violencia en la pareja. En forma global la prevención contempla tres niveles de actuación en función tanto de la etapa en que se encuentra el fenómeno a evitar y la población de atención, adolescentes y jóvenes, distinguiéndose la prevención primaria

(actuaciones implementadas antes de identificar proceso problemáticos); la prevención secundaria (intervenciones llevadas a cabo después de que se han identificado la presencia de factores de riesgo); y la prevención terciaria (intervenciones dirigidas a detener la propagación del problema y sus consecuencias) (González , 2009).

Dada la prevalencia de la violencia infligida por la pareja en el curso de toda la vida, las víctimas que necesitarían servicios de prevención sobrepasarían las capacidades incluso de los países mejor abastecidos, por lo tanto, un problema de tales proporciones exige centrar la atención en la prevención primaria (OMS, 2011).

En forma particular, y desde la perspectiva de salud pública, las estrategias de prevención según Dahlberg y Krug (2002) serían:

Prevención primaria: contempla los enfoques para evitar la violencia antes de que ocurra.

Prevención secundaria: determina los enfoques que se interesan en las respuestas más inmediatas a la violencia, como la atención prehospitalaria, la atención de emergencias en caso de violencia física o sexual.

Prevención terciaria: comporta los enfoques que se centran en la atención a largo plazo después de un acto de violencia, como la rehabilitación y la reintegración, y tratan de aminorar el trauma o disminuir la discapacidad prolongada provocada por la violencia.

El nivel más importante, y por ende al que se debería prestar más atención es el nivel de la prevención primaria, cuyo objetivo es evitar la violencia, lamentablemente, solo desde hace pocos años, los gobiernos han centrado su atención en este enfoque, y más bien la mayor parte de los recursos se destinaban a la prevención secundaria o terciaria.

La prevención primaria significa disminuir el número de casos nuevos de violencia de pareja, al responder a los factores generadores de agresión en primera instancia. Por lo tanto, la prevención primaria se basa en la definición de los factores determinantes de las causas, seguida de la adopción de medidas que respondan a los mismos. Concomitante con estas ideas la (OMS, 2011, p. 10) sostiene que:

“La prevención primaria de la violencia de pareja puede salvar vidas y ahorrar dinero; la inversión destinada a evitar que ocurran esta forma de violencia es crucial, ya que así se protegerá y fomentará el bienestar y el desarrollo de la persona, la familia, la comunidad y la sociedad”

Diversos estudios coinciden en señalar que los esfuerzos de prevención primaria se deberían dirigir a los grupos de edad más joven. La prevención especialmente el maltrato infantil, ayudaría a disminuir los niveles de violencia de pareja, de igual forma la disminución global del consumo de alcohol en una población puede contribuir a reducir la perpetración y el padecimiento de la violencia de pareja.

Aunque hasta el momento son escasos los estudios que aporten con pruebas científicas de la eficacia de las estrategias de prevención primaria de la violencia infligida por la pareja y la gran mayoría de estos estudios proviene de los países de altos ingresos, como Estados Unidos o Inglaterra, la lógica supone adaptar los programas eficaces en estos países, contextualizarlos e integrarlos a los entornos de ingresos más bajos (como el latinoamericano); avanzando en la evaluación de dichos programas y perfeccionando las estrategias propuestas.

La mayoría de las estrategias evaluadas encaminadas a prevenir la violencia en la pareja, han tenido como objetivo el análisis y comprensión de los factores de riesgo proximales, sobre todo de la esfera individual y relacional del modelo ecológico (descritos en la tabla 2). Con el fin de disminuir la violencia de pareja a escala poblacional, resulta importante abordar especialmente la esfera social (nivel más externo del modelo), mediante medidas que comprenden las leyes nacionales y las políticas internacionales que las respaldan y se direccionan hacia

los factores socio económicos, como el nivel de ingresos, la pobreza, la tipología del empleo de hombres y mujeres, además del acceso de las mujeres a la atención sanitaria, la educación y la participación y la representación en política (OMS, 2011).

6.3 Programas de prevención en la violencia en el noviazgo

Desde hace más de 25 años, se han desarrollado en distintos países, una serie de programas preventivos, los mismos que, aunque no han sido debidamente evaluados en torno a su eficiencia, han supuesto en cambio, un punto de partida para la elaboración de modelos preventivos. Estos programas han apuntalado cuatro vías de actuación para prevenir la violencia en el noviazgo:

- a) enfatizar e implantar la prevención primaria;
- b) avanzar en las investigaciones preventivas;
- c) trasladar las investigaciones a programas preventivos específicos y,
- d) llevarlos a cabo en la población seleccionada a tal efecto (Grafunder, Noonan, Cox y Wheaton, 2004).

Efectivamente, los programas de intervención de la violencia en el noviazgo se han orientado a la prevención primaria y secundaria y, en algunos casos, se abordan ambas simultáneamente. La mayoría de programas se han propuesto evitar la aparición de la violencia, mediante intervenciones dirigidas a toda la población de un colegio, entregando información o sensibilizando sobre factores de riesgo (prevención primaria) (Foshee, 1996). Otros programas, en este caso de prevención secundaria, se han orientado a entregar servicios a los individuos en situación de vulnerabilidad con el fin de disminuir la incidencia del problema mediante la reducción de los factores de riesgo conocidos o supuestos. Dichos programas han desarrollado un abordaje de la violencia cuando ya ha ocurrido y los indicadores de éxito son que la víctima abandone la relación de violencia y/o que el agresor detenga la agresión (Vizcarra, Pooa, y Donoso, 2013).

Es necesario remarcar que las acciones preventivas contempladas en los programas se han diseñado desde una perspectiva global y sistémica, es decir, comenzando en la familia, continuando en las instituciones educativas y con refuerzo de acciones de ámbito socio-comunitario. Dado que existe una influencia recíproca entre el individuo y la colectividad, para favorecer el abordaje de la violencia en varios ámbitos al mismo tiempo y en un mismo contexto, se necesita considerar los tres ámbitos de actuación: el individual, el familiar y, el escolar (De la Fuente y Ríos, 2006).

Varios programas de prevención se han implementado en la enseñanza secundaria o en los primeros años universitarios, dentro y fuera del currículo escolar, siendo escasos los programas implementados fuera del contexto académico (Wolfe, Wekerle, Scott, Straatman, Grasley y Reitzel-Jaffe, 2003). Un aspecto relevante de los programas de prevención es que a lo largo del tiempo han permitido ir determinando aquellas estrategias que pueden considerarse como las más eficientes. De acuerdo con la OMS estas estrategias se detallan en la siguiente tabla:

Tabla 5. Etapas de vida y estrategias asociadas para prevenir la violencia.

ETAPA	ESTRATEGIA
Lactancia, niñez y adolescencia temprana	Programas de visitas a los hogares encaminados a prevenir el maltrato infantil.
	Educación de los padres y las madres a fin de prevenir el maltrato infantil.
	Mejorar la salud mental de la madre.
	Detectar y tratar los trastornos afectivos y del comportamiento.
	Estímulo de las aptitudes sociales y afectivas en las escuelas.
	Programas de prevención del <i>bullying</i> .
Adolescencia y primera juventud	Programas escolares de prevención de la violencia con componentes múltiples.
Edad adulta	Programa de prevención del suicidio con componentes múltiples de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.
	Los enfoques participativos y de empoderamiento que abordan la desigualdad de género (estrategia <i>SASA en Uganda</i>).

Fuente: OMS, (2011, p. 45).

Como se mencionó en el tema de los factores de riesgo, un antecedente de maltrato infantil aumenta en forma considerable el riesgo de que una persona cometa un acto de violencia de pareja o que sea víctima del mismo. Por lo tanto,

resulta razonable suponer que la prevención del maltrato infantil podría disminuir la violencia infligida por la pareja en el futuro (Foshee, Reyes y Wyckoff, 2009). Aunque no se cuenta con evidencia científica directa sobre el efecto de estos programas en los niveles de la violencia de pareja.

Para la OMS (2011) la disminución del riesgo de las diferentes formas de maltrato infantil puede contribuir a reducir la transmisión intergeneracional de la violencia y el maltrato. Entre las estrategias más prometedoras de prevención del maltrato infantil en este campo, se encuentran los programas de visitas a los hogares y de educación de los padres y las madres (Mikton y Butchart, 2009). Aunque tampoco se han evaluado los efectos a largo plazo de ninguno de estos programas, sobre la prevención de la violencia en el noviazgo.

La depresión materna podría llegar a obstaculizar la edificación de vínculos y procesos de apego emocional, lo que a su vez redundaría en un alto riesgo de trastornos persistentes de la conducta en los infantes, constituyéndose en un importante factor de riesgo de la violencia (Meltzer, 2003). Entre los enfoques eficaces de tratamiento de la depresión materna se encuentran su reconocimiento temprano (en período prenatal y puerperal), seguido del respaldo de pares y el apoyo social, las terapias psicológicas y la medicación antidepresiva (National Collaborating Centre for Mental Health, 2007).

En cuanto a los trastornos afectivos y de la conducta en la niñez y la adolescencia, estos se convierten en precursores del trastorno antisocial de la personalidad, y están asociados con un mayor riesgo de cometer violencia o de ser víctima de la violencia en el noviazgo. Por lo que la detección temprana y el tratamiento eficaz de los trastornos psíquicos y afectivos en la niñez y la adolescencia podría disminuir la aparición de violencia infligida por la pareja en el futuro (OMS, 2011). Además, las intervenciones psicológicas dirigidas a niños y adolescentes que han sido víctimas de maltrato infantil o han estado expuestos a la violencia de pareja parece representar una estrategia de prevención de la violencia de pareja respaldada por pruebas científicas como la de (Skowron y Reinemann, 2005).

Por otro lado, factores como la impulsividad, falta de empatía y la deficiente competencia social, pueden ser indicios de un trastorno de la conducta y precursores del trastorno antisocial de la personalidad, que aumentan la probabilidad de cometer diversas formas de violencia, por lo que programas de capacitación en aptitudes cognitivas, sociales, emocionales y conductuales dirigidos a niños y adolescentes, representan una excelente estrategia en la prevención de la violencia juvenil en el futuro. Dichos programas promueven un comportamiento social y el desarrollo de aptitudes sociales y afectivas como la resolución de problemas, el manejo de la ira, el aumento en la capacidad de empatía, la toma de perspectiva y la resolución de los conflictos sin violencia.

El *bullying* conlleva consecuencias inmediatas y a largo plazo en perpetradores y víctimas, entre ellas el aislamiento social y la exacerbación del comportamiento antisocial, lo cual puede derivar en delincuencia juvenil y adulta (en los autores) y depresión, ideación suicida, aislamiento social y baja autoestima (en las víctimas). A estas consecuencias podrían aumentar el riesgo futuro de participación en la violencia de pareja ya sea como agresor o como víctima. Existen evidencias científicas que afirman que los programas de prevención del *bullying* son eficaces en disminuir todo tipo de conductas violentas futuras (Baldry y Farrington, 2007).

La violencia en las relaciones amorosas es un factor de riesgo de violencia de pareja en etapas posteriores de la vida Smith, White y Holland (2003) y además se asocia con los comportamientos que afectan el bienestar y la salud, como el comportamiento sexual arriesgado, el abuso de sustancias tóxicas y los intentos de suicidio (Wolfe et al., 2009). En consecuencia, se puede suponer que la prevención de la violencia en las citas amorosas previene la violencia de pareja y la violencia sexual en etapas posteriores de la vida (Foshee, Reyes y Wyckoff., 2009).

Los programas de prevención de la violencia en las citas amorosas han sido los más evaluados de todos los programas de prevención de la violencia de pareja, especialmente por Foshee, (2008), quienes por más de 10 años han

examinado los efectos del programa en la prevención o disminución de esta violencia ya sea como autores o como víctimas con el transcurso del tiempo, usando datos de cuatro períodos de seguimiento. El programa *Safe Dates* redujo en forma significativa la violencia psicológica, la violencia física moderada y la violencia sexual en las citas amorosas en los cuatro períodos de seguimiento. El programa también disminuyó significativamente la perpetración de maltratos físicos graves en las citas con el transcurso del tiempo, pero solo en los adolescentes que al comienzo del estudio habían declarado no haber participado, o no más que el promedio, en actos violentos graves.

Los programas universales de componentes múltiples son los programas escolares más eficaces de prevención de la violencia (Adi, 2007; Hahn, 2007). Dichos programas se aplican a todos los estudiantes de una institución educativa y sobrepasan los componentes normales de la enseñanza contenida en el currículo oficial, y comprenden la capacitación de los docentes en el manejo del comportamiento, la educación de padres y madres sobre la crianza de los hijos y la mediación entre pares. En un estudio conducido por Hahn (2007) se estimó que, en promedio, los programas universales de componente múltiple disminuyeron la violencia un 15% en los contextos en los cuales se ejecutaron, en comparación con aquellas instituciones que no los aplicaron.

Durante la fase adulta, las estrategias de prevención se han centrado en los enfoques participativos y de empoderamiento encaminados a disminuir la desigualdad de género. Esta estrategia destaca la función de las personas y las comunidades como protagonistas del cambio, dando prioridad al liderazgo comunitario. Estos programas de carácter integral consideran a la comunidad como un todo, comparten varios componentes y están diseñados con el fin de lograr cambios sociales, pues crean un entorno propicio a la modificación de las actitudes y el comportamiento de las personas y la comunidad. Estos enfoques a menudo utilizan una combinación de evaluación participativa rápida de las necesidades, educación o capacitación, campañas de sensibilización y acción comunitaria (Lankester, 1992).

A más de las estrategias expuestas en la tabla 3, existen ciertas estrategias que pueden desarrollarse durante todas las etapas de la vida, una de estas es restringir el acceso al alcohol y disminuir su consumo, porque está asociado con la perpetración de violencia de pareja.

De acuerdo con la OMS (2011) existen indicios recientes de que las siguientes estrategias encaminadas a disminuir el consumo de alcohol pueden ser eficaces en la prevención de la violencia de pareja.

A. La restricción de la disponibilidad del alcohol

En Australia, fruto de la restricción de las horas de expendio de alcohol en la población redujo el número de víctimas de violencia doméstica (Douglas, 1998). En Groenlandia, un sistema de racionamiento del alcohol modulado con cupones, llevó a una disminución de 58% del número de llamadas a la policía por querellas domésticas (Room, 2003).

B. La reglamentación de los precios del alcohol

El aumento del precio del alcohol podría ser un medio eficaz en la disminución de la violencia relacionada con su consumo en general (Chaloupka, Grossman y Saffer, 2002). Un aumento del 1% en el precio del alcohol puede disminuir en aproximadamente 5% la probabilidad de violencia infligida por la pareja contra las mujeres (Markowitz, 2000).

C. El tratamiento de los trastornos por consumo de alcohol

Un estudio efectuado en Estados Unidos determinó que el tratamiento del alcoholismo entre los hombres disminuyó significativamente la violencia de pareja, seis y doce meses después (Stuart et al., 2003), lo cual indica que este tratamiento también puede ser una medida eficaz de prevención primaria.

D. Las intervenciones dirigidas individualmente a los bebedores que ya presentan un riesgo

En este caso puntual, las medidas pueden ser: las intervenciones breves y de detección en los entornos de atención primaria de salud han resultado eficaces en disminuir los niveles y la intensidad del consumo en los países de ingresos bajos y medianos y en los países de altos ingresos (Room, 2003). Los datos científicos indican que los bebedores pueden reducir su consumo hasta un 20% después de una intervención breve y que los bebedores excesivos participantes exhiben una probabilidad dos veces mayor de reducir su consumo de alcohol que los bebedores empedernidos quienes no reciben ninguna intervención.

Finalmente, otra de las estrategias transversales se relaciona con el hecho de que se deben modificar las normas sociales y culturales relacionadas con el género, las cuales propician la violencia infligida por la pareja. Existen ciertas normas culturales y sociales relacionadas con el género concebidas como pautas o “expectativas de comportamiento” las cuales reglamentan los roles y las relaciones entre hombres y mujeres en un contexto específico, las que definen cómo es un comportamiento apropiado, y rigen lo aceptable e inaceptable. Con frecuencia estas normas tradicionales de género hacen a las mujeres vulnerables a la violencia infligida por la pareja, imponen a las mujeres y las niñas un mayor riesgo de violencia sexual y aprueban o favorecen la aceptabilidad de la violencia por parte del hombre.

Por esta razón, los esfuerzos de varios gobiernos para modificar las normas sociales generadoras de la violencia de género constituyen un elemento vital en la prevención primaria de esta forma de violencia. En diferentes latitudes se han adoptado algunas estrategias encaminadas a romper el silencio presente en la violencia en la pareja; tratando de informar e influir en las actitudes sociales y las normas sociales en materia de aceptabilidad de la violencia; y fomentar la voluntad política de abordar el problema. En la actualidad, los tres enfoques principales de

modificación de las normas sociales y culturales que propician la violencia infligida por la pareja y la violencia sexual son:

- a. La teoría de las normas sociales (es decir, corregir las concepciones erróneas que definen el uso de este tipo de violencia como la norma prevalente entre pares).
- b. Las campañas de sensibilización en los medios de comunicación.
- c. Trabajo con los hombres y los niños.

En forma general, y a nivel mundial, son reconocidas algunas campañas de prevención de la violencia en el noviazgo, dentro de las más importantes, se encuentran las siguientes:

- *Skills for Violence Free Relationships* (Levy, 1984) es la primera campaña desarrollada en Estados Unidos y cuenta con un currículum multisesión para los estudiantes de la secundaria (grados 7 a 12).

- *Touch with Teens* (Aldridge, Friedman y Gigans, 1993), este programa también efectivizado en Estados Unidos comprende ocho sesiones de trabajo a manera de taller con sus correspondientes evaluaciones, mostrando un aumento generalizado en los conocimientos con respecto al mantenimiento de relaciones saludables y el acoso sexual.

- *Building Relationships in Greater Harmony Together*, propuesta diseñada por Avery-Leaf (1997) se centra en el desarrollo de habilidades para el cambio de actitudes y la búsqueda de ayuda; comprende cinco talleres, al realizar su evaluación, se ha demostrado una significativa reducción de las actitudes que justifican la violencia de pareja y un incremento del conocimiento de la violencia de pareja y de la intención de búsqueda de ayuda, así como una disminución de conductas conflictivas.

- *Safe Dates*, es una interesante propuesta desarrollada durante varios años por Foshee (2000) en la que se incluyen actividades escolares como una producción teatral, diez talleres incorporadas como sesiones de trabajo en el currículum y un concurso de afiches sobre el tema; su evaluación, determinó una alta efectividad en la prevención de los abusos psicológicos, físicos y sexuales en las relaciones de pareja; además de una disminución de las actitudes favorables hacia la utilización de la violencia y los estereotipos de género, incrementando las comunicaciones de tipo constructivo y la intención de búsqueda de ayuda y recursos. Este programa se ha convertido en un referente, ya que es uno de los primeros en evaluar los efectos a largo plazo, encontrando resultados muy prometedores, puesto que los adolescentes que lo siguieron informaron, 4 años después, unos niveles más bajos de violencia de pareja.

- *Expect respect: Promoting Safe and Healthy Relationships for All Youth* planteado por Rosenbluth (2002), es un interesante programa que incluye un currículum de 12 sesiones en el que se utilizan una gran variedad de actividades: grupos de discusión, juegos, escritura creativa. Su evaluación, ha mostrado un aumento del conocimiento sobre factores asociados al acoso sexual y de la intención de intervenir ante una situación de violencia.

- Programa para construir la igualdad y prevenir la violencia contra la mujer desde la educación secundaria propuesto por Díaz-Aguado (2002) este programa desarrollado con estudiantes secundarios de entre 14 a 18 años, contempla 17 sesiones, aplicadas de forma transversal en distintas clases por más de un profesor, los contenidos se centran en la construcción de la igualdad; Derechos Humanos en el ámbito público y privado; detección del sexismo; prevención de la violencia contra la mujer. Su evaluación ha determinado un aumento considerable de los conocimientos, superación de las creencias y justificación de la violencia y construcción de una identidad menos sexista en los hombres.

- *Youth Relationship Project, YRP* según Wolfe (2003) es un proyecto que consta de 18 sesiones que se focaliza en alternativas a la agresión, habilidad de resolución de problemas y expectativas de rol de género que promueven la violencia. El currículo incluye educación, sensibilización, desarrollo de habilidades y acción social, como visitas a instituciones y recolección de recursos. La evaluación de esta iniciativa ha permitido verificar una importante reducción de victimización, particularmente agresión física.

- Entrenamiento en habilidades centradas en el uso indebido del alcohol y la violencia en las relaciones de noviazgo (Baumann, 2006), este programa desarrollado con estudiantes de secundaria determinó tasas significativamente menores de consumo y uso indebido de alcohol y menos episodios de agresiones físicas y psicológicas en comparación con el grupo control.

- Programa educativo aplicado en Chile para la prevención de la violencia en el noviazgo, descrito por (Vizcarra, Pooa, y Donoso, 2013) se estructura en cinco módulos: bases teóricas de la violencia, relaciones de pareja saludable, autoconocimiento y expresión emocional, resolviendo los conflictos en forma no violenta, y el último módulo es el de Integración, desarrollado a partir de la necesidad de que los participantes reflexionen y tomen conciencia de los aprendizajes logrados. El programa está diseñado para ser aplicado en encuentros semanales de dos horas y media. La implementación requiere de dos monitores, idealmente hombre y mujer, con el fin de entregar el mensaje que el término de la violencia hacia las mujeres es responsabilidad de ambos géneros.

6.4 Necesidad de prevenir la violencia desde la educación

La prevención de todas las formas de violencia de género comienza por la educación en la igualdad, según lo afirma Alberdi (2005). Al respecto Meras (2003)

manifiesta la importancia de informar y educar al estudiante adolescente para que conozca que en ningún caso es normal la agresión, porque el respeto y la valoración mutua es un prerrequisito para el amor.

Como reconoce el enfoque sociohistórico de la psicología de la actividad, (Vygotsky, 1978; Bruner, 1999) el ser humano se apropia de la cultura a través de actividades educativas en las que participa en forma activa: Esta perspectiva proporciona un excelente marco de referencia para explicar por qué y cómo la cooperación en la escuela puede contribuir a la construcción de una cultura de la igualdad que erradique la violencia de género, proporcionando contextos de interacción social. Resultando útil la introducción de los temas transversales dentro del currículo de la Educación Secundaria (Hernando y Montilla, 2005). “Estos temas abarcarían una acción tutorial y una orientación para la prevención y el desarrollo”, donde se encuadran, entre otros, los temas de: habilidades para la vida, habilidades sociales, autoconcepto, asertividad, solución de problemas, educación para la salud, educación sobre drogas, educación emocional, etc.

Para Díaz-Aguado (2002) estas temáticas deberían adecuarse a la intervención y a las características evolutivas de la adolescencia, ayudando a construir un currículo no sexista que supere la tradicional invisibilidad de las mujeres y enseñe a construir la igualdad a través de la colaboración entre estudiantes, detectando y combatiendo los problemas que conducen a la violencia de género, así como favorecer cambios cognitivos, emocionales y de comportamiento.

La construcción de una cultura de la igualdad desde la educación debe prestar atención a sus diversos componentes:

- a. *El componente cognitivo del sexismo*, consiste en confundir las diferencias sociales o psicológicas existentes entre hombres y mujeres con las diferencias biológicas ligadas al sexo, junto con la creencia errónea de que aquellas surgen automática e inevitablemente como consecuencia de éstas,

sin tener en cuenta la influencia de la historia, la cultura y el aprendizaje. Para superar este componente del sexismo se debe adoptar una perspectiva de género en el currículo capaz de superar la invisibilidad de las mujeres, pero también promover suficientes experiencias de cooperación entre estudiantes en torno a objetivos compartidos que les permitan comprender la riqueza de la diversidad y la esencia de la igualdad.

- b. *El componente afectivo* que subyace tras estos problemas, el cual gira en torno a la forma sexista de construir la identidad, asociando los valores femeninos con la debilidad y la sumisión, y los valores masculinos con la fuerza, el control, la dureza emocional, o la utilización de la violencia. La formación en este componente tiene una especial influencia en los valores observados en las personas que se utilizan como referencia para construir su identidad. De ahí la relevancia de promover la visibilidad de modelos femeninos y masculinos no sexistas. Favoreciendo programas de prevención de la violencia de género en los cuales no solo participen mujeres (la situación más frecuente), sino también hombres quienes puedan influir como referencia de los modelos que se pretenden promover.
- c. *El componente conductual*, consiste en la tendencia a llevarlo a la práctica a través de la discriminación y la violencia. El riesgo se incrementa cuando faltan alternativas positivas con las cuales dar respuesta a determinadas funciones psicológicas y sociales sin recurrir a estas conductas destructivas. Para superarlo conviene incrementar dichas alternativas. La segregación educativa en espacios diferentes para hombres y mujeres representaba una grave privación de dichas oportunidades. El hecho de compartir espacios puede incrementar los conflictos, pero aumenta sobre todo las oportunidades para aprender a resolverlos. Conviene recordar, en este sentido, que una de las características del modelo educativo basado en el dominio y la sumisión es la negación del valor de la diversidad y del conflicto como herramienta educativa, utilizando la segregación y la

exclusión para evitarlo, con lo que se evitan también las oportunidades de aprender a construir la igualdad.

6.5 La vía legal como medio de prevención

La definición de marcos jurídicos internacionales, así como las normativas de cada país, si bien ha demostrado su eficiencia en la disminución de la violencia y la protección de víctimas adultas, no tiene el mismo impacto en la violencia en el noviazgo entre parejas jóvenes, dado principalmente que los adolescentes no consideran la asistencia legal como una opción viable (Black, 2008). Ocampo y otros (2007) encontraron que la mayoría de los adolescentes señaló tener temor de buscar ayuda en el sistema legal debido a las percepciones negativas respecto de la ayuda que este pueda prestar, y porque lo perciben como una amenaza a su confidencialidad. Por otra parte, con frecuencia este tipo de violencia supone formas menos severas de agresión comparadas con la violencia conyugal, por lo que las víctimas pueden experimentar temor de no ser creídas y estar menos dispuestas a iniciar acciones legales. (Sheridan y Nash, 2007; Cornelius, Shorey y Kunde, 2009).

En algunos países, un obstáculo para denunciar es el requerimiento de autorización de los padres o representantes legales de los adolescentes, por esta razón muchos adolescentes no están dispuestos a que sus padres conozcan la situación de violencia en la cual están involucrados. A esto se agrega la falta de conocimiento de los jóvenes respecto de los procedimientos legales y, por último, en muchos países la legislación no incluye la violencia en el noviazgo dentro del status de violencia de género o violencia íntima (Logan, Shannon, Walker y Faragher, 2006; Largio, 2007). Los argumentos anteriormente señalados han llevado a algunos autores a concluir que la judicialización, aunque a veces necesaria y justificada, puede no ser el mejor abordaje en el caso de la violencia en el noviazgo (Miller, 2001).

En forma general, es importante reconocer el cuerpo legal que podrían servir como mecanismo iniciador de procesos de prevención de la violencia en el

noviazgo, este cuerpo legal de forma internacional y general está determinado por los derechos humanos de los niños, adolescentes y las mujeres, los cuales se deben respetar, proteger y cumplir como parte del logro del bienestar y los derechos de todos en la sociedad. Los gobiernos deberían cumplir sus compromisos al adoptar los siguientes instrumentos de la legislación internacional y los derechos humanos:

La Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación de la Mujer (1979).

- La Convención sobre los Derechos del Niño (1991).
- La Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer (1993).
- La Declaración y Plataforma de Acción de Beijing (1995).
- La Declaración del Milenio (2000).
- La Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer.
- Convención de Belém do Pará (1994).

Además, la legislación y los sistemas de justicia penal deberían operativizarse, a fin de tratar los casos de violencia de pareja después de que ocurran. Dichos sistemas deben procurar prevenir las violencias futuras, facilitar la recuperación y garantizar el acceso a la justicia, por ejemplo, mediante la provisión de unidades especializadas de policía, órdenes de alejamiento y equipos interinstitucionales de respuesta a los distintos tipos de agresiones, bajo el precepto de “cero tolerancias”. En este sentido, las medidas que tipifican como delito el maltrato en la pareja y que amplían la definición de violación han tenido un papel decisivo en sacar a la luz pública estos problemas y desvirtuar la noción de que esta forma de violencia es un asunto privado de la pareja.

En Ecuador, por ejemplo, el Código Orgánico Integral Penal (COIP), aprobado en 2013 por la Asamblea Nacional, establece que la violencia contra la mujer o miembros del núcleo familiar constituye un delito. Este cuerpo legal tipifica

con sus correspondientes sanciones a tres manifestaciones de la violencia contra la mujer: física, psicológica y sexual.

Como se mencionó anteriormente, existe una baja tasa de denuncia de casos de violencia en la pareja, lo cual complica la consideración del marco legal como una estrategia preventiva (primaria o secundaria), de hecho, por ejemplo, en el Ecuador, se revela que solo una de cada 10 mujeres violentadas, ha presentado una denuncia. De ellas, solo dos de ellas continúan con el proceso judicial, de las cuales únicamente una señala que hubo sanción para el agresor. Es decir, del total de casos denunciados, solo el 10% culmina con una sentencia condenatoria, y apenas el 1% de los hombres que han violentado a su pareja reciben una sanción legal.

6.6 La educación del amor igualitario

La construcción del ideario e identificación del ser humano como hombre o mujer es una cuestión de género, es un hecho sociocultural que varía de unas sociedades a otras. No obstante, en la actualidad se percibe una situación paradójica y hasta contradictoria con lo ya conquistado por las mujeres, es decir aparecen nuevas formas de desigualdad mucho más invisibles, especialmente cuando las niñas, adolescentes y jóvenes asumen como naturales y se constituyen factores de socialización diferenciada que acentúan la desigualdad. Contradicciones como la exaltación del amor romántico, factor de socialización diferencial, y el amor que se vende en las revistas para adolescentes y de cómo contribuye todo este entramado a reproducir desigualdad entre mujeres y hombres en sociedades formalmente igualitarias, Por ello es imprescindible abordar las cuestiones de género y la importancia de las relaciones en igualdad, porque la gente joven que se educa y cree en la igualdad entre mujeres y hombres, tiene a lo largo de su vida menor probabilidad de caer en las redes de la violencia y obtener mejores resultados en materia de salud emocional, sexual y reproductiva.

De acuerdo a un estudio realizado por el Instituto Andaluz de la Mujer (IAM) y las encuestas aplicadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) de España, se determinó que:

- a. Las personas jóvenes perciben menos desigualdades entre hombres y mujeres que el resto de la población.
- b. La percepción de la desigualdad entre hombres y mujeres es diferente en función del sexo, siendo mayor en las mujeres que en los hombres.
- c. Las mujeres jóvenes consideran inaceptables la violencia de género, así como la violencia física y la violencia sexual, siendo el rechazo superior al evidenciado por los hombres de estas edades.
- d. Una de cada tres personas jóvenes no identifica los comportamientos de control con violencia de género.
- e. La población joven es más tolerante que el resto de la población con las conductas de control, de hecho, uno de cada tres jóvenes de entre 15 y 29 años (33%) considera inevitable o aceptable en algunas circunstancias “controlar los horarios de la pareja”, “impedir a la pareja que vea a su familia o amistades”, “no permitir que la pareja trabaje o estudie” o “decirle las cosas que puede o no puede hacer”.
- f. Según la Junta de Andalucía (2016) el rechazo a la violencia de control es mayor entre las personas jóvenes que conocen la Ley Integral contra la Violencia de Género, o recuerdan alguna campaña de sensibilización contra la violencia de género, en relación con quienes no conocen ninguna de estas medidas.

Desde la educación, se precisa romper los esquemas tradicionales que han considerado a la concepción de la sexualidad femenina, ligada a la procreación y a la maternidad como hecho “natural” para las mujeres y a través de la cual éstas “se realizan”. Y que la sexualidad masculina se concibe como expresión de virilidad y hombría y está centrada en la genitalidad.

Es importante la edificación de relaciones igualitarias donde rompan el paradigma de que los asuntos amorosos y sexuales son más responsabilidad de las

mujeres adolescentes y jóvenes que de los hombres. Estas relaciones igualitarias deben además reconocer la conquista de derechos por parte de las mujeres a lo largo de la historia, las cuales han ido equilibrando la balanza, pero de todas maneras dejan ver la subsistencia en nuestra sociedad de patrones o modelos patriarcales tradicionales. Pese a que las leyes universales contemplan de una manera explícita la igualdad entre hombres y mujeres, su implantación práctica requiere de tiempo y esfuerzo, pues todavía podemos ver, tanto en el sistema educativo como fuera de él, conductas denotativas de la pervivencia del sexismo, el cual es un reflejo de automatismos conductuales prerreflexivos y pueden, incluso, estar en contradicción con las propias creencias, porque el campo emocional, individual y social, es el lugar de resistencia, a veces inconsciente, a las transformaciones sociales. Por todo ello, se considera como una estrategia imprescindible en la prevención de la violencia a la educación en igualdad.

En conclusión, se requiere de una colaboración integral, multisectorial y de largo plazo entre gobiernos y sociedad civil para prevenir la violencia de pareja, lo que involucra desde una reforma de los marcos jurídicos, campañas de difusión y sensibilización para hacer conocer mejor la legislación vigente, establecimiento de la base de evidencia para la sensibilización y la concientización; aprovechamiento de la comunicación encaminada al cambio comportamental para conseguir cambios sociales; transformación de instituciones enteras en cada sector utilizando la perspectiva de género; en particular, creación de programas sobre aptitudes para la vida y programas escolares; fomento de la participación de hombres de todas las edades para promover la no violencia y la igualdad entre los géneros; y ofrecimiento de servicios de intervención precoz a las familias en riesgo OPS (2016).

PARTE II

MARCO EMPÍRICO

CAPITULO VII

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

En este capítulo se aborda el marco metodológico, definiendo el enfoque, el cual es cuantitativo, se caracteriza la población y muestra, se enlistan los objetivos e hipótesis de trabajo, y en función a éstos, se describen las técnicas e instrumentos para la recolección de datos.

7.1 Enfoque metodológico

El enfoque metodológico empleado es de tipo cuantitativo ya que busca de manera objetiva resolver el problema planteado en la investigación con el apoyo de la medición de hechos, opiniones y actitudes del fenómeno o grupo en estudio; y generar conocimiento. Para Bernal (2010, p. 60) la metodología cuantitativa o tradicional:

“ se fundamenta en la medición de las características de los fenómenos sociales, lo cual supone derivar de una marco conceptual pertinente al problema analizado, una serie de postulados que expresen relaciones entre las variables estudiadas de forma deductiva. Tiende a generalizar y normalizar resultados”.

Al respecto de la metodología cuantitativa Canales (2006, p. 32) la define “como un paradigma, es decir, como un modelo integral sobre cómo realizar investigación científica y cómo interpretar sus resultados”, modelo que orienta esta investigación.

El enfoque metodológico cuantitativo conlleva una serie de aspectos de carácter operativo realizados durante el proceso de investigación. Emplea procesos sistemáticos, metódicos que inician desde el planteamiento del tema y problema a investigar, la recolección de datos, la medición numérica, el análisis estadístico y la demostración de las hipótesis. Es decir:

“parte de una idea que va acortándose y, una vez delimitada, se derivan objetivos y preguntas de investigación, se revisa la literatura y se construye un marco o una perspectiva teórica. De las preguntas se establecen hipótesis y determinan variables; se trata de un plan para probarlas (diseño); se miden las variables en un determinado contexto; se analizan las mediciones obtenidas utilizando métodos estadísticos, y se extrae una serie de conclusiones”. (Hernández, Fernández , y Baptista, 2014, p. 4).

Entre las principales características del enfoque cuantitativo mencionadas por Hernández, Fernández , y Baptista, (2014, p. 5) constan:

- a. Facilita la comparación con otros estudios de la misma naturaleza.
- b. Mide y estima magnitudes de los fenómenos o problemas de investigación, para ello utiliza instrumentos estandarizados, validados y confiables.
- c. Es objetivo, porque el investigador debe evitar que sus creencias y deseos influyan en el proceso y resultados obtenidos. Por lo tanto, el investigador es neutral e imparcial, lo que otorga un rigor científico y confiabilidad de los resultados.
- d. Generaliza los resultados encontrados en un grupo o muestra a una población mayor. Además, busca que los estudios realizados sean replicados.
- e. Formula y demuestra teorías.
- f. Genera conocimiento, a partir de las conclusiones derivadas de la investigación.

Características que puestas en ejecución permiten contar con resultados válidos, los cuales pueden ser expandidos.

La metodología cuantitativa presenta varias bondades, según Canales (2016, p. 55) algunas de ellas son:

- a) Posibilita trabajar con una información muy amplia, gracias a la combinación entre el análisis estadístico e instrumentos estandarizados, lo cual aumenta la validez de los resultados.

- b) Permite relacionar diversas variables, independientemente de las percepciones, creencias y juicios personales; lo que posibilita encontrar información inesperada y novedosa en relación a las suposiciones iniciales planteadas.
- c) Enfatiza procedimientos que mejoran la calidad de los datos, así como la fiabilidad y validez de los resultados.
- d) Aplica mecanismos para ponderar la influencia relativa de diversas variables sobre otras, lo que posibilita simplificar las relaciones entre variables.
- e) Facilita la obtención de permisos y recursos a la hora de investigar.
- f) Los resultados obtenidos logran mayor influencia en el público externo.

Bondades que han permitido obtener resultados y descubrir información y conocimientos de gran importancia. Según Canales, (2016, p.49):

“La investigación cuantitativa ha demostrado ser capaz de producir información útil para la toma de decisiones y al menos en la generalidad de los casos, los datos producidos con este procedimiento se han mostrado consistentes con la conducta posterior de los sujetos o con otra información externa disponible.”

Los instrumentos más usados y empleados en el enfoque cuantitativo para recolectar datos y medir los fenómenos investigados son: cuestionarios, entrevistas, y escalas para medir aptitudes. De acuerdo a Muñoz (citado en Bernal, 2010, p. 192):

“la investigación cuantitativa emplea los siguientes instrumentos y técnicas para la recopilación de información: encuestas, entrevistas, observación sistemática, escalas de actitudes, análisis de contenido, test estandarizados y no estandarizados, grupos focales y grupos de discusión, pruebas de rendimiento, inventarios, fichas de cotejo, experimentos, técnicas proyectivas y pruebas estadísticas”.

De estos instrumentos el aplicado a la población objeto de estudio en esta investigación fue la encuesta, compuesta por escalas tipo Likert.

La encuesta es una técnica que se utiliza para recabar información por medio de cuestionarios y es muy utilizada, sobre todo para realizar investigaciones en Ciencias Sociales según Saavedra (2001). La información obtenida se constituye en la materia prima para el análisis estadístico, el establecimiento de correlaciones, demostración de hipótesis y el descubrimiento de nuevos hallazgos científicos. Según Sáenz, Gorjón, Quiroga, y Díaz (2012, p. 35):

“la información puede proporcionar los elementos para llevar adelante un análisis cuantitativo de los datos, con el fin de identificar y conocer la magnitud de los problemas, que se supone solamente se conocen en forma parcial. Por lo que para recabar la información debemos apoyarnos en los indicadores de cada variable y cada indicador representa en potencia, cuando menos una pregunta de la encuesta.”

Entre las características esenciales de la encuesta Cea D' Ancona, (1998) destacan:

- a. La información se obtiene mediante la observación indirecta, a través de las respuestas de los encuestados. Por lo que existe la probabilidad de que la información recabada no refleje la realidad del problema investigado; por ello es necesario comprobar la veracidad de los datos recopilados.
- b. Contiene varias cuestiones, que pueden incluir aspectos objetivos como hechos y subjetivos como criterios, opiniones, actitudes, etc.
- c. Recoge la información de manera estructurada, es decir se aplica las mismas preguntas a todos los investigados.
- d. Las respuestas se agrupan y mediante la estadística se cuantifican y analizan las relaciones existentes.

Las ventajas e inconvenientes de emplear la encuesta, tal como lo expresa Cea (1996) son:

Ventajas

- a. **Facilidad de responder y codificar**, ya que son sencillas de responder porque no necesita que el sujeto piense demasiado.
- b. **Reduce la ambigüedad de las respuestas** porque fuerza al sujeto a posicionarse en un valor concreto.
- c. **Favorece la comparabilidad de las respuestas**, puesto que es fácilmente comparable un criterio de las escalas Likert con las demás de esa misma escala. Por ejemplo: “muy malo” es claramente diferente a “malo”, etc.
- d. **Requiere menos esfuerzo por parte del encuestado**, ya que no demanda pensar un valor para responder, sino sencillamente seleccionar uno entre los ya existentes.

Inconvenientes

- a. Su redacción exige un mayor esfuerzo y conocimiento del tema por parte del investigador: una vez que se decide consultar al sujeto investigado, hay que definir los anclajes, de manera que sean identificables, que las personas puedan leerlos y comprenderlos sin problema. Eso exigen meditar los nombres, los límites, los valores de la escala Likert.
- b. Limita las respuestas a opciones o categorías preestablecidas, por lo que se contesta eligiendo entre las opciones posibles.
- c. Las respuestas pueden tener diversas interpretaciones en los encuestados: por ejemplo, si existiera una escala categorizadas por valores como “bastante”, “mucho”, “muchísimo”, habría personas que tendrían problemas de interpretación, porque para ellas el decir “bastante” es mayor a decir “mucho”, o viceversa.

Después de conocer sobre el enfoque metodológico cuantitativo, los instrumentos utilizados, su carácter procesual o secuencial y rigurosidad de sus pasos, la posibilidad de partir de estudios y revisión literaria anteriores, se determinó que en la investigación “Autopercepción sobre la imagen de la mujer” y “la violencia

entre novios adolescentes y jóvenes ecuatorianos”, se emplee un enfoque cuantitativo porque busca especificar propiedades y características importantes del fenómeno analizado; es este caso la autopercepción y la violencia de pareja, y las tendencias de la población de estudio (bachilleres y universitarios), Así como analizar las posibles relaciones existentes entre las variables y las interacciones causa-efecto que ocurren entre ellas, mediante el uso de estadística inferencial. Además, para superar la posible subjetividad que se presente se pondrá especial atención en los problemas tecnológicos al ingresar y relacionar la información, y mayor prudencia en la interpretación de los resultados.

Los resultados obtenidos en esta investigación se constituirán en el punto de partida para iniciar una investigación macro a nivel de país, la cual se complementa con otros enfoques e instrumentos como: entrevistas, focus group, etnografías entre otros; y tomar decisiones ministeriales que prevengan o erradiquen la violencia entre parejas de adolescentes y jóvenes.

7.2. Objetivos

Los objetivos planteados están íntimamente relacionados con la percepción de que se tiene sobre la mujer tanto desde la representación que tiene el hombre como la que tiene la mujer sobre ella misma, la violencia entre novios y estilos de vida de los jóvenes adolescentes de instituciones educativas fiscales y particulares.

7.2.1 Primer Objetivo General

Detectar situaciones de violencia en relaciones de noviazgo entre jóvenes adolescentes en Ecuador.

7.2.1.1 Objetivos específicos

- a. Identificar los diferentes tipos de experiencias de victimización que sufren los jóvenes adolescentes en sus relaciones de pareja.

- b. Determinar la prevalencia de experiencias de victimización sufridas en relaciones de pareja en función del rol desempeñado.
- c. Describir el rol de espectador que desempeñan los adolescentes en situaciones de violencia de pareja entre jóvenes adolescentes.
- d. Investigar la variabilidad en las experiencias de victimización derivada de la influencia de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico.
- e. Estudiar el nivel de molestia que manifiestan los jóvenes adolescentes ante diferentes situaciones de violencia de pareja que pudieran darse en sus relaciones.

7.2.2 Segundo objetivo general

Analizar la percepción que los jóvenes adolescentes tienen del rol sobre la mujer y su variabilidad en función de las variables género, nivel educativo, estatus socioeconómico y rol desempeñado en situaciones de violencia de pareja (atrapadas, temerosas y maltratadas).

7.2.2.1 Objetivos específicos

- a. Examinar la percepción que los jóvenes adolescentes tienen del rol sobre la mujer.
- b. Conocer en qué medida la variable género, nivel educativo y estatus socioeconómico ejercen una influencia en la construcción de la percepción del rol de la mujer.
- c. Estudiar la variabilidad de la percepción que los jóvenes adolescentes tienen sobre el rol de la mujer en función de las experiencias de victimización sufridas.

7.2.3 Tercer objetivo general

Descubrir los hábitos y estilos de vida de la población jóvenes adolescentes y sus posibles diferencias en función de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico.

7.2.3.1 Objetivos específicos

- a. Analizar la influencia de la adopción de hábitos y estilos de vida poco saludables en la experimentación de situaciones de victimización en relaciones de pareja entre jóvenes adolescentes.
- b. Detectar posibles diferencias en la adopción de hábitos y estilos de vida motivada por la influencia de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico.

7.2.4 Cuarto objetivo general

Indagar acerca de las posibles relaciones que puedan establecerse entre la percepción del rol de la mujer (benévolo y hostil), los hábitos y estilo de vida y la experimentación de situaciones de victimización (grupos que se han sentido atrapado, temeroso o maltratado)

7.3. Hipótesis de trabajo

Los objetivos que se persiguen con este trabajo se materializan en una serie de hipótesis que pasamos a enunciar:

Hipótesis 1:

Las experiencias de victimización más comunes corresponden a las de carácter emocional y suelen darse más en las mujeres que cursan el bachillerato y de estrato socioeconómico bajo.

Hipótesis 2:

Las experiencias de victimización varían significativamente en función del rol desempeñado (maltratado, atrapado, temeroso).

Hipótesis 3:

El perfil de víctima que predomina en las relaciones de parejas de novios adolescentes y jóvenes es el de mujer maltratada, del nivel educativo de bachillerato y estatus socioeconómico medio y bajo.

Hipótesis 4:

Existe mayor porcentaje de mujeres, de nivel educativo de bachillerato y estatus socioeconómico medio y bajo que ejercen el rol de espectador.

Hipótesis 5:

La percepción de molestia es mayor en los tipos de maltrato de carácter emocional (humillación, coerción, castigo emocional) que en las restantes tipologías.

Hipótesis 6:

La percepción de molestia es mayor en los hombres que en las mujeres, del nivel socioeducativo universitario y del estatus socioeconómico medio y alto.

Hipótesis 7:

La percepción más benévola del rol de la mujer se encuentra en jóvenes de género masculino, del nivel educativo universitarios, estrato socioeconómico medio y alto.

Hipótesis 8:

Los jóvenes adolescentes que desempeñan el rol de atrapado en las situaciones de violencia experimentadas tienen una percepción más hostil del rol de la mujer que quienes han sido maltratados o se sienten temerosos en sus relaciones de pareja.

Hipótesis 9:

Los jóvenes adolescentes ecuatorianos suelen adoptar un estilo de vida poco saludable en donde predomina la ingesta de alcohol y sustancias psicotrópicas.

Hipótesis 10:

Los hábitos y estilos de vida de los adolescentes y los jóvenes varían en función de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico.

Hipótesis 11:

Existe una baja relación de dependencia entre los estilos de vida poco saludables y la experimentación de situaciones de victimización en las relaciones de parejas entre adolescentes y jóvenes.

7.4. Muestra

La población de acuerdo con información censal, emitida por el Ministerio de Educación de Ecuador, está determinada por 46246 estudiantes de segundo y tercero de bachillerato que asisten a los planteles educativos fiscales del Distrito Metropolitano de Quito (Ministerio de Educación, 2016). Información de suma importancia para calcular la muestra poblacional.

Para definir la muestra se empleó la fórmula sugerida por Herrera (2012), considerando que se trata de una muestra finita.

$$n = \frac{n_o}{1 + \frac{n_o}{N}}$$

Con:

$$n_o = p(1 - p) \frac{z^2}{d^2}$$

En donde:

N = Tamaño poblacional (N= 46246)

p= probabilidad de ocurrencia, en este caso 40%

d = error permitido, en este caso un error del 5%.

$Z (1-\alpha/2)$ = indica el nivel de confianza estándar, en este caso 95% lo que sugiere trabajar con el valor de 1.96, de acuerdo con la tabla siguiente:

Tabla 6. Nivel de significancia

Significancia	test unilateral	test bilateral
0,200	0,842	1,282
0,150	1,036	1,440
0,100	1,282	1,645
0,050	1,645	1,960
0,025	1,960	2,240
0,015	1,880	2,170
0,010	2,326	2,576

Con lo que el tamaño de muestra requerido quedaría:

$$n_0 = 0,5x(1 - 0,5) \left(\frac{1,96}{0,1} \right)^2$$

$$n_0 = 382,6$$

Dando

$$n = \frac{382,6}{1 + \frac{382,6}{462462}} n = 380$$

Determinando la necesidad de contar con una muestra de al menos 380 estudiantes de bachillerato del sector fiscal.

En función de información previa se estima que en las instituciones educativas existen en promedio 40 estudiantes por paralelo, por lo que se requerirán 10 paralelos de estudio.

Se sabe además que la relación de estudiantes del sector fiscal es de 2 a 1 con respecto a los del sector privado, por lo que se consideró además la necesidad de encuestar por lo menos 190 estudiantes de bachillerato de planteles privados. Para el grupo de estudiantes universitarios, se empleó la misma fórmula para calcular el índice de representatividad, determinándose la necesidad de contar con 320 estudiantes.

Los centros educativos, secundarios y universidad, fueron seleccionados de forma probabilística, mediante el muestreo aleatorio por urnas se determinó la necesidad de indagar en dos planteles de bachillerato: Colegio fiscal Técnico Tarqui y Colegio particular Alvernia, así como estudiantes de la Universidad Central de la Facultad de Administración; instituciones a las cuales se emitió un pedido escrito para realizar la investigación y se atendió a aquellos que la aceptaron y cuyas autoridades institucionales autorizaron la investigación. Los centros educativos en los que se desarrolló la investigación, presentan las siguientes características:

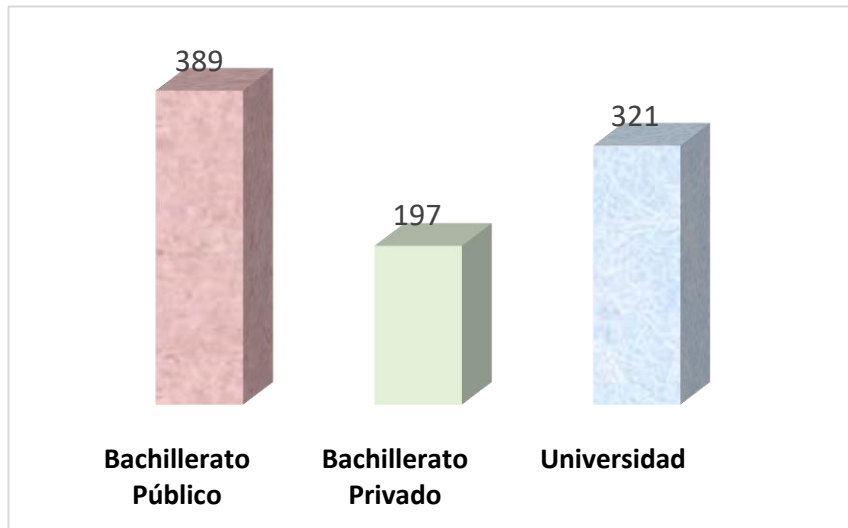
Colegio “Técnico Tarqui”: institución fiscal, acoge a estudiantes de un grupo socio económico bajo, cuyos padres en su mayoría son vendedores del mercado, ambulantes, o desempeñan otros trabajos informales u ocasionales de albañilería, pintura, empleadas domésticas, entre otros. Debido a la crisis económica un gran porcentaje de adolescentes viven en una situación de privación material severa, lo que ha ocasionado que las familias se desintegren debido a migraciones o abandono en busca de mejores oportunidades de vida en el exterior u otros lugares de país, y la incorporación temprana de los adolescentes al trabajo para obtener mayores ingresos económicos y ayudar a sus familias. Esta realidad no otorga a los adolescentes la tranquilidad requerida para estudiar y cumplir sus tareas escolares, ni el afecto o apertura para dialogar cuando existen problemas, por eso se aferran a los amigos y relaciones afectivas tempranas. Esta realidad los convierte en un grupo altamente vulnerable, en el cual la violencia, el maltrato forman parte del diario vivir.

Unidad Educativa “Alvernia”: institución particular, acoge a estudiantes de un grupo socio económico medio y medio alto, cuyos padres en su mayoría son profesionales, con trabajos estables. Sin embargo, varios de ellos por las funciones laborales que desempeñan dejan a sus hijos solos, y estos últimos buscan el afecto de sus compañeros y novios para ser escuchados y sentirse acompañados.

Universidad Central del Ecuador: institución, superior fiscal, acoge a estudiantes de diversos grupos socio- económicos y organizaciones familiares de diversas regiones del país.

En la siguiente gráfica se observa la muestra real, con la participación de 907 estudiantes ecuatorianos, cuyo único criterio inclusivo en el estudio fue haber mantenido en el pasado o tener en la actualidad una relación de noviazgo de por lo menos un mes de duración.

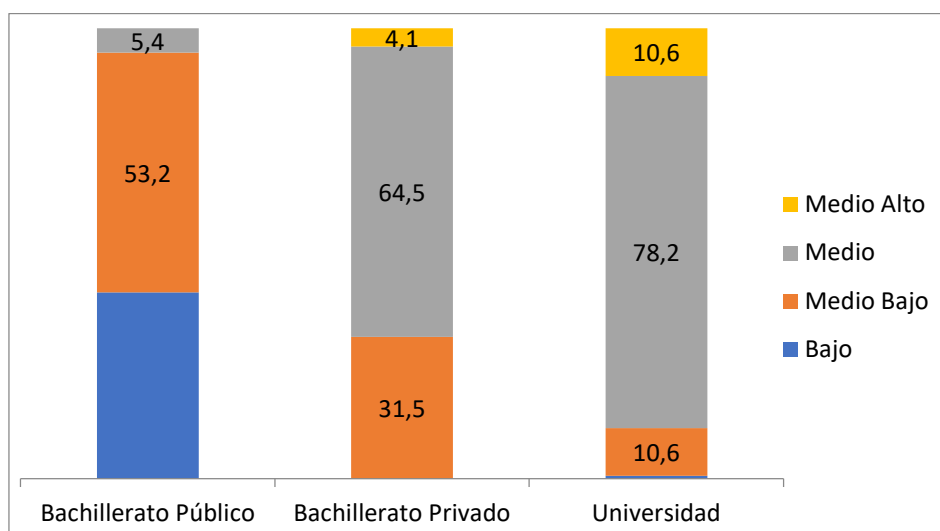
Gráfica 2. Población por nivel de estudios.



En relación con el nivel de estudios, 321 son universitarios, cuyo rango de edad oscila entre los 18 a 21 años y 586 son estudiantes de bachillerato con edades entre 16 a 18 años. Se investigó a un grupo de 907 adolescentes y jóvenes, de los cuales 556 eran mujeres (61,3%) y 351 eran hombres (38,7%), con una edad media de 17,75 años y una desviación estándar (DS) de 2,15 años, 590 se identificaron como adolescentes (16-18 años) (65,0 %) y 317 eran mayores de edad (35,0%).

Se observa a continuación otras características importantes del grupo investigado:

Gráfica 3. Relación nivel de estudio y nivel socioeconómico.



En el bachillerato público se identificó en un 41,4% un nivel socioeconómico bajo y el 53,2% con un medio bajo, el bachillerato privado se valoró en un 31,5% como de nivel medio bajo y el 64,5% como de nivel medio, en tanto que los universitarios en un 78,2% se identificaron con la clase media y el 10,6% como media alta.

7.5 Instrumentos de recogida de datos

Se aplicaron los siguientes instrumentos:

Cuestionario relacionado con la percepción de la mujer, denominado “Escala de **Detección del Sexismo en Adolescentes (DSA)**”. Es un test de sexismo ambivalente y se trata de una escala elaborada originalmente en inglés (Glick y Fiske, 1996) construida inicialmente por 57 ítems, que luego fue sometido a un proceso de validación y depuración basados en criterios conceptuales y psicométricos hasta llegar a los 26 ítems planteados por Recio, Cuadrado, y Ramos, (2007). El DSA, que mide parámetros como los planteamientos sexistas referidos a rasgos (atribuciones estereotipadas de rasgos a una persona por el simple hecho de ser hombre o mujer) y los referidos a roles (distribución estereotipada de funciones atribuyendo tal diferenciación a la mayor aptitud y capacidad de los hombres o de las mujeres para la ejecución diferenciada de dichas funciones).

Para la población hispana, el test fue adaptado por Cárdenas, (2010) manteniendo los 26 ítems en formato Likert, los que se dividen en dos subescalas de sexismo hostil (supuesta inferioridad de las mujeres) (ítems 2, 4, 5, 7, 9, 10, 12,14,16,18,19, 20,22,23,25 y 26) y sexismo benévolo (aquel que, bajo la intención de cuidar a las mujeres, les tratan de forma diferente) (ítems 1, 3, 6, 8, 11, 13, 15, 17, 21 y 24). Las opciones de respuesta van desde “totalmente en desacuerdo” (1) hasta “totalmente de acuerdo” (6).

El sexismo hostil hace referencia al sexismo tradicional, basado en una supuesta inferioridad de las mujeres como grupo. El sexismo benevolente expresa un deseo por parte de los hombres de cuidar de las mujeres, protegerlas, adorarlas y situarlas en un pedestal. Es un tipo de prejuicio hacia las mujeres basado en una visión estereotipada y limitada del rol de la mujer, pero con un tono afectivo positivo y unido a conductas de apoyo. “Estas características aumentan la dificultad de detectarlo, en consecuencia, de intervenir sobre él” (Recio, Cuadrado, y Ramos, 2007, p. 2). Los roles pueden ser de dos clases: roles sexuales y roles de género. Pese a que no existe una clasificación general sobre este tema, se considera la diferenciación establecida por (Toldos, 2002). Los primeros determinan el papel social que una persona tiene por ser biológica y anatómicamente hombre o mujer, y los segundos son un constructo social para categorizar a los individuos socialmente. En consecuencia, los roles sexuales se atribuyen porque están dados por la naturaleza y los de género por la sociedad, sus creencias y estereotipos. Siendo esta última idea la que se considera en esta investigación.

En los estudios de Sandra Bem (1974) se determina los roles de género como: “creencias acerca del mundo en que hombres y mujeres difieren en una sociedad determinada. Se refieren a las normas y expectativas socioculturales de comportamientos y actividades que son considerados como apropiados y deseables para los hombres y las mujeres” (citado en Toldos, 2002, p. 95). Esta última autora manifiesta que “son asignados según el sexo o diferenciación biológica y funcionan como mecanismos cognoscitivos y perceptivos por los cuales la diferenciación biológica se convierte en una diferenciación social”. En consecuencia, se

determinan por la cultura diferentes características, comportamientos e intereses de hombres y mujeres (Pontón y Judice, 2004), de esta manera se establece la masculinidad y feminidad (Toldos, 2002).

Al consentir los roles de género, la sociedad espera que las mujeres asuman y practiquen un comportamiento tradicional femenino acompañado de sumisión, sensibilidad y dependencia. En cambio, los hombres un proceder dominante y con violencia, lo cual es aceptada e incluso premiada. En este entorno se haría a las mujeres más vulnerables a la victimización y a los hombres más prestos a la violencia, ya sea como agresores o testigos. Bajo estas expectativas, se tolera más la rebeldía de los adolescentes que de las adolescentes (Merino, Martínez y Díaz – Aguado, 2010) y, por consiguiente, a los hombres se les permite exteriorizar su ira y hostilidad y a las mujeres ser más emotivas y expresar tristeza y empatía (Días-Agudo, 2006).

Estas creencias y aceptaciones influyen en las relaciones interpersonales y afectivas de hombres y mujeres. Los adolescentes que aceptan y justifican la división de roles de acuerdo al sexo y son partícipes de los estereotipos de género, establecen los valores para el género masculino o femenino conforme las ideas tradicionales socialmente establecidas (De la Osa, Andrés y Pascual, 2013) y mantienen las diferencias entre sexos al aceptar, premiar o castigar las conductas y al presentar modelos con los cuales identificarse (Vásquez y Martínez, 2011). Por lo tanto, y en concordancia con las ideas de las autoras, es emergente que los individuos y la sociedad en general dejen de contribuir a mantener estas ideas discriminatorias de género y generen cambios.

En el cuestionario DSA los roles y, en concreto la atribución de tareas domésticas, de crianza y cuidado a las mujeres están asociados a los ítems 2,5,7,9,11,21 y 22, a la asignación a los varones de capacidades para lo público con los ítems 14,18 y 20 y a la legitimación de la autoridad masculina, a través de actitudes paternalistas que se ejercen desde la dominación o desde la protección se asocian a los ítems 10, 16, 23 y 26:

Los rasgos, en cambio, son características, elementos de identidad que le sirven para representarse y presentarse en el ámbito individual y colectivo. En el caso del DSA los rasgos se verifican en los ítems 1, 3, 4, 6, 8, 12, 13, 15, 17, 21, 24 y 26.

En relación a las propiedades psicométricas del cuestionario Recio, Cuadrado y Ramos (2007) calcularon los índices de bondad de ajuste, mediante el índice de ajuste absoluto, hallando valores de entre 0,9 y 1, lo cual permite valorar a esta escala como “bastante aceptable”. Además, realizaron un análisis factorial atendiendo a los valores estandarizados de los coeficientes de regresión calculados, mediante el método de mínimos cuadrados no ponderados, arrojando que los valores son adecuados (González y Zambrano, 2008). Por otro lado, los índices de consistencia interna de la escala son elevados de .80 y .91, al igual que las correlaciones entre las subescalas de sexismo hostil y benévolo que resultaron positivas .67 y .78

Cuestionario de Violencia entre Novios –CUVINO

Instrumento que evalúa la victimización de adolescentes y jóvenes en sus relaciones interpersonales afectivas de pareja, fue creado originalmente en español (Rodríguez-Franco, y otros, 2010). Contempla cuatro secciones:

- a. Datos sociodemográficos del investigado y de su pareja, que permite determinar el nivel socio económico, mediante preguntas directas de medida de auto-reporte basada en la descripción de los ingresos familiares mensuales de su hogar y el de su pareja, a más de indagación sobre nivel de estudio, trabajo remunerado y seguridad social.
- b. Ítems conductuales, 42 en total, a responder doblemente, según frecuencia de victimización y molestia asociada a cada conducta.
- c. Percepción general del noviazgo, mediante cinco ítems directos, a responder con SI/No, los tres primeros (43, 44 y 45 ¿Sientes o has sentido miedo? ¿Te sientes o has sentido atrapado? ¿Te sientes o has sentido maltratado?) se refieren a su propia situación en la relación de pareja, en donde se identifica

a las personas que han sido maltratadas, que sufren miedo o terror provocado por la experimentación de conductas violentas por parte de su pareja, o a aquellas que se sienten atrapadas en sus relaciones. Los otros ítems (46 y 47), se refieren a la existencia de violencia en el noviazgo, indagando si conocen a alguien que haya sido maltratado en su relación de noviazgo, y si creen que es posible que exista la violencia entre novios.

- d. Características de la relación, que no han sido exploradas en esta investigación, como por ejemplo tiempo transcurrido desde el inicio, edad del encuestado, duración de la relación, etc.

La sección b, la parte principal del cuestionario, contiene 42 ítems formulados como posibles acciones (conductas) de abuso que pueden tomar lugar en las relaciones de noviazgo. Los niveles de frecuencia fueron puntuados de acuerdo a la escala tipo Likert con 0 (nunca), 1 (a veces), 2 (frecuentemente), 3 (habitualmente) y 4 (casi siempre) en donde el valor 0 representa que nunca ha ido maltratado por la pareja, mientras que los valores obtenidos entre 1-168 denotan la presencia de victimización; por su parte el grado de molestia se puntuó con los valores 0 (nada), 1 (poco), 2 (algo), 3 (bastante) y 4 (mucho). Los 42 ítems, a su vez se reúnen en ocho factores, que representan ocho formas de abuso en las relaciones interpersonales afectivas de pareja:

1. *Desapego*. - denota actitud de indiferencia hacia la pareja y sus sentimientos;
2. *Humillación*. - conlleva los juicios personales o críticas contra la autoestima y orgullo personal de la pareja;
3. *Sexual*. - son los comportamientos sexistas/sexuales no deseados por la pareja;
4. *Coerción*. - presión basada en amenazas o manipulaciones para presionar y obligar a la pareja a actuar de manera determinada;
5. *Físico*. - golpes, agresiones físicas, daño a objetos que son significativos para la víctima;
6. *Basado en género*. - menosprecio por ser mujer u hombre;

7. *Castigo emocional*. - manifestaciones de enfado fingidas por la pareja, e;
8. *Instrumental*. - empleo de medios indirectos para ocasionar daños o sufrimiento a la pareja.

La distribución de los ítems de acuerdo a las formas de abuso es la siguiente:

Tabla 7. Formas de abuso en las relaciones de pareja - test de CUVINO.

Nº	Factores o formas	Nº ítems	Ítems incluidos
1	Desapego	7	6, 14, 22, 30, 32, 33, 37
2	Humillación	7	7, 15, 23, 31, 36, 40, 41
3	Sexual	6	2, 10, 18, 26, 34, 39
4	Coerción	6	1, 9, 17, 25, 38, 42
5	Físico	5	5, 13, 20, 21, 29
6	Género	5	3, 11, 19, 27, 35
7	Castigo emocional	3	8, 16, 24
8	Instrumental	3	4, 12, 28
	Total	42	

Entre las propiedades psicométricas, se puede mencionar que el cuestionario cuenta con un importante trabajo investigativo de validación desarrollado por el equipo creador del test: Franco- Rodríguez, López Cépero, Rodríguez, Bringas, Antuña, Estrada (2007) quienes estimaron una fiabilidad total de la escala (Alpha de Cronbach de 0.932) y de las subescalas (alpha comprendidas entre 0.588 y 0.818, con 6 factores por encima de 0,70) dando grandes cualidades psicométricas, por lo que se ha considerado a dicho cuestionario como una herramienta de evaluación válida y confiable (Recio, Cuadrado y Ramos, 2007).

Tabla 8. Validez y confiabilidad del test de CUVINO.

Factor	Factores	Varianza explicada	Alpha de Cronbach
1	Desapego	8,55%	0,796
2	Humillación	7,56%	0,818
3	Sexual	7,35%	0,770
4	Coerción	6,28%	0,739
5	Físico	6,28%	0,700
6	Género	5,73%	0,743
7	Castigo emocional	4,67%	0,681
8	Instrumental	4,33%	0,588
	Total	51,3%	0,932

Cuestionario sobre Hábitos y Estilos de vida es un instrumento para evaluar actitudes y estilo de vida que contiene de 8 ítems de opción múltiple, elaborado por Rosario Ortega, Virginia Sánchez y Javier Ortega Rivera, gozando de una importante validez, dado que se aplicó en el proyecto Violencia y Cortejo Juvenil: Un Estudio Psicoeducativo (VICO). Los ítems 2 al 7 deben contestarse seleccionando una única respuesta (categorías mutuamente excluyentes), y los ítems 1 y 8 admiten más de una respuesta.

El cuestionario fue validado oportunamente previa su aplicación en Ecuador, la validación se realizó mediante el aporte de juicio de expertos, permitiendo contextualizar, particularmente el lenguaje. Es importante señalar que dicho cuestionario no admite un tratamiento psicométrico.

7.6 Procedimiento

El procedimiento de investigación, estuvo matizado por el proceso de recopilación de información y posterior análisis, por lo que se consideraron tres fases.

Fase previa

En esta fase se realizó el análisis de contenido de los instrumentos de investigación anteriormente citados, determinando además el tiempo plausible para que un estudiante promedio pueda contestar cada instrumento en forma eficiente (pilotaje primario).

Se realizó el muestreo, considerando un estudio no probabilístico, con un número representativo de estudiantes investigados que conformaron la muestra de estudio.

Se seleccionaron las distintas instituciones que podrían participar en la investigación, luego aplicando la técnica de la pecera, se seleccionaron al azar dichas instituciones, en tenor de las características sugeridas: bachillerato público, bachillerato privado, universidad.

Posteriormente, se acudió a las instituciones educativas, para hablar con sus directivos y conseguir los permisos respectivos.

Fase de aplicación

En esta fase se coordinó con las autoridades y personal de apoyo (docentes y profesionales del DECE) la aplicación de los cuestionarios, socializando a los investigados las pautas necesarias para contestarlos.

Durante los meses de enero y febrero del 2017 se administraron los instrumentos seleccionados en esta investigación, de forma colectiva por aula, en dos periodos consecutivos de 40 minutos cada uno. En la primera hora se completó el cuestionario relacionado con la percepción de la mujer (sexismo) y parte de la encuesta de relación de parejas de novios, mismo que concluyó en la segunda hora al igual que el cuestionario de hábitos y estilo de vida.

Al inicio de cada sesión se informó a los estudiantes acerca de la investigación y su participación, misma que tiene la característica de ser voluntaria,

anónima, sin ninguna vinculación con la asignatura en la cual se aplicó el instrumento, así como que su implicación ayudará a conocer en mayor medida sus experiencias y sentimiento en relación con el objeto de estudio.

7.7 Análisis psicométricos de los datos

Se digitalizaron las respuestas seleccionadas por los encuestados en una base de datos en SPSS 23 en la que se organizó la información referida a datos informativos, datos de la pareja, respuestas a los cuestionarios planteados y el grupo (nivel de estudios) al que pertenecían.

Las respuestas de tipo cualitativo, referidas esencialmente a las variables sociodemográficas se organizaron en tablas de frecuencia (simples y cruzadas) expresando también dichas frecuencias en porcentajes.

Las respuestas de tipo ordinal (escala Likert) fueron tratadas en forma numérica permitiendo la estimación de la media y desviación estándar para cada ítem, grupo de ítems (dimensiones) e instrumentos por grupo (en atención al sexo, edad, nivel de estudios). Los puntajes totales del DSA (26 ítems) y de CUVINO (42 ítems) se sometieron a la prueba de Kolmogorov Smirnov, para probar la normalidad de la distribución, determinando que dichos puntajes cumplieron con el patrón de distribución normal, con lo que para el análisis inferencial se aplicaron pruebas paramétricas: T Student (comparación entre dos grupos) y ANOVA con el test post Hoc de Bonferroni (comparaciones múltiples para más de dos grupos) a una significancia del 5% para comprobar las hipótesis estadísticas, Adicionalmente se realizó una correlación de Pearson entre los puntajes totales de los dos instrumentos con escalas tipo Likert (CUVINO y DSA).

CAPÍTULO VIII

ANÁLISIS DE LOS DATOS Y RESULTADOS

A continuación se presenta el aporte de la investigación de campo, considerando en primer lugar el análisis de resultados de cada uno de los tres instrumentos aplicados a la población objeto de estudio, tanto en forma global como en relación a las variables intervinientes (variables sociodemográficas), que con fines descriptivos explicativos se categorizó atendiendo al sexo del encuestado (femenino, masculino), grupo etario (adolescente, joven), nivel de estudios (bachillerato, universidad), nivel socioeconómico (bajo, medio bajo, medio, medio alto). Atendiendo al nivel de respuesta se han empleado frecuencias y porcentajes (respuestas dicotómicas: Si/No y cualitativas: selección única o múltiple) en cuadros estadísticos. Para las respuestas cuantitativas (escala Likert de los tests de CUVINO y DSA) se estimó la media y desviación estándar con el fin de dar objetividad al análisis.

Posteriormente se realizó el cruce de variables, relacionando las dimensiones de los cuestionarios y tests, con el fin de hallar correlaciones significativas o diferencias significativas, si fuera el caso.

El orden en que se presenta el análisis es el siguiente:

- Análisis y resultados del test de violencia entre novios (CUVINO).
- Análisis y resultados del test de detección de sexismo (DSA).
- Análisis y resultados del cuestionario sobre hábitos y estilo de vida.
- Análisis bivariados.

8.1 Análisis de los datos del cuestionario de Violencia entre novios (CUVINO)

El análisis del test se lo ha realizado siguiendo el orden de su estructura, recordando que la sección inicial permitía identificar las variables sociodemográficas, la misma que conviene revisarlas en la sección de

caracterización de la muestra. Luego el análisis se concentra en los ítems 1-42 (grueso del test), para lo cual se estimó el valor medio y la desviación estándar, asignando un valor cuantitativo a las respuestas ordinales tanto para la frecuencia con que se produce el evento cuanto para el grado de malestar que genera. Estos resultados se reflejan en la tabla siguiente.

Tabla 9. Media y desviación estándar para indicadores del test de Cuvino.

N	Indicador CUVINO	Criterio	Media	DDesv. Est. (DS)
1	Pone a prueba tu amor, poniéndote trampas para comprobar si le engañas, le quieres, o si le eres fiel.	Frecuencia	1,6	0,9
		Malestar	3,0	1,5
2	Te sientes obligada/o a mantener sexo con tal de no dar explicaciones de por qué.	Frecuencia	1,2	0,6
		Malestar	2,9	1,8
3	Se burla acerca de las mujeres u hombres en general.	Frecuencia	1,5	0,8
		Malestar	2,8	1,6
4	Te ha robado.	Frecuencia	1,1	0,4
		Malestar	3,1	1,8
5	Te ha golpeado.	Frecuencia	1,2	0,6
		Malestar	3,2	1,8
6	Es cumplidor/a con el estudio, pero llega tarde a las citas, cumple lo prometido y se muestra irresponsable.	Frecuencia	1,9	1,1
		Malestar	3,0	1,5
7	Te humilla en público.	Frecuencia	1,2	0,5
		Malestar	3,3	1,8
8	Te niega sexo o afecto como forma de enfadarse.	Frecuencia	1,4	0,9
		Malestar	2,7	1,6
9	Te habla sobre relaciones que imagina que tienes.	Frecuencia	1,6	1,0
		Malestar	3,1	1,6
10	Insiste en tocamientos que no te son agradables y que tú no quieres.	Frecuencia	1,2	0,7
		Malestar	3,0	1,7
11	Piensa que los del otro sexo son inferiores y manifiesta que deben obedecer a los hombres (o mujeres), o no le dice pero actúa de acuerdo con este principio.	Frecuencia	1,3	0,7
		Malestar	3,1	1,7
12	Te quita las llaves del coche o el dinero.	Frecuencia	1,1	0,5
		Malestar	3,0	1,8
13	Te ha abofeteado, empujado o zarandeado.	Frecuencia	1,3	0,6
		Malestar	3,3	1,7
14	No reconoce responsabilidad alguna sobre la relación de pareja, no sobre lo que les sucede a ambos.	Frecuencia	1,5	0,9
		Malestar	3,2	1,6
15	Te critica, subestima tu forma de ser, o humilla tu amor propio.	Frecuencia	1,3	0,7
		Malestar	3,3	1,8
16	Te niega apoyo, afecto o aprecio como forma de castigarte.	Frecuencia	1,3	0,8
		Malestar	3,3	1,7
17	Amenaza con suicidarse o hacerse daño si lo/la dejas.	Frecuencia	1,2	0,7
		Malestar	3,2	1,7
18	Te ha tratado como un objeto sexual.	Frecuencia	1,2	0,6
		Malestar	3,2	1,8
19	Ha ridiculizado o insultado a las mujeres u hombres como grupo.	Frecuencia	1,2	0,6
		Malestar	3,1	1,7
20	Ha lanzado objetos contundentes contra ti.	Frecuencia	1,1	0,4
		Malestar	3,3	1,8
21	Te ha herido con algún objeto.	Frecuencia	1,1	0,4

N	Indicador CUVINO	Criterio	Media	DDesv. Est. (DS)
		Malestar	3,3	1,8
22	Impone reglas sobre la relación (días, horarios, tipos de salidas), de acuerdo con su conveniencia exclusiva.	Frecuencia	1,5	0,9
		Malestar	3,2	1,6
23	Ridiculiza tu forma de expresarte.	Frecuencia	1,3	0,6
		Malestar	3,1	1,7
24	Te amenaza con abandonarte.	Frecuencia	1,3	0,7
		Malestar	3,0	1,8
25	Te ha retenido para que no te vayas.	Frecuencia	2,0	1,2
		Malestar	2,7	1,5
26	Te sientes forzado/a a realizar determinados actos sexuales.	Frecuencia	1,2	0,6
		Malestar	3,1	1,8
27	Ha bromeado o desprestigiado tu condición de mujer/hombre.	Frecuencia	1,2	0,5
		Malestar	3,2	1,8
28	Te ha hecho endeudar.	Frecuencia	1,2	0,5
		Malestar	3,0	1,7
29	Estropea objetos muy queridos por ti.	Frecuencia	1,2	0,5
		Malestar	3,3	1,8
30	Ha ignorado tus sentimientos.	Frecuencia	1,5	0,9
		Malestar	3,4	1,7
31	Te critica, te insulta o grita.	Frecuencia	1,2	0,6
		Malestar	3,4	1,8
32	Deja de hablarte o desaparece por varios días, sin dar explicaciones, como manera de demostrar su enfado.	Frecuencia	1,6	1,0
		Malestar	3,4	1,7
33	Te manipula con mentiras.	Frecuencia	1,4	0,8
		Malestar	3,4	1,7
34	No ha tenido en cuenta tus sentimientos sobre el sexo.	Frecuencia	1,3	0,8
		Malestar	3,1	1,7
35	Sientes que critica injustamente tu sexualidad.	Frecuencia	1,1	0,4
		Malestar	3,2	1,8
36	Te insulta en presencia de amigos o familiares.	Frecuencia	1,1	0,5
		Malestar	3,4	1,8
37	Ha rehusado ayudarte cuando de verdad lo necesitabas.	Frecuencia	1,3	0,8
		Malestar	3,3	1,7
38	Invade tu espacio (escucha la radio muy fuerte cuando estas estudiando, te interrumpe cuando estas solo/a....) o privacidad (abre cartas dirigidas a ti, escucha tus conversaciones telefónicas....)	Frecuencia	1,4	0,8
		Malestar	3,2	1,7
39	Te fuerza a desnudarte cuando tú no quieres.	Frecuencia	1,1	0,5
		Malestar	3,1	1,8
40	Ha ridiculizado o insultado tus creencias, religión o clase social.	Frecuencia	1,2	0,5
		Malestar	3,2	1,8
41	Te ridiculiza o insulta por las ideas que mantienes.	Frecuencia	1,2	0,6
		Malestar	3,2	1,7
42	Sientes que no puedes discutir con él/ella, porque está casi siempre enfadado/a contigo.	Frecuencia	1,5	1,0
		Malestar	3,3	1,7

En forma general se observó que existía mayor malestar por las acciones que la frecuencia de las mismas. En relación al grado de molestia los de mayor valor fueron los ítems 30 (ignorar sentimientos), 31 (insultar, criticar y gritar), 32 (deja de hablarte o desaparece por varios días) 33 (manipular con mentiras), 36 (insultar

delante de amigos), todos éstos con media de 3,4. Otros ítems como el 13 (abofeteado, empujado), 15 (te critica, subestima tu forma de ser), 20 (ha lanzado objetos contundentes contra ti), 21 (te ha herido con algún objeto), 29 (estropea objetos muy queridos por ti), 37 (ha rehusado ayudarte cuando de verdad lo necesitabas), 42(Sientes que no puedes discutir con él/ella) con media de 3,3, todos éstos indicadores de violencia física expresa.

El ítem de mayor valor medio en cuanto la frecuencia con que se da la acción fue el 25 (retener para que no se vaya) que es el único con media mayor a 2, los demás tienen valores cercanos al puntaje de 1 (que indican que nunca se ha presentado).

Respecto a los ítems de mayor media en el grado de molestia, se amplió el análisis hacia la comparación de puntajes de acuerdo al sexo del investigado, los resultados se presentan en la siguiente tabla.

Tabla 10. Media de los ítems de mayor molestia por sexo del investigado.

N	Indicador CUVINO	Criterio	Hombre	Mujer	Total	Sign. (p)
30	Ha ignorado tus sentimientos.	Frecuencia	1,5	1,5	1,5	0,7
		Malestar	2,8	3,8	3,4	0,0
31	Te critica, te insulta o grita.	Frecuencia	1,3	1,2	1,2	0,2
		Malestar	2,6	3,8	3,4	0,0
32	Deja de hablarte o desaparece por varios días, sin dar explicaciones, como manera de demostrar su enfado.	Frecuencia	1,5	1,7	1,6	0,0
		Malestar	2,7	3,8	3,4	0,0
33	Te manipula con mentiras.	Frecuencia	1,4	1,4	1,4	0,8
		Malestar	2,7	3,8	3,4	0,0
36	Te insulta en presencia de amigos o familiares.	Frecuencia	1,2	1,1	1,1	0,0
		Malestar	2,7	3,8	3,4	0,0

Básicamente se observa que para los ítems seleccionados no hay gran diferencia en torno a la frecuencia, aunque en los indicadores 32 (deja de hablarte) y 36 (te insulta) dicha diferencia de puntajes medios, resultó significativa ($p < 0,05$), en tanto que, en el grado de malestar, para todos los ítems, se evidenció diferencia significativa ($p < 0,05$), siendo este grado de malestar siempre superior para las mujeres que para los varones. Considerando que los niveles de frecuencia de las

acciones descritas son bastante similares para hombres y mujeres, el hecho de que exista diferencia en cuanto al grado de malestar, podría atribuirse a dos hechos; en primer lugar, a que las mujeres se muestran más sensibles a los hechos (y que concomitantemente, a los varones les cuesta reconocer estos hechos), por otro lado, el grado de agresión implícita de dichas acciones es más fuerte en contra de las mujeres que en contra de los varones.

Se analizó el cuestionario en atención a sus dimensiones y en relación con el sexo del investigado, su nivel social y estudios (implica edad).

Tabla 11. Media por dimensión de violencia de pareja (frecuencia) en relación a las variables sociodemográficas.

Grupo	Desapego	Humillación	Sexual	Coerción	Físico	Género	Castigo	Instrumental	Violencia General
Hombre	1,52	1,22	1,26	1,56	1,25	1,26	1,39	1,21	1,35
Mujer	1,54	1,18	1,17	1,57	1,12	1,23	1,27	1,08	1,29
p (*)	0,55	0,12	0,00	0,89	0,00	0,17	0,00	0,00	0,02
Bachillerato Público	1,47	1,20	1,20	1,51	1,19	1,22	1,31	1,16	1,30
Bachillerato Privado	1,49	1,16	1,15	1,52	1,14	1,23	1,27	1,09	1,27
Universidad	1,63	1,20	1,25	1,67	1,16	1,27	1,35	1,11	1,35
p (**)	0,00	0,42	0,02	0,00	0,13	0,19	0,29	0,02	0,02
Medio Bajo	1,48	1,17	1,16	1,52	1,15	1,22	1,25	1,10	1,27
Medio	1,58	1,20	1,22	1,61	1,16	1,25	1,35	1,11	1,33
Medio Alto	1,52	1,15	1,18	1,58	1,10	1,26	1,24	1,12	1,29
p (**)	0,11	0,14	0,06	0,18	0,011	0,6	0,03	0,005	0,09
Total	1,53	1,19	1,20	1,57	1,17	1,24	1,31	1,13	1,31

p (*): significancia obtenida mediante t Student

p (**): significancia obtenida mediante ANOVA

En casi todas las dimensiones el valor medio fue mayor para los hombres que para las mujeres, situación similar a la reportada en el estudio de López-Cepero (2011), al indagar la victimización en tres países de habla hispana: España, México y Argentina se registraron diferencias significativas ($p < 0,05$) en el valor medio de la dimensión sexual, física, castigo, instrumental y violencia en general al compararlos en relación al sexo del encuestado, en favor de los hombres. Las dimensiones de mayor frecuencia tanto para hombres como para mujeres fueron el desapego y la coerción que corresponden al ámbito emocional, situación que

también concuerda con los hallazgos descritos en el estudio de (López-Cepero 2011).

Respecto al nivel de estudios (grupo) también se registraron diferencias significativas en el valor medio de las dimensiones de desapego, sexual, coerción, instrumental y violencia general ($p < 0,05$), siendo de mayor frecuencia para el grupo de universitarios, quienes parecen identificar mejor los signos de la violencia en el noviazgo. Estos resultados presentan la misma tendencia que el reportado López-Cepero (2011) para la población española, pero difieren de los resultados obtenidos por el mismo autor para la población mexicana, en los que se indicó que la media de frecuencia en casi todas las dimensiones fue mayor para los preuniversitarios (bachilleres).

En relación al nivel socioeconómico se identificaron diferencias significativas ($p < 0,05$) para las dimensiones de violencia física, castigo emocional e instrumental, siendo mayores las puntuaciones para la clase media.

Tabla 8. Media por dimensión de violencia de pareja (molestia) en relación a las variables sociodemográficas.

Grupo	Desapego	Humillación	Sexual	Coerción	Físico	Género	Castigo	Instrumental	Violencia General
Hombre	2,60	2,57	2,15	2,47	2,56	2,32	2,40	2,37	2,44
Mujer	3,68	3,70	3,63	3,45	3,72	3,57	3,35	3,45	3,59
p (*)	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00
Bachillerato Público	3,03	3,02	2,83	2,85	3,02	2,84	2,77	2,80	2,92
Bachillerato Privado	3,11	3,11	2,98	2,91	3,14	2,94	2,81	2,91	3,01
Universidad	3,62	3,65	3,38	3,44	3,64	3,46	3,35	3,39	3,51
Bajo	2,82	2,74	2,54	2,61	2,76	2,56	2,58	2,61	2,67
p (**)	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00
Medio Bajo	3,22	3,25	3,04	3,05	3,25	3,05	2,91	2,95	3,11
Medio	3,46	3,47	3,27	3,27	3,48	3,30	3,18	3,25	3,36
Medio Alto	3,33	3,43	3,13	3,15	3,38	3,25	3,21	3,33	3,28
p (**)	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00
Total	3,26	3,26	3,06	3,07	3,27	3,08	2,98	3,04	3,15

En relación al sexo del investigado, se determinó que los valores medios de las distintas dimensiones (atendiendo al malestar que generan) fueron mayores

para las mujeres, encontrándose diferencias significativas en todas las dimensiones ($p<0,05$). Tanto para hombres cuanto para mujeres las más críticas fueron la violencia física con valor de 3,72 para mujeres y 2,56 para hombres, la humillación: 3,7 para mujeres y 2,57 para hombres. Es importante además analizar que las dimensiones consideradas dentro de lo emocional, como el desapego, la humillación y coerción, presentan amplias diferencias entre mujeres y hombres, siendo mayor para las mujeres, lo que determinan que este grupo es más proclive a identificar la molestia de tipo emocional y a tolerar menos este tipo de conductas. Diversos estudios han intentado explicar los niveles emocionales distintos entre hombres y mujeres, en este sentido y como lo explica el neurofisiólogo Eduardo Calixto González, el área tegmental ventral es 25% más grande en el cerebro de las mujeres que el de los hombres, lo que hace que en ellas se libere más dopamina, volviéndoles más emocionales, por ello cuando las mujeres presentan una situación de agresión es más fácil que pierdan la concentración y se sientan amenazadas, a diferencia de los hombres, que se mantienen estables ante circunstancias de ésta índole. Adicionalmente explica el especialista, las mujeres tienen 20% más grande el giro del cíngulo que es el área involucrada en la formación de las emociones y la conducta, es por ello que también son más propensas al dolor emocional, a la ansiedad, la depresión y el estrés, por lo que su grado de malestar podría ser mayor.

El grupo (nivel de estudios) también marcó una relación significativa en función a todas las dimensiones ($p<0,005$), siendo de mayor valor medio para el grupo de universitarios. Confirmando la conjetura de que este grupo no solo percibe mejor los signos de violencia, sino también les genera mayor malestar, situación que puede explicarse porque el grupo de universitarios ha vivido en promedio más relaciones o relaciones más duraderas, aumentando así el riesgo de presentar conductas agresivas por parte de sus parejas. Estos resultados concuerdan con el estudio de López-Cepero (2011) para la población española en la cual se determinó que los estudiantes universitarios presentaban mayor grado de molestia frente a conductas agresivas de los estudiantes preuniversitarios, pero difieren de los resultados obtenidos por el mismo autor para la población mexicana, en la que la relación de medias fue inversa, es decir los estudiantes de colegio presentaban mayor nivel medio de malestar que sus pares universitarios.

En atención al nivel socioeconómico también se hallaron diferencias significativas en todas las dimensiones, siendo de mayor molestia para el grupo de clase media, en la mayoría de dimensiones. Resultados que no concuerdan con la teoría de Hird (2000), quien encontró que el bajo estatus socioeconómico era un importante factor de riesgo que incrementaba el peligro de exhibir y recibir conductas agresivas. Hird, además, determinó específicamente que los estudiantes de secundaria procedentes de una clase social trabajadora admitían más agresiones físicas que los de la clase media o superior.

En forma general se observó que en el grupo de estudiantes universitario el desapego y la coerción fueron los más frecuentes y el malestar por violencia física, humillación y desapego fueron las dimensiones de mayor molestia.

Los ítems 43, 44, 45, permitieron establecer la prevalencia del maltrato de pareja (ver figura 1) y la prevalencia de este hecho en relación a las variables sociodemográficas (ver tabla 4).

Se analizó la frecuencia de las respuestas en cada una de las 3 preguntas (ítems 43-45) (¿Te sientes o te has sentido maltratado/a?, ¿Sientes o has sentido miedo de tu pareja?, ¿Te sientes o has sentido atrapada/o en la relación?»). La mayoría de los participantes (531) respondieron negativamente a las 3 preguntas, equivalente al 58,5%. En tanto que el número de sujetos que respondió afirmativamente a las 3 cuestiones constituyó una minoría (70), constituyendo el 7,7%. Sobresale además el hecho de que el 18,4% de los encuestados afirmó haber sido víctima de violencia (sentirse maltratado) en su relación de noviazgo, valor sumamente alto al compararlo con el de estudios similares como el de López-Cepero (2011) en el que se reportó una tasa de 9,73%, para este reactivo. El 22,1% respondió afirmativamente frente al hecho de haber sentido miedo de su pareja, valor también superior al encontrado por López-Cepero (2011) que fue del 14,51%. Finalmente, el 26,7% se ha sentido “atrapado” en la relación, valor en cambio inferior al reportado en el estudio mencionado anteriormente, cuyo valor reportado fue del 32,04%. Las tasas altas reportados en este estudio pueden explicarse por el

hecho de que, en el Ecuador muy poco se ha hecho en términos de visibilización y prevención de la violencia en el noviazgo, a diferencia de lo ocurrido en los países en que López-Cepero, desarrolló su investigación: España, México y Argentina.

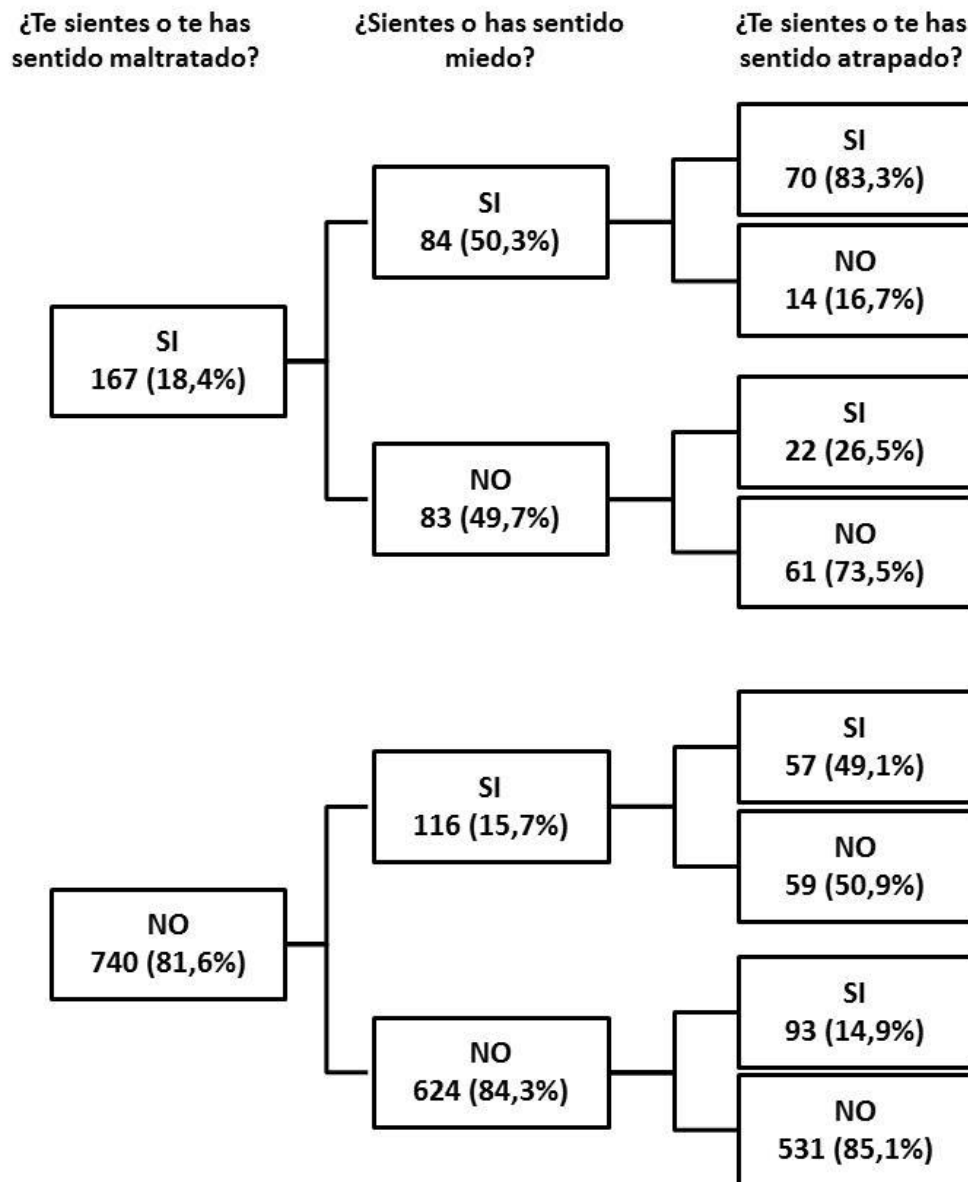


Tabla 12. Distribución de las respuestas combinadas a los 3 indicadores en relación a las variables sociodemográficas n (%).

	¿Te sientes o te has sentido maltratado?		¿Sientes o has sentido miedo?		¿Sientes o has sentido atrapado?	
Variable	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Hombre (351)	59 (16,8)	292 (83,2)	56 (16)	295 (84)	73 (20,8)	278 (79,2)
Mujer (556)	108 (19,4)	448 (80,6)	144 (25,9)	412 (74,1)	169 (30,4)	387 (69,6)
p (*)	0,18		0,00		0,002	
Bachillerato Público (389)	46 (11,8)	343 (88,2)	60 (15,4)	329 (84,6)	91 (23,4)	298 (76,6)
Bachillerato Privado (197)	35 (17,8)	162 (82,2)	67 (34)	130 (66)	56 (28,4)	141 (71,6)
Universidad (321)	86 (26,8)	235 (73,2)	73 (22,7)	248 (77,3)	95 (29,6)	226 (70,4)
p (*)	0,00		0,00		0,14	
Bajo (163)	24 (14,7)	139 (85,3)	34 (20,9)	129 (79,1)	39 (23,9)	124 (76,1)
Medio Bajo (303)	42 (13,9)	261 (86,1)	61 (20,1)	242 (79,9)	82 (27,1)	221 (72,9)
Medio (399)	92 (23,1)	307 (76,9)	97 (24,3)	302 (75,7)	113 (28,3)	286 (71,7)
Medio Alto (42)	9 (21,4)	33 (78,6)	8 (19)	34 (81)	8 (19)	34 (81)
p (*)	0,09		0,53		0,484	
Total	167 (18,4)	740 (81,6)	200 (22,1)	707 (77,9)	242 (26,7)	665 (73,3)

P(*) significancia mediante prueba de independencia de chi cuadrado

Al analizar las respuestas en relación al sexo se determinó que el 19,4% de las mujeres y el 16,8% de los varones se han sentido maltratados en su noviazgo, sin que existan relación de dependencia con el sexo ($p=0,18$). Respecto a sentir miedo en la relación, el 25,9% de las mujeres respondió afirmativamente, y el 16% de los hombres de la misma manera, determinándose una correlación significativa ($p=0$), lo que hace pensar que las mujeres han mantenido relaciones más violentas o coercitivas. Para el ítem referido a sentirse atrapado, el 30,4% de las mujeres indicó sentirse de esta manera versus el 20,8% de los hombres, estableciéndose también una relación de dependencia ($p=0$).

El maltrato fue más evidente en el grupo de jóvenes (26,2%) que en el de adolescentes (14,2%), notándose relación de dependencia de acuerdo a la prueba de chi cuadrado ($p<0,001$). Para el “sentir miedo” o “sentirse atrapado” las proporciones fueron semejantes para los grupos investigados ($p>0,05$), lo que podría revelar que no existen diferencias significativas entre hombres y mujeres.

Respecto al nivel de estudios del encuestado, se determinó que el grupo de universitarios experimentó en sus relaciones mayor prevalencia de maltrato (26,8%), versus el 16,8% del grupo de estudiantes de bachillerato privado y solo el 11,8% de quienes acceden al bachillerato público, encontrándose diferencia significativa en las proporciones ($p=0$). Resalta el hecho de que el 34% de los investigados del bachillerato público han sentido miedo en sus relaciones, en tanto que los universitarios contestaron afirmativamente en un 22,7% y los de bachillerato público en 15,4% ($p<0,001$). Sin embargo, en futuras investigaciones es conveniente saber cómo los jóvenes y adolescentes conciben y clasifican las experiencias de violencia en el noviazgo, porque para ellos es más fácil identificar situaciones de violencia vividas en otros que en sí mismos, es decir son evasivos al considerarse como víctimas de abuso por parte de sus novios, según estudios previos de Hamby y Gray – Little, (citado por López, Rodríguez, Rodríguez, Bringas, y Paino, 2015, p. 8) quienes además afirman que “esta falta de autoconciencia de víctima lleva a que no se haga uso de los servicios de atención a víctimas, lo que puede provocar, a largo plazo, la perpetuación de la situación de violencia”

No se halló relación de dependencia en la experimentación de maltrato, miedo o atrapamiento en relación al nivel socioeconómico en que se desenvuelve ($p>0,05$), no obstante, se observó que, en los estratos socio económicos de mayor nivel, las tasas de maltratado reportado fueron más altas.

Tabla 13. Conocimiento de casos de maltrato a terceros y percepción sobre la probabilidad de que exista la violencia en el noviazgo.

Dimensión	¿Conoces a algún amigo/a cercano/a que sea o haya sido maltratado/a en una relación de noviazgo		¿Crees que es posible que exista el maltrato entre novios?	
Opción	SI	NO	SI	NO
Hombre (351)	115 (32,8)	236 (67,2)	180 (51,3)	171 (48,7)
Mujer (556)	242 (43,5)	314 (56,5)	378 (68)	178 (32)
p (*)	0,001		0,001	
Bachillerato Público (389)	117 (30,1)	272 (69,9)	190 (48,8)	199 (51,2)
Bachillerato Privado (197)	71 (36)	126 (64)	105 (53,3)	92 (46,7)
Universidad (321)	169 (52,6)	152 (47,4)	250 (77,9)	71 (22,1)
p (*)	0,001		0,001	
Bajo (163)	41 (25,2)	122 (74,8)	80 (49,1)	83 (50,9)
Medio Bajo (303)	107 (35,3)	196 (64,7)	150 (49,5)	153 (50,5)
Medio (399)	190 (47,6)	209 (52,4)	260 (65,2)	139 (34,8)
Medio Alto (42)	19 (45,2)	23 (54,8)	22 (52,4)	20 (47,6)
p (*)	0,001		0,001	
Total (907)	357 (39,4)	550 (60,6)	528 (58,2)	379 (41,8)

El 68% de las mujeres consideró que, si es posible el maltrato entre novios, en tanto que solo el 51,3% de los hombres refirió la misma respuesta. El 43,5% de las mujeres admitió conocer algún caso cercano de maltrato en el noviazgo, esta misma respuesta fue dada por el 32,8% de los hombres. En relación al sexo se observa a las mujeres estimando que la violencia en el noviazgo es más probable, incluso la tasa hallada es superior en proporción de 2 a 1 con relación a la vivencia de violencia en el noviazgo, lo cual indica que en el medio no siempre se reconoce esta problemática social, y mucho menos se la denuncia. Para los dos ítems analizados se determinó diferencia en la percepción entre hombres y mujeres ($p < 0,005$).

Respecto al grupo (nivel de estudios) se observa que a nivel universitario más de la mitad de los investigados afirman conocer de casos de violencia de pareja, en tanto que, en los grupos de bachillerato esta respuesta es admitida por un tercio de los investigados, además el 77,9% de los universitarios consideran que, si es

posible la violencia entre novios, y cerca del 50% de los bachilleres estiman esta probabilidad. También se registró una diferencia en la respuesta frente a los dos ítems, respecto al nivel de estudios ($p < 0,005$).

En las clases media y media alta, las probabilidades de conocer casos de violencia o estimar de que esta pueda existir es mayor que en las clases sociales bajas. La prueba de chi cuadrado permitió establecer que la respuesta a los dos ítems, si dependió del nivel socioeconómico, siendo más probable una respuesta afirmativa en las clases menos bajas.

En forma global se determinó que 39,4% de los encuestados conocen un caso cercano de violencia en el noviazgo y el 58,2% creen posible la violencia en el noviazgo, valores encontrados en el mismo rango descrito en otras investigaciones, en las que se han estimado tasas de conocimiento de violencia en la pareja por parte de amigos cercanos de entre el 9% y 51%. Foshee, (1996); Bland y Leary, (1999), Mucci y Hathaway, (2001).

Se consideró importante, además analizar las dimensiones del test de CUVINO en relación a la victimización (ítems 43-45), según el encuestado se reporte como maltratado, temeroso o atrapado, recordando los valores descritos en la tabla 14. Los valores medios estimados de cada dimensión en atención a la victimización se encuentra en las siguientes tablas.

Tabla 14. Media por dimensión de violencia de pareja (frecuencia) en relación a la victimización

Victimización	Opción	Desapego	Humillación	Sexual	Coerción	Físico	Género	Castigo	Instrumental	Violencia General
Temor	Sí	1,72	1,32	1,29	1,77	1,28	1,33	1,44	1,15	1,46
	No	1,48	1,16	1,18	1,51	1,12	1,22	1,26	1,12	1,26
Atrapado	Sí	1,80	1,37	1,33	1,89	1,29	1,37	1,49	1,19	1,51
	No	1,43	1,13	1,16	1,45	1,12	1,20	1,25	1,11	1,21
Maltratado	Sí	1,86	1,35	1,38	1,91	1,39	1,38	1,57	1,18	1,56
	No	1,46	1,16	1,16	1,49	1,04	1,21	1,26	1,12	1,26

Tabla 15. Resultados de la prueba t Student para la victimización y las dimensiones de violencia del test de CUVINO (frecuencia).

Dimensión	Temor	Atrapado	Maltrato
Desapego	,00	,00	,00
Humillación	,00	,00	,00
Sexual	,00	,00	,00
Coerción	,00	,00	,00
Físico	,00	,00	,00
Género	,00	,00	,00
Castigo	,00	,00	,00
Instrumental	,33	,00	,01
Violencia	,00	,00	,00

Las dimensiones presentaron un mayor valor medio para el grupo que se siente temeroso, atrapado y principalmente maltratado, versus quienes no se identificaron con estos estados de victimización, de hecho, casi en todos los pares comparativos se estableció una diferencia significativa en la media de la frecuencia de violencia ($p < 0,05$), salvo el factor instrumental entre quienes sentían o no temor de sus parejas.

Quienes afirman sentirse temerosos, presentaron una frecuencia media de violencia general según el test de Cuvino de 1,46, en tanto que quienes no se sentían temerosos presentaron un valor medio de 1,26 ($p < 0,05$), siendo además las dimensiones de mayor diferencia entre los grupos fueron el desapego, la coerción, y el castigo emocional, es decir el temor se relaciona especialmente con lo emocional, más que con lo físico, estos resultados concuerdan en cierta forma con los expuestos por López Cepero (2011), quien también identificó diferencias significativas entre quienes afirmaron sentir miedo de su pareja y quienes no la tenían, solo que en la investigación citada, los factores de mayor diferencia a más del desapego y la coerción fueron el sexual y la humillación.

Los que manifestaron sentirse atrapados en la relación presentaron un índice de violencia de 1,51, versus el 1,23 estimado por quienes no se sienten atrapados, las dimensiones de mayor diferencia también fueron el desapego y la coerción, situación similar a la descrita por López Cepero (2011), aunque con

valores menores a los encontrados en este estudio. El sentirse atrapado, da una idea del maltrato psicológico que sufren estos adolescentes.

Finalmente, en relación al sentirse o no maltratado, se determinó una mayor brecha entre los grupos, quienes se sentían maltratados presentaban una media de 1,56 y lo que no la sentían una media de 1,26, las mayores diferencias (y todavía más acentuadas) fueron la coerción, desapego y en este caso se añadió la física, en este caso se puede ver como muchos de los encuestados consideran maltrato cuando hay de por medio agresión física, es decir no están siendo conscientes de las otras formas de maltrato. Estos resultados (en tendencia) también se asemejan a los descritos por López Cepero (2011), quienes a más de los factores emocionales también hallaron una mayor brecha entre la violencia física, y la instrumental.

Tabla 16. Media por dimensión de violencia de pareja (molestia) en relación a la victimización.

Victimización	Opción	Desapego	Humillación	Sexual	Coerción	Físico	Género	Castigo	Instrumental	Violencia General
Temor	Sí	3,3	3,2	3,0	3,1	3,2	3,0	3,0	2,9	3,1
	No	3,3	3,3	3,1	3,1	3,3	3,1	3,0	3,1	3,2
Atrapado	Sí	3,3	3,3	3,1	3,2	3,3	3,1	3,0	2,9	3,2
	No	3,2	3,2	3,0	3,0	3,3	3,1	3,0	3,1	3,1
Maltratado	Sí	3,4	3,3	3,1	3,2	3,3	3,1	3,0	3,0	3,2
	No	3,2	3,3	3,1	3,0	3,3	3,1	3,0	3,1	3,1

Tabla 17. Resultados de la prueba t Student para la victimización y las dimensiones de violencia del test de CUVINO (molestia).

	Miedo	Atrapado	Maltrato
Desapego	,81	,25	,10
Humillación	,60	,66	,77
Sexual	,65	,77	,84
Coerción	,81	,23	,12
Físico	,70	,85	,63
Género	,58	,99	,86
Castigo	,87	,86	,57
Instrumental	,26	,27	,49
Violencia	,71	,69	,58

En relación a la molestia de las distintas dimensiones de la violencia, se constató que quienes afirman sentirse maltratados presentaban valores medios de molestia ligeramente más altos, pero en este caso las diferencias no resultaron significativas versus quienes no experimentaban maltrato ($p>0,05$). Para las condiciones de sentir temor o no; sentirse atrapado o no, tampoco se verificaron diferencias significativas en el nivel medio de molestia generado, situación que refleja el hecho de que quienes han experimentado algún nivel de victimización no siempre muestran completo malestar por las acciones violentas, en tanto que quien no se han sentido atrapados, temerosos o incluso maltratados, demuestran una alta molestia ante acciones violentas, pero las reconocen y saben frenarlas.

En conclusión, y a la luz de los resultados obtenidos se observó que la percepción de miedo y sentirse atrapado se relacionó con altos nivel de frecuencia de acciones derivadas de factores como la coerción, el desapego y el castigo emocional principalmente, aunque los otros factores también presentaban medias más altas que sus pares que no se sentían temerosos o atrapados. La percepción de estar atrapado se asoció con mayor victimización que el miedo en todos los factores, incluyendo el físico (aunque la diferencia fue muy leve). Finalmente, quienes se identifican como maltratados, presentaron aún mayores niveles de victimización que en el sentirse atrapados, siendo especialmente importante el factor de violencia física, factor que parece ser el que se generaliza como maltrato evidente.

8.2 Análisis de los datos del segundo cuestionario sobre percepción del sexismo

En este sub acápite se presentan en forma organizada los resultados, análisis e interpretación de las puntuaciones medias relativas a los diferentes ítems del test de detección de sexismo (DSA), adicionalmente se ha esquematizado la presentación desde una perspectiva descriptiva en relación a los dos tipos de sexismo; benévolo y hostil, en forma global para la muestra en estudio y en forma comparativa atendiendo a las distintas dimensiones de las variables sociodemográficas. Se amplía el estudio en relación a dichas variables especificando los roles y rasgos dentro de cada tipo de sexismo, y, en concreto, a la

atribución de tareas domésticas, de crianza y cuidado a las mujeres (ítems 2, 5, 7, 9, 11, 21 y 22), a la asignación a los varones de capacidades para lo público (14, 18, 20), y a la legitimación de la autoridad masculina, a través de actitudes paternalistas que se ejercen bien desde la dominación o bien desde la protección (ítems 10, 16, 23 y 26).

Posteriormente, se presenta un análisis bi variado, relacionando el estado de “sentirse” temeroso, atrapado o maltratado (según CUVINO) con las puntuaciones medias de rasgo y roles dentro del sexismo hostil y benévolo.

Tabla 18. Valor medio de cada ítem del test de detección de sexismo.

Ítem	Media	DS
1. Las mujeres son, por naturaleza, más pacientes y tolerantes que los hombres.	4,2	1,4
2. El lugar más adecuado para la mujer es su casa con su familia.	3,8	1,7
3. El afecto y el cariño son más importantes para las mujeres que para los hombres.	3,8	2,6
4. Las mujeres son más débiles que los hombres en todos los aspectos.	2,6	1,7
5. Una medida positiva para acabar con el paro sería que las mujeres se quedaran en casa.	1,9	1,3
6. Las mujeres están mejor dotadas que los hombres para complacer a los demás (estar atentas a lo que quieren y necesitan).	3,7	2,0
7. Es más natural que sean las hijas y no los hijos las que se hagan cargo de los padres ancianos.	2,7	1,7
8. Por su mayor sensibilidad, las mujeres son más compasivas que los hombres hacia su pareja.	4,2	1,4
9. Atender bien la casa es obligación de la mujer.	2,2	1,4
10. Hay que poner a las mujeres en su lugar para que no dominen al hombre.	1,8	1,3
11. Nadie como las mujeres sabe criar a sus hijos.	4,1	1,7
12. Las mujeres son manipuladoras por naturaleza.	2,8	1,6
13. Las mujeres tienen mayor capacidad para perdonar los defectos de su pareja que los hombres.	3,8	1,5
14. El hombre debe ser la principal fuente de ingresos de su familia.	3,2	1,7
15. Para un hombre una mujer frágil tiene un encanto especial.	3,8	1,7
16. El marido es la cabeza de familia y la mujer debe respetar su autoridad.	2,5	1,6
17. Las mujeres poseen por naturaleza una sensibilidad superior a la de los hombres.	4,3	1,5
18. No es propio de hombres encargarse de las tareas del hogar.	2,3	1,5
19. Las mujeres razonan peor que los hombres.	2,0	1,4

Ítem	Media	DS
20. Los hombres están más capacitados que las mujeres para lo público (por ejemplo, la política, los negocios, etc.)	2,1	1,5
21. Las mujeres son insustituibles en el hogar.	4,3	1,7
22. La mujer que trabaja fuera de casa tiene desatendida a su familia.	2,5	1,5
23. Los hombres deben tomar las decisiones más importantes en la vida de la pareja.	2,4	1,6
24. Por naturaleza, las mujeres están mejor dotadas que los hombres para soportar el sufrimiento.	3,1	1,7
25. Una mujer debe estar dispuesta a sacrificarse por el éxito profesional de su marido.	2,1	1,4
26. Un hombre debe dirigir con cariño, pero con firmeza, a su mujer.	4,0	1,8

De la tabla anterior se desprende que mientras mayor es el valor medio indica mayor acuerdo con el reactivo propuesto, los ítems de mayor valor medio se refirieron a reactivos de sexismo benévolo, llama la atención la alta dispersión de los valores.

Los ítems de mayor valor medio (mayores al puntaje de 3,5) fueron específicamente: “Las mujeres son insustituibles en el hogar” (4,3), “Las mujeres poseen por naturaleza una sensibilidad superior a la de los hombres” (4,3), “Las mujeres son, por naturaleza, más pacientes y tolerantes que los hombres” (4,2), “Por su mayor sensibilidad, las mujeres son más compasivas que los hombres hacia su pareja” (4,2), “Nadie como las mujeres sabe criar a sus hijos” (4,1), que corresponden a sexismo benévolo, luego se encontró que el reactivo que “Un hombre debe dirigir con cariño, pero con firmeza, a su mujer” (4,0) que refiere un indicador de sexismo hostil, “Las mujeres tienen mayor capacidad para perdonar los defectos de su pareja que los hombres” (3,8), refiere sexismo hostil, “El lugar más adecuado para la mujer es su casa con su familia.” (3,8) también de sexismo hostil), “Para un hombre una mujer frágil tiene un encanto especial” (3,8), “El afecto y el cariño son más importantes para las mujeres que para los hombres” (3,8), “Las mujeres están mejor dotadas que los hombres para complacer a los demás (estar atentas a lo que quieren y necesitan)” (3,7). En síntesis, los ítems de mayor puntaje medio se relacionan más con roles que con rasgos; más con sexismo benévolo que hostil. Específicamente tres de cinco ítems de mayor puntaje se

relacionan con la atribución de tareas domésticas a las mujeres y uno de los cinco ítems con la legitimación de la autoridad masculina. Esta tendencia indica estereotipos de género, que están bastante arraigados en la sociedad ecuatoriana, y que podrían ser una fuente explicativa de la violencia en la pareja, tal como se ha manifestado en el referente teórico.

Se realizó el análisis de valores medios, atendiendo a las variables como sexo, nivel de estudios (grupo) y nivel socio económico, obteniéndose los siguientes resultados.

Tabla 19. Media y desviación estándar (DS) de sexismo benévolo, hostil y total en relación a las variables sociodemográficas.

Dimensión	Benévolo	Hostil	Total
Hombre	3,9 (0,8)	3 (0,8)	3,3 (0,7)
Mujer	3,9 (0,9)	2,3 (0,8)	2,9 (0,7)
p(*)	0,32	0,00	0,00
Bachillerato Público	4,1 (0,8)	2,8 (0,9)	3,3 (0,7)
Bachillerato Privado	3,9 (0,9)	2,5 (0,8)	3 (0,7)
Universidad	3,7 (0,9)	2,3 (0,8)	2,9 (0,8)
p(**)	0,00	0,00	0,00
Bajo	4,2 (0,8)	3 (0,8)	3,5 (0,6)
Medio Bajo	4 (0,8)	2,6 (0,9)	3,1 (0,8)
Medio	3,8 (0,9)	2,4 (0,8)	2,9 (0,7)
Medio Alto	3,6 (0,9)	2,4 (1)	2,9 (0,9)
p(**)	0,00	0,00	0,00
Total	3,9 (0,9)	2,5 (0,9)	3,1 (0,8)

En todos los casos se determinó un valor medio mayor para el sexismo benévolo que para el hostil, el primero se encuentra alrededor del valor de 4 (algo de acuerdo) y el segundo alrededor de 2,5 (algo en desacuerdo). En forma general los valores medios como indicativos de sexismo fueron mayores para los hombres que para las mujeres, en el benévolo no existieron diferencias significativas ($p > 0,05$), no así en el hostil ($p < 0,01$). Estos resultados son en tendencia similares a los descritos por Bonilla (2011) en la población valenciana, o los de González (2011) en un grupo de estudiantes de la ciudad de Maracaibo, en los que también se determinó un mayor valor medio de sexismo para los hombres que para las

mujeres, especialmente en la dimensión de sexismo hostil en los que la diferencia fue significativa, no así en el sexismo benévolo en el que fue ligeramente superior para las mujeres (sin que existan diferencias significativas).

En cuanto al grupo o nivel de estudios, para el bachillerato de la institución educativa pública se estimó un valor medio de 4,1 para sexismo benévolo y 2,8 para el hostil, en tanto que, para sus pares del privado, estos valores fueron de 3,8 y 2,5, y para el nivel universitario de 3,7 y 2,5 respectivamente. Se identificó una importante relación con el nivel socioeconómico, siendo los valores medios más altos de sexismo benévolo por encima del hostil para los grupos de menor nivel socioeconómico, hallándose diferencias significativas ($p < 0,01$)

En síntesis, puede decirse que la percepción de los investigados sobre el rol de la mujer está contextualizada por un sexismo benévolo, el cual no difiere en relación al sexo, es decir, tanto hombres como mujeres aceptan ciertos roles, actitudes y características de la mujer. Este sexismo benévolo tiende a estar más bien influenciado por el nivel de estudios y el nivel socioeconómico, así los universitarios no muestran acuerdo con estereotipos de género en comparación a quienes cursan el bachillerato (especialmente con quienes cursan el bachillerato público). Al parecer con el acceso a la educación se logran romper ciertos estereotipos arraigados en la sociedad.

El nivel socioeconómico también influyó en los niveles de detección de sexismo, determinándose que, a menor nivel económico, mayor aceptación de estereotipos sexistas (aunque sean benévolos), estableciéndose diferencias significativas, tanto para el sexismo hostil como el benévolo en favor de las clases bajas.

En síntesis, puede decirse que los participantes del presente estudio mantienen manifestaciones de discriminación del sexismo benévolo, que es más fácil de percibir, por resultar más “sutil” que el sexismo hostil. Al respecto Moya, Paez, Glick, Fernández y Poeschl, (2002) proponen la existencia de factores

socioeconómicos, humanos y de socialización que influyen notablemente en los niveles de sexismo, percibiendo por ejemplo un menor sexismo hostil en contextos socioeconómicos más altos (países con mayor grado de desarrollo). La predominancia del sexismo benévolo sobre el hostil puede estar indicando el predominio de manifestaciones negativas que esconde el sexismo benévolo que implica manifestaciones más discretas más que manifestaciones discriminatorias abiertas hacia la mujer (sexismo hostil) (Moya, Páez, Glick, Fernández, y Poeschl, 2002).

Resultó importante analizar el comportamiento de rasgos y roles asociados a sexismo hostil y benévolo en atención a las variables sociodemográficas como se expone en la siguiente tabla.

Tabla 20. Media de rasgos y roles de sexismo benévolo, hostil en relación a las variables sociodemográficas.

Sexo	Sexismo benévolo		Sexismo hostil		Roles		
	Rasgos	Roles	Rasgos	Roles	Tareas domésticas	Capacidad público	Legitimación autoridad
Hombre	3,8	4,3	2,9	3,1	3,3	3,0	3,3
Mujer	3,9	4,1	2,1	2,3	2,9	2,2	2,4
p(*)	0,008	0,021	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00
Bachillerato Público	4,0	4,4	2,6	2,9	3,2	2,9	3,0
Bachillerato Privado	3,9	4,1	2,4	2,5	3,0	2,5	2,6
Universidad	3,7	4,0	2,1	2,4	2,9	2,1	2,4
p(**)	0,001	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Bajo	4,1	4,6	2,8	3,1	3,4	3,2	3,2
Medio Bajo	3,9	4,2	2,4	2,7	3,1	2,6	2,8
Medio	3,7	4,0	2,2	2,4	2,9	2,2	2,5
Medio Alto	3,8	3,7	2,2	2,3	2,8	2,1	2,4
p(**)	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Total	3,9	4,2	2,4	2,6	3,1	2,5	2,7

En forma general se observó que la dimensión de roles de sexismo benévolo fue el de mayor valor medio (4,2), seguido por el valor de rasgos de sexismo benévolo (3,9), luego aparece la dimensión de roles de sexismo hostil (2,6) y el más bajo fue el de rasgos hostiles (2,4). En cuanto a los roles específicos el de

mayor nivel fue el asociado a tareas domésticas (3,1), luego la legitimación de la autoridad (2,7) y el de menor valor medio el de capacidad relativa para la vida pública de los varones (2,5). Esta tendencia es similar a la reportada en los estudios de Bonilla (2011), aunque los valores de este estudio son más altos en promedio a los referidos al estudio citado. Asemejándose más a los reportes de la investigación de González (2011), que determinó un valor medio de 4,5 para sexismo benévolo, 3,4 para sexismo hostil, 4,5 para rasgos de sexismo benévolo, 3,1, para rasgos de sexismo hostil, 4,8 para roles de sexismo benévolo y 3,5 para roles de sexismo hostil.

Los roles y rasgos de sexismo en sus dos dimensiones fueron mayores para los hombres que para las mujeres, hallándose diferencias significativas ($p < 0,001$), de igual forma fueron mayores para el grupo de bachillerato público en comparación a los de bachillerato privado, y éstos a su vez mayores que los del grupo de universitarios; también se hallaron diferencias significativas en todas las dimensiones. Finalmente, el nivel socioeconómico también se relacionó con los niveles medios de rasgos y roles sexistas, siendo los valores más altos para los grupos socioeconómicos bajo o medio bajo, hallándose también diferencias significativas ($p < 0,001$).

En forma general existe coherencia en los resultados obtenidos, en el que predominan los rasgos benevolentes, situación similar a la descrita por Moya, (2001) para la población española, que se relacionan con la presencia de atributos típicamente masculinos o femeninos, algunos de los rasgos benevolentes más arraigados serían la tolerancia, el afecto, cariño, complacencia, compasión, capacidad de perdón, fragilidad y sensibilidad asociados esencialmente a la mujer. En cuanto a la presencia de rasgos hostiles, sobresalen rasgos como la debilidad, manipulación femenina, y capacidad de sacrificio por la pareja masculina (Recio, Cuadrado, Ramos, 2007). Estos rasgos mantienen una carga afectiva negativa que se revela posteriormente en las relaciones de pareja.

Para González (2011) la preponderancia de rasgos de sexismo benévolo supone ciertas características socioculturalmente consideradas como positivas, que

por lo general son permanentes en el tiempo ya que forman parte de la personalidad del individuo. Efectivamente los adolescentes más que los universitarios, perciben y atribuyen a las mujeres y a los varones rasgos benevolentes estereotipados, lo que dificulta la comprensión de esa carga afectiva negativa generando consecuencias discriminatorias y tendientes a justificar la violencia.

Los roles sexistas tanto benévolos como hostiles fueron de tipo moderado, determinando el papel de la mujer como cuidadora de los hijos y del hogar y al hombre un papel importante en la vida pública y la función de toma de decisiones.

Resultó importante establecer un análisis conjunto entre las categorías del test de CUVINO, en referencia a sentirse atrapado, temeroso o maltratado y los niveles medios de sexismo benévolo, hostil y global, para lo cual se diseñó la siguiente tabla.

Tabla 21. Media y desviación estándar (DS) de sexismo benévolo, hostil y total en relación a las variables sociodemográficas.

Opción	Benévolo	Hostil	Total
Siente temor	4 (0,8)	2,6 (0,8)	3,3 (0,7)
No siente temor	3,9 (0,9)	2,4 (0,8)	3,1 (0,7)
Se siente atrapado	4 (0,8)	2,5 (0,9)	3,1 (0,7)
No se siente atrapado	3,9 (0,9)	2,5 (0,8)	3,1 (0,7)
Se siente maltratado	3,8 (0,9)	2,5 (0,8)	3,2 (0,8)
No se siente maltratado	3,9 (0,8)	2,4 (0,8)	3,1 (0,6)
Total	3,9 (0,9)	2,5 (0,9)	3,1 (0,8)

Se observa que el indicador de sexismo benévolo no varía mucho entre las categorías de victimización, en cambio el sexismo hostil presenta ligeras diferencias, sin ser éstas significativas, de hecho, es importante reconocer que se habla de experiencias de victimización, es decir de ser víctima de la violencia y no de ser el promotor de la violencia, en el cual quizá se hubiera encontrado que el sexismo guarda cierta relación con las categorías de victimización.

8.3 Análisis de los datos del tercer cuestionario sobre hábitos y estilos de vida de adolescentes y jóvenes

A continuación, se exponen los resultados obtenidos de la aplicación del cuestionario sobre hábitos y estilo de vida, el mismo que permitió en primera instancia caracterizar a la muestra de acuerdo a ciertas prácticas sociales interiorizadas en el desarrollo social de adolescentes y jóvenes. Luego del análisis descriptivo general, se ha propuesto un análisis más específico de cuatro prácticas sociales que podrían considerarse como factores de riesgo en atención a las variables sociodemográfica y finalmente se han relacionado estas prácticas o hábitos con las categorías de victimización: atrapado, temeroso, maltratado.

Tabla 22. Acompañante de salida de los encuestados.

Opción	F	%
Con compañeros/as del instituto	337	29,0
Con chicos/chicas de mi barrio	275	23,6
Con mi novia/o	253	21,8
Casi no salgo	105	9,0
Otros:	193	16,6
Total	1163	100,0

Se observó que el 9% casi no sale, la mayoría salen con sus compañeros (29%) o con amigos del barrio (23,6%), el 21,8% lo hace con sus parejas. Es decir, el 91% sale a reuniones con sus amigos. Estos resultados revelan que los adolescentes salen frecuentemente como parte de su proceso de socialización y que son los pares o iguales con quienes pasan más tiempo (colegio o universidad), son los principales acompañantes en cualquier tipo de salida. Estos resultados se asemejan a los obtenidos en el Informe Juventud en España (IJE) (2012), en el que se determinó que el 92,5% sale a reunirse con amigos en su tiempo libre.

Tabla 23. Asistencia a fiestas.

Opción	F	%
No, nunca he ido	215	23,7
Algunas veces (pocas)	607	66,9
Sí, todos los fines de semana	67	7,4
Sí, más de una vez a la semana	18	2,0
Total	907	100,0

El 23,7% no ha ido a fiestas (nunca), el 66,9% lo hace a veces, el 9,4%, lo hace con relativa frecuencia. Estos resultados no concuerdan con el estudio de Herrería (2015) en el que determinó que los estudiantes de bachillerato de colegios de Guayaquil – Ecuador salen a fiestas con relativa frecuencia en el 75% de los casos y solo 10% no había asistido. El 9,4% sale a fiestas con alta frecuencia, lo que podría denotar una gran permisividad de los padres.

Tabla 24. Horario de vuelta a casa.

Opción	F	%
Antes de las 12	429	47,3
Entre las 12 y las 2 de la madrugada	241	26,6
Entre las 2 y las 4 de la madrugada	51	5,6
Entre las 4 y las 6 de la madrugada	14	1,5
Después de las 5 de la madrugada	15	1,7
No responde	157	17,3
Total	907	100,0

El 47,3% indicó que regresa antes de las 12 am, el 26,6% lo hace entre las 12 y las de la madrugada, pasada esta hora (considerada ya como inadecuada) el 8,7%, un 17,3% no respondió a esta pregunta. Es importante advertir que la hora de regreso para la mayoría estaría dentro de los cánones aceptables y sobre todo seguros, dejando entrever que pese a la permisividad de los progenitores para que salgan con frecuencia, hay control en sus hogares de ciertas normas como la hora de llegada. En el IJE, se determinó que los adolescentes entre 14 y 18 años, en un 42% salen de fiesta y llegan antes de las 12 de la noche.

Tabla 25. Consumo de cigarrillos.

Opción	F	%
No, nunca	576	63,5
Alguna que otra vez (un cigarrillo o dos a la semana)	307	33,8
Entre 1 y 5 cigarros al día	10	1,1
Sí, alrededor de medio paquete al día	3	0,3
Sí, un paquete o más al día	1	0,1
No responde	10	1,1
Total	907	100,0

El 63,5% indicó que nunca ha fumado, el 33,8% lo hace ocasionalmente y menos del 3% lo hace con relativa frecuencia. Estos datos reflejan una tendencia similar a la expuesta en un informe de diario El Comercio (2012) en el que se manifiesta que el 20% de los adolescentes ha desarrollado hábitos de consumo de tabaco. Según la OMS, mientras más temprano se empieza a fumar mayor riesgo de adicción; de hecho, tres de cada cinco adolescentes que prueban el tabaco se volverán adictos a la nicotina.

Tabla 26. Consumo de alcohol.

Opción	F	%
No, nunca he probado el alcohol	217	23,9
Sí, alguna que otra vez	593	65,4
Sí, los fines de semana	45	5,0
Sí, varias veces a la semana	17	1,9
No responde	35	3,9
Total	907	100,0

El 23,9% manifestó que no ha consumido alcohol, el 65,4% admitió que una que otra vez, el 5% lo hace los fines de semana, y apenas el 1,9% lo hace varias veces a la semana. De quienes consumen licor cuando salen, el 28,4% consume entre 1 y 2 vasos, el 19,4% lo hace entre 3 y 5 vasos y el 22,2% lo hace en cantidades de 6 o más vasos. Además, se determinó que la cerveza y el vino son las bebidas de

mayor consumo, situación lógica dado que éstas son las bebidas de menor costo y de consumo típico en fiestas de adolescentes- Adicionalmente los datos reflejan una tasa de consumo similar a la expuesta en otros estudios que bordean el 70% (INEC, 2012) (OPS, 2014).

Tabla 27. Consumo de marihuana (porros).

Opción	F	%
No, nunca lo he probado	685	75,5
Sí, alguna vez	185	20,4
Sí, los fines de semana (1 o 2 porros)	9	1,0
Sí, varias veces a la semana (más de 3 a la semana)	6	0,7
Sí, todos los días	9	1,0
No responde	13	1,4
Total	907	100,0

El 75,5% indicó que no había consumido este tipo de sustancias, el 20,4% lo ha hecho alguna vez, y menos del 3% lo hace con relativa frecuencia. Estos resultados se asemejan a los reportados por Observatorio Internacional (2016) que en una muestra de 400 estudiantes de entre 12 y 17 años determinó que el 29% había consumido drogas (marihuana especialmente) alguna vez. Paradójicamente los planteles educativos han sido el principal escenario de venta de drogas a los adolescentes (Velasco, Margarita, 2016).

Tabla 28. Actividades desarrolladas para divertirse.

Opción	F	%
Leer	57	6,3
Ir al cine	196	21,6
Hacer deporte	223	24,6
Otras cosas	182	20,1
No responde	249	27,5
Total	907	100,0

Dentro de las actividades desarrolladas por adolescentes y jóvenes, hacer deporte fue la más seleccionada, con el 24,6%, seguida por el salir al cine con el 21,6%, la lectura fue la de menos incidencia con apenas el 6,3%. Se determinaron muy bajos porcentajes de consumo cultural y de actividades de esparcimiento y recreación favorables para estilos de vida sanos, tal como se reportan en otros estudios (Hernández y Contreras, 2015), aunque dichos porcentajes son más bajos que los reportados en el informe de juventud española (2012), en el que se manifiesta que el 69% se dedica a la lectura, 72,4% va al cine, y 79,7% va al cine.

Tabla 29. Hábitos de riesgo en relación a las variables sociodemográficas.

	Salir de fiesta		Consumir cigarrillos		Consumir alcohol		Consumir marihuana	
Opción	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Hombre (351)	298 (84,9)	53 (15,1)	224 (63,8)	127 (36,2)	342 (97,4)	9 (2,6)	117 (33,3)	234 (66,7)
Mujer (556)	394 (70,9)	162 (29,1)	107 (19,2)	449 (80,8)	348 (62,6)	208 (37,4)	105 (18,9)	451 (81,1)
Bachillerato Público (389)	319 (82)	70 (18)	78 (20,1)	311 (79,9)	221 (56,8)	168 (43,2)	44 (11,3)	345 (88,7)
Bachillerato Privado (197)	95 (48,2)	102 (51,8)	88 (44,7)	109 (55,3)	169 (85,8)	28 (14,2)	34 (17,3)	163 (82,7)
Universidad (321)	278 (86,6)	43 (13,4)	165 (51,4)	156 (48,6)	300 (93,5)	21 (6,5)	144 (44,9)	177 (55,1)
Bajo (163)	114 (69,9)	49 (30,1)	63 (38,7)	100 (61,3)	134 (82,2)	29 (17,8)	56 (34,4)	107 (65,6)
Medio Bajo (303)	242 (79,9)	61 (20,1)	103 (34)	200 (66)	226 (74,6)	77 (25,4)	60 (19,8)	243 (80,2)
Medio (399)	297 (74,4)	102 (25,6)	134 (33,6)	265 (66,4)	298 (74,7)	101 (25,3)	84 (21,1)	315 (78,9)
Medio Alto (42)	39 (92,9)	3 (7,1)	31 (73,8)	11 (26,2)	32 (76,2)	10 (23,8)	22 (52,4)	20 (47,6)
Total (907)	692 (76,3)	215 (23,7)	331 (36,5)	576 (63,5)	690 (76,1)	217 (23,9)	222 (24,5)	685 (75,5)

En el cuadro anterior, se observa que los hábitos inadecuados son más frecuentes en los hombres que en las mujeres, siendo más acentuada la tasa de consumo de cigarrillos y alcohol, en los que se encontró diferencia significativa (o relación de dependencia) ($p < 0,05$), en tanto que el consumo de marihuana si bien fue mayor por los hombres, no se relacionó con el sexo. La de menor brecha, fue la opción de salir a fiestas ($p = 0,12$). Al respecto Guzmán, Esparza, Alcántara, Escobedo, y Hernández (2009) afirma que el consumo de alcohol y drogas es mayor en los hombres, lo cual está relacionado con patrones culturales tan como la

condescendencia otorgada por la sociedad. Sin embargo, en los últimos años esta tendencia varía porque tanto hombre como mujeres consumen de manera igualitaria.

Respecto al grupo (nivel de estudios), se determinó que los universitarios son más proclives a tener hábitos inadecuados, y dentro del bachillerato, el privado tiende a desarrollar hábitos negativos, versus los del público, especialmente porque salen más. Se observa un deterioro transitorio del estilo de vida, que puede explicarse desde la necesidad de buscar experiencias nuevas para ganarse la aceptación y respeto de los iguales. Como señala Andino (1999) fumar, beber, consumir drogas forman parte de los retos a los que se enfrentan los adolescentes por la mera condición de serlo. El modelo de adolescencia prolongada, que brinda la sociedad actual, contribuye a mantener estos comportamientos hasta bien entrada la juventud (y con mayor frecuencia) en muchos casos (Castillo, 1999).

En relación al nivel socioeconómico, se observó que el consumo de cigarrillo y de marihuana es más alto en los niveles altos que en los bajos, y que el consumo tanto de alcohol, como el hecho de salir a fiestas es bastante similar en los grupos, estos resultados puede explicarse desde la tendencia del consumo, como se manifiesta en el IJE (2012), cuando existe mayor disposición de dinero, se puede ver incrementado el consumo de ciertas sustancias que quienes no cuentan con dinero no podrían adquirirla.

Tabla 30. Relación de los hábitos y estilos de vida poco saludable con la experimentación de situaciones de victimización.

Hábito	Opción	Temor		Atrapado		Maltrato	
		Sí	No	Sí	No	Sí	No
Salida con	Compañeros	90 (16,4)	459 (83,6)	136 (24,8)	413 (75,2)	71 (12,9)	478 (87,1)
	Novio/a	86 (34)	167 (66)	66 (26,1)	187 (73,9)	75 (29,6)	178 (70,4)
	No salgo	24 (22,9)	81 (77,1)	40 (38,1)	65 (61,9)	21 (20)	84 (80)
Ir de farra	No	46 (21,4)	169 (78,6)	61 (28,4)	154 (71,6)	36 (16,7)	179 (83,3)
	Sí	154 (22,3)	538 (77,7)	181 (26,2)	511 (73,8)	131 (18,9)	561 (81,1)
Consumir cigarrillo	No	114 (19,8)	462 (80,2)	133 (23,1)	443 (76,9)	93 (16,1)	483 (83,9)
	Sí	86 (26)	245 (74)	109 (32,9)	222 (67,1)	74 (22,4)	257 (77,6)
Consumir alcohol	No	40 (18,4)	177 (81,6)	34 (15,7)	183 (84,3)	29 (13,4)	188 (86,6)
	Sí	160 (23,2)	530 (76,8)	208 (30,1)	482 (69,9)	138 (20)	552 (80)
Consumir marihuana	No	145 (21,2)	540 (78,8)	173 (25,3)	512 (74,7)	122 (17,8)	563 (82,2)
	Sí	55 (24,8)	167 (75,2)	69 (31,1)	153 (68,9)	45 (20,3)	177 (79,7)
Total		200 (22,1)	707 (77,9)	242 (26,7)	665 (73,3)	167 (18,4)	740 (81,6)

En el cruce de las variables se determinó que quienes salen solo con sus parejas están más expuestos a situaciones de victimización (temor y maltrato), no así al atrapamiento siendo más frecuente en quienes no salían, esta situación puede explicarse, infiriendo que los encuestados no salen, por situaciones de desajuste emocional con sus parejas (celos o coerción, por ejemplo). Estas relaciones se valoraron como de dependencia de acuerdo a chi cuadrado ($p > 0,05$). Se observa en cambio que quienes salen con amigos o compañeros, presentan menores índices de victimización, precisamente porque su proceso de socialización es más rico, no se genera una dependencia emocional.

Salir o no de fiesta no presentó relación de dependencia con las situaciones de victimización de acuerdo a la prueba de chi cuadrado ($p > 0,05$).

De estas relaciones de dependencia la marihuana no fue estadísticamente significativa ($p > 0,05$), no así el alcohol y el cigarrillo. Sin embargo, el consumo de cigarrillo, alcohol y marihuana aumentan las probabilidades de experimentar situaciones de victimización, especialmente en lo que se refiere a atrapamiento, podríamos hablar de una dependencia mutua: ante el hecho de sentirse atrapado en la relación, se aumenta la probabilidad de caer en algún vicio como el cigarrillo, el

alcohol o la marihuana y así mismo, quienes consumen estas sustancias están más expuestos a sufrir de violencia en la relación.

CAPÍTULO IX

CONCLUSIONES

Las principales conclusiones extraídas del presente trabajo de investigación, se han planteado en relación con los objetivos e hipótesis enunciadas. Por lo tanto, en la primera parte se expondrán las conclusiones en relación a la consecución de los objetivos propuestos.

9.1 Conclusiones referidas a los objetivos

Los resultados obtenidos de la investigación de campo permiten enunciar las siguientes conclusiones:

1. En forma general se observó mayor malestar por las acciones violentas que por la frecuencia de estas. La acción de mayor frecuencia fue la de retener para que no se vaya, situación muy común entre los jóvenes, porque lamentablemente la ven como algo normal, sin darse cuenta que es una forma de violencia, la cual de perdurar puede terminar en una agresión de mayor proporción.
 - 1.1. Al analizar el grado de molestia las acciones más puntuadas fueron: ignorar sentimientos, manipular con mentiras, insultar delante de amigos, dejar de hablarle, acciones relacionadas con la violencia psicológica y el dominio emocional. Otras experiencias de victimización causantes de molestia en los jóvenes, se relacionan con acciones de violencia física: ser abofeteado, molestar - empujar, estropear objetos muy queridos por la pareja, lanzamiento de objetos contundentes, o herido con algún objeto.
 - 1.2. Respecto a la prevalencia de experiencias de victimización sufridas en relaciones de pareja, se determinó que el 18,7% de los investigados afirma haber sufrido algún tipo de maltrato, el 22,1% en su relación

siente miedo de su pareja y el 26,7% se siente atrapado en su relación. El 7,7% afirmó sentirse maltratado, con miedo y atrapado en la relación, este nivel de victimización es muy riesgoso porque el adolescente tiende a sentir que ya no hay solución, y seguirá sufriendo acciones de violencia, cada vez tendrá menor probabilidad de buscar apoyo o denunciar a su pareja.

- 1.3. Al investigar la variabilidad en las experiencias de victimización derivada de la influencia de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico, se determinó que las mujeres se victimizan más que los hombres; en las tres dimensiones: maltrato, miedo y atrapamiento.
- 1.4. El maltrato fue más evidente en el grupo de jóvenes (universitarios) que en el de adolescentes (bachillerato), aunque en las otras experiencias de victimización (miedo” o “sentirse atrapado”), las proporciones fueron similares.
- 1.5. No se halló relación de dependencia de la experimentación de maltrato, miedo o atrapamiento en relación al nivel socioeconómico en que se desenvuelve.
- 1.6. Se analizó el rol (prevalencia) de espectador de violencia, determinándose que el 34,4% conocía de casos de violencia sufridos en el noviazgo de alguien cercano, esta tasa prácticamente duplica el valor reportado como experimentación de violencia, lo cual permite inferir que en muchos casos no se reporta, no se acepta o no se da cuenta de la vivencia de violencia en las relaciones. También, el 58,2% afirmó que si es posible la existencia de violencia en el noviazgo.
- 1.7. De acuerdo al cuestionario CUVINO se determinó que los ítems referidos a violencia psicológica o emocional son los más frecuentes

y ocasionan mayor malestar, la violencia física y sexual no presentaron valores altos de victimización.

- 1.8. Estimando el valor medio de las puntuaciones para los ocho factores o dimensiones de la violencia, se determinó que en casi todas las dimensiones el valor medio fue mayor para los hombres que para las mujeres. Las dimensiones de mayor frecuencia tanto para hombres como para mujeres es el desapego y la coerción correspondientes al ámbito emocional.
- 1.9. Respecto al nivel de estudios también se registraron diferencias significativas en el valor medio de las dimensiones de desapego, sexual, coerción, instrumental y violencia, siendo de mayor frecuencia para el grupo de universitarios, quienes parecen identificar mejor los signos de la violencia en el noviazgo.
- 1.10. En función al nivel socioeconómico se identificaron diferencias significativas para las dimensiones de violencia física, castigo e instrumental, siendo mayores las puntuaciones para la clase media.
- 1.11. Tanto para hombres cuanto para mujeres las dimensiones que puntuaron valores más altos en relación al nivel de malestar, fueron la violencia física y la humillación. Se concluyó además que las dimensiones consideradas dentro de lo emocional, como el desapego, la humillación y coerción, presentan amplias diferencias entre mujeres y hombres, siendo mayor para las mujeres.
- 1.12. En el grupo de universitarios, las dimensiones o factores se puntuaron más altos que los de bachillerato en todas las dimensiones, en especial en las psicológicas y emocionales.
- 1.13. En atención al nivel socioeconómico también se hallaron diferencias significativas en todas las dimensiones, siendo de mayor molestia para el grupo de clase media.

- 1.14. En forma general se observó que, en el grupo de estudiantes universitarias de clase media, el desapego y la coerción fueron las más frecuentes, en tanto que la violencia física, humillación y desapego se constituyeron en las dimensiones de mayor molestia.
- 1.15. Por otro lado, y gracias a la aplicación al cuestionario de sexismo, se logró examinar la percepción que los jóvenes adolescentes tienen del rol sobre la mujer, determinándose valores de sexismo benévolo bastante altos (algo de acuerdo), y de sexismo hostil un poco menor (categoría de algo en desacuerdo).
- 1.16. La valoración del rol de la mujer fue percibido por la mayoría de investigados como benévolo, de hecho el 10,7 se refieren al sexismo benévolo, y lo asocia con características como: “Las mujeres son insustituibles en el hogar”, “Las mujeres poseen por naturaleza una sensibilidad superior a la de los hombres” , “Las mujeres son, por naturaleza, más pacientes y tolerantes que los hombres”, “Por su mayor sensibilidad, las mujeres son más compasivas que los hombres hacia su pareja”, “Nadie como las mujeres sabe criar a sus hijos”, “Para un hombre una mujer frágil tiene un encanto especial”, “El afecto y el cariño son más importantes para las mujeres que para los hombres”, “Las mujeres están mejor dotadas que los hombres para complacer a los demás (estar atentas a lo que quieren y necesitan)”.
- 1.17. Entre los indicadores de sexismo hostil se identificaron estos tres reactivos como los más críticos: “Un hombre debe dirigir con cariño, pero con firmeza, a su mujer” y “Las mujeres tienen mayor capacidad para perdonar los defectos de su pareja que los hombres”, “El lugar más adecuado para la mujer es su casa con su familia.”
- 1.18. En forma general los valores medios como indicativos de sexismo fueron mayores para los hombres que para las mujeres, tanto para sexismo benévolo como hostil.

- 1.19. En cuanto al nivel de estudios, para el bachillerato de la institución educativa pública se estimó un valor medio más alto tanto para el sexismo benévolo como para el hostil, seguido del reportado por el bachillerato privado y con claras diferencias respecto a la percepción de los universitarios. Además, se identificó una importante relación con el nivel socioeconómico, siendo los valores medios más altos de sexismo benévolo por encima del hostil para los grupos de menor nivel socioeconómico.
- 1.20. En suma, puede decirse que la percepción que tienen los investigados del rol de la mujer está contextualizado por un sexismo benévolo, el cual no difiere en relación al sexo, es decir tanto hombres como mujeres aceptan ciertos roles, actitudes y características de la mujer, este sexismo benévolo tiende a estar más bien influenciado por el nivel de estudios y el nivel socioeconómico, así los universitarios no muestran acuerdo con estereotipos de género en comparación a quienes cursan el bachillerato, esto sin duda se relaciona con el hecho de que con el acceso a la educación y una mayor preparación se logran romper ciertos estereotipos arraigados en la sociedad.
2. Respecto al objetivo de estudio la variabilidad de la percepción que los jóvenes y adolescentes tienen sobre el rol de la mujer en función de las experiencias de victimización sufridas, se concluyó que:
- 2.1. Al analizar los datos del segundo cuestionario de detección del sexismo (DSA) se observa que tres de cada cinco ítems de mayor puntaje se relacionan con la atribución de tareas domésticas a las mujeres (ejemplo: lugar más adecuado para la mujer es la casa, con su familia – sexismo hostil) y uno de cada cinco ítems con la legitimación de la autoridad masculina (ejemplo: el hombre debe dirigir con cariño, pero con firmeza, a su mujer – sexismo hostil). Tendencia que indica estereotipos de género propios de la sociedad ecuatoriana; los mismos

que pueden ser una fuente explicativa de la violencia en la pareja de novios adolescentes, jóvenes y adultos en general.

2.2 La percepción de los investigados sobre el rol de la mujer está contextualizada por un sexismo benévolo, el cual no difiere en relación al sexo. Este tipo de sexismo tiende a estar más bien influenciado por el nivel de estudios y el nivel socioeconómico, así los universitarios no muestran acuerdo con estereotipos de género en comparación a quienes cursan el bachillerato (especialmente con quienes cursan el bachillerato público). Al parecer con el acceso a la educación se logran romper ciertos estereotipos arraigados en la sociedad. El nivel socioeconómico también influyó en los niveles de detección de sexismo, determinándose que, a menor nivel económico, mayor aceptación de estereotipos sexistas (aunque sean benévolos), estableciéndose diferencias significativas, tanto para el sexismo hostil como el benévolo en favor de las clases bajas.

2.3 El sexismo el benévolo no varía mucho entre las categorías de victimización (tener o no miedo, sentirse o no atrapado, y reportar o no el haber sido maltratado), mientras que el sexismo hostil presentaba ligeras diferencias, sin que éstas lleguen a ser significativas, pero que fueron mayores para quienes experimentaban alguna forma de victimización.

3 Al analizar la influencia de la adopción de hábitos y estilos de vida poco saludables en la experimentación de situaciones de victimización en relaciones de pareja entre jóvenes adolescentes, se determinó que:

3.1 En el grupo la conducta (no deseable) más frecuente, fue la de salir con iguales, determinada por el 9 cada 10 investigados, además 3 de cada 4 adolescentes o jóvenes afirman salir a fiestas y regresar a casa pasado las 12 de la noche, 1 de cada 3 encuestados ha consumido cigarrillos

(al menos una vez) y 1 de cada 100 lo hace en una forma muy amplia. De igual forma 3 de cada 4 encuestados, consume o ha consumido alcohol, siendo lo más frecuente que lo hagan en fiestas, y que la bebida de mayor consumo sea cerveza en una proporción de al menos 2 vasos. Finalmente, el hábito de consumir marihuana fue declarado por 1 de cada 4 adolescentes, la mayoría de ellos, 1 de cada 5 lo hace o lo ha hecho alguna vez.

3.2 Al intentar detectar posibles diferencias en la adopción de hábitos y estilos de vida motivadas por la influencia de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico, se concluyó que dichos hábitos inadecuados son más frecuentes en los hombres que en las mujeres, siendo más acentuada la tasa de consumo de cigarrillos, y la de menor brecha la de salir a fiestas.

3.3 Respecto al nivel de estudios se determinó que los universitarios, desarrollan en mayor proporción hábitos inadecuados, y dentro del bachillerato, el privado tiende a desarrollar hábitos negativos versus los del público, especialmente porque salen más.

3.4 En relación al nivel económico, se observó que el consumo de cigarrillo y de marihuana es más alto en los niveles socio económicos de mayor ingreso, y que el consumo tanto de alcohol, como el hecho de salir a fiestas es bastante similar en los grupos.

4 No se determinaron posibles relaciones entre la percepción del rol de la mujer (benévolo y hostil), los hábitos y estilo de vida, pero si en relación a la experimentación de situaciones de victimización, de hecho quienes salen solo con sus parejas están más expuestos a situaciones de victimización (temor y maltrato), no así al atrapamiento más frecuente en quienes no salían, lo cual puede explicarse, infiriendo que los encuestados no salen, por situaciones de desajuste emocional con sus parejas (celos o coerción por ejemplo).

- 4.1 Se observó además que quienes salen con amigos o compañeros, presentan menores índices de victimización, precisamente porque su proceso de socialización es más rico, no se genera una dependencia emocional.
- 4.2 Salir o no de fiesta no presentó relación de dependencia con las situaciones de victimización, mientras que el consumo de cigarrillo, alcohol y marihuana aumentan las probabilidades de experimentar situaciones de victimización, especialmente.
- 4.3 En lo referente a atrapamiento, se podría decir que, ante el hecho de sentirse atrapado en la relación, se aumenta la probabilidad de caer en algún vicio como el cigarrillo, el alcohol o la marihuana y así mismo, quienes consumen estas sustancias están más expuestos a sufrir de violencia en la relación de pareja.

9.2 Conclusiones referidas a las hipótesis

En esta segunda sección, se presentan las conclusiones en atención a las hipótesis de trabajo, decidiendo la aceptación o rechazo de la hipótesis, a partir de la significancia obtenida la estadística inferencial.

Hipótesis 1: Las experiencias de victimización más comunes corresponden a las de carácter emocional y suelen darse más en las mujeres que cursan el bachillerato y de estrato socioeconómico bajo.

En primer lugar, de acuerdo a los resultados obtenidos se evidenció que las experiencias de victimización de mayor frecuencia fueron efectivamente las referidas al ámbito emocional (especialmente desapego y coerción), no obstante este nivel de victimización fue similar para hombres y para mujeres, tampoco dependió en forma significativa del estrato socio económico, pero si guardó relación con el nivel de estudios, presentándose con mayor frecuencia en estudiantes de la universidad que de bachillerato.

En términos de la molestia generada en los encuestados, se determinó que de igual forma las dimensiones emocionales causaron mayor molestia que las físicas o incluso las sexuales, siendo el nivel de molestia mayor para las mujeres que para los hombres, así como también fue mayor para las estudiantes universitarias que para las de bachillerato, y se acentuaba más la molestia en estratos altos que en bajos.

Por lo que se puede decir que la hipótesis planteada fue demostrada parcialmente.

Hipótesis 2: Las experiencias de victimización varían significativamente en función del rol desempeñado (maltratado, atrapado, temeroso).

Dado que se logró establecer un análisis en función del rol desempeñado en el proceso de victimización y el valor medio de la frecuencia y molestia de acciones concretas de violencia. Así, las dimensiones presentaron un mayor valor medio para el grupo que se siente temeroso, atrapado y principalmente maltratado. Particularmente, quienes afirman sentirse temerosos, presentaron una frecuencia media de violencia general de 1,46, en tanto que quienes no se sentían temerosos presentaron un valor medio de 1,26, las dimensiones de mayor diferencia entre los grupos fueron el desapego y la coerción, es decir el temor se relaciona especialmente con lo emocional. Quienes manifestaron sentirse atrapados en la relación presentaron un índice de violencia de 1,51, versus el 1,23 estimado por quienes no se sienten atrapados. Finalmente, se determinó que quienes se sentían maltratados presentaban una media de 1,56 y quienes no se sentían maltratados, una media de 1,26.

Hipótesis 3: El perfil de víctima que predomina en las relaciones de parejas de novios adolescentes y jóvenes es el de mujer maltratada, del nivel educativo de bachillerato y estatus socioeconómico medio y bajo.

Como se observaron en los resultados de los valores medios de las distintas dimensiones de violencia, así como del índice general de violencia, los valores más

altos (tanto para frecuencia como para molestia) salieron de la categoría “sentirse maltratado”, en relación al género no se notaron diferencias en la frecuencia, pero si en la molestia. Considerando el nivel de estudios, la violencia indicada fue mayor en universitarios, además, tampoco se distinguió una tendencia clara en relación al grupo socio-económico. En síntesis, el grupo más vulnerable fueron las mujeres universitarias de estrato medio que comentaron “haberse sentido maltratadas”

Hipótesis 4: Existe mayor porcentaje de mujeres, de nivel educativo de bachillerato y estatus socioeconómico medio y bajo que ejercen el rol de espectador.

Es importante señalar que se halló una disonancia entre los niveles de afirmación de haber sido víctimas de violencia y el ser espectadores (valor ostensiblemente más alto), efectivamente mientras solo el 18,4% afirmó haber sido víctima del maltrato, el 39,4% aseveró en cambio haberlo presenciado en algún amigo o familiar cercano. Específicamente las mujeres afirmaron en mayor porcentaje conocer algún caso de violencia de pareja (43,5% vs. 32,8%), en relación al nivel de estudios, la tasa más alta estuvo en el nivel de universidad, y respecto al nivel socio económico, la respuesta afirmativa se dio en mayor extensión en encuestados de estratos socio económicos más altos, con lo que la hipótesis no puede confirmarse del todo.

Hipótesis 5: La percepción de molestia es mayor en los tipos de maltrato de carácter emocional (humillación, coerción, castigo emocional) que en las restantes tipologías.

Como se manifestó anteriormente, tanto la frecuencia como el nivel de molestia fue más alto para las dimensiones emocionales, especialmente el desapego y la coerción.

Hipótesis 6: La percepción de molestia es mayor en los hombres que en las mujeres, del nivel socioeducativo universitario y del estatus socioeconómico medio y alto.

La percepción social de molestia por acciones de violencia en la pareja, fue mayor para las mujeres que para los hombres (3,59 vs, 2,44), también fue mayor para el grupo de universitarios que para el de bachilleres (3,51, vs 2,98), así como ligeramente más alto en los niveles medio y medio alto, en comparación con el alto o el bajo, aunque sin que existan diferencias significativas). Frente a esta evidencia, podría decirse que el malestar es más alto en mujeres universitarias de clase media.

Hipótesis 7: La percepción más benévola del rol de la mujer se encuentra en jóvenes de género masculino, del nivel educativo universitarios, estrato socioeconómico medio y alto.

El sexismo benévolo presentó un valor medio cercano a un puntaje de 4, similar entre hombres y mujeres, ligeramente inferior en universitarios que, en bachilleres, y de mayor valor para estratos bajos que altos, aunque estadísticamente no se encontraron diferencias significativas entre los grupos.

Hipótesis 8: Los jóvenes adolescentes que desempeñan el rol de atrapado en las situaciones de violencia experimentadas tienen una percepción más hostil del rol de la mujer que quienes han sido maltratados o se sienten temerosos en sus relaciones de pareja.

No se hallaron diferencias significativas entre los distintos roles de victimización y el puntaje medio de sexismo hostil, por lo que no podría concluirse que los jóvenes adolescentes que desempeñan el rol de atrapado en las situaciones de violencia experimentadas tienen una percepción más hostil del rol de la mujer que quienes han sido maltratados o se sienten temerosos en sus relaciones de pareja.

Hipótesis 9: Los jóvenes adolescentes ecuatorianos suelen adoptar un estilo de vida poco saludable en donde predomina la ingesta de alcohol y sustancias psicotrópicas.

En atención a los resultados del cuestionario sobre hábitos, se determinó que casi el 75% sale a fiestas, aunque la mitad de ellos llega a una hora prudente

(antes de las 00h00) y el 25% ha consumido, aunque sea una vez alguna sustancia psicotrópica como la marihuana, estos porcentajes determinan que si existe un estilo de vida poco saludable en nuestra juventud.

Hipótesis 10: Los hábitos y estilos de vida de los adolescentes y los jóvenes varían en función de las variables género, nivel educativo y estatus socioeconómico.

Los hábitos poco saludables fueron más frecuentes en los hombres que en las mujeres, especialmente en el consumo de cigarrillos y alcohol, además se observó que hábitos como el de consumo de alcohol, cigarrillo y marihuana fueron más altos en estudiantes universitarios que en bachilleres. El consumo de alcohol fue similar en atención al estrato socioeconómico, en cambio el consumo de cigarrillo y marihuana fue de mayores proporciones en las clases sociales altas.

Hipótesis 11: Existe una relación de dependencia entre los estilos de vida poco saludables y la experimentación de situaciones de victimización en las relaciones de parejas entre adolescentes y jóvenes.

El consumo de cigarrillo, alcohol y marihuana aumentan las probabilidades de experimentar situaciones de victimización, especialmente en lo que se refiere a atrapamiento, definiendo una dependencia mutua: ante el hecho de sentirse atrapado en la relación, se aumenta la probabilidad de caer en algún vicio como el cigarrillo, el alcohol o la marihuana y así mismo, quienes consumen estas sustancias están más expuestos a sufrir de violencia en la relación. De estas relaciones de dependencia la marihuana no fue estadísticamente significativa ($p > 0,05$), no así el alcohol y el cigarrillo.

Salir o no de fiesta no presentó relación de dependencia con las situaciones de victimización de acuerdo a la prueba de chi cuadrado ($p > 0,05$).

9.3 Discusión de resultados

En Ecuador, el Código Orgánico Integral Penal (COIP) tipifica tres formas de violencia: física, psicológica y sexual Ibarra (2014), sin embargo, en el trabajo se examina ocho factores o formas de violencia. Estudios realizados en Ecuador, como los efectuados por Avilés y Parra (2015) exponen que “no se cuenta con datos específicos referentes a la violencia en el noviazgo” (p. 15). La violencia a edades más tempranas es poco abordada, pese a que hay evidencias de su presencia, con más reiteración de lo deseable, en parejas de novios adolescentes y jóvenes. La información estadística emitida por el Consejo de la Judicatura de las causas de violencia física y psicológica cometidas por adolescentes a partir del 10 de agosto de 2014 denota una tendencia anual al alza. Este tipo de investigación relacionada con las agresiones en el noviazgo es todavía incipiente tal como lo manifiesta (Corral, 2009) por lo cual es importante abordarla para evitar la generación de un problema social complejo en las relaciones interpersonales afectivas presentes y futuras.

Los datos obtenidos tanto en adolescentes como en jóvenes, muestran una elevada prevalencia de experiencias de violencia relacionadas con la coerción, desapego y castigo emocional; pertenecientes al tipo de violencia psicológica (Tabla 11). Estas experiencias de violencia prevalecen sobre las físicas e instrumentales cuyos valores son más bajos. Estudios similares realizados en México, como el de Cortés, Flores, Bringas, Rodríguez, López & Rodríguez (2015) afirman que en “los jóvenes universitarios las conductas más repetitivas son el desapego y coerción” (p. 6). Como se puede ver la diferencia con los resultados de Ecuador radica en que la prevalencia de violencia en primer lugar corresponde a coerción (pone a prueba tu amor con trampas, habla sobre relaciones que imagina que tienes, te ha retenido, no puedes discutir porque está enfadado); luego al desapego (llega tarde, no cumple lo prometido, no reconoce su responsabilidad sobre la relación, impone reglas según su convivencia, ignora tus sentimientos), seguidas de género y humillación.

Algo similar ocurre con los resultados reportados en el estudio de Rodríguez, López, Cepero, Rodríguez, Bringas, Antuña & Estrada (2010, p. 50) “en las muestras española y latinoamericana (México y Argentina) con medias ponderadas elevadas para desapego y coerción, género y castigo emocional, en tanto que el físico e instrumental son más bajos”; tal como se evidenció en los adolescentes y jóvenes encuestados en Quito-Ecuador. Estos resultados denotan que las formas de violencia identificadas son similares entre las poblaciones analizadas.

Al examinar los resultados de victimización se encontraron diferencias significativas entre mujeres y hombres para la proporción de percepción de las experiencias de violencia. De hecho, los resultados de la prueba de t de student entre mujeres y hombres para cada forma de violencia demuestran una diferencia estadística significativa de violencia en los hombres antes que en las mujeres. En todas estas experiencias es mayor la prevalencia en los hombres; ellos perciben o están más conscientes de las formas de violencia que pueden suscitarse en las parejas de novios. Estudios preliminares indican que experimentar conductas violentas no siempre llevan al receptor a identificarse como víctima (López, Rodríguez, Bringas, Paino, & Rodríguez, 2015).

En el caso de las mujeres, se tiende a justificar las conductas violentas ocasionadas por los hombres e incluso a la idealización del amor romántico, situación tradicionalmente difundida a través de los medios de comunicación, la literatura, el cine, entre otros. En muchos casos han llegado a naturalizar ciertas conductas violentas expresadas en las relaciones, determinándolas como comunes y normales. Al respecto Hamby y Gray-Little (2000) expresan que las mujeres son evasivas al considerarse como víctimas de abuso por parte de sus parejas. Además, la autoconciencia de víctima lleva a que no se haga uso de los servicios de atención a víctimas, lo que puede originar la perpetuación de la situación de violencia (López, Rodríguez, Rodríguez, y Paino, 2015).

No se encontraron evidencias estadísticas significativas como para afirmar que hubo diferencias entre los niveles de estudio para cada una de las experiencias

de violencia vividas. Sin embargo, para las variables desapego y coerción se diferencia la apreciación de los estudiantes de 2° de Bachillerato con 3^{er} nivel Universitario, siendo la percepción de violencia más alta a nivel universitario (Tabla 8). Al respecto, el análisis de resultados de la Encuesta Nacional sobre relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres realizado en Ecuador demuestra que la menor incidencia de violencia se registra en las mujeres que presentan mayor escolaridad, lo cual permite el desarrollo de procesos de autonomía y empoderamiento, características persuasivas ante los comportamientos agresivos de las parejas. De igual manera los hombres con mayor escolaridad recurren menos a la violencia como un medio para resolver problemas en la pareja (Camacho, 2014, p. 53)

Comparando las medias alcanzadas por los estudiantes en España, México y Argentina; se muestra las medias más altas de percepción de violencia, molestia, en hombres y mujeres de España, seguida de Argentina y México en donde existe mayor tolerancia a las formas de violencia. Además, las diferencias entre niveles de estudio obtuvieron una significación de $p < ,05$ o menor en todos los casos, reafirmando la mayor percepción de formas de violencia y menor tolerancia frente a ellas en el nivel educativo más alto, universitarios (p. 325).

En este estudio el porcentaje promedio de percepción de los encuestados para la **Coerción** (Tabla 11) es mayor en los estudiantes hombres de tercer nivel universitario, nivel socioeconómico medio alto; seguido por las estudiantes mujeres, de segundo nivel universitario, nivel socioeconómico medio (1,61). Algo similar ocurre con el **Desapego** (Tabla 11) es mayor en hombres de tercer nivel universitario, nivel socioeconómico medio (1,58); luego, los hombres de cuarto nivel universitario, nivel socioeconómico medio alto (1,52). El porcentaje promedio de percepción para la forma de violencia **Castigo emocional** (Tabla 11) (manifestaciones de enfado fingidas por la pareja), es mayor en los estudiantes hombres de tercer nivel universitario, nivel socioeconómico medio alto (1,35). Al parecen en Ecuador ellos identifican mejor los signos de violencia en el noviazgo a

diferencia de las mujeres, quienes en sus respuestas no lo manifiestan. En otros estudios se encuentran resultados contradictorios, así Cepero (2011, p. 308) afirma que desde el punto de vista descriptivo las puntuaciones alcanzadas fueron superiores en las mujeres españolas y argentinas, quienes manifiestan mayor percepción de las formas de violencia. De igual manera Díaz y Carvajal (2011) observó en la población de adolescentes de la comunidad de Madrid que eran las mujeres quienes rechazaban el uso de la violencia en cualquier circunstancia y muchos más los hombres que lo justificaban.

Al analizar este estudio los promedios de porcentaje de percepción de las experiencias de violencia para cada uno de los niveles socioeconómicos no se observan evidencias estadísticas suficientes para afirmar que hubo relación significativa entre los niveles socioeconómicos y las experiencias de violencia. No obstante, en la forma instrumental se diferencia la percepción de los estudiantes de nivel socioeconómico bajo del medio bajo. Al respecto Hird (2000), manifiesta que “el estatus socioeconómico bajo es el único factor concluyente que intensifica el riesgo de demostrar conductas agresivas” (p. 23, 69-78). Además, los adolescentes originarios de una clase trabajadora admiten más agresiones físicas que los de otras clases o niveles. Del mismo modo, los adolescentes de niveles socioeconómicos bajos denotaban mayor agresión con su pareja y compañeros. Archer y Graham (2003).

El sexismo benévolo registra mayor puntuación (10,8) que el hostil (Tabla 18) aquí se ponen de manifiesto expresiones relacionadas con los rasgos (atributo o cualidad estereotipadas) de hombres y mujeres. Así, por ejemplo: “Las mujeres son, por naturaleza, más pacientes y tolerantes que los hombres” (4,3), “Las mujeres poseen por naturaleza una sensibilidad superior a la de los hombres” (4,3), “Las mujeres poseen por naturaleza una sensibilidad superior a la de los hombres” (4,3), entre otras. En cuanto a los roles (funciones estereotipadas) seleccionan ideas como: “Los hombres deben tomar las decisiones más importantes en la vida de la pareja”, “Un hombre debe dirigir con cariño, pero con firmeza, a su mujer”, entre otras. El sexismo benévolo se ha convertido en una forma encubierta y sutil, la cual pasa

aparentemente inadvertida, sin embargo, es el manifiesto de un tratamiento desigual hacia las mujeres. Sobre este tema Glick y Fiske (1997) expresan que el sexismo es una construcción social que involucra tanto el sexismo hostil y benévolo; pero los dos permiten mantener el patriarcado.

Los roles manifiestos en la percepción del sexismo (DSA) determinan que las tareas domésticas, la crianza y el cuidado de los hijos y el hogar se atribuyen a las mujeres; manteniendo así la distribución tradicional de los roles. En cambio, la capacidad para lo público, la generación de recursos, actitudes paternalistas ejercidas desde la dominación o protección legitiman la autoridad masculina. Esta tendencia indica estereotipos de género enraizados en la sociedad ecuatoriana y la cual puede ser el origen de la violencia en pareja. Las investigaciones de otros autores corroboran de alguna manera lo expuesto, así Expósito, Moya y Glick (1998) expresan que los estereotipos presentes en el entorno socio-cultural en el cual los modelos a seguir revelan roles impuestos desde temprana edad benefician las diferencias y asignan valores a cada uno de los sexos.

Los roles y rasgos de sexismo fueron mayores para los hombres que para las mujeres, hallándose diferencias significativas ($p < 0,001$), de igual forma fueron superiores para el grupo de bachillerato público en comparación a los de bachillerato privado, y éstos a su vez mayores que los del grupo de universitarios; también se hallaron diferencias significativas en todas las dimensiones. Finalmente, el nivel socioeconómico se relacionó con los niveles medios de rasgos y roles sexistas, siendo los valores más altos para los grupos socioeconómicos bajo o medio bajo, hallándose diferencias significativas ($p < 0,001$). Estos resultados son en tendencia similares a los descritos por González (2011) en un grupo de estudiantes de la ciudad de Maracaibo, en los que también se determinó un mayor valor medio de sexismo para los hombres que para las mujeres, especialmente en la dimensión de sexismo hostil en los que la diferencia fue significativa, no así en el sexismo benévolo en el que fue ligeramente superior para las mujeres (sin que existan diferencias significativas).

A pesar de las acciones ejecutadas para erradicar la desigualdad entre hombre y mujer, así como las actitudes sexistas; siguen apareciendo datos preocupantes que reflejan discriminación en relación al género en un entorno sociocultural en donde el prejuicio sexista está latente e incluso se expresa en manifestaciones de sexismo hostil como: “El lugar más adecuado para la mujer es su casa con su familia”, “Hay que poner a las mujeres en su lugar para que no dominen al hombre”, “El hombre debe ser la principal fuente de ingresos de su familia”, entre otros. La investigación de Recio, Cuadrado, y Ramos (2007) denota una puntuación más alta de sexismo hostil en los hombres, en cambio las mujeres presentan mayor puntuación en el sexismo benevolente. Este tipo de sexismo manifiesta la actuación de los hombres por proteger a las mujeres, cuidarlas y adorarlas; basada en la idea estereotipada de la mujer.

Este sexismo benévolo tiende a estar más bien influenciado por el nivel de estudios y el nivel socioeconómico. Los universitarios no muestran acuerdo con estereotipos de género en comparación a quienes cursan el bachillerato, especialmente el público. Al parecer con el acceso a la educación se logran romper ciertos estereotipos arraigados en la sociedad. En cambio, existen diferencias significativas, tanto para el sexismo hostil como el benévolo en favor de las clases bajas. Sobre este tema Páez, Glick, Fernández y Poeschl, (2002) proponen la existencia de factores socioeconómicos, humanos y de socialización que influyen notablemente en los niveles de sexismo, percibiendo por ejemplo un menor sexismo hostil en contextos socioeconómicos más altos (países con mayor grado de desarrollo).

Los jóvenes adolescentes que desempeñan el rol de temeroso en las situaciones de violencia experimentadas tienen una percepción más benévola del rol de la mujer que quienes han sido maltratados o se sienten maltratados en sus relaciones de pareja.

La experimentación de situaciones de violencia en relaciones de pareja entre jóvenes adolescentes muestra una baja relación inversa, estadísticamente

significativa con la edad a la cual empezó a consumir alcohol ($r = -0,119$; $p\text{-valor} = 0,001$) con la violencia sexual. También una baja relación, estadísticamente significativa con la edad a la cual empezó a fumar cigarrillos ($r = 0,132$; $p\text{-valor} = 0,015$) o marihuana ($r = 0,201$; $p\text{-valor} = 0,003$) con la coerción. Así como una baja relación inversa, estadísticamente significativa con la edad a la cual empezó a consumir alcohol ($r = -0,112$; $p\text{-valor} = 0,005$) con la violencia física.

De acuerdo a los resultados obtenidos el consumo de marihuana no fue estadísticamente significativa ($p > 0,05$), no así el alcohol y el cigarrillo. El consumo de cigarrillo, alcohol y marihuana aumentan las posibilidades de experimentar situaciones de victimización, especialmente en lo que se refiere a atrapamiento. El sentirse atrapado en la relación incrementa la probabilidad de caer en algún vicio como el consumo cigarrillo, el alcohol o la marihuana y así mismo, quienes ingieren estas sustancias están más expuestos a sufrir de violencia en la relación. En estudios similares como el realizado por (Vizcarra, 2012, pág. 7) se determina que:

“a mayor consumo (moderado a severo), se observará mayor violencia, esta asociación se fundamentaría en el hecho de que el consumo de alcohol y otras sustancias altera la percepción de los patrones de interacción y comunicaciones en las parejas, por lo que es más probable que surjan comportamientos violentos”.

De hecho, estas sustancias alteran la noción de la realidad, de autoprotección y defensa, haciendo del consumidor un blanco fácil, el cual puede ser violentado o violentar. Otro estudio que confirma la relación entre consumo de drogas y violencia física y psicológica es el de González, 2008; Muñoz, Rivas et al. (2010).

En la relación de variables se precisó que quienes salen solo con sus parejas están propensos a situaciones de victimización (temor y maltrato), no así al atrapamiento siendo más frecuente en quienes no salen. Esto puede explicarse, infiriendo que los investigados no salen, por situaciones de desajuste emocional con sus parejas (celos o coerción, por ejemplo). Estas relaciones se valoraron como de dependencia de acuerdo a chi cuadrado ($p > 0,05$). Se observa en cambio que quienes

salen con amigos o compañeros, presentan menores índices de victimización, precisamente porque su proceso de socialización es más rico, no se genera una dependencia emocional.

10. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ardaya, G., & Ernst, M. (2000). *Imaginarios urbanos y violencia intrafamiliar*. Quito: CEPAM.
- Avilés, E., & Parra, A. (2015). *Violencia en relaciones de noviazgo en jóvenes universitarias*. Cuenca: Universidad de Cuenca.
- Barajas, M., Cruz, C., & Turnbull, B. (2014). Construcción de una Escala sobre Motivos de Ruptura de Noviazgo en Mujeres Mexicanas. *Psicología Social y Personalidad*, 15(1), 1-12.
- Barnett, O., Miller-Perrin, & Perrin, R. (1997). *Family violence*. Londres: Sage.
- Bernal, C. A. (2010). *Metodología de la investigación*. Colombia: Pearson.
- Boelen, P., & Van de Bout, J. (2008). Complicated grief and uncomplicated grief are distinguishable constructs. *Psychiatry Research*, 157(1), 311-314.
- Bonilla, A. (2011). *Superando Discriminaciones y Violencias*. Valencia: Instituto de la Mujer.
- Cabrera, L., González, N., & Melchor, D. (2016). *Violencia de pareja y salud mental en la adolescencia y juventud: un análisis diferencial en función del género*. México: Universidad de Laguna.
- Camacho, G. (2003). *Secretos Bien Guardados - Maltrato, violencia y abuso sexual vs. Ciudadanía*. Quito: Flacso Ecuador.
- Canales, M. (2006). *Metodología de investigación social*. Santiago de Chile: LOM.
- Canales, M. (2016). *Metodología de investigación social*. Santiago de Chile: LOM.
- Cantera, I., Estébanez, I., & Vásquez, N. (2009). *Violencia contra las mujeres jóvenes: la violencia psicológica en las relaciones de noviazgo. Informe final*. Bilbao: BBK, Emakunde y Gobierno Vasco.

- Carrasco, M., & González, M. (2006). Aspectos conceptuales de la agresión: definición y modelos explicativos. *Acción Psicológica*, 4(2), 7-38.
- Caruso, I. (2003). *La separación de los amantes*. México: Siglo XXI.
- Casamayor, G. (2002). *Cómo dar respuesta a los conflictos*. Barcelona: Grao.
- Castillo, M., Meneses, M., Silva, J., Navarrete, P., & Campo, A. (2003). Prevalencia en las relaciones sexuales en adolescentes de un colegio de Bucaramanga, Colombia. *MedUNAB*, 6(18), 137-143.
- Castillo, M., Meneses, M., Silva, J., Navarrete, P., & Campo, A. (2003). Prevalencia de relaciones sexuales en adolescentes estudiantes de un colegio de Bucaramanga, Colombia. *Med UNAB*, 6(18), 137-143.
- Cea D' Ancona, Á. (1998). *Metodología Cuantitativa: Estrategias y Técnicas de Investigación Social*. Madrid: Síntesis S.A.
- Colom, R. (2017). *La personalidad humana desde la psicología diferencial*. Madrid: Wordpress.
- Connolly, J., Craig, W., Taradash, A., & Pepler, D. (2000). Dating Experiences of Bullies in Early Adolescence. *Child Maltreatment*, 5(4), 299-310.
- Connolly, J., Goldberg, A., & Craig, W. (2004). Mixed-gender groups, dating, and romantic relationships in early adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, 14(2), 185-207.
- Constitución de la República del Ecuador. (2008). Quito.
- Contero, R. (2015). Tipos de violencia. *El Comercio*, p. 20:27.
- Cuadrado, I., & Fernández, I. (2009). ¿Son comprotamientos residuales las conductas violentas de las víctimas - agresivas en las escuelas? Predominio y predicción. *Fundación Infancia y Aprendizaje*, 32(4), 531-551.

- Darling, N., Dowdy, B., Lee Van Horn, M., & Caldwell, L. (1999). Mixed - sex settings and the Perception of Competence. *Journal of Youth and Adolescence*, 28(1), 461-480.
- David, C. (1971). *L'état amoureux*. Francia: Ed. Payot.
- Dávila, O. (2005). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última Década*, 12(21), 83-104.
- De la Villa, M., García, A., Cuertos, G., & Sirvent, C. (2017). Violencia en el noviazgo, dependencia emocional y autoestima en adolescentes y jóvenes españoles. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 8(2), 96-107.
- Díaz, C. (1992). Modelos de autopercepción social. *Revista de Educación*, 14(299), 293-305.
- Donoso, T., Poo, A., & Vizcarra, M. (2013). Programa educativo para la prevención de la violencia en el noviazgo. *Revista de Psicología*, 22(1), 48-61.
- Echeburúa, E., & Corral, P. (1998). *Manual de Violencia Familiar*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Expósito, F., Moya, M., & Glick, P. (1998). Sexismo ambivalente: medición y correlatos. *Revista Psicología Social*, 13(2), 159 - 169.
- Fierro, A., García, M., Marti, E., & Ornuvia, J. (2005). *Psicología del Desarrollo: El mundo adolescente*. Barcelona: Nersori.
- Frías, L., & Hurtado, V. (2010). Estudio de la información sobre violencia contra las mujeres en América Latina y el Caribe. *CEPAL. Serie Mujeres y Desarrollo*, 99(1), 7-21.
- Galicia, I., Sánchez, A., & Robles, F. (2013). Relaciones entre estilos de amor y violencia en adolescentes. *Psicología desde el Caribe*, 30(2), 211-235.

- García, M., & Saavedra, G. (1999). Violencia, poderío y salud de las mujeres. *Mujer y Salud*, 31-39.
- Glick, P., & Fiske, S. (1997). Hostile and benevolent sexism: Measuring ambivalent sexist. *Psychology of Women Quarterly*, 21(1), 119-135.
- González, A. (2011). *Crrencias sexistas*. Maracaibo: Universidad Rafael Urdaneta.
- González, M. (2009). *Violencia en las relaciones de noviazgo entre jóvenes y adolescentes de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- González, Rosaura, & Santana, J. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Revista Psicothemas*, 13(1), 127-131.
- González-Ortega, I., & Echeburúa, E. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas. *Behavioral Psychology / Psicología Conductual*, 16(2), 207-225.
- Gutton, P. (1998). Amour et ses preuves. *Adolescence*, 1(32), 17-37.
- Guzmán, F., Esparza, S., Alcántara, S., Escobedo , I., & Hernández, T. (2009). Consumo de alcohol en jvenes y su relacion con la violencia psicologica en el noviazgo. *SMAD*, 5(2), 30-50.
- Hernández, E., & Contreras, K. (2015). *Calidad y estilos de vida de estudiantes*. México: Mujeres, experiencias y retos.
- Hernández, G. (2012). *Prevención de la violencia contra las mujeres y las niñas desde la familia*. Madrid: CEAPA.
- Hernández, I., Unanue, N., Gaete, X., Cassorla, F., & Codner, E. (2007). Edad de la menarquia y su relación con el nivel socioeconómico e índice de masa corporal. *Revista Médica Chile*, 135(11), 1429-1436.

- Hernández, S., Fernández, C., & Baptista, L. (2014). *Metodología de la Investigación*. México: Mc. Graw - Hill.
- Hernández, S., Fernández, C., & Batista, L. (2006). *Metodología de la investigación*. México: Mc Graw - Hill.
- Hill, P. (1993). Recent advances in selected aspects of adolescent development. *Journal of Child Psychiatry and Psychology*, 34(1), 69-99.
- Holtzworth-Munroe, A., & Stuart, G. (1994). Typologies of male batterers: Three subtypes and the differences among them. *Psychol Bull*, 116(3), 476-97.
- Junta de Andalucía. (2016). *Sexualidad y relaciones igualitarias*. Andalucía: Junta de Andalucía.
- Kanin, E. (1957). *Male aggression in danting-courting relations*. Estados Unidos: American Journal Sociology.
- Lafuente, W. (2010). *Los roles de género y su relación con la orientación académica*. Loja: UTPL.
- Lagarde, M. (2001). Claves feministas para la autoestima de las mujeres. *Cuadernos inacabados*, 1(1), 1-17.
- Lazarevich, I., Irigoyen, M., Sokolova, A., & Delgadillo, H. (2013). Violencia en el noviazgo y salud mental en estudiantes universitarios mexicanos. *Global Health Promotion*, 20(1), 20-94.
- López, J., Rodríguez, L., Rodríguez, F., Bringas, C., & Paino, S. (2015). Percepción de la victimización en el noviazgo de adolescentes y jóvenes españoles. *Iberoamericana de Psicología y Salud*, 6(1), 64-71.
- Lozano, V. (2014). Teoría de las Teorías de la Adolescencia. *Última década*, 22(40), 11-36.

- Lupa, S. (2009). *El género en el currículo de Educación Básica de la ciudad de Quito*. Quito: Flacso.
- Makepeace, J. (1981). Courtship Violence among College Students. *Family Relations*, 30(1), 97-102.
- Marcia, J. (1980). *Identidad en el adolescente*. Nueva York: Wiley.
- Matud, M. P., Padilla, V., Medina, L., & Fortes, D. (2016). Eficacia de un programa de intervención para mujeres maltratadas por su pareja. *Terapia Psicológica*, 34(3), 200.
- Mead, G. (1999). *Espíritu, persona y Sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Ministerio de Educación. (2015). *Una mirada en profundidad al acoso escolar en el Ecuador*. Quito: Opinión Pública.
- Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos (2014). *Código Orgánico Integral Penal*. Quito: Gráficas Ayerve C. A.
- Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos (2014). *Erradicación de la Violencia de Género*. Quito: MJDHC.
- Moya, M., Páez, D., Glick, P., Fernández, I., & Poeschl, G. (2002). Masculinidad-Feminidad y factores culturales. *Revista Española de Motivación y Emoción.*, 3(1), 127-142.
- Muñoz , A. (2017). *Sistema Automático de Trámites Judiciales del Ecuador (SATJE)*. Quito: Consejo de la Judicatura.
- Muñoz, M., González, M., & Graña, J. (2003). Violencia en las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 3(3), 23-39.

- Muñoz, M., Graña, J., & González, M. (2003). Violencia en las relaciones de pareja en adolescente y jóvenes: una revisión. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 3(3), 23-39.
- OMS. (2011). *Prevención de la violencia sexual y violencia infligida por la pareja contra las mujeres: qué hacer y cómo obtener evidencias*. Washington: OMS.
- Organización Mundial de la Salud. (2019). Estrategia Mundial para la Salud de la Mujer, el Niño y el Adolescente. 1(1), 1-11.
- Organización Panamericana de la Salud. (2010). *Estrategia y Plan de Acción Regional sobre los Adolescentes y Jóvenes 2010 - 2018*. Washington, D.C.: Biblioteca Sede OPS.
- Ormaza, P. (2017). *Memorando Nro. MinEduc-dnedbv-2017-00109-M*. Quito: MinEduc.
- Papalia, D., Olds, S., & Feldman, R. (2005). *Desarrollo humano*. México: MCGraw-HILL Interamericana.
- Peña, F., Zamorano, B., Hernández, G., Hernández, M., Vargas, J., & Parra, V. (2013). Violencia en el noviazgo en una muestra de jóvenes mexicanos. *Revista Costarricense de Psicología*, 32(1), 27-40.
- Puente, A., Ubillos, S. E., & Páez, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes. *Anales de Psicología*, 32(1), 5-14.
- Quiñones, N. (2016). *Relación entre el nivel de estrés y depresión en adolescentes de cuarto y quinto de secundaria de la Institución Educativa particular Nuevo Pitágoras*. Lima: Universidad Nacional Mayor De San Marcos.
- Quirós, E. (1999). Repensando el poder. 2(36), 131-154.

- Rawlins, W. (1992). *Friendships matters: communication, dialects and the life course*. New York: De Gruyter.
- Recio, P., Ramos, E., & Cuadrado, I. (2007). Propiedades psicométricas de la Escala de Detección de Sexismo en Adolescentes (DSA). *Psicothema*, 19(3), 522-528.
- Reiss, D. (2000). *Decifrando las influencia genética y social en el desarrollo adolescente*. Cambridge: Harvard University Press.
- Retana, M. (2007). *Formas en que se puede manifestar y reproducir la violencia en el noviazgo*. Costa Rica: Centro Universitario Rodrigo Facio.
- Rodriguez, K., Bariaud, F., Cohen, M., Delmas, C., & Szylagy, P. (1993). Efectos de los cambios puberales en el cambio de imagen y relaciones entre adolescentes. *Journal of Adolescence*, 16(4), 421-438.
- Rodríguez-Franco, L., López-Cepero, J., Rodríguez, F., Bringas, C., Antuña, M., & Estrada, C. (2010). Validación del Cuestionario de Violencia entre Novios (CUVINO) en jóvenes hispanohablantes: Análisis de resultados en España, México y Argentina. *Anuario de Psicología Clínica y de la Salud*, 6(1), 43-50.
- Sáenz, K., Gorjón, F., Quiroga, M., & Díaz, C. (2012). *Metodología para investigaciones de alto impacto en las Ciencias Sociales y Jurídicas*. Madrid: Dykinson, S. I.
- Silva, I. (2012). *La adolescencia y su interrelación con el entorno*. Madrid: INJUVE.
- Tacuri, J., Romero, E., & Astudillo, J. (2014). *Realidad de la Juventud Ecuatoriana*. Quito: Universidad Politécnica Salesiana.
- Tamariz Valdivieso, A. (2015). *El Derecho de las mujeres ecuatorianas a una vida libre de violencia*. Quito: Grupo Integral Kommunik.

- Tixe, D. (2012). *La Autoestima en adolescentes victimas del fenómeno de Bullying*. Quito: Universidad Central del Ecuador.
- Toro, J. (2010). *El adolescente en su mundo*. Madrid: Pirámide.
- UNICEF. (2014). *La Violencia de Género contra las Mujeres en el Ecuador: Análisis de los resultados de la Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y Violencia*. Quito: UNICEF.
- Urresti, Marcelo. (2018). Adolescentes, consumos culturales y usos de la ciudad. *Encrucijadas UBA*, 1(1), 1-11.
- Varela, G. (2004). El amor en la adolescencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(99), 132-152.
- Vargas, E., & Barrera, F. (2002). Adolescencia, relaciones románticas y actividad sexual. *Revista Colombiana de Psicología*, 1(11), 115-134.
- Velasco, Margarita. (2016). El 46% de jóvenes de Ecuador cree que droga circula en su plantel. *El Universo*.
- Vizcarra, B., & Saldivia, C. (2012). Consumo de Drogas y Violencia en el Noviazgo en Estudiantes Universitarios del Sur de Chile. *Terapia Psicológica*, 30(2), 43-49.
- Woolfok, A. (2010). *Psicología Educativa*. México: Pearson.
- Yugueros, A. (2014). La Violencia contra las Mujeres: conceptos y causas. *Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 1(18), 147-159.

ANEXOS

ANEXO 1: Concejo de la Judicatura

Verónica Espinel: *Atender seguimiento*
Alex,
por favor *27/07/2017*
preparar respuesta.
Verónica.
28/07/2017
Quito, 26 de julio de 2017



TRÁMITE EXTERNO: CJ-EXT-2017-21025
SOLICITANTE: CONDOR QUIMSITA BEATRIZ HORTENCIA
RAZÓN SOCIAL: PARTICULAR
FECHA DE RECEPCIÓN: Quito, 26/07/2017 10:44:43
ANEXO: TOTAL 1 FOLIA
NRO. DOCUMENTO: SIN
INGRESADO POR: herinda.mendez

Revise el estado del trámite en:
<http://www.funcionjudicial.gob.ec/boletinjudicial/Computar/Tramite.aspx>

Autoridades

CONSEJO DE LA JUDICATURA – DIRECCIÓN NACIONAL DE ACCESO A LOS SERVICIOS DE JUSTICIA

Presente.-

Después de extenderle un saludo cordial y mis deseos de éxito en su vida personal y profesional, procedo a informar y solicitar lo siguiente:

Yo, Beatriz Córdor, Asesora Educativa del MINEDUC, en atención a la investigación con título "Autopercepción sobre la imagen de la mujer y la violencia entre novios adolescentes y jóvenes ecuatorianos" solicito información sobre los casos o estadística de violencia entre las parejas de novios adolescentes y jóvenes en las edades comprendidas de 16 a 21 años; casos denunciados o confirmados en nuestro País.

Además, solicito se otorgue las facilidades para acceder a la información documental relacionada con la violencia en el Ecuador, especialmente la vinculada con adolescentes y jóvenes.

Segura de contar con una respuesta positiva a la presente, agradezco su gentileza.

Atentamente;

MSc. Beatriz Córdor
0987002576
bcondorq@yahoo.es

	DIRECCION NACIONAL DE ACCESO A LOS SERVICIOS DE JUSTICIA
26 JUL 2017 Hora: 15h52	
Recibido Por: <i>Caila</i>	
Anexos: _____	



OFICIO-DNASJ-SNG-2017-89

Quito D.M., 23 de agosto de 2017

Señora
Beatriz Córdor
Asesora Educativa del Ministerio de Educación
Presente.-

De mi consideración:

Reciba un cordial saludo de la Dirección Nacional de Acceso a los Servicios de Justicia del Consejo de la Judicatura.

En atención a su Oficio S/N, del 26 de julio de 2017, en el que solicitó proporcionar *"información sobre los casos o estadística de violencia entre las parejas de novios adolescentes y jóvenes en las edades comprendidas de 16 a 21 años; casos denunciados o confirmados en nuestro País"*; me permito informarle que el Sistema Automático de Trámites Judiciales del Ecuador (SATJE) no cuenta al momento con una desagregación estadística por edades y sexo de los denunciantes y los procesados. Sin embargo, tenemos cifras estadísticas de las infracciones de violencia contra la mujer o miembros del núcleo familiar, cometidas por adolescentes.

En este marco, durante el período 10 de agosto de 2014 al 30 de junio de 2017 ingresaron 679 denuncias de infracciones de violencia contra la mujer o miembros del núcleo familiar, cometidas por adolescentes. Dichas infracciones se establecen en el Art. 155 del Código Orgánico Integral Penal al igual que la definición de la relación víctima-victimario en el ámbito intrafamiliar, de la siguiente manera: "Se consideran miembros del núcleo familiar a la o la cónyuge, a la pareja en unión de hecho o en unión libre, conviviente, ascendientes, descendientes, hermanas, hermanos, parientes hasta el segundo grado de afinidad y personas con las que se determine que el procesado o la procesada mantenga o haya mantenido vínculos familiares, íntimos, afectivos, conyugales, de convivencia. Noviazgo o de cohabitación"

En lo concerniente a la solicitud sobre *"información documental relacionada con la violencia en el Ecuador, especialmente la vinculada con adolescentes y jóvenes"*, me permito sugerir dirigir este pedido al Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos, que es la instancia competente para realizar este tipo de estudios.

DIRECCION NACIONAL DE ACCESO A LOS SERVICIOS DE JUSTICIA
Av. 12 de Octubre N24-563 y Francisco Salazar, Edificio Plaza 2000 / Piso 7
(02) 3953 600
www.funcionjudicial.gob.ec

Hacemos de la justicia una práctica diaria



Con estos antecedentes, me permito remitir adjunto la información estadística de las causas de las infracciones violencia contra la mujer o miembros del núcleo familiar, cometidas por adolescentes, ingresadas en las unidades judiciales a nivel nacional durante el período 10 de agosto de 2014 al 30 de junio de 2017.

Atentamente,

Dra. Alexandra Muñoz Santamaría

DIRECTORA NACIONAL DE ACCESO A LOS SERVICIOS DE JUSTICIA (E)

EAEM

Adjunto: Archivo Excel

CONSEJO DE LA JUDICATURA

DIRECCIÓN NACIONAL DE ACCESO A LOS SERVICIOS DE JUSTICIA

INGRESO CAUSAS DE VIOLENCIA FÍSICA CONTRA LA MUJER O MIEMBROS DEL NÚCLEO FAMILIAR (ART. 156 COIP) - PROCESOS DE ADOLESCENTES INFRACTORES.				
PROVINCIA	AGT-DIC 2014	AÑO 2015	AÑO 2016	ENERO-JUNIO 2017
AZUAY		2	2	2
BOLIVAR			1	
CAÑAR		1		
CARCHI		1		1
CHIMBORAZO		1	2	
COTOPAXI	1	1		1
EL ORO	1	1		1
ESMERALDAS			1	1
GUAYAS		6	13	6
IMBABURA	1		2	
LOJA	1		1	
LOS RIOS		2	1	2
MANABI	1	1		1
PASTAZA				1
PICHINCHA		1	3	
SANTO DOMINGO DE LOS TSACHILAS		2	2	2
SUCUMBIOS		1		
TUNGURAHUA			1	2
TOTAL	5	20	29	20

INGRESO CAUSAS DE VIOLENCIA PSICOLÓGICA CONTRA LA MUJER O MIEMBROS DEL NÚCLEO FAMILIAR (ART. 157 COIP) - PROCESOS DE ADOLESCENTES INFRACTORES.				
PROVINCIA	AGT-DIC 2014	AÑO 2015	AÑO 2016	ENERO-JUNIO 2017
AZUAY		2	3	1
BOLIVAR				1
CAÑAR			1	1
CARCHI	1	1		
CHIMBORAZO			2	
COTOPAXI		1		
EL ORO	1	1		1
GUAYAS		15	31	16
IMBABURA		2	1	
LOJA		1	2	
LOS RIOS		2	2	
MANABI		1	17	10
NAPO			1	
PICHINCHA			1	1
SANTA ELENA			1	
SANTO DOMINGO DE LOS TSACHILAS	4	1		
SUCUMBIOS				1
TUNGURAHUA			5	
TOTAL	6	27	67	32

INGRESO CAUSAS DE VIOLENCIA SEXUAL CONTRA LA MUJER O MIEMBROS DEL NÚCLEO FAMILIAR (ART. 158 COIP) - PROCESOS DE ADOLESCENTES INFRACTORES.				
PROVINCIA	AGT-DIC 2014	AÑO 2015	AÑO 2016	ENERO-JUNIO 2017
AZUAY			1	
GUAYAS			1	
IMBABURA			1	
LOJA	1			
NAPO		1		
PICHINCHA			1	1
TOTAL	1	1	4	1

INGRESO CAUSAS DE VIOLENCIA CONTRA LA MUJER O MIEMBROS DEL NÚCLEO FAMILIAR - CONTRAVENCIONES- (ART. 159 COIP) - PROCESOS DE ADOLESCENTES INFRACTORES.				
PROVINCIA	AGT-DIC 2014	AÑO 2015	AÑO 2016	ENERO-JUNIO 2017
AZUAY		12	13	5
CAÑAR	2	3	6	1
CARCHI		6	3	3
CHIMBORAZO		2	8	2
COTOPAXI	1	7	6	4
EL ORO	1	10	8	2
ESMERALDAS		4	5	3
GUAYAS	1	29	18	13
IMBABURA	1	22	15	4
LOJA		5	4	1
LOS RIOS	2	11	13	5
MANABI	3	4	10	8
NAPO	1	1	5	
ORELLANA	1	1		2
PASTAZA		2	5	4
PICHINCHA	1	35	25	17
SANTA ELENA		5	3	
SANTO DOMINGO DE LOS TSACHILAS	2	17	8	3
SUCUMBIOS		1	3	2
TUNGURAHUA		3	14	7
ZAMORA CHINCHIPE	1	3	6	2
Total general	17	183	178	88

ANEXO 2: MinEduc Ecuador



Memorando Nro. MINEDUC-DNEDBV-2017-00109-M

Quito, D.M., 08 de agosto de 2017

PARA: Beatriz Hortencia Condor Quimbita
Asesor Educativo Zona 9

ASUNTO: Solicita información - MSc. Beatriz Córdor Quimbita

De mi consideración:

En referencia a oficio sin número del 26 de julio de 2017, en el cual solicita información sobre “los casos o estadística de violencia física, emocional o de otro tipo registrados entre las parejas de novios adolescentes y jóvenes, en las edades comprendidas de 16 a 21 años; casos denunciados, confirmados, causas, consecuencias y otros datos de interés”.

Así como también información documental sobre la violencia en las instituciones educativas, especialmente la vinculada con las relaciones entre parejas de novios adolescentes y jóvenes; y las acciones emprendidas para prevenirla o erradicarla.

Me permito indicarle que la información disponible sobre las problemáticas identificadas en las instituciones educativas no se centra en los registrados en las parejas de novios adolescentes y jóvenes. Además en el portal Educar Ecuador tampoco se registra la información a ese nivel de detalle sino de manera general los casos que se han dado en las instituciones educativas; por tanto no se dispone de la estadística específica que es de interés de su investigación.

Con sentimientos de distinguida consideración.

Atentamente,

Pablo Luis Ormaza Mejía
DIRECTOR NACIONAL DE EDUCACIÓN PARA LA DEMOCRACIA Y EL BUEN VIVIR

Referencias:
- MINEDUC-AC-2017-04617-EXT

Anexos:
- 04617-.pdf

as

Av. Amazonas N34-451 entre Av. Atahualpa y Juan Pablo Sanz
Telf.: + (593 2) 3961300/1400/1500
www.educacion.gob.ec



ANEXO 3: Ministerio de Justicia, derechos Humanos y Cultos



Ministerio
de Justicia, Derechos
Humanos y Cultos

SUBSECRETARÍA DE DERECHOS HUMANOS Y CULTOS
SUBSECRETARÍA DE DESARROLLO NORMATIVO

Oficio Nro. MJDHC-DNVIG-2017-0022-O

Quito, D.M., 30 de mayo de 2017

Asunto: RESPUESTA A SOLICITUD DE INFORMACION SOBRE LOS CASOS O
ESTADISTICA DE VIOLENCIA ENTRE LAS PAREJAS

Magister
Beatriz Hortencia Condor Quimbita
Asesora Educativa Zona 9
ASESORA EDUCATIVA ZONA 9
En su Despacho

De mi consideración:

Reciba un cordial saludo de la Dirección Nacional de Violencia Intrafamiliar y Género del Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos.

En atención a su solicitud sobre información estadística de violencia entre parejas en edades comprendidas entre los 16 y 32 años, indico lo que sigue:

Esta Dirección cuenta con información proporcionada por las diferentes instituciones públicas que forman parte del Plan y Pacto Nacional para la Erradicación de la Violencia de Género, la misma que no se encuentra desagregada por edades; no obstante la adjunto a esta comunicación.

La fuente oficial, tomando en cuenta los grupos etáreos sobre los que solicita información, serían tanto la Dirección Nacional para la Democracia y el Buen Vivir del Ministerio de Educación, como la Fiscalía (Dirección de Política Criminal) y el Consejo de la Judicatura (Dirección Nacional de Acceso a los Servicios de Justicia), para aquellos delitos de violencia contra la mujer y demás miembros del núcleo familiar, así como para delitos de violencia contra la integridad sexual.

Otra fuente de consulta en temas de violencia hacia mujeres, niñez y adolescencia podría ser la biblioteca "Ana Lucía Herrera" del Consejo Nacional para la Igualdad de Género.

Con sentimientos de distinguida consideración.

Atentamente,

Dra. Nelly Piedad Jácome Villalva



Oficio Nro. MJDHC-DNVIG-2017-0022-O

Quito, D.M., 30 de mayo de 2017

DIRECTORA NACIONAL DE VIOLENCIA INTRAFAMILIAR Y GÉNERO

Referencias:

- MJDHC-CGAF-DSG-2017-5863-E

Anexos:

- tramite_58630549546001496091779.pdf
- Información estadística sobre violencia de género

as

